

Cosmopolis



Madrid, Septiembre 1930

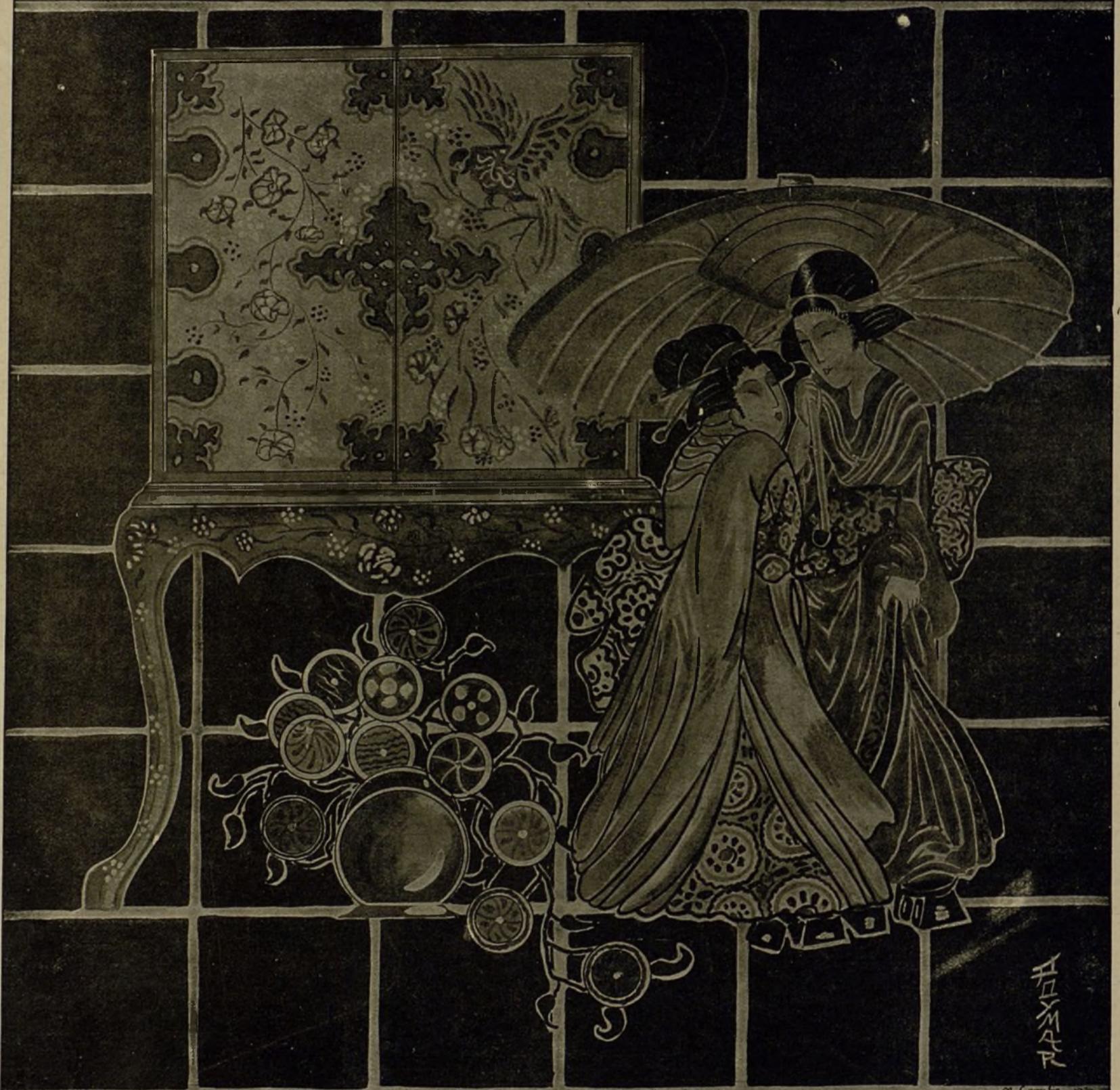
Precio:

1 peseta

Antonio López

Ayuntamiento de Madrid

MUEBLES * POYMAR



APARICIO MENENDEZ S. C. CARRETAS 10 MADRID



Cosmópolis

REDACCION Y ADMINISTRACION

Príncipe de Vergara, 42 y 44.
Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis"



C.I.A.P.

DELEGACION EN MADRID

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

Año IV

Madrid, Septiembre de 1930

Núm. 53

CRONICA

LA EXPOSICION DE LIEJA :: :: El éxito de este notable Certamen sigue en auge, y mantiene la dignidad de su categoría. Más reducida y menos ostentosa que las pasadas Exposiciones españolas, sin alcanzar la magnificencia y el esplendor de los dos inolvidables Certámenes de Sevilla y Barcelona, la Exposición de Lieja, tan interesante desde tantos puntos de vista, ha constituido—está constituyendo todavía—un suceso que será para siempre digno de recordación.

El rey de Bélgica le ha prestado una diligente curiosidad afectuosa visitándola reiteradamente.

Una de sus últimas visitas tuvo como pretexto la celebración de la Gran Fiesta del Trabajo. Se desarrolló el 2 de agosto, y en ella fueron condecorados personalmente por el Soberano multitud de obreros y trabajadores belgas beneméritos. Alcanzó el festejo gran solemnidad, y el rey Alberto presidió la mesa en un banquete inmediato, donde se agruparon las más altas y destacadas representaciones de la actividad política, literaria y social de Bélgica.

Recientemente se ha inaugurado también en la Exposición de Lieja la sección alemana.

Lejos de la magna y abundante suntuosidad innumerable que caracterizó la aportación alemana en Lieja el año de 1905, la del 1930—tan variadas y distintas las circunstancias de Alemania—es modesta, aunque interesante. En general, se compone de un muestrario espigado entre distintas especialidades y diseminado en los diferentes pabellones de la Exposición.

Únicamente las ciudades de Renania han erigido un pabellón particular que se alza frente al Palacio Escolar de Lieja, en el Jardín de Aclimatación.

El hecho tiene cierta significación que, por muchos motivos que atañen la vida internacional, conviene subrayar.

A su tiempo, el Comisariado de la Exposición de Lieja envió a Alemania la invitación oficial a acudir al Certamen. El Reich, habida cuenta de las condiciones presupuestarias del Estado alemán, decidió declinar la invitación, dejando en libertad a las grandes firmas industriales y comerciales de Alemania en punto a concurrencia o abstención a la Exposición belga.

Vista la importancia adquirida por ésta desde sus inicios, las provincias renanas, precisamente las ocupadas por los ejércitos aliados, decidieron espontáneamente colaborar en la magna obra de los belgas, concurriendo al Certamen de Lieja de la manera a que acabamos de aludir.

Es un rasgo que por sí sólo hace más que todos los tratados y todas las deliberaciones en favor de la paz universal.

SUMARIO

	Páginas
CRÓNICA.....	3
Vida literaria.—LOS AUTORES Y LOS LIBROS.....	5
EL TEATRO EXTRANJERO, por R. M. ...	9
MATERNIDAD (La luz en la fotografía). <i>Tricolor de Samaniego</i>	11
RETRATOS FEMENINOS. El arte de René Carvajal, por Agustín de Figueroa. <i>Con reproducción de dibujos</i>	12
Caminando por Gredos.—ARENAS DE SAN PEDRO, SUS ORIGENES Y LA LEYENDA DE SU PATRONA, por Juan de Gredos. <i>Fotografías de Yllera</i>	14
REDENCIÓN. Novela inédita, por Alejandro Larrubiera. <i>Dibujos de San Martín</i>	16
LAS ARTES DEL LIBRO. BIBLIOGRAFÍA Y DECORACIÓN.....	30
CARMEN. <i>Dibujo de Augusto</i>	31
LA LUZ EN LA FOTOGRAFÍA, por Dionisio Pérez. <i>Fotografías de Samaniego</i>	32
EL HOMBRE ANTE SUS HERMANOS INFERIORES. <i>Fotografías Sport</i>	34
EL ARTE PICTÓRICO DE GABRIEL MORTILLO, por Alberto A. Cienfuegos. <i>Con reproducción de cuadros</i>	36
EL ROMANTICISMO, por Julián Moret. <i>Con fotografías</i>	38
EL NAVÍO, por J. Venegas. <i>Fotografías de Segarra y C. Agosto</i>	41
LA IGLESIA DEL CASTILLO DE ARACENA, QUE ESTÁ ENCIMA DE LA FAMOSA GRUTA DE LAS MARAVILLAS, por José Andrés Alvarez. <i>Con fotografías</i>	43
ESCUELA DE NATACIÓN. <i>Fotografías de Henri Manuel y Orrios</i>	46
EL ENCANTO DE TENERIFE. LA CIUDAD DEL ADELANTADO, por Antonio Fernández de Rota.....	48
Arquitectura y decoración.—EL PALACIO DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES, por Antonio Prast. <i>Con fotografías</i> ..	51
DEPORTES, por "Rienzi".....	55
Cinema.—LA SONRISA Y LA SERIEDAD. <i>Fotografías Ciap</i>	63
LOS TEATROS, por J. López Núñez. <i>Con fotografías</i>	65
CRÓNICA GRÁFICA. <i>Con fotografías</i>	69
DE LOS PIES A LA CABEZA. Modas, por Matilde Muñoz. <i>Fotografías de Llopis</i>	75
GRAMOLA UNIVERSAL. Con la música a otra parte...., por Cassandrino. <i>Fotografías de Ortiz</i>	86
SECCIÓN INFANTIL. <i>Dibujos en tricolor de Serny</i>	88
1, 2 y 3.—UN ESPEJO CONTRA UNA FAMILIA. 1 cuento, 2 curiosidades, 3 chistes, por Antoniorrobes. <i>Dibujos de Serny</i>	90
LOS ESCRITORES NUEVOS.....	93
CRIPTOGRAFÍA Y AMENIDADES, por "Framarcón".....	95

Estas últimas semanas la Exposición de Lieja ha sido visitadísima. Entre las muchedumbres anónimas y las minorías selectas y las plutocracias doradas, han destacado sus perfiles prestigiosos el príncipe de Gales, el príncipe de Asturias y los príncipes de Takamatsu.

LOS BALNEARIOS ESPAÑOLES :: :: Vuelve, como todos los años, a ser actualizada en la miscelánea periodística el problema de los balnearios españoles. Decimos problema, porque, en realidad, lo es, en un doble aspecto de escasa concurrencia y de anacrónico confort.

Hemos aludido con esto a la necesidad de que, al acrecer la propaganda, en realidad harta escasa, se procure ponerlos también en condiciones de que puedan competir sin demasiada temeridad con los suntuosos balnearios extranjeros.

La complejidad de la vida moderna y sus típicas características han demostrado sobradamente que no bastan para la reputación y próspero medro de un balneario las buenas condiciones medicinales de sus aguas.

El problema está planteado, según parece, de forma opuesta a la que, por lo visto, sin que discutamos la lógica que les asiste, opinan que es la exacta los propietarios de balnearios españoles. Es decir, no se trata de que un balneario tenga aguas excelentes y además algún confort y diversiones, sino de que un balneario cuente con todas las comodidades lujosas y todos los placeres imaginables, y además con unas aguas que no perjudican.

Esta es, en fin de cuentas, la exposición lisa y llana de la cuestión. Por paradójica que parezca, así es. Entra más de lleno en el terreno del turismo, que en el de la Medicina. (No sabemos si lo dijo Hipócrates, pero es valetudinario, como diría Enrique García Alvarez, gran médico contra la hipocondría, que no puede estar enfermo todo el que quiere.) Los balnearios son para enfermos de cuota.

Por absurdo que esto parezca—y no lo es tanto como parece—, éste es el criterio con que se trata este problema y la doctrina que se defiende. De la cual se infiere, dicho sea de paso, que, en realidad, en los balnearios debe aspirarse a que tenga virtudes terapéuticas todo, menos el agua. Lo ideal sería una cura de aguas en un balneario mirífico y paradisiaco, sin necesidad de tomar las aguas.

Y si no, consulten ustedes a su doctor.

UNA FIGURA OLVIDADA :: Y que no debiera estar olvidada :: lo podríamos añadir. Por varias razones: por su enorme vitalismo dinámico, por su alta significación humana, por la utilidad universal de su invento.

Se trata, en efecto, de Claudio Genoux, hazarrosa figura del siglo XIX, a quien se debe, en las artes gráficas, la invención de la estereotipia.

Véase un escueto índice de las aventuras pasadas y laboriosas en que se gastó su vida, a la que Georges Dangon dedica un interesante artículo en *La Tribune des Industries Graphiques*:

Genoux llegó a París a los ocho años de edad para ejercer el oficio de deshollinador. Siguió una compañía de saltimbanquis, a la sombra de cuya carreta aprendió a leer. Abandonó a sus amigos titiriteros en Auxerre, en donde cayó enfermo. Regresó a París, y cuando su oficio no le proporcionaba lo suficiente, cantaba en los

bulevares. Viajó. Deshollinó en Roma; se hizo ayuda de cámara en Chambéry. En Lyon y Marsella fué oficial de albañilería, limpiabotas, comisionista, tipógrafo, ayudante de cocina. Encontró por casualidad una carta olvidada por su destinatario, y por ella se informó de la posibilidad de hacer un buen negocio con sanguijuelas en el Brasil. Al asunto de las sanguijuelas Genoux juntó un negocio de sederías. Se embarcó. Naufragó. No se sabe si las sanguijuelas se salvaron nadando; en todo caso, las sedas se perdieron. Cocinero de un ballenero, no permaneció mucho tiempo en los mares australes. Desembarcó en Granville con unos quinientos francos; llegó a París con cinco céntimos. Va a su país natal. La saboyana que era su novia lo recibe confundida: «¿Cómo quieres que sea tu mujer?—le dice—. Sin haber tenido noticias tuyas durante tanto tiempo, me he acomodado, me casé y tengo diez hijos.» Después de estas palabras, Genoux come en casa de su ex prometida, abraza a los niños y parte para París. Ingresó en la imprenta Dupont, donde antes había sido tipógrafo. Se hace amigo de algunos periodistas de *L'Atelier*, *La Fraternité* y *L'Union*; se despierta en él la afición de escribir. Lo hace. Escribe canciones: *Jean le Marsouin*, *La morte du Capet*, *Le Compagnon du Tour de France*, etc. Luego escribe *Les enfants de Jean-Jacques Rousseau*. Finalmente, sus *Memorias*. (En realidad, tenía muchas cosas que contar.)

Béranger le llamó el filósofo saboyano. Su biógrafo, Georges Dangon, nos lo señala como el padre de la estereotipia moderna. A Claudio Genoux le debe la imprenta, en efecto, el sistema de estereotipia. En 1829 patentó su invento.

1829, 1929. Las artes gráficas han dejado pasar la ocasión de un curioso centenario. Su celebración solemne habría sido tanto como una postura, un excelente pretexto para mostrar al mundo hasta dónde han llegado, desde los tiempos de Genoux, en acierto, pulidez, perfección y belleza, las artes de la imprenta y de la litografía.

LA BIGAMIA DE RODOLFO VALENTINO Las Memorias de Natacha Rambova, que, como se recordará, fué esposa del cinematográfico Rodolfo Valentino, tan llorado por todas las sentimentales damitas del mundo, vuelven a prestar cierta mortecina y trágica actualidad a la figura del gran pelicularo.

En *La Nación*, de Buenos Aires, que publica las páginas de la Rambova, vertidas al castellano con el título de *La verdad acerca de Rodolfo Valentino*, hallamos una sobria y sencilla alusión al proceso por bigamia que se incoó contra Valentino, poco después de su boda con Natacha. La circunstancia de estar escritas por ella, que compartió tan directa y personalmente aquellas horas de dolor con Rodolfo, presta doble interés a estas líneas, que dicen así:

«Nos encontrábamos almorzando tranquilamente a mediodía en nuestra hermosa casita, cuando Rudy fué llamado urgentemente a Hollywood por el teléfono de larga distancia. June Mathis, que le hablaba desde el estudio, le dió la noticia desagradable de que estaba acusado de bigamia, y que había el propósito de arrestarle.

Sin detenernos a recoger nada, saltamos al automóvil y partimos para Los Angeles a toda velocidad. Allí supimos de labios de nuestro

Concurso de Portadas para "Cosmópolis"

Invitamos a los dibujantes de España y América española a concurrir a un Concurso de portadas para esta Revista, con entera libertad de asuntos, de técnica y de escuelas. Los artistas deberán, sin embargo, atenerse a las prescripciones siguientes:

1.º *Los originales deberán ser entregados en las oficinas de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (Sección COSMÓPOLIS), Príncipe de Vergara, 42 y 44, antes del 31 de octubre de 1930.*

2.º *Los originales serán presentados sin firma ninguna ni otra indicación del nombre del autor, y vendrán acompañados de un sobre cerrado y lacrado que contenga el nombre del autor y señas de su residencia.*

3.º *El tamaño de los originales deberá ser de cincuenta centímetros de alto por cuarenta de ancho la superficie pintada, debiendo ser ejecutados sobre cartón, pudiendo dejar un margen de cinco centímetros.*

4.º *Las portadas presentadas al Concurso serán expuestas durante ocho días de la primera quincena de noviembre en local adecuado de Madrid, donde los visitantes podrán designar sus preferencias y opiniones por medio de votos escritos depositados en urna apropiada. Este sufragio no decidirá el orden de los premios, pero será tenido en cuenta por el Jurado calificador.*

5.º *El fallo del Jurado será emitido antes del 1 de diciembre de 1930.*

6.º *El Jurado estará compuesto por personas calificadas en Artes y Letras ajenas a la Redacción de COSMÓPOLIS.*

7.º *Se otorgarán los siguientes premios:*

Primero, de 750 pesetas
Segundo, de 500 —
Tercero, de 250 —

Además, COSMÓPOLIS adquirirá todas las portadas que no habiendo alcanzado premio tengan mérito suficiente para ser publicadas, previo acuerdo con sus autores.

8.º *Las portadas han de reunir las condiciones precisas para ser reproducidas en cuatromía tipográficamente.*

9.º *Los nombres de los escritores y artistas que constituyan el Jurado no se conocerán sino en la ocasión de hacerse público su fallo.*

10. *Los autores, al presentar sus portadas en las oficinas de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, recibirán un recibo numerado, cuya presentación será inexcusable para retirar las obras una vez resuelto el Concurso.*

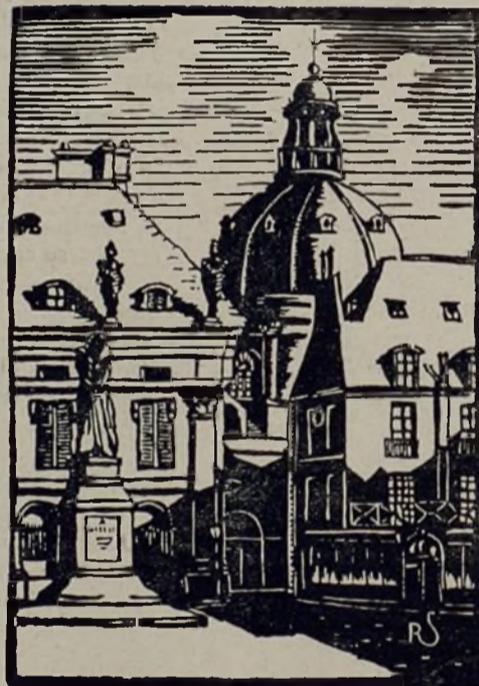
abogado y de todos los altos empleados del estudio, que no se trataba de una broma, sino que la cosa iba de veras.

Pero el asunto no era más que una despreciable maniobra de publicidad del fiscal de la localidad, Mr. Keyes, quien se encuentra actualmente encerrado en la prisión del Estado, de modo que puedo contar la verdad. Los propios actos de Mr. Keyes, en aquel tiempo, estaban siendo objeto de una investigación, y, con el fin de distraer la atención del público fijándola en otro personaje popular, preparó un golpe maestro con su acusación contra Valentino. No prosperó ella, sin embargo, al ser sometida a una corte policial, donde el estimado Mr. Gilbert nos defendió con su inteligencia y habilidad habituales. Siguiendo su consejo, marché inmediatamente a Nueva York, a reunirme con mi madre.

Se podrá imaginar fácilmente las amarguras que sufrimos Rodolfo y yo, a causa de la separación súbita. Tal fué la terminación inmediata y trágica de todos nuestros sueños de felicidad.»

EL GRABADO EN MADERA : Vuelve a estar en boga, celebrado y solicitado por autores de primer orden, el grabado en madera para la decoración de libros.

A propósito de la frecuencia con que en la actualidad aparecen en Francia libros así deco-



El Instituto y la calle del Sena.
Grabado en madera de Robert Saldo.

rados, ha escrito Pierre Benoit, el celebrado autor de *L'Atlantide*:

«Entre todas las expresiones de arte, en la del grabado en madera encuentra el escritor la imagen más directa de su pensamiento. Este pensamiento, que la imprenta prolonga, exige en quienes han de interpretarlo medios en consonancia con la industria del libro. No hay otro que mejor concuerde con el aspecto tipográfico que el grabado en madera.»

Y añade:

«¿Acaso la imprenta no fué en su origen grabado en madera y el genio de un Gutenberg no suscitó el de un Alberto Durero?»

VIDA LITERARIA

LOS AUTORES Y LOS LIBROS

GRANDES HOMBRES DE CUBA



Don Mario García Kohly, embajador de Cuba en España, acaba de publicar un libro, *Grandes hombres de Cuba*, cuyas páginas obvian un cuadro perfecto de la historia contemporánea cubana. Seis interesantísimas figuras, por su personalidad y su influencia en el país, ofrece el Sr. García Kohly en este libro suyo, tan firme, donde el fervor se conjuga dichosamente con

la objetividad. Son aquellas figuras Félix Varela, José de la Luz Caballero, José Antonio Saco, José Martí, Antonio Maceo, Manuel Sanguily.

La personalidad de Félix Varela, el gran pensador cubano, está dibujada en las páginas del embajador con líneas sobremanera rectas. «La nota característica de la vida y de la obra de Varela—dice el Sr. García Kohly—está en su gesto amoroso de ir alumbrando oscuridades, disipando tinieblas, despejando horizontes, desvaneciendo errores y descubriendo auroras por medio de su labor educadora.» Sacerdote ejemplar, Varela obtiene en este libro el retrato que le pertenece por su pureza moral y por su capacidad—de tanta trascendencia en Cuba—intelectiva.

José de la Luz Caballero, «el educador», y José Antonio Saco, representación de la ciudadanía, aparecen en *Grandes hombres de Cuba* con la extensión y la atención que merecen. Asimismo, la figura del gran tribuno Martí y la figura, no menos interesante, de Antonio Maceo.

Pero el estudio, el retrato más fuerte del libro del Sr. García Kohly, es el dedicado a presentar en todas sus dimensiones la fortísima personalidad de Manuel Sanguily. En dicho estudio se abordan por separado el hombre, el orador y el estadista. Manuel Sanguily aparece con su compleja envergadura política, a la cual rinde el autor, con su extenso ensayo, un fervoroso homenaje.

El libro de D. Mario García Kohly es, en suma, una bellísima contribución al conocimiento de la Cuba contemporánea. Un estilo seguro, firme, de escritor con sensibilidad y extraordinaria penetración, reconstruye en esta obra un extenso panorama, donde la fuerza espiritual de seis hombres extraordinarios habla de la energía ascensional de un pueblo.

* * *

El Sr. García Kohly ha tenido la amabilidad de atender a nuestro requerimiento, enviándonos las siguientes líneas explicativas de su obra *Grandes hombres de Cuba*:

«Este libro (*Grandes hombres de Cuba*), tengo

el deber de proclamarlo lealmente, no es sólo un homenaje ferviente y respetuoso a esas grandes figuras inmortales que enaltecen sus páginas con sus preclaros nombres, de igual modo que honraron con sus memorias y sus actos las páginas más bellas de la historia cubana. No he querido escribirlo únicamente para entonar un himno a sus grandezas. He aspirado a evocarlas, en estas horas de pasión que parecen comienzan a agitar otra vez el espíritu y la conciencia nacionales, con las exaltaciones irreprimibles de nuestro temperamento, para mostrar, con el ejemplo excelso de esas nobles vidas, cuál fué la única, santa, fecunda y creadora pasión patriótica que germinó en el alma de aquellos cubanos admirables; cuál fué el concepto que ellos tuvieron del amor, del deber y del sacrificio por la patria; cómo el sentimiento mísero, estéril y negativo del encono no se albergó jamás en sus viriles pechos; cómo ellos creyeron siempre que ante la patria, ante su altar sagrado, habían de depositarse todas las diferencias e inclinarse todas las voluntades, y cómo el daño más cruel que podría inferirse al porvenir y al bienestar de la nación cubana era ahondar un abismo—de rencor y de dolor—entre sus hijos.—*Mario García Kohly.*»

AUTOCRÍTICA

CÓMO MURIÓ NAPOLEÓN



Un libro más acerca de Napoleón!—se me dirá—. Y no, no es eso. Por lo menos, yo no he querido que sea eso mi libro. Estamos hartos, es verdad, de leer obras que nos muestran al corso en toda su épica grandeza. Su carácter dominador. Su estrategia formidable.

Sus relevantes dotes de estadista, de legislador, de diplomático. Para la inmensa mayoría de cuantos han escrito acerca del Emperador por antonomasia, todo en él era heroico, mayestático, espectacular. Y es que se olvidan de que el semidiós era también hombre, tan lleno de ruindades y miserias como el último de los mortales.

En cambio, yo no me he fijado más que en el hombre. Sus intimidades. Sus costumbres. Sus desdichas amorosas. Su familia, tan pintoresca, tan digna de estudio. En fin, el enigma de su muerte. Labor la mía de paciencia, de tiempo, para ir encontrando, a veces sin buscarlos siquiera, datos referentes a estos aspectos de Napoleón. Y, una vez hecho el acopio de materiales, formar con ellos la urdimbre novelesca, revisándolos de la necesaria amenidad para rehuir la áspera monotonía de un centón anecdótico que hubieran sido de otro modo.

Acaso por el tiempo que me ha costado, este

libro es, hoy por hoy, mi predilecto. El capítulo de Napoleón y las mujeres y el que narra la estancia del Emperador en la isla de Elba, son, a mi juicio, los mejores.

La imaginación queda casi en absoluto excluida de esta obra. Tiene la forma de Memorias, porque me era más grato escribirla así, y porque me parece que de este modo se facilita su lectura. El protagonista del relato, autor de las supuestas Memorias, existió realmente. Parece ser que Napoleón destrozaba mucho calzado y le molestaba tener que estrenarlo con frecuencia. Para evitarse esta labor desagradable, hizo buscar un individuo cuyos pies fuesen iguales a los suyos, para que le sirviera de horma viviente. Los sabuesos de Fouché encontraron este benemérito individuo, que fué incorporado al servicio del Emperador. Nadie más indicado para redactar estas Memorias que aquel funcionario imperial, que, por haber vivido junto al grande hombre, le conoció íntimamente y pudo ver sus miserias sin que le deslumbrara su grandeza.

El enigma de la muerte de Napoleón tampoco es una fantasma. Hace bastantes años, un historiador concienzudo, aunque de escaso renombre, Mr. Omessa, después de prolijos estudios, publicó un opúsculo afirmando que el prisionero de los ingleses, la víctima de Hudson Lowe en Santa Elena, no fué Napoleón el Grande, sino una contrafigura suya, un *sosias*, como hoy se dice, que tenía con el corso extraordinario parecido físico. Parece ser que un tal Ledru, capitán de las huestes imperiales, publicó en Bélgica, hacia 1840, unas Memorias, en las que afirma que fué encargado por Fouché de buscar un hombre que se asemejase lo más posible al Emperador. Después de muchas gestiones, y con la ayuda del coronel Kochalue, logró hallar un mastuerzo, llamado Francisco Eugenio Robaut, criado de servir, tan parecido al Emperador, que sus conocidos le llamaban *Napoleoncillo*. Después de Waterloo, en complicidad con el mariscal Bertrand, le dieron el cambiazco a los ingleses, entregándose el mastuerzo Robaut al capitán del *Bellerophon* en el puerto de Rochefort. Los ingleses piafaron de gusto, y en Plymouth hicieron que el pintor Eastlake retratara al prisionero. Basta ver este retrato para comprender que no era el Emperador aquel individuo de rostro plácido y tranquilo, incompatible con su estado de ánimo en tan nefandos instantes. Por otra parte, es un absurdo inconcebible pensar que Napoleón se entregara espontáneamente a sus implacables enemigos después de haber escapado de sus garras en Waterloo.

Ahora bien: si Napoleón no murió en Santa Elena, ni son sus restos los que se conservan en el mausoleo de los Inválidos, ¿dónde y cómo murió Napoleón?... Esto se queda para el curioso lector que tenga la idea—excelente, a mi juicio—de comprar este libro, en el que espero ha de encontrar, ya que no otra cosa, unas horas de ameno pasatiempo.—*Augusto Martínez Olmedilla.*

ENTRE EL FAUNO Y LA SIRENA



Entre el símbolo cá- lido del fauno y el símbolo glauco de la sirena, el símbolo fron- dal de la vida recorta su silueta negra.

Esto es lo que pro- mete la cubierta de mi libro de cuentos dibu- jada por Puyol. Esto es también lo que yo quis- se resumir con los rela- tos reunidos intencio- nadamente: la tierra, el mar, la vida.

Aspiración tan desmedida, que sólo así, frag- mentaria, partida en los pedazos distintos de cada narración, puede lograrse. Gentes maríti- mas, gentes de pueblo o de ciudad; horizontes dilatados y movibles, paisajes de campo y res- cánditos dramas entre cuatro paredes o sobre las tablas viscosas de un barco. Esto quise hacer de mi libro cuando pensé que los cuentos espar- cidos aquí y allá, desde quince años a la fecha de hoy, acaso no merecieran el olvido melancólico entre unas páginas de revista atrasada.

Así, fuí alternando episodios de mar, de tierra, de amor y de odio para las nuevas páginas de mi libro actual.

Creo no carecer de dotes para escribir cuen- tos. Me lo hicieron suponer palabras ajenas de buen aliento, cuando todavía la crítica no era usufructo de mi clase.

Antes que *Entre el fauno y la sirena* he publi- cado otros libros de igual carácter: *La ruta del Sol*, *Páginas de amor*, *Miedo*, *El espejo del diablo*, *Cuentos del mar y de la tierra* (hermano mayor de este recién nacido ahora), *Rostros en la nie- bla...*

Y siempre gustosamente en el sendero eje- cido por un Maupassant francés o una Pardo Bazán española. Es decir, fiel al ejemplo natura- lista, al que, después de tantos ismos literari- cos modernos, empiezan a volver los ojos las gene- raciones que se dicen nuevas, sin otra verdad que la cronológica.

Ya sé que el cuento—el inconfundible cuento, no el tamaño mayor o menor de prosa interme- dia entre el ensayo, la crónica o el poema sin con- sonancia o asonancia rítmica—se desdeña hoy como otrora desdeñaba la vulpeja a los frutos de la parra. Pero acaso ésta, además de muchas íntimas temperamentales intuitivas, sea una ra- zón para que yo ame persistir en el cuento. La inversa sistemática es tal vez en nuestra época un medio de no equivocarnos.

Y quizá ni eso hace falta invocar. Yo *veo* y *siento* el cuento más que ningún otro género literario. Procuero, además, no limitar mis pers- pectivas imaginativas dentro de las preferencias temáticas. Así, pues, el mar agita más de la mis- tad de las páginas del libro; porque el mar es mi obsesión más honda y deleitosa. También, a veces, pasa el vuelo fantasmal del misterio. Más que la vida pretérita o la necesidad de vivir pre- sente, me preocupa lo que hay al otro lado de la muerte humana.

Libros míos anteriores han reflejado con ma- yor pluralidad esa inquietud, esa seguridad de la supervivencia y de los contactos astrales.

No falta, en fin, dentro de mi obra última la ironía, el prurito ático. Es un desquite de mis corveas de crítico, de la dedicación casi absoluta

a la producción ajena para exaltarla y difun- dirla.

He preferido sonreír a imprecuar cuando me convencí que el novelista, el cuentista, había perdido su tiempo y su estómago transformán- dose generosamente en crítico de arte. *El lanza- dor de globos*, con su apariencia de cuento, es, en cierto modo, una desgarradora, una cruenta confesión íntima empujada por el asco y la des- ilusión.

Señala el comienzo de una segunda época literaria en mi modesta historia: retorno a los libros novelescos que tuve olvidados cinco, seis, siete años en holocausto de quienes no merecían ese sacrificio.

En otro libro coincidente del de cuentos —*La condición del escritor*—que acabo de publi- car, expreso ese afán de solidaridad humana, de fervor panteísta que procuré poner siempre en todo lo que he escrito, y que constituye el significado intelectual y sentimental de *Entre el fauno y la sirena*: «El escritor—dije allí—ha de amar las cosas inertes, los seres vivos y la natura- leza diversa, como Francisco de Asís los amaba. Y conservándoles su veracidad íntima, su pro- fundo carácter, transfigurarles en motivos noble- mente espirituales. El escritor ha de buscar el lobo de las comarcas y de las conciencias para hacerle inofensivo a los demás. El escritor no puede rechazar ninguna clase de contactos por lo que enseñan de la misteriosa alma y del modo de irla haciendo cada día más diáfana y trans- parente. Y no ofrece tan amplia enseñanza ni proporciona tantas ocasiones de sentirse vivir en el dolor y la dicha ajenos la recoleta existencia del egoísmo solitario o en comunidad libre de riesgos, ni la esclavitud cortesana o el servicio al poderoso, como aquel humilde vagar por los caminos al aire libre y el trato con gentes sencillas en gracia de Dios o en pecado mortal. Pero todo esto, amigo mío, se comprende un poco tarde, cuando el escritor está fatigado, desencan- tado, le falta el optimismo radiante del *Poverello* y su ingenuo misticismo.»—José Francés.

EL VENTRILOCUO Y LA MUDA

(Biblioteca Nueva)



He empleado en este libro el contraste mayor que encontré: las voces innumerables y la mudez absoluta. En novela, el contras- te violento es, a mi entender, materia ne- cesaria... El fino matiz queda mejor para el ensayo.

He pretendido se- guir el camino contra- rio de otros muchos; por eso elegí muñecos para convertirlos en

hombres a fuerza de absurdos; de esta forma, no se me dirá que mis personajes resultan mu- ñecos por recargos de lógica.

El libro estuvo dos años en los ciegos cajones del turno. Esto ha empeorado mi difícil situación de autocrítico, porque a mí hoy me parecen apollillados todos mis pensamientos de ayer.

Ignoro si mi novela es frívola, pero declaro que si lo es no quise que lo fuera. En ella expuse, con el tono de «sin remedio», otra de tantas

injusticias sociales... Un personaje dice por mí: «La igualdad, sí; pero la igualdad absoluta, hasta la de belleza y salud.» Ahora bien: el libro, en manos de un lector frívolo, lo será también. En este caso, espero que, al menos, cumpla su mi- sión de distraerle.

Si algo hay de excesiva vanidad en lo que he declarado, procuraré enmendarlo añadiendo que considero la autocrítica como la crítica más equi- vocada... Claro que la verdad tanto se encuen- tra en el mejor acierto como en el peor des- acierto, lo mismo que le ocurría a aquella moneda que era buena y falsa porque el anverso era le- gítimo y el reverso falso.—Samuel Ros.

MUJERES DEL QUIJOTE



ANTES, con el título poemático *Al amor de las estrellas*; ahora con un título menos poemático, pe- ro más preciso, *Muje- res del Quijote*, este li- bro de Concha Espina constituye un tipo de glosa original de la obra cervantina. Con- cha Espina ha entrado en el *Quijote* como en un bosque, con su

temperamento, para sacar a luz aquellas notas, flores, que más le interesaban del concierto. Su libro es primeramente una selección femeni- na, y después, una glosa amplia, delicada, de ca- ra a feminidad. Hasta ahora se había escrito so- bre el *Quijote* dando preferencia al protagonis- ta, o explicando las intenciones de Cervantes, o interpretando el sentido filosófico, el históri- co, etc., de la obra. Lo que no se había hecho hasta este momento era recoger esas mujeres que pasan, algunas muy fugazmente, por el li- bro de Cervantes, y detenerlas, explicándolas, en una postura esencial.

Nadie como la mujer sabe de la mujer. El espíritu femenino se hurta a la mirada más sa- gaz del varón y deja siempre para el sexo con- trario un ademán dudoso, equívoco, aun en sus momentos al parecer más claros. Obviar esa realidad espiritual femenina, evidenciarla en sus más finos, íntimos resortes, es obra, también, de mujer. A Concha Espina le estaba reservado el descubrimiento del *Quijote* por su costa más bella, por su costa más delicada, pero asimismo por su costa más resbaladiza. La labor ofrecía las dificultades inherentes a su variedad. Cada mujer de Cervantes—Aldonza, Marcela, Lus- cinda, Dorotea—ofrece un perfil distinto, cuyas líneas se presentan a veces difíciles, casi imposi- bles de adivinación. El éxito de Concha Espina está precisamente en eso: haber conseguido re- construir sin fantasía, pero sí con mucha imagina- ción, el perfil real de cada mujer cervantina. Así como la ciencia logra a veces evidenciar, por un resto insignificante, un ejemplar desconocido ahora, desaparecido hace siglos, así Concha Es- pina logra dar cuerpo y alma a figuras de las cuales sólo poseemos en Cervantes una postura incompleta, una actitud equívoca, un ademán brevísimo, insuficiente...

Es, pues, una labor de creación. Concha Espi- na restituye cada figura a su propio ambiente y la dota de comunicación interior. Cada mujer tiene aquí su mundo, las razones temperamen-

tales que condicionan sus actos, los motivos por los cuales vive, actúa... Cada mujer tiene aquí su novela, un episodio más o menos trascendental, cuyas líneas dibujan un temperamento y un carácter. El valor del libro de Concha Espina está, por consiguiente, en estas felices reconstrucciones. Pero asimismo en la prosa, delicada en extremo, firme y suave a la vez, con que Concha Espina reconstruye.

CONCEPTO DE PATRIA Y DE REGION EN LA OBRA DE MENENDEZ Y PELAYO



Pocos ensayos tan interesantes y oportunos como este de Pedro Sáinz y Rodríguez acerca del concepto de patria y de región en la obra de Menéndez y Pelayo. Interesante: por lo vital del tema y la amplitud cumplida, dichosa, de su desarrollo. Oportuno: porque viene a poner el dedo en la llaga, hoy en arte cicatrizada merced al amor, con la compren-

sión inherente, de los mejores. El pensamiento de Menéndez y Pelayo cobra frente a España, sus regiones y sus lenguas, la universalidad necesaria para resolver el problema plurilingüista a beneficio de la cultura. Conforme un hombre superior se enfrenta con una cuestión donde la liberalidad deviene solución definitiva, opta por lo liberal. Menéndez y Pelayo, tachado de reaccionarismo recalcitrante, se produce, en cambio, frente a las regiones españolas, perfectamente futurista. Esto es: mirando, pensando para el futuro.

En esa amplitud de Menéndez y Pelayo ante los problemas de cultura españoles influyó no poco la educación, la formación del escritor. Menéndez y Pelayo conocía Cataluña, su lengua; estaba penetrado de su literatura; estudió en su Universidad. Pero sería ingratitud, más propiamente injusticia, hacer arrancar una visión intelectual, lógica y racional, por tanto, de un sentimentalismo más o menos legítimo. Su concepto arranca de un conocimiento completo de nuestra literatura. «Como la historia de la literatura española es de suyo tan extensa—escribía—, conviene establecer las cuatro (cátedras) siguientes: Historia de la literatura hispanolatina, Historia de la literatura hispanosemítica, Historia de la literatura catalana, Historia de la literatura galaicoportuguesa. La primera debiera establecerse en la Universidad de Salamanca; la segunda, en la de Sevilla o Granada; la tercera, en la de Barcelona, y en la de Santiago la cuarta; pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias; antes conviene vigorizar el espíritu provincial en dondequiera.» «En cuanto a las seis cátedras primeramente indicadas (Historia de la Zoología española, Historia de la ciencia del Derecho en España, Historia de la Medicina española, Historia de las Ciencias exactas, físicas y naturales en España, Historia de la Filosofía española, Historia de los estudios filológicos en nuestro suelo), convendría asimismo distribuir las entre nuestras provincias universitarias, para evitar su centralización en la corte; pero atendiendo a la mayor

comodidad de profesores y discípulos, a la abundancia mayor de libros y medios de investigación y a otras consideraciones muy ineludibles, fuerza será agregarlas a la Universidad llamada (con irritante distinción) *Central*, y aguardar el día en que puedan extenderse tales estudios a los otros nueve centros de enseñanza superior que en España poseemos.»

Este sentido descentralizador de Menéndez y Pelayo se apoya, de una parte, en un conocimiento grande, profundo, de las letras hispanas; de otra, en una suerte de generosidad fundada a su vez en las exigencias de cada región.

Pedro Sáinz y Rodríguez apostilla en su extenso ensayo las ideas del maestro relacionadas con la ciencia española, o lo que es lo mismo: relacionadas con el conocimiento de nuestra cultura. «Vea Menéndez y Pelayo la reconstitución del pasado—dice Sáinz y Rodríguez—como una labor previa sobre la cual había de fundarse el resurgimiento de nuestra patria. Un pueblo, para salvarse, tiene que tener la voluntad firmísima de redimirse, y esto no se podrá jamás lograr sin una exacta conciencia de sí mismo, y esta conciencia sólo la logran los pueblos por el conocimiento de su pasado, por el respeto a la tradición. Esta idea es la que informa plenamente la obra total de Menéndez y Pelayo. Todas esas obras sueltas, bloques ciclópeos para la historia de nuestra cultura, labrados por un titán, están unidos por un mismo ritmo interior que a todas las anima: el afán del conocimiento integral de nuestra cultura y de nuestro espíritu.»

La ciencia española, principal fuente del ensayo de Sáinz y Rodríguez, es un libro de Menéndez y Pelayo lleno, hasta los bordes, de juventud. Un libro violento, combativo, donde el escritor se ofrece en ocasiones poco comprensivo para lo forastero y excesivamente enamorado, pagado, de lo español. Más adelante, con la madurez, Menéndez y Pelayo ve lo español de modo muy distinto, «y hasta censura el elogio excesivo e inconsciente de los valores españoles». Al frente de las *Ideas estéticas* hace de pasada las siguientes afirmaciones: «Y puesto que ni él ni otro alguno (de sus libros) de los míos tiende a presentar a España como una nación cerrada e impenetrable al movimiento intelectual del mundo, sino antes bien a probar que en todas épocas y con más o menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos y dignos de estudio y gratitud, hemos llevado nuestra piedra al edificio de la ciencia universal.»

Este amor a España, a su cultura, no implicó nunca—en la totalidad de la obra de Menéndez y Pelayo—resentimiento para con lo extranjero. Antes bien, Menéndez y Pelayo fué un europeoizante ejemplar, así en su obra como en su modo serio de trabajarla. Su examen de la ciencia española es un cotejo constante con Europa, con lo realizado fuera de España. Y no es difícil encontrar, con respecto a España, estas páginas, que delatan un descontento grande: «Hoy presenciemos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es lo único que redime y ennoblece a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto

en la Historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyos recuerdos tienen virtud bastante para retardar nuestra agonía.»

Es curioso ver en Menéndez y Pelayo hasta qué punto hermana su espíritu conservador, tradicionalista, con un espíritu abierto, comprensivo ante lo nuevo. Es ello uno de los divorcios espirituales más sensacionales que se ofrecen en este grande hombre. De una parte, su amor a España, que comienza por su amor regional; de otra, su amplitud por conocer y estudiar, acaso con idéntica violencia amorosa, todas las demás zonas espirituales, aun las más lejanas. En este opúsculo de Pedro Sáinz y Rodríguez, *El concepto de patria y de región en la obra de Menéndez y Pelayo*, se ven muy claros aquellos vaivenes de un espíritu original asentado, contradictoriamente, en dos pasiones.—E. S. y CH.

EL PAN DE LA EMIGRACION



Lo que caracteriza al doctor Marañón—fuera de su labor científica, para nosotros imposible de enjuiciamiento—es su claridad. La claridad de sus maneras o de sus expresiones, que arguyen claridad de pensamiento, intuición diáfana. Lo que muchos perciben desordenadamente y no podrían expresar, por consiguiente, con orden, Marañón lo reduce a una suerte de matemática o lo alinea, articulándolo, en su prosa clarísima.

Esta nota de limpidez, de rectitud en el pensamiento, de proyección escueta, pulcra, de las cosas, viene dándola el doctor Marañón en España a beneficio de hombres, obras y problemas hispanos. Más vale una verdad que lo sea verdaderamente, una verdad susceptible de versión a axioma, que cien verdades problemáticas, confusas, aun sumergidas en el piélago de lo dudoso. Marañón prefiere la primeras. Todos sus ensayos están tramados de claridades de este orden, conseguidas a pulso, intelectualmente.

Sirva de ejemplo este prólogo a la obra de José Sánchez Guerra *El pan de la emigración*. En dicho prólogo Marañón explica, objetivamente, la personalidad del insigne político. Aquí no se trata de esta o la otra postura política, sino de aclarar, explicando, una personalidad. Se trata de definir, desde el punto de vista humano—es decir, verdadero, o lo que es lo mismo, científico—una figura cuyos pasos han despertado últimamente en España una expectación máxima.

No creo que después de leer el prólogo, tan diáfano, de Marañón, quede duda en el público sobre los resortes espirituales del político. «Entre los hombres de categoría política oficial—dice Marañón—, el jefe del partido conservador fué casi el único que no encontró pretextos para contentarse con las migajas de decoro que, entre insultos y procacidades, arrojaban el dictador y

su cuartel genral a los hombres públicos para seguir viviendo en la conformidad y en el silencio, y se rebeló. Es fácil y agradable rebelarse cuando la vida, llena de injusticias, nos ha colocado en la zona negra del desigual reparto. Entonces, resignarse es una cobardía; rebelarse, una actitud tan hácedera y tan lógica, que la sociedad, a falta de otros argumentos, tiene que neutralizarla con la Guardia civil. Pero cuando se está en la cúspide de la zona clara y luminosa de los elegidos, el sentimiento del agravio al derecho se embota, y se encuentran mil pretextos especiosos para transformarle en blanda conformidad. Los palacios abiertos, los banqueros amigos, el respirar la atmósfera confortable de la burguesía y de la aristocracia predisponen el ánimo poderosamente a acomodar al orden establecido los agravios de orden ideológico, siquiera fueren tan monstruosos como muchos de los que perpetró la fenecida Dictadura.»

Sin entrar ni salir por la personalidad política de Sánchez-Guerra—esto es, por su ideología—, señalemos las excelencias del prólogo del doctor Marañón y el interés, además, de las páginas del político. Son estas páginas las de su destierro, muchas inéditas, merced a la vigilancia de la censura dictatorial. «Tiene este libro, sobre todo—ha dicho Marañón en su prólogo—, el mismo aroma de juvenil romanticismo que dió todo su carácter a los años de destierro de Sánchez-Guerra. A nada me recuerda como a la *Correspondencia de un refugiado*, de D. Manuel Silvela.»—E. S. y CH.

UN PANORAMA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Ya el espíritu culto y diligente de Ernesto Giménez Caballero ha llamado la atención, desde las columnas de El Sol, acerca de la negligencia con que España se ha conducido en este menester de influir e historiar la literatura hispanoamericana, doliéndose de que Max Daireaux se haya adelantado a realizar una labor que, por imperativo deber metro-politano, incumbía a España.

El libro Littérature hispanoaméricaine, de Max Daireaux, no parece ser, por otra parte, un prodigio. Véase el artículo que, juzgándolo, ha escrito en Síntesis, la notable revista argentina, hombre tan enterado como Guillermo de Torre:

RESULTA sensiblemente deplorable que en una colección cuidada y prestigiosa como es la de los «Panoramas des littératures contemporaines», publicada por el escritor parisien Kra, haya podido ser incluido un libro tan deficiente como este de Max Daireaux sobre *Littérature hispanoaméricaine*. Cierzo es que no todos los volúmenes de la misma serie se hallan a la misma altura en punto al acierto crítico y amplitud de la información que llegue hasta el día, de acuerdo con el enunciado de la colección. De la última cualidad puntual se resiente el por lo demás excelente volumen de Lalou sobre literatura inglesa. También el de Cassou sobre

literatura española adolece de alguna parcialidad en punto a la limitación y al criterio, aunque se salve con trozos monográficos agudísimos. Los más ecuanímes, completos y al día son, indudablemente, los de las literaturas norteamericana, italiana y rusa, de que son autores, respectivamente, Régis Michaud, Benjamín Cre-mieux y Vladimir Pozner. Pero, en general, todos ellos están compuestos con honestidad y por especialistas verdaderamente autorizados.

No es éste el caso de libro reciente sobre la literatura hispanoamericana. Una gran audacia, un reprochable desparpajo ha presidido la confección de esta obra. El señor Max Daireaux se hace así reo de algunos de los defectos que, más o menos soslayadamente, imputa en general a los escritores hispanoamericanos: lenidad, improvisación, ausencia de disciplina estudiosa, confianza excesiva en la ignorancia del lector medio... Afronta un tema demasiado vasto que sólo conoce muy fragmentariamente y con terribles lagunas. Cierzo es que esa misma extensión y la dificultad de ser abarcado por un solo autor, y en un libro sumario, rendía su tarea muy ardua y constituye un relativo argumento atenuante. Esa misma es quizá la causa del fracaso obtenido aun por un crítico verdadero, como el inglés Alfred Coester con su *Historia de la literatura de la América española*, publicada hace años, pero de la que solamente ahora ha salido una versión castelana.

De haber sido escrito este *Panorama* por dos o tres especialistas expertos, cada uno de ellos en las distintas regiones de la geografía literaria americana—tal era, según parece, el proyecto inicial del editor—, habiéransalvado muchos inconvenientes, y el conjunto habría resultado más verídico y entonado. Tal como es, el libro de Max Daireaux—escritor al que ningún antecedente acreditaba para una labor crítica de esa índole, salvo el hecho de haber suscrito bibliografías complacientes en la *Revue de l'Amérique Latine*—resulta inútil, desenfocado, erróneo, plagado de confusiones.

En trance de señalar algunas de éstas como prueba, resulta difícil comenzar. Digamos ante todo que el error y el engaño fundamental consisten en dar a este libro un título tan ampliamente geográfico como el de «hispanoamericano» y excluir deliberadamente la literatura del Brasil—aunque allí es otra la lengua—, de México, de las Antillas y de Centroamérica. Si, para hacer esas eliminaciones, el señor Daireaux hubiera alegado razones de brevedad, de comodidad o simplemente de ignorancia, hubiéramoslas aceptado. Lo inadmisibile es que pretenda enmascarar tales arbitrarias supresiones con pretextos literarios. ¿Puede aceptarse, por ejemplo, que, en lo referente a México, y para justificar su omisión, escriba que «ses prosateurs ne ressemblent guère à ceux qui règnent au sud de Panama?» (¡!). ¿Puede creerse, como él afirma, que un Alfonso Reyes, un Vasconcelos, sean únicamente mexicanos de «un nationalisme mexicain impénétrable»? ¿Qué decir entonces de otros escritores suramericanos más diferentes y genuinamente autóctonos, como los gauchescos o criollistas?

Antecediendo sus falaces reseñas y confusas numeraciones, el autor nos ofrece una cuantas páginas de lo que pudiéramos llamar consideraciones generales. En ellas está lo menos malo de su libro. Algunas contienen apreciaciones acertadas. Por ejemplo: cuando se lamenta no sola-

mente de la falta de algunas corrientes directrices que unifiquen en cierto modo la literatura de los distintos países hispanoamericanos, sino hasta de la ignorancia en que sus respectivos autores viven entre sí mutuamente, calificándola como «el fruto de ese nacionalismo cerrado que el historiador boliviano Alcides Arguedas ha llamado la hipertrofia del patriotismo local»... Asimismo no yerra cuando señala, como consecuencia de esta incomunicación, el aislamiento en que se encuentran los escritores más reputados de cada país y el carácter de cosa esporádica con que aparecen aún las obras más notables, afirmando que «ello es lo que ha hecho decir a ciertos críticos, no sin apariencia de verdad, que en Hispanoamérica hay un gran número de literatos, pero no una literatura». Mas, por el contrario, se excede en sus apreciaciones al llegar al capítulo de la influencia, abultando las de procedencia francesa, que si antaño fueron muy considerables y preponderantes, hoy han disminuido por mezclarse con otras europeas.

En cuanto a la parte puramente expositiva y crítica, el libro de Max Daireaux contiene abundantes errores de enfoque y de perspectiva, debidos no solamente a un insuficiente conocimiento de los escritores, sino también al sistema adoptado, que consiste en agrupar a los autores y a las obras por géneros y tendencias, mezclando los países. Ello le lleva, por ejemplo, a incurrir en arbitrariedades cronológicas; así, por ejemplo, cuando después de haber examinado en las primeras páginas de su libro a los autores del período romántico y finisecular, vuelve después a ocuparse de otros semejantes, bajo el epígrafe de «filósofos y sociólogos», como Andrés Bello, Montalvo, Sarmiento, Alberdi, etc.

Daireaux exagera la significación de algunos escritores secundarios, se muestra particularmente favorable a algunos «desarraigados» habitantes en París—tributo excesivo a la amistad personal...—y establece escalas de valores muy arbitrarias. Con decir—por referirnos únicamente a los autores argentinos—que otorga más importancia a un desvanecido Martín Aldao—«cuyo alejamiento de la vida le privan de la acción que debiera ejercer sobre los espíritus de su país...»—que a un Ricardo Rojas o que a un Paul Groussac, al que despacha en unas líneas despectivas: «espíritu mediocre, escritor bastante vulgar, que intentó todos los géneros sin triunfar ni persistir en ninguno...» Esto por lo que se refiere a autores clasificados; en cuanto a los jóvenes, a los de las nuevas generaciones en todos los países americanos, sus vistas son aún más estrechas y erróneas. Baste saber que su incompetencia y su afán maniático de buscar equivalentes o influencias francesas en todos los escritores le induce a encontrarlas aun en los autores más remotos a ellas, tales como Jorge Luis Borges, a quien descubre y reprocha nada menos que influjos victorhuguescos... (¡!).

En suma: este «Panorama» no ofrece más que perspectivas erróneas, amasijos de nombres dispares y caracterizaciones desenfocadas. Pudiera muy bien haber permanecido inédito. O es como si lo estuviese, puesto que sólo prestará una dudosa y peligrosa utilidad al lector extranjero que sin otras referencias quiera hacerse una idea conjunta de las letras hispanoamericanas. En todo caso, la impresión indudable que se experimenta después del libro de Daireaux es que sigue faltando un panorama o una historia resumida de estas literaturas.—Guillermo de Torre.

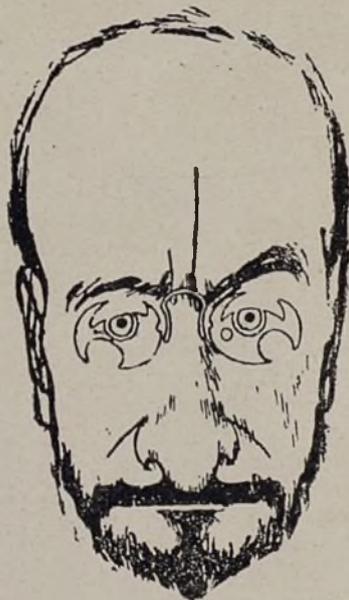
EL TEATRO EXTRANJERO

LAS MODERNAS TENDENCIAS Y EL TEATRO FUTURO

DOS GRANDES PERDIDAS PARA LA ESCENA FRANCESA

PARA quien observe con alguna atención—inteligente y sostenida—el movimiento escénico universal, se acentuará en seguida, en su aspecto general, una característica definitoria, que es, ante todo, la lucha entre dos tendencias distintas: la exaltación o, por lo menos, el uso e intencionalidad de lo maravilloso, y el retorno al empleo estricto y escueto de los más esenciales y primarios elementos de la realidad.

La primera tendencia es aquella por cuyo



Charles Vildrac.

triunfo y empleo propugna denodadamente en España el enorme talento de *Azorín*, y que ha empleado, aunque fragmentariamente, en algunas de sus últimas obras, el maestro Benavente.

Ambas orientaciones se disputan actualmente el imperio hegemónico del vasto universo escénico. Pero conviene advertir que en las vicisitudes y en las incidencias de la lucha van mutuamente infiltrándose, con lo que se está acaso forjando la fórmula definitiva del teatro futuro.

Basta evocar, en este sentido, la producción escénica de O'Neil para tener un alto, claro y admirable ejemplo. El gran dramaturgo americano utiliza con idéntica y profunda pericia materiales de ambas procedencias. Y de la ensambladura y fusión de esas dos distintas maneras de abarcar y teatralizar el mundo han nacido ya, para la inmortalidad, obras perfectas. *El Emperador Jones* y *Ana Christie*, por ejemplo,

para no citar más que dos, de ambiente y carácter casi opuestos.

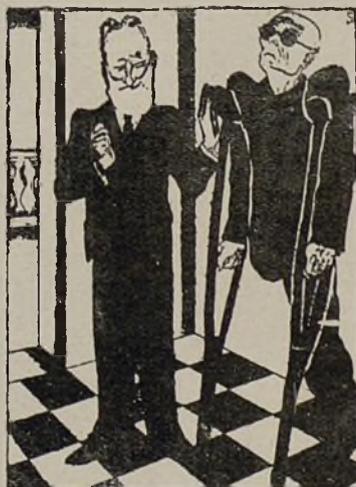
Frente a esta actitud de O'Neil, cabe registrar también la de Bernard Shaw, que puede ser calificado como el genio paradójico del sentido común. La *manipulación* consiste, en este caso, en extraer de lo maravilloso sus llanas y simples calidades de realidad y de vulgarismo. Pero obsérvese que también esta modalidad teatral entra de lleno—por sus componentes y por su intención—en la característica general a que hemos aludido.

Por lo demás, la reseña sintética de la actualidad teatral nos procura, por lo menos en el área latina, demostración evidente de que aquellas dos tendencias a que nos hemos referido son las que—en grado casi idéntico—se disputan la preferencia.

Atengámonos a París, verbigracia, en cierto modo capitalidad intelectual para estos menesteres.

Registraremos, es cierto, el triunfo magnífico y rotundo de *Amphytrion 38*, la obra de Girandoux, que, aun no complaciendo del todo a un hombre tan autorizado en materia teatral como Jacques Copeau, que opina que el público la ha aplaudido por esnobismo, es una brillante muestra de ese teatro que podríamos calificar de «maravilloso».

Pero no es menos cierto que, frente a esta



BERNARD SHAW.—Vea, amigo mío, vea mi próxima obra sobre la guerra europea, y comprenderá lo chistoso que fué todo aquello. (De *Simplicissimus*.)

exaltación, cabe registrar la de la tendencia opuesta. A los diez años de su estreno, *El paquebot Tenacity*, de Charles Vildrac, obtiene el mismo resonante suceso, acaso mayor y más sostenido.

Y *El paquebot Tenacity* es un caso típico un ejemplo estricto de la tendencia contraria a la representada por la audacia literaria y el preciosismo verbal de Girandoux. El reestreno de la obra de Vildrac (Studio des Champs Elysées dirección de M. Corney) ha constituido, en efecto, el éxito más considerable de la temporada.

Acaso tenga razón esta vez Copeau, cuando asegura que gran parte de este feliz suceso que



J. Girandoux.

se obtuvo hace diez años y se ha obtenido ahora se debe a la *autenticidad fundamental* de la obra de Vildrac, a que en *El paquebot Tenacity* todo es veraz y bien construido.

Perfectamente; pero cualquiera que sea la interpretación que quiera dársele, el éxito de *Amphytrion 38*, obra de calidades tan distintas—opuestas—a la de Vildrac, alguna explicación ha de tener, registrado al mismo tiempo que el de *El paquebot Tenacity*.

Ambos explican, en definitiva, hacia dónde se orientan las preferencias actuales. Por eso puede quizá aventurarse que el porvenir—no demasiado lejano—dará el triunfo definitivo a un teatro en el que estas preferencias puedan verse satisfechas de una vez, en feliz y bien ensamblada fusión.

Mientras tanto, conviene, no tanto por optimismo como por justicia, señalar la coincidencia del buen gusto en la apreciación de opuestas modalidades.

La escena francesa acaba de sufrir dos pérdidas muy lamentables: el veterano actor Sylvain, decano de la Comédie Française, y el autor dramático André Rivoire, presidente de la Federación Internacional de Autores, cuya vicepresidencia ostenta España en la persona de Eduardo Marquina.

Sylvain, al desaparecer, arrastra con él toda una escuela singular de recitación trágica. Podríamos decir que representaba—historia viviente—un momento del teatro francés. En este sentido, tenía una gran fuerza simbólica y representativa.

Su tragedismo escénico rimaba con la concepción raciniana de la tragedia. Calzaba coturno, según el abolengo griego. Era una severa, suntuosa, solemne manera escénica, en la cual el énfasis se empapaba de patetismo. El verso adquiría una larga cadencia musical, en la que, honda y grave, resonaba la evocación antigua.

En realidad, ha muerto víctima de su deber. Y esto añade una nueva característica a su personalidad, recta, inflexible, indomeñable, tan segura en el ejercicio de sus deberes como

imperativa en la demanda de sus derechos.

Su larga carrera escénica abunda en creaciones trágicas de mucha fuerza. Actualmente, las tendencias teatrales, malavenidas con su temperamento, le tenían hartado alejado de la frecuentación de las tablas. Pero su nombre y su prestigio merecían y lograban el general respeto.

Con él desaparece una de las últimas figuras de una generación teatral que ha hecho época en Francia.

André Rivoire era, ante todo, un poeta. Sus primeros libros líricos, explosión sentimental de una juventud meditativa y exaltada a un mismo tiempo, cuajaron después en la recia contextura de obras dramáticas, algunas de las cuales (*Le*

y muy considerables las obras en prosa que escribió. Algunas de ellas en colaboración. Acaso la más famosa *El amigo Teddy*, que el arte interpretativo de Ernesto Vilches ha hecho popular entre los públicos de habla española, y que escribió Rivoire en colaboración con Lucien Bessard.

En ocasión de celebrarse en Madrid, el año pasado, el Congreso de la Federación Internacional de Autores, que, como hemos dicho, él presidía, André Rivoire fué huésped de Madrid.

Muy oportunamente ha recordado a este respecto *A B C* que, al presidir aquellas sesiones el autor de *El amigo Teddy*, su tacto, su ingenio y su elocuencia se imponían en las polémicas suscitadas en torno al cinema sonoro y a la invasión del mal teatro folletinesco norteamericano, que—dijo—obligaba a un viejo autor como él a vivir de espaldas a los escenarios, sin poder estrenar sus comedias.

Y un poco apartado de las lides teatrales, ha muerto André Rivoire en París a los cincuenta y ocho años.

R. M.



André Rivoire.

Fundación del Premio "Revista Cosmópolis"

Debemos a nuestros lectores una explicación relativa al premio convocado para el año 1929. Diversas circunstancias, entre las que figura en primer término la ya bien notoria de los cambios y modificaciones sufridos en la vida interior de esta Revista, han aplazado más de lo que quisiéramos la resolución de este asunto. Por otra parte, el escrupuloso cuidado con que hemos querido proceder en esta ocasión, rodeando el Concurso de todas las apetecibles garantías de seriedad, han contribuido también a que no hayamos podido dar hasta hoy a nuestros lectores noticias concretas.

Hoy nos place comunicar que se ha constituido el Jurado que ha de fallar entre las novelas presentadas y que optan al premio de 5.000 pesetas ofre-

Bon Roi Dagobert, por ejemplo) señalaron en su tiempo, con decoro y belleza, surcos nuevos en el campo labradísimo de la escena francesa.

La inspiración y el talento de André Rivoire han dado al teatro francés obras de mucho mérito y consideración. Estaba maravillosamente dotado, y en toda su producción destaca, nítido y eficaz, un gran sentido de la *responsabilidad literaria*. Tanto como una obra de arte, el teatro ha sido para Rivoire—como es, en el fondo, para todo dramaturgo auténtico—un medio de expresión de la solidaridad universal. Entre la piedad y la ironía, en sus obras se despliega, álgida y bizarra, una gama riquísima de matizaciones. Cálido de humanidad, su teatro, cualquiera que sea la traza literaria de cada una de sus obras, desde *Le sourire du faune* hasta *Berthe aux grands pieds*, por ejemplo, alienta generosamente, sin mezquindad espiritual, sin regateos humanos, palpitante, anhelante, vibrante.

Como ya hemos dado a entender, su personalidad literaria—de gran relieve—se destacó principalmente en el teatro poético. Pero son varias

cido por COSMÓPOLIS. Lo forman los ilustres escritores

- D. Pedro Sáinz y Rodríguez,
- D. Dionisio Pérez y
- D. Cristóbal de Castro,

a quienes la Dirección de COSMÓPOLIS se complace en enviar el sincero testimonio de su gratitud por el honor que nos hacen dignándose aceptar la designación, dando con ella a los concursantes las máximas garantías de imparcialidad y acierto. Esos tres nombres preclaros son, en efecto, la mayor prueba de que el Concurso ha de ser fallado con inteligente escrupulo y con innegable sinceridad.

En el número próximo publicaremos la lista de las obras recibidas, añadiendo las noticias concretas que con relación a la fecha del fallo y de entrega del premio podamos adelantar a nuestros lectores.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Príncipe de Vergara, 42 y 44.
Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis".

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España, Portugal y América: Un año, 12 pesetas; un semestre, 7 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 20 pesetas; un semestre, 11 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.



DELEGACIONES EN MADRID:

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

DELEGACIONES EN PROVINCIAS:

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Campana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En Cartagena: Isaac Peral, 14, Librería Fe.—En Buenos Aires: Florida, 251.



M A T E R N I D A D

(Véase LA LUZ EN LA FOTOGRAFÍA, páginas 32 y 33.)

Fotografía de Samaniego.

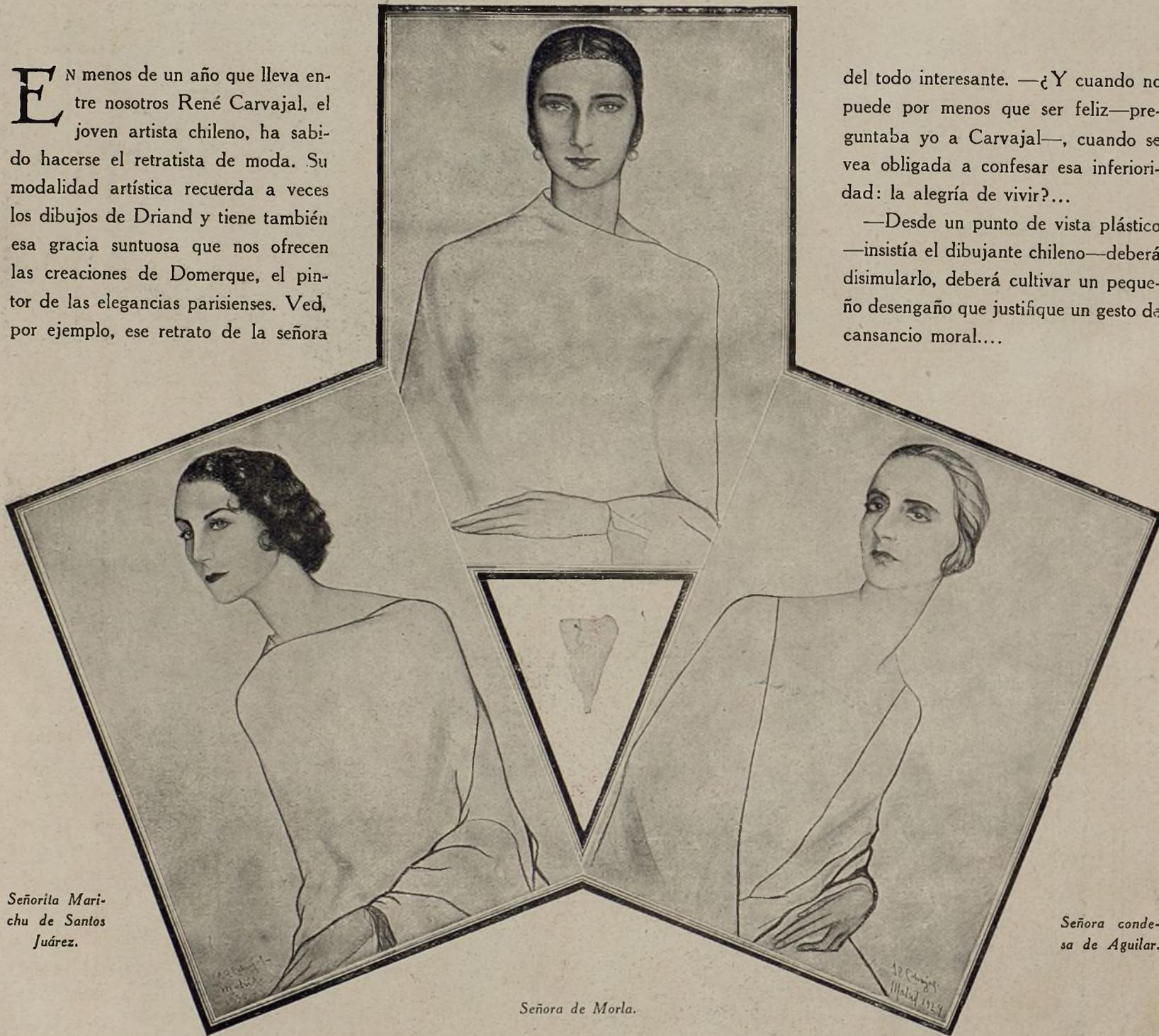
Retratos Femeninos

EL ARTE DE RENÉ CARVAJAL

EN menos de un año que lleva entre nosotros René Carvajal, el joven artista chileno, ha sabido hacerse el retratista de moda. Su modalidad artística recuerda a veces los dibujos de Driand y tiene también esa gracia suntuosa que nos ofrecen las creaciones de Domerque, el pintor de las elegancias parisienses. Ved, por ejemplo, ese retrato de la señora

del todo interesante. —¿Y cuando no puede por menos que ser feliz—preguntaba yo a Carvajal—, cuando se vea obligada a confesar esa inferioridad: la alegría de vivir?...

—Desde un punto de vista plástico —insistía el dibujante chileno— deberá disimularlo, deberá cultivar un pequeño desengaño que justifique un gesto de cansancio moral...



Señorita Mari-
chu de Santos
Juárez.

Señora conde-
sa de Aguilar.

Señora de Morla.

de Morla, esposa del consejero de la legación de Chile en España; cómo ha sabido el artista reflejar la expresión de unos bellos ojos nostálgicos, que parecen mirar desde muy adentro, desde muy lejos... la armonía de una actitud extática, las manos—manos de santa de vidriera—, que se cruzan con un gesto de desencanto encantador...

No imagino a René Carvajal haciendo el retrato de una persona pletórica de salud, exuberante de felicidad...

Una mujer perfectamente dichosa—dijo el filósofo—nunca es

La misma belleza clásica y perfecta no le interesa si es demasiado plácida, si no ofrece a su concepción artística un reflejo de melancolía y espiritualidad.

Los retratos de Carvajal, además de elegantes, siempre son profundamente psicológicos.

Mejor que nadie sabe plasmar de una manera muy sugestiva y sutil los matices de una sensibilidad.

En los retratos de la duquesa de Lerma, por ejemplo (uno de sus

mayores y últimos aciertos), Carvajal se ha dejado inspirar prodigiosamente por una expresión reconcentrada, pensativa, en que apunta una leve sonrisa enigmática, ausente...

Entre aquellos retratos de *avant-guerre*, en que el artista se empeñaba en reproducir fielmente, con precisión de miniaturista, los pliegues del vestido, un rizo, una flor, y la pintura "futurista", interesante—me decía la directora de una tienda francesa de cuadros modernos—, *porque es tan agradable no saber lo que es...*, los dibujos de René Carvajal representan un término medio admirable.

Recientemente se quejaba una dama al dibujante de ciertos defectos que encontraba en su retrato:

—Parece que no está acabado; ha dejado usted el vestido por hacer. El rostro resulta demasiado anguloso..."

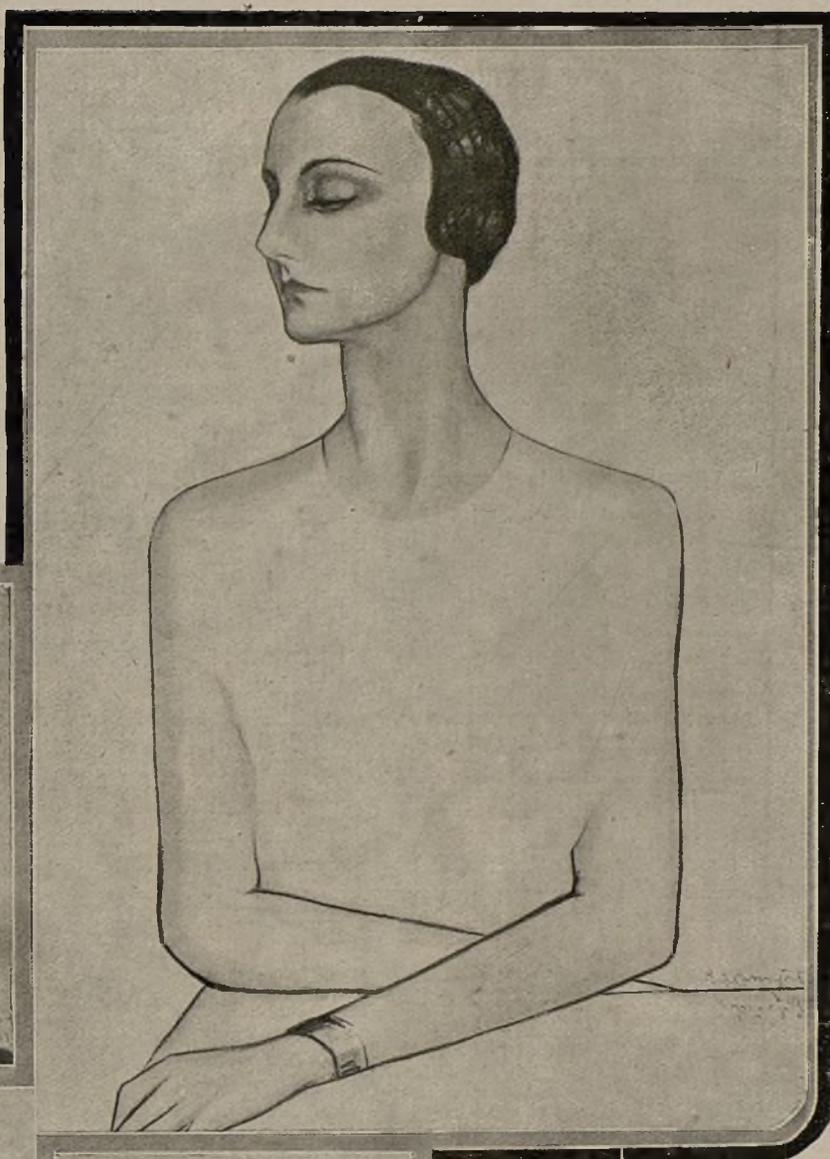
Y el artista chileno le respondió:

—Si quiere, señora, pue-

Estudio.



Duquesa de Lerma.



Señorita María Edwardes de Feydean.



Estudio.

do hacerle un parecido exacto, lo que yo llamo "fotográfico". Personalmente considero que esa clase de parecido, en un dibujo, puede resultar grosero.

Y tiene razón. El mayor encanto de los dibujos de Carvajal es lo que en ellos queda por hacer, el margen que dan a la imaginación, algo impreciso y flotante que se percibe en el ambiente de cada retrato.

Repitamos los versos encantadores de Geraldine refiriéndose a las fotografías de la amada:

*Ne me les montre pas: je ne les verrais plus.
J'ai des images merveilleuses dans la tête.
Et tous ces documents ne m'en laisseraient rien...
Le souvenir est un poète
N'en fais pas un historieur.*

AGUSTÍN DE FIGUEROA

Fotos Moreno.

CAMINANDO POR GREDOS

Arenas de San Pedro,
sus orígenes

Es Arenas de San Pedro punto de arranque inevitable en toda excursión completa a la Sierra de Gredos. Pero antes de mover un solo pie camino del "Nogal del Barranco", por Guisando, o trepar hacia el "Peón Alto", atravesando al amanecer las callejuelas de El Hornillo, hay que saturarse un poco del noble sabor hondo de los recuerdos históricos y de las leyendas populares del rincón alcantarino.

Por estas sendas castellanas cruzaron, penitentes en delirios místicos, la madre Teresa de Jesús y ese otro varón enteco, de rostro agitanado y ojos brillantes por la fiebre ultraterrena de los arrobos fervorosos, cara a las cresterías de "La Mira", que fué San Pedro de Alcántara. El andariego extremeño, de bordón de peregrino y flacas carnes torturadas en las apariciones del enemigo malo, cuando Arenas aun no estaba bajo su advocación y la fe de sus moradores se hallaba reconcentrada en la idolatría por una imagen, óvalo añiñado y moreno, como cualquier moza de las cumbres de los "Los Galayos", el aprendiz de santo confortaba el espíritu con la oración, bebía en el regato saltarín que brotaba cantarino a la puerta de la gruta e iba a reunirse diligente con los ermitaños, descarnados por el ayuno, que velaban cerca de los canchales donde aquella había hecho su aparición.



POR

JUAN DE GREDOS

y la leyenda de su
Patrona

Si nos atenemos a los sencillos historiadores, la denominación de un futuro pueblo puede cambiar con el suceso milagroso del hallazgo de una virgen. El tiempo se encarga más adelante, con la fe religiosa de los gredeños, de elevarla al rango de patrona del lugar. Miremos hacia el pasado, escudriñando en los siglos.

Arenas de San Pedro no era Arenas de San Pedro; en el mismo sitio en que hoy se asientan sus casas, unos nómadas, dedicados al pastoreo, habían levantado sus corralizas, y el primitivismo de unas guaridas aprovechando las cuevas de las peñas. La pequeña tribu bautizó el campamento con el sonoro título campesino de "Ojo de Jara". El emplazamiento no podía ser más hosco; rodeábanlo intrincados bosques, montes de cortados precipicios y varios ríos, que en invierno eran torrentes. Corría la época sarracena. Los santos peleaban como verdaderos capitanes y los capitanes rezaban como verdaderos elegidos del cielo. Un buen día, para las glorias de la Iglesia, en que se celebraba la conmemoración de un ruidoso triunfo de las armas cristianas frente a la cimitarra, cuando lucía un sol cegador, sin una sola nube en el mar de añil, del fondo de unos lanchares surgieron en apretado haz crepitantes llamas que se extendían amenazadoras por las proximi-



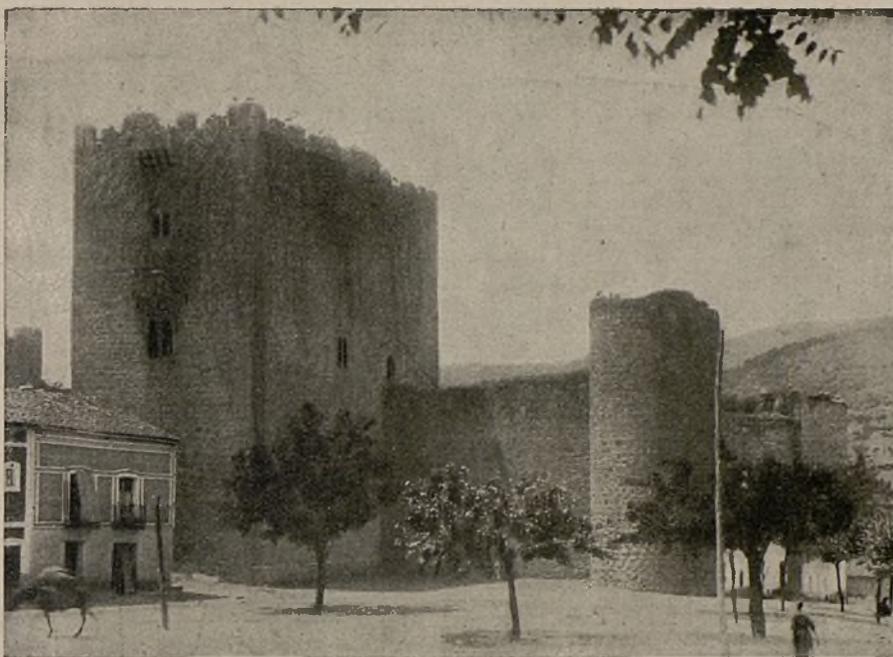
Vista panorámica de Arenas de San Pedro—Avila—desde "Los Montañeros". Al fondo, el palacio del infante don Luis de Borbón, su castillo frente al río Cuevas, el puente romano, la iglesia parroquial con su torre del siglo XVI, y en el horizonte, confundiéndose con el mar de nubes, la famosa Sierra de Gredos.

dades del caserío. Cesaron los gritos bélicos, y en las danzas rítmicas apagaron sus guiños de plata los espadones y el tremolar de los trofeos. Huyeron los habitantes guerrilleros con el pánico mordiéndoles en el semblante alocado. Los más creyentes, golpeándose el corazón sobre el pecho pecador, pedían misericordia divina. Una explosión tremenda hizo saltar en el aire un peñasco. Se obró el prodigio. De la brecha que se había abierto en el cerro salió sonriente la "Virgen del Pilar de Arenas". A medida que se acercaba la linda imagen, las llamas, jugueteándola entre los desnudos pies, la iban abriendo calle a través de los jarales en flor, y el fruto de las madroñeras se desgranaba a su paso como ascuas sangrientas. Blandamente, sobre la piedra que sirvió de losa al escondite que la ocultó de todo intento de profanación por parte de los musulmanes, quedóse inmóvil la estatua. Acudieron los descreídos, quienes, prosternándose, la reconocieron como patrona de su naciente pueblo, comunicándose en seguida a los ermitaños que rondaban por aquellos vericuetos. Desde ese día, y por voluntad propia, los nacidos en "Ojo de la Jara" pasaron a llamarse "pilaretas".

A unos cuantos kilómetros de "Ojo de la Jara" estaba situado un pueblo que pasó las vicisitudes de las dominaciones de godos, romanos y árabes. Cuando unos yacimientos de hierro se agotaron y comenzó a hacerseles la vida imposible por la invasión de una plaga de hormigas, los habitantes de "Los Llanos", atraídos por las excelencias de un cambio que les convenía, decidieron fusionarse con los "pilaretas", fundando un santuario en el "Alto de San Agustín", que pusieron en manos de los ermitaños. A su alrededor comenzaron a edificarse numerosas viviendas, que recibieron en conjunto el sobrenombre de Arenas, debido a los extensos arenales que la circundaban. La fama de Nuestra Señora del Pilar creció como la espuma, y de toda España acudían caravanas de devotos con ofrendas. Pronto surgió un litigio, que la Virgen serrana resolvió de modo sobrenatural. Hasta Córdoba llegó la nueva del hallazgo de la imagen, y ocurrió entonces que aquéllos recordaron que sus antepasados habían ocultado otra talla muy venerada, para librarla de la rapacidad de los moros, en los riscos donde se hizo el descubrimiento. Los cordobeses se pusieron en camino, y al cabo de largas y fatigosas jornadas, llegaron hasta Arenas, en la que exigieron la entrega de la imagen. Los areneros se negaron a tal pretensión, decididos a imponerse



"La cruz del Mentidero". Maravillosa filigrana de piedra del más puro estilo gótico, expuesta a desaparecer por los grandes "trozos" que transportan los carros madereros cuando cruzan ante su esbelta silueta camino de las fábricas.



Magnífico castillo mandado construir en el año de gracia de 1395 por el condestable Ruy López Dávalos, favorito del Rey don Enrique III el Doliente, y que más tarde sirvió de morada y fortaleza a otro noble varón: don Alvaro de Luna. En la actualidad, convertido en frontón para los forzudos mozos de la villa.

por la fuerza. Una orden judicial puso en manos de los andaluces la valiosa joya. En una carreta, a manera de altar rodante, engalanada con romero, flores del tomillo y guirnalda de claveles, colocaron a la Virgen. A ambos lados, dándole guardia de honor, se apretujaban avaros de su custodia los forasteros. En la arcadas del santuario, tristes, con la mirada fija en lo que perdían, lloraban los fieles cuidadores de la patrona de Arenas, mientras los hijos del pueblo, con la melancolía en el rostro y las plegarias en los labios, invocaban el milagro concluyente. Arrancó el vehículo, y no había hecho más que pasar el arco de San Agustín, cuando flaquearon las mulas; viéronse paralizados de todo movimiento los acompañantes, y un águila gigantesca, cogiendo la imagen, se remontó en las nubes perdiéndose pronto de vista. A las pocas horas, Nuestra Señora del Pilar volvía a encontrarse instalada en su trono. Quisieron los cordobeses repetir el intento, pero a medida que se acercaban al camarín iban cayendo al suelo sin existencia. Los supervivientes, arrepentidos por el enojo que había causado a la egregia Señora, cedieron, y cuando iban a dar vista en su viaje a la ciudad de los Califas, en un recodo del sendero se encontraron de improviso con el resto de sus compañeros. La Patrona de Arenas les había devuelto la vida magnánimamente.

Con el tiempo, los Agustinos sustituyeron a los ermitaños en 1436, y reconstruyéndolo, convirtieron el santuario en monasterio. Cincuenta y ocho años más tarde fué enterrado, en la capilla del mismo, don Juan de Meneses, obispo de Zamora. Todavía en 1734 seguían como patronos de aquella santa casa sus descendientes, representados entonces por la excelentísima señora doña Teresa María de Meneses, condesa de Foncalada y Huerta. En la quietud de sus claustros, frente a la magnífica grandeza de Gredos, tejió su prosa castiza aquel clásico austero que se llamó en vida Fray Luis de León. En 1809, las tropas francesas saquearon el convento, reduciéndolo a la miseria, pues el incendio de que fué objeto no dejó en pie más que los muros del edificio.

Por una verdadera coincidencia no resultó destruída la bella imagen, que se encontraba en el altar mayor de la parroquia, adonde había sido trasladada con motivo de unas rogativas.

San Pedro de Alcántara ganaba en celebridad; los hechos que de él se contaban eran maravillosos. Pronto los areneros le eligieron también como santo patrono, poniendo al pueblo bajo su protección. Arenas ya no era sólo Arenas; desde ese mismo día en que tuvieron la idea feliz de encomendarse a un santo de sus habitantes, se ganaba un nuevo título:

"Arenas de San Pedro".

¡Oh el egoísmo español de sentirse pedigüeño!

JUAN DE GREDOS

Fotografías de Yllera.

REDEMNACION

NOVELA

INÉDITA

Por ALEJANDRO

LARRUBIERA



I

ENTRE huertos, prados y maizales se desparrama Ontaneza a orillas del Pasque; callanduco a ratos, con mansedumbre de riachuelo, y a ratos alborotador, con ínfulas de río caudaloso, avanza por medio de la amplia y fértil vega, flanqueada de altivas montañas, en cuya vertiente se destacan, sobre el verde oscuro de los bosques y el verde claro de los pradales, caseríos y aldehuelas que, al atardecer, borra la tupida niebla que baja de las cumbres.

Ontaneza es uno de los pueblos más importantes de la Montaña, y lo hermosean espléndidos edificios, entre los que descuellan la artística Casa Ayuntamiento, el palacio de los condes de Cajigales, señorial mansión de puro estilo Renacimiento, rodeada de un dilatado parque, y hasta una media docena de típicas casonas de indios.

Cuenta la villa además con un casino, el inevitable casino pueblerino donde se tira de la oreja a Jorge y se despelleja al prójimo; unas cuantas fondas, pomposamente denominadas grandes hoteles, y dos o tres cafés que, dicho sea de paso, sólo están abiertos en la época estival, que es justamente en la que los de Ontaneza hacen su agosto, por el gran número de agüistas que concurren a su famoso balneario.

* * *

Para don Froilán de la Portilla, el boticario, todo cuanto no sea andar escopeta al hombro por vericuetos y fragosidades montunas, nada vale ni significa. Su loca afición cinegética hace que descuide de un modo lamentable la oficina, cuyo despacho corre a cargo del regente, un tal Crispulo Revuelta, que en vida del padre de don Froilán entró en ella de mancebo.

Al atardecer, la botica es en todo tiempo—durante el invierno alrededor del brasero y por el verano en la terraza que da a la carretera y calle principal de la villa—punto de reunión de los notables de Ontaneza, que prefieren esta acogedora y familiar tertulia a las bulliciosas del sórdido casino, en las que impera la gente moza.

Entre los asiduos concurrentes figuran el alcalde, don Víctor Pacheco de Tresmolinos, viejo, calvo, panzudo y gotoso, en demasía pagado de su persona, que no vale un pitoche, y del cargo popular que desempeña muy a satisfacción de sus paniaguados y harto a disgusto del resto de los ontanecenses; don Lope del Carrizal y Calderón, hidalguete tan sobrado de humos y de pergaminos



acreditadores de su ilustre prosapia como escaso de la vil pecunia para sostenerla. Don Lope es un trasunto de los hidalgos todo hambre y vanidad, retratados de manera insuperable por el inmortal novelador de la Montaña don José María de Pereda. Según los murmuradores, el noble señor acostábase todas las noches sin cenar, no por medida higiénica, muy en consonancia con sus sesenta y tantos inviernos, sino por ahorrarse el gasto de la comida; don Lucas, médico titular de la villa, un vejete recio como un roble, simpático y dicharachero, un «sátiro», según le califica don Lope, que confunde lastimosamente este vocablo con el de «satírico». Al hidalgo le sacan de sus casillas las sarcásticas cuchufletas de este galeno rural que soñó en su juventud con ser una lumbrera en el difícilísimo arte de curar, y a quien la vida, como a tantos otros, despostró de su sueño, obligándole a ser un medicucho de pueblo.

A la caída de aquella soleada tarde de julio hallábanse en la terraza de la botica, repantigados en sendos butacones mimbreños, don Froilán, que acababa de dejar el morral y la escopeta en la rebotica; don Lope, don Lucas y Ramonín Pedroche, un nuevo personaje que, por modo adventicio, figuraba entre los contertulios del boticario.

Este Ramonín Pedroche, por lo pinturero, lo vistoso y llamativo de su indumento, que exornaban deslumbradoras preseas, el cigarro puro con sortija—¡no faltaba más que la guitarra—, parecía así, al pronto, un finchado indianete.

¡Y no! Ramonín sólo conocía América de oídas. En el vuelo que tendió desde Ontaneza, su pueblo natal, no pasó de los Madriles. Entró de criado en la vaquería de un paisanuco, luego dióse maña y le ayudó la suerte para romper el yugo de la servidumbre y hacerse tratante en ganado. Y como era formal en sus tratos y trabajador, le fué fácil abrirse camino y amasar un capital que, si no tan grande, al decir de sus conterráneos, era suficiente para disfrutar vida holgada y asomarse a lo por venir sin zozobras.

Desde que se sintió acariciado de la Fortuna, venía todos los veranos a pasar unos cuantos días con sus viejos: ti Ramona y ti Gildo, más conocido por ti Trampucas, pues no había en tierra montañesa deudor que empleara mayores subterfugios y trampacerías que las que él empleaba para diferir el pago de cualquier cantidad, por insignificante que fuera, y hasta cuando jugaba al tute costaba Dios y ayuda cobrarle lo que perdía.

A Ramonín el veraneo en la Montaña producíale inefable satisfacción, no por gozar de la compañía de sus padres, ni por abrir un deleitoso y saludable paréntesis en el cotidiano ajeteo, sino porque su vanidad se





esponjaba como en ninguna otra parte en su tierra, donde imaginaba que su presencia en ferias y romerías producía una impresión enorme, una admiración indecible, mayormente desde que, por azares de la política, que a tantos gansos y pavos reales encumbra, logró ser nombrado concejal de la villa matritense, cargo edilicio que le traía desvanecido, y viniera o no al caso, sacaba a colación su nombramiento, considerándolo la efemérides más gloriosa de su existencia, y con la que relacionaba toda la cronología: «Un año antes de que me hicieran concejal.» «Al mes de entrar yo en el Ayuntamiento.» Y cada vez que hacía la cita, erguía con grotesca altivez la testa y retorciase el mostacho.

Se produjo en la tertulia un súbito silencio al enfrontar con ella un grupo de paseantes formado por una joven de singular belleza, vestida con tan exquisito gusto como encantadora sencillez; un caballero de aventajada estatura, de fuerte complexión, rasurado totalmente el rostro carminoso; su indumento ofrecía la pulcritud y severidad del de un *gentleman*; acompañaba a esta pareja algo exótica un joven al que podría aplicarse el calificativo de «pollo bien», con el que ahora se designa a los señoritos de buena casa que sólo piensan en divertirse y lucir el físico. Desdichado era el del acompañante: desmirriado, algo encorvado de espaldas, la cara surcada por precoces arrugas, el cabello agrisado en las sienes y el aire de laxitud, de cansancio, anunciaban el vivir desenfrenado del señorito.

Cambiáronse entre los de la botica y los paseantes los saludos que impone la cortesía. Quien siguiera atentamente la escena, advertiría que don Lope trazaba un enérgico gesto de desdén, en tanto que Ramonín Pedroche contemplaba sin pestañear a la gentil muchacha.

—¡Puach, qué asco!—exclamó colérico Carrizal, luego que los del grupo hubieron alejado lo suficiente para no oírle—. ¿Han visto ustedes cómo saludan estos imbéciles enriquecidos de pronto?

—La verdad; bien podían haber sido un poco más finos con nosotros—asintió, irónico, don Lucas.

—Pero, hombre, ¿no nos han dado afectuosamente las buenas tardes?... ¿Qué más querían ustedes que hicieran?—preguntó don Froilán.

—Saludar como uno se merece, ¡recuévano! «Hola, Carrizal», me ha dicho ese majadero de Pelegrín. ¿No lo han oído ustedes?



—¿Y por eso se enfada usted, don Lope?—dijo ingenuamente el concejal.

—¡Otra te pego! Así se saluda a un igual, y ¿desde cuándo es igual mío ese mastuerzo?

—Vaya, don Lope, vaya; siempre con las mismas—intervino el médico—. Pelegrín no le iguala a usted en nada, ya lo sabemos; usted nació hidalgo y él plebeyo; usted todo se lo encontró hecho al nacer, y él tuvo en su mocedad que ganarse la puchera como peón caminero; todo el mundo le ha visto recorrer esta carretera con el pico al hombro. Pero, amigo mío, la Fortuna, que por algo dicen que es loca, ha transformado al pobretuco de antaño en un personaje de muchas campanillas, pues ya sabrá usted que es tres veces excelentísimo señor por otras tantas grandes cruces que le han dado...

—Por sus dineros—interrumpió el quisquilloso vejete.

—Por sus obras. Público y notorio es que lo primerito que ha hecho al volver a su patria ha sido crear un instituto de enseñanza. Y, vamos, no todos los indianos, ni los que no lo son, aunque tengan muchos millones, se preocupan en fomentar la cultura nacional. Sólo por esto ha de perdonársele el que sea rico, inmensamente rico, y además complacernos a nosotros el tenerle por paisano y amigo.

—Quisiera yo saber con qué artes se ha agenciado esos millones que ustedes tanto ponderan—saltó don Lope.

—¡Ah! ¿Pero no sabe usted cómo se ha hecho tan rico?—preguntóle el médico con cómica gravedad—. Pues para nadie es ya un secreto: a esquinando y robando a los gauchos que cazaba a lazo en las pampas.

Una carcajada del boticario y del concejal acogió la chuscada de don Lucas.

—Lo prodigioso—siguió don Froilán—es su admirable adaptación al medio. Nadie, al verle y oírle hablar, diría que el caballero de ahora fué un peón caminero. Indudablemente, es hombre de talento.

—Bueno, señores, ¿y qué me dicen ustedes de su aparición en el pueblo?—preguntó el médico, con la piadosa intención de revolver la bilis del puntilloso vejete.

—¡Estupenda, don Lucas, estupenda! ¡Un cuento de *Las mil y una noches*!—afirmó don Froilán con entusiasmo, haciéndole el juego al compadre—. ¡Vaya lujo y vaya aparato! Nunca he visto yo muebles, cuadros y tapices tan preciosos como los que ha traído Pelegrín.

—Todo magnífico, es cierto. Ha montado su casa, no como la hubiera montado cualquiera de los nuevos ricos que ahora se estilan, y a los cuales el dinero les sirve principalmente para patentizar más su plebeyez, sino con el gusto exquisito de un artista y la suntuosidad de un prócer, porque es indudable que Pelegrín es un espíritu aristocrático; lo demuestra que en vez de mandarse hacer un palacete vulgar, de los que tanto entusiasman a los indianos, ha adquirido el palacio de los condes de Cajigales. Para don Pepito, que está más tronado que Carracuca, ha sido una suerte loca que Pelegrín se lo compre. Y milagrillo será que el hombre no rescate su solar y dore sus deslucidos blasones casándose con Carmina, cosa que, si me guardan ustedes el secreto, les diré que no mira el papá con malos ojos.

Ramonín Pedroche, que hasta aquel momento había permanecido silencioso, replicó con vehemencia:

—Me parece a mí que el indiano, a pesar de todo su dinero, no se dará ese gustazo.

—Hombre, ¿y por qué?—preguntó sorprendido don Lucas.

—Pues... sencillamente porque hubiese ya moritos en la costa—afirmó enigmáticamente el concejal.

—¿Conque moritos, eh?... ¿Algún otro galán preferido de la dama?

—¡Pudiera ser!—dijo Ramonín con tan mal velada satisfacción, que médico y boticario cambiaron una significativa mirada.

II

En una de las plazoletas del espléndido parque, deleitoso vergel que rodeaba el palacio de Cajigales, hallábase don Pelegrín arrellanado en un butacón de mimbre sombreado por un corpulento castaño.

La mañana ofrecíase encantadora en aquel apacible retiro, cuyo ambiente saturaba el aroma de rosas y claveles diseminados por la esmeralda del césped; en el cielo, de azul cobalto, sin una nube que lo empañase, asomaba su rutila faz el padre Sol; el alegre canto de los aligeros huéspedes del parque aumentaba el hechizo matinal.

Don Pelegrín, después de dejar sobre el rústico velador la copiosa correspondencia: cartas y periódicos procedentes casi todos de la Argentina, quedóse meditando un instante; su pensamiento no volaba hacia

las regiones del ensueño, rastreaba a flor de tierra, entre las prosaicas realidades de la vida.

De pronto, turbó la serenidad de su semblante un gesto de tristeza, de amargo desaliento; llevóse la diestra a los ojos, cual si quisiera borrar la inoportuna y penosa imagen que venía a romper su euritmia. Al restablecerse ésta, sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción, de íntimo regocijo, y miró, con el particular esfuerzo con que los miopes fijan la vista en las lejanías, la enarenada calle, bordeada de altivos y copudos plátanos que trazaban una bóveda de verdura, por la que se filtraban las deslumbradoras saetas del sol. Aquella calle desembocaba frente a la fachada principal del palacio, sobre la que aparecía esculpido el blasón de los Cajigales: una cajiga sombreando una torre, armas parlantes del pétreo escudo que remataba la corona condal.

Pelegrín permaneció gran rato sin apartar los ojos del palacio, como embelesado en su vista, no porque le atrajera su admirable traza arquitectónica de puro estilo Renacimiento; mirábase con la complacencia de quien contempla algo cuya adquisición satisfizo uno de sus más férvidos anhelos.

En lo pretérito deteníase en tales momentos la imaginación del Fúcar montañés, y comparaba la impresión que le producía la vista del palacio con la que experimentaba en sus tiempos de peón caminero. Entonces sentía cierto asombro, algo de envidia hacia los señorones que lo habitaban, pero sin animadversión ninguna, sin rebelarse contra la espantosa desigualdad social que hace que unos vivan en palacios y otros en chozas o cubiles cual las fieras. Tenía suficiente criterio para comprender que debe aceptarse el destino que fuerzas ineluctables obligan a seguir a cada individuo; lo que había que hacer era luchar sin desmayos de la voluntad para mejorarle, para subir más alto. Y por Dios que ahora él, Pelegrín, admirábase de poder contemplar como dueño el prócer solar de los Cajigales; esto parecía tan fantástico como lo que ocurría en aquellos cuentos de hadas que hubo de leer en un libro de estampas, lujosamente encuadrado, que le dieron de premio en la escuela.

Y sin embargo...

Aun no estaba satisfecho del todo, aun le faltaba algo, que la loca ambición humana es insaciable. Para completar su obra, para coronarla debidamente, era necesario que Carmen, su hija, el ser que más había querido en el mundo, después de su adorada Nela, muerta en la flor de sus años y de sus ilusiones, se casara con el condesito de Cajigales. Entonces sí se habrían realizado en absoluto sus propósitos. El blasón que ennoblecía el palacio sólo era ahora un adorno en la fachada, el evocador del señorío de los antiguos poseedores, la proclama, en piedra, del triunfo de la plutocracia sobre la nobleza; en cambio, si su Carmina, nieta de unos destripaterrones, hija de un peón caminero, llegara a ser condesa...

Tan graves meditaciones las interrumpió la aparición de Ramonín Pedroche. Semejante visita a tales horas le sorprendía y enojaba. Dos o tres veces, obligado por las circunstancias, hubo de cambiar unas cuantas frases triviales con el hijo de *ti Trampucas*, al encontrárselo en la carretera o en alguna de las callejas.

—¿A qué vendrá el majadero este? —se preguntó.

Compuso el rostro, y saludó al visitante con una sonrisa de diplomático, diciéndole con acento que conservaba toda la melosidad del argentino:

—¿Cómo por acá tan de mañana, señor Pedroche?

Al abandonar la tertulia de la botica, Ramonín internóse por un dédalo de callejas, parcamente alumbradas con alguna que otra bombilla pendiente de un soporte de hierro.

Dirigíase el concejal a sus lares, pero no cual de costumbre, cuellirgido y engolletado, pisando recio y haciendo chocar la contera del palasa con los pedruscos del arroyo, sino más bien cabizbajo y humilde, a paso lento y el bastón bajo el brazo.

Honda inquietud le dominaba desde que don Lucas vino a confirmar lo que él ya barruntábase acerca de las intenciones del indiano.

Ahora veíalo todo con claridad meridiana. Sí; don Pelegrín, guiado de su estúpida vanidad, quería comprar el título de condesa para su hija. ¡Y a qué precio...! ¡No! No lo conseguiría, a pesar de todos sus millones. Allí estaba él, Ramonín Pedroche, para impedirlo, fuera como fuese, por la astucia, por la violencia.

¿Razones que justificaban su conducta, que así, al pronto y sin los necesarios elementos de juicio, podría considerarse un tanto arbitraria? Una tan sólo: Carmina estaba enamorada de él, y él de Carmina.

Cierto que entre ambos no se había cambiado jamás una palabra que confirmase el dulce afecto que se tenían; pero, no obstante, el galán

hallábase persuadido hasta la evidencia de haber flechado a la hija de don Pelegrín. Bastaba tener ojos en la cara para ver con qué miraditas y sonrisitas tan cariñosas le acogía siempre. Es más: en una romería que días antes se celebró en un pueblo aledaño de Ontaneza estuvo bailando con él casi toda la tarde, muy risueña y alegre, parándole con una dulzura y una mimosería que sólo ponen las mujeres enamoradas.

En estas cosas era él «catedrático», según afirmaba preciándose de hombre corrido, conocedor de la «fémina».

La hija del indiano aceptó con efusivas muestras de gratitud los «perdones» con que hubo de obsequiarla, y al regresar a Ontaneza le instó a que la acompañase en el automóvil conducido por ella.

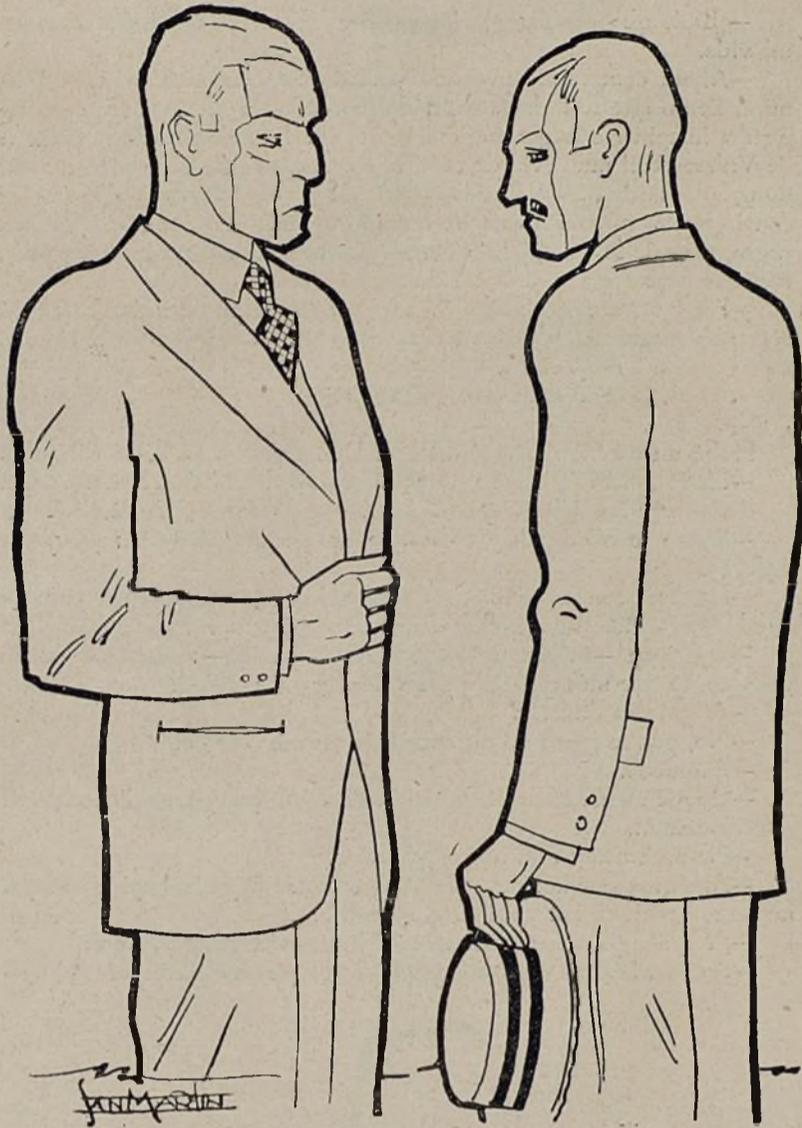
Al recordar estos detalles, lamentábase Ramonín de su estúpida indiscreción, que le hizo perder tan pintiparada oportunidad de declararse a la dama de sus pensamientos.

Pero era el caso que siempre que se veía en presencia de Carmina se atontolaba como un párvulo: imponíanle la belleza, la gracia, el señorío, el talento de aquella muchacha que practicaba todos los deportes, que con igual maestría entreteníase en hacer primorosas labores de aguja que pintaba cuadros preciosos y tocaba el piano. Lo que le admiraba, sobre todo, era que hablase el francés y el inglés con la misma facilidad que el español... ¡Un portento de criatura! ¿E iba él a consentir que se la birlara un imbécil, por muy aristócrata que fuera?

Y argüía: «En resumidas cuentas, ¿qué es lo que puede ofrecerle ese señorito tronado? Una corona de condesa... ¡Como si «ella» necesitase de un chirimbolo semejante para lucirse, siendo, como es, la reina de las mujeres!... En cambio, yo—y pavoneábase muy poseído de su pergeño—soy lo que se dice todo un hombrecito, y sin «alabancia», mucho mejor mozo y más guapo y más rico que ese trasto. Y de lo otro, de que ella me quiere, ¿a qué hablar? Así es que para un servidor pintan triunfos. Sin embargo, no hay que dormirse en las pajas, no vaya a ser que ese don Pepito me la gane por la mano.»

No sin cierta complacencia se contempló en el espejito que colgaba





de un clavo cerca del balcón. Rectificó el lazo de la corbata, retorcióse el bigote, y luego de tocarse con un flamante sombrero de paja, en cuya cinta de seda destacaban los colores nacionales, encendió un habano, sacó un poquito más la punta del pañuelo japonés que asomaba al bolsillo alto de la americana, recogió el palasa, salió a la calleja, y con la arrogancia de un conquistador hizo rumbo hacia el palacio de Cajigales.

Ningún obstáculo se opuso a su entrada en la señorial casona: el portero, hijo del país, que conocía al visitante, indicóle con la más fina de sus sonrisas dónde podría encontrar al señor; respecto a la señorita, era casi seguro que también estuviera en el parque.

Ramonín más bien pecaba de audaz que de tímido; sin embargo, sobrecogióse como si le azoraran la grandiosidad del lugar en que se veía y el paso en que se aventuraba. Titubeó un momento entre volverse atrás o seguir adelante. Resolvióse por esto último al recordar tal vez que de los audaces es la fortuna, y que sería una chiquillada imperdonable no llevar a cabo el designio que allí le conducía.

A buen paso siguió una de las alamedas en que se alineaban añosas cajigas; al llegar a uno de los paseos transversales paróse en seco, encendióse el rostro y dejó caer a tierra el veguero que aprisionaban sus labios.

Acababa de ver a Carmina, gentilmente ataviada con un vaporoso traje mañanero, cuya blancura hacía resaltar el cinturón rojo de seda que caía, en forma de *echarpe*, sobre la falda.

Ramonín siguióla con la mirada hasta que se la ocultó un macizo de rosales. Tentado estuvo de correr a su encuentro, pero optó por lo que creía más perentorio, que era avistarse con el padre.

¡No! ¡No es lo mismo ver los toros desde la barrera que en el ruedo! Pensamiento filosófico-aurino que le acudió a las mientes al encontrarse cara a cara con el indiano, que le acogía con manifiesta frialdad.

Señalándole un sillón cercano al suyo, le dijo:

—Siéntese y dígame a qué debo el placer de su visita.

Ramonín, que llevaba aprendida la papeleta, es decir, rumiados hasta

la saciedad los conceptos de la conferencia, quedóse silencioso, como al que nada se le ocurre o se siente cohibido en extremo.

Espoleado al apreciar lo ridículo de su situación, recobróse al fin: a guisa de prelude, esbozó dos o tres vulgaridades acerca de la rutilísima mañana que hacía. Metido en harina y deseoso de captarse la simpatía del indiano, ponderó exageradamente la casona y el parque, declarando que por su hermosura «quitaban la cabeza». Luego arremetió con el feliz poseedor de tales maravillas, diciéndole:

—¡Hombre, me alegro la mar que sean de un paisanuco tan simpático como usted!

Don Pelegrín oíale con la atención con que oíría llover. Un si es no es receloso el concejal con parecido silencio, que atribuía a pura modestia o afán de que le regalasen el oído, dijo plantándose la diestra sobre el corazón:

—Para mí, y que reviente si me queda aquí otra, es usted uno de los hombres más admirables que he conocido, pues yo sé un rato largo lo que cuesta el salir de la pobreza. Cuando yo empezaba a darme cuenta de lo que era la vida, pensé, como pensó usted seguramente: «Aquí, en el pueblo, nunca serás nada, sino un cascaterones, como tu padre y tu abuelo. Hay que volar y hacerse hombre.» Y a Madrid me marché, y en buena hora lo diga, no puedo quejarme de mi suerte. A fuerza de fatigas y de trabajar como un negro en el negocio del ganado, he reunido unos cuartejos y, lo que más vale, tener una posición que muchos me envidian, porque ya sabrá usted que hace dos años salí concejal.

Y con gran petulancia echó atrás la cabeza y se retorció el mostacho.

Don Pelegrín, que hasta entonces siguió la charla de su interlocutor con una indiferencia desconcertante, dijo sonriéndose:

—Le felicito y me felicito como vecino de Ontaneza.

—¡De Ontaneza, bah! ¡De Madrid!

—¡Pucha! ¿Conque de Madrid nada menos? Pues mi más cumplida enhorabuena.

—Muchas gracias... Se empeñaron los amigos en sacarme concejal, y, la verdad, como para mí era un honor inmerecido, pues acepté.

—Naturalmente.

Abrióse una pausa; don Pelegrín pensaba: «¿Cuándo se largará este pelma?» Ramonín: «Hay que irse al toro.»

—Bueno; pues mi visita, aparte la satisfacción de verle, se relaciona con un asunto de mucho interés para los dos.

—Usted dirá.

—El asunto tiene más importancia de la que usted se figura.

—Nada me figuro, puesto que nada sé, señor; pero si se trata, como parece, de algún negocio, debo manifestarle que desde que me encerré aquí me he jurado no intervenir en ninguno.

—No, no vengo a hablarle de negocios, sino de algo que a usted y a mí nos interesa sobre todo lo de este mundo.

—¡Pucha!... Me pone usted en cuidado, amigo, porque a mí lo que más me interesa es mi Carmina, y supongo que no se referirá usted a ella.

—Precisamente.

Atónito, don Pelegrín quedóse contemplando a su interlocutor: la afirmación le parecía tan inaudita, que insistió, frunciendo el áspero cejo:

—¿A Carmina?

—Sí, a Carmina; y comprenderá usted que yo no me hubiera atrevido nunca a dar el paso que doy, que, la verdad, es definitivo, si no fuera una cosa formal.

—¡Acabemos! ¿De qué se trata?

Fué hecha con tal ímpetu y acrimonia la pregunta, que Pedroche balbució:

—Un poco de calma, don Pelegrín; un poco de calma... Después de todo, lo que tengo que decirle es la cosa más natural del mundo: Carmina y yo nos queremos...

El indiano acogió la declaración con una carcajada tan sonora, que acalló la alegre algarabía de los gorrones que revolaban por sobre las cimas de los castaños.

Ramonín, estupefacto con aquella insólita hilaridad que le mortificaba lo indecible, protestó:

—No vaya usted a creer, como parece, que se trata de un juego de chicos. Carmina, usted mejor que nadie lo sabe, no es ninguna muchacha alocada..., y yo me precio de ser hombre formal. Ella se ha enamorado de mí y yo de ella, y...

—Y yo—interrumpió el indiano—lamento infinito que, a pesar de la formalidad de que alardea, se le haya ocurrido embromarme con semejante tontería.

—¿Tontería?

—De las mayores que he oído en mi vida, y he oído muchas.

—¡Don Pelegrín, ésa es una ofensa!

—Lo será, aun cuando yo creo que las verdades nunca lo son. Oiga usted, por último, y acabemos esta conversación enojosa: mi hija no está enamorada de usted, ni usted le interesa ni le importa un comino. ¿Está claro, señor?

Ramonín púsose encendido como la grana y, esforzándose por no echarlo todo a rodar, replicó:

—Lo que yo digo es tan verdad como el sol que nos alumbra.

—Y aunque lo fuera, que no lo es, que no puede serlo, ¡conoceré yo a mi hija!, no estoy dispuesto a consentir nunca, ¿lo oye usted bien?, ¡nunca!, que la ponga usted en ridículo con su disparatada pretensión. ¡Pucha, no faltaba más!

Al decir esto, levantóse don Pelegrín en actitud descompuesta y amenazadora.

Ramonín abandonó también su asiento, azorado con el sesgo que tomaba la entrevista.

—No veo yo que sea ningún disparate el que nos queramos—replicó trémulo de ira—. Al fin y al cabo, soy un hombre a carta cabal, y ni usted ni nadie tiene que echarme nada en cara. Usted es rico, bien; yo no estoy descalzo, y tan hijo de pobretucos labrantines es usted como yo... Entonces, ¿por qué no puedo yo enamorarme de su hija y su hija de mí?...

—Vuelvo a repetirle que estamos perdiendo un tiempo precioso en hablar de semejante tontería.

—¿Es decir, que se niega usted a escucharme?

—En absoluto.

—En ese caso, ya sabré yo el camino que he de tomar.

—Por lo pronto, ése.

Y don Pelegrín señaló imperiosamente el de la alameda por donde había venido su interlocutor.

—Algún día puede que le pese a usted lo que hoy hace conmigo. ¡Buenos días!

—¡Vaya usted con Dios!

Sofocado de rabia y en una disposición de ánimo verdaderamente deplorable, Ramonín Pedroche giró sobre los talones y enderezó sus pasos hacia el sitio que, con la diestra extendida, le señalaba el millonario.

Siguióle con la mirada don Pelegrín hasta perderle de vista.

Encandecido el semblante, flameándole los ojos y con los puños apretados, entregóse al violento ejercicio de ir y venir a zancadas por la amplia plazoleta. Estos rápidos paseos fueron un sedativo a la furia que le poseía. Serenóse su rostro, dibujándose en él una sonrisa... ¡Pucha, la tontería es contagiosa!... Había tomado en serio la embajada con que le había ido aquel fatuo de Ramonín.

Carmina vió al hijo de *ti Trampucas* en el parque; pero aun cuando el tipo le divertía de un modo extraordinario, esquivó su encuentro. Al verle salir poco después con la cara fosca y con la prisa de quien huye, dirigióse en busca de su padre, impelida de una irresistible curiosidad por saber lo que motivaba la matinal visita de su acompañante en la romería de Villasombril.

El indiano, sosegado ya, entreteníase en leer un diario porteño cuando llegó su hija.

—¿Paseaste mucho, nenuca?

—Como no puedes darte idea, papá. Estoy cansadita de veras.

Sentóse en el sillón próximo al de don Pelegrín.

—Tú también debías imitarme, pasear mucho; te sentaría mejor que estarte aquí quietecito toda la mañana mirando papelotes.

—Verdad es; pero ¿qué quieres? Desde que estoy en la tierra me he vuelto muy comodón. No me negarás que éste es un retiro delicioso, donde se goza de una tranquilidad envidiable.

—Menos cuando viene algún pavo real como el que acaba de marcharse.

—Calla, nenuca, calla, ¡y tan pavo como es ese imbécil de Ramonín!

—Hazme el favor, papá, de tratar con más respeto a su señoría.

—¡Pucha con el concejal! Pues si supieras con la macana que ha venido... Para morir de risa, por más que yo confieso que he tenido la debilidad de indignarme.

—¿Pues a qué vino su señoría?—preguntó, intrigada, Carmina.

—A lo que menos puedes tú figurarte, ni nadie que esté en sus cabales. A decirme, así como suena, que te adora y que tú le adoras.

—¿Yo?... ¡Ja, ja, ja! Pero ese sonso ha perdido la chaveta. ¿Yo enamorada de él?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué fantasía de hombre!... ¿Y tú qué le has dicho al oír semejante pavada?

—¡Eso!, que era una de las mayores tonterías que había oído en mi vida.

—Ahora comprendo por qué salía de casa tan enfurruñado. Pues mira, siento que se le haya ocurrido pensar tal desatino, porque tú no puedes imaginarte lo que me entretenía charlar con él... En la romería de Villasombril me sirvió de caballero acompañante, y no pienso pasar nunca una tarde más divertida, y eso que a veces se ponía algo pesado con lo de los cuartejos que ha reunido a fuerza de trabajar como un negro, y lo de la concejalía que muchos le envidian. ¡Vamos!, ¿quién había de pensar que saldría por donde ha salido?

—Por los cerros de Ubeda, hija... ¡Mayor despropósito! ¿Casarte tú con un botarate así? ¿Darte a ti, que es lo que más quiero en la vida, al hijo de un *ti Trampucas*?...

—¡Bah!, la cosa no merece que te enojés.

—Verdad.

Hubo un paréntesis en el diálogo. Don Pelegrín lo cerró diciendo:

—No se te habrá olvidado que hoy tenemos convidado a comer a Pepe.

Ensombrecióse la faz risueña de la joven, que contestó con displicencia:

—Sí, no lo olvido; hay cosas que no pueden olvidarse: ya di las órdenes.

—Lo dices con un tonillo... Y siento, hija, que te enfades, pues no ignoras el cariñoso interés que tengo por ese joven...

—Oye, papá—interrumpió con viveza Carmina—; según acabas de decirme, lo que más quieres en la vida soy yo, ¿verdad?

—¿Y puedes dudarlo?

—No, puesto que a mí me sucede lo mismo contigo.

—Entonces...

—Queréndome como me quieres, desearás que yo sea dichosa, que esté contenta...

—Naturalmente; mas no comprendo...

—Pues muy sencillo: para ser feliz, para estar alegre, sólo pido no separarme nunca de tu lado, cuidarte a ti solito.

—¿Y quién piensa en lo contrario? Juntos viviremos siempre.

—Pero en la forma que tú quieres nos separarían las nuevas obliga-



ciones que contraería. Además, ya te he dicho, con la sinceridad que debo tener contigo, que eres el más bueno de los padres, que el señorito ese tan meloso me resulta muy antipático...

—¡Bah!, es que no le has tratado aún lo suficiente para poder apreciar sus bellas cualidades.

—¡Qué buenazo eres, papá! ¿Te has fijado bien en el tipo?... Escuchimizado, cargado de espaldas, calvo, lleno de arrugas y de alifafes: ¡un viejo a los veintitantos años! Pues ¿y su vida? La de un ilustre des preocupado que sólo piensa en divertirse y en lucir... explotando el título y dándote sablazos.

—¡Hija, eres terrible! Cierto que no es un Adonis; pero el no serlo no es requisito indispensable para ser un marido excelente. También es verdad que el pobre está a la cuarta pregunta, no por culpa suya, sino de su padre, que no conformándose con ser aquí un gran señor, marchó a los Madriles a hacer papel, arruinándose tontamente. No hay que olvidar tampoco que Pepe ha tenido la misma desgracia que tú: perder su madre cuando todavía era una criaturita. Y, claro, sin el calor de la madre, sin el cuidado del padre, campando por sus respetos, ha venido a ser uno de esos señoritos que sólo piensan, como tú has dicho, en lucir y divertirse... Pero es bueno y se regenerará en cuanto encuentre lo que hasta ahora le ha faltado: cariño. Y conste, hija, que no me da sablazos: lo que yo hago es anticiparle algún dinero a cuenta de sus bienes.

—Bueno, papá; pero, con todo, preferible es Ramonín: éste es un vanidoso que merece disculpa, pues ha sabido crearse una posición trabajando como un negro, según cuenta; mas el otro...

—Eres injusta al juzgarle—interrumpió con cierta impaciencia y acritud don Pelegrín—. Confío, no obstante, en que cambiarás de parecer y satisfacerás uno de mis deseos más grandes...

—Y en complacerte siempre—atajó Carmina—tengo mi mayor alegría. ¿Qué no haría yo por ti?... ¿Verdad, viejito?...

Y, levantándose, acercóse a su padre y, mimosamente, rodeóle el cuello con el rosado nácar de sus brazos.

—¡Zalameruca!

—Vaya, y ahora prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—No volver a hablarme de Pepe ni de ninguno...

—¡Bravo! ¡Encantador!—oyóse una voz aflautada en la plazoleta.

Padre e hija volviéronse rápidamente, encontrándose con la enteca figura de Pepito Cajigales, enfundada en un terno de seda cruda que hacía resaltar aún más el color de acelga de su semblante demacrado.

—¡Qué cuadro familiar tan interesante!—prosiguió—. Buenos días, encantadora Carmina... Se le saluda, afortunado papá.

La joven, disimulando la contrariedad y el disgusto que le producían la presencia de su adorador, dijo con frialdad:

—Buenos días, señor conde.

Don Pelegrín, levantándose, estrechó complacido la aristocrática y descarnada mano.

—Bien venido, amigo.

—Sentiría en el alma ser inoportuno...

Carmina le dirigió una mirada que equivalía a un «¡Muchísimo!»

—¡Por Dios, querido Pepe!—protestó el indiano.

—Pero sólo vine a cumplir el grato deber de saludarles. Y ahora me largo: el undécimo, no estorbar.

—Usted no estorba nunca—replicó Carmen con velada ironía.

—¡Qué disparate!—agregó don Pelegrín—; muy agradecidos siempre a sus atenciones. Vaya, siéntese aquí, a mi vera, o, si usted quiere, daremos una vuelta por ahí, hasta la hora del almuerzo.

—Pero, papá, tal vez el señor conde tenga pensamiento de ir a otro sitio, y en ese caso...

—¡No! ¡A ninguno! En todos me aburriría de una manera brutal, porque en ninguno gozaría como aquí de la presencia de usted, hada de este valle.

—Muy lisonjero, señor conde—dijo, sonriéndose, el hada.

—¡Por favor, Carmina, llámeme Pepe, Pepito, Cajigales, todo menos por el título!

—¿Un cigarro?

Y don Pelegrín tendió al aristócrata la magnífica petaca de piel de Rusia que exornaba el monograma en oro de su propietario.

—Mas no esté de pie, siéntese.

—Obedezco.

Ca igales dejóse caer en el sillón mimbreño con el desmadejamiento de un muñeco de trapo.

—Así me gusta. ¿Y tú no nos acompañas, nenuca?

—Bien quisiera; pero las obligaciones de ama de casa me lo prohíben—replicó con cómico énfasis la joven—. Perdonen ustedes si me retiro.



—¡Oh!, vuelva usted prontito, adorable Carmina, para que la luz de sus ojos disipe las tinieblas en que nos deja sumidos—imploró el condesito, que se sentía aquella mañana un tanto hiperbólico y madrileño galesco.

Y al trasponer la gentil montañesuca la plazoleta, exclamó, tras de un suspiro:

—¡Qué encanto de criatura!... Es usted el hombre más feliz del mundo con tener una hija así, y yo el más desdichado.

—¡Pucha! ¿Qué dice?

—La verdad, don Pelegrín... Yo nunca me dejo llevar de fantasías, sino de realidades, y aquí la realidad me dice que Carmina jamás corresponderá a la pasión que siento por ella.

—Vaya, vaya, no sea pesimista, porque la realidad, como usted dice, debe hacerle confiar, se lo garanto.

—¡Oh, es tan marcada su indiferencia!

—Es su carácter: mi hija, si peca de algo, es de una gravedad impropia de sus años. Además, no ha de extrañarle: aun no ha habido tiempo para que el trato entre ustedes sea más familiar.

—Ojalá sea así—murmuró melancólicamente Cajigales, y continuó:—No puede imaginarse, amigo don Pelegrín, lo triste que me pone pensar que esta ilusión, la más grande de mi vida, no se realice... Es mucha la felicidad que ambiciono, y por eso desconfío de poder conseguirla. Y si no fuera por las esperanzas que usted me da...

—Fundadísimas. Y si no, al tiempo.

Hízose un silencio embarazoso: en conciencia, don Pelegrín sentíase receloso de que aquellas esperanzas se confirmaran tan placenteramente como él hubo de prometerse, y el condesito, por su parte, presagiaba que, a pesar de las razones expuestas por su colocutor, tropezaría con la muralla de hielo que a sus ansias sentimentales opondría Carmina. Esta era la única mujer que realmente le había interesado y hecho entrever venturas de una idealidad insospechada.

Y ya en el terreno de las realidades, las prosaicas realidades que todo



RENAULT puede mantener sus precios económicos a pesar de las actuales circunstancias

PIDAN PRUEBAS Y DETALLES EN LA

SOCIEDAD ANONIMA ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES

RENAULT

MADRID

Dirección, Depósito y Talleres: Avenida de la Plaza de Toros, 7 y 9.
Salón Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.

SUBAGENCIAS

Manuel Angulo, calle de Lista, número 77.
Santiago Mollinedo, calle de Serrano, número 14.

SUCURSALES

SEVILLA: Martín Villa, núm. 8 (en la Campana).
GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.
VIGO: Velázquez Moreno, 14.

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

VENTAS A CRÉDITO EN LARGOS PLAZOS

Ayuntamiento de Madrid

lo empequeñecen, su boda con la rica heredera representaba la liberación radiante de su vida azarosa de aristócrata arruinado.

III

En cavilosas nada lisonjeras sumergióse Ramonín, anheloso de vengar la atroz ofensa que aseguraba haber recibido del indiano y de procurarse el medio de aclarar la situación ambigua en que se encontraba como amador de Carmina.

Por mucho que le cegara la vanidad, su conciencia acusábale de haberse conducido en la ocasión presente con la inexperiencia y el arrebato de un mozalbete, no con la pausa y reflexión de un varón sesudo... Y al entrever que acaso lo que él tomaba por evidentes señales de amorosa complacencia fueran sólo de una trivial simpatía, las hieles del desencanto acibarábanle el pensamiento. ¿Sería posible que él, el hombre ducho y experimentado, «catedrático» en asuntos de faldas, hubiérase equivocado lo mismo que un «pini»? ¿Como la lechera de la fábula habíase dejado llevar de la fantasía al echar las cuentas galanas que había echado?

Tales dudas escocíanle tanto o más que la humillante entrevista con el indiano. A todo evento había que desvanecerlas. Imponíase hablar lo más pronto posible a Carmina, cosa que, si antes de dar el paso que dió parecíale fácil, ahora tenía por hartamente dificultosa.

Tratárase de una de tantas hijas de indiano que, a pesar de su baño de oro, no han perdido la rusticidad de su origen, y no había que titubear: expondríale sus cuitas—si no encontraba oportunidad de hablarla—en una misiva que haría llegar a sus manos sobornando a cualquiera de la servidumbre. Pero con la hija de don Pelegrín había que andarse con pies de plomo: era una muchacha excepcional por su talento, su cultura. Escribirla una carta como la que él imaginaba era empresa superior a sus fuerzas... No, no quería que «ella» se riese de la tosquedad de su estilo, de sus faltas de ortografía.

No quedaba otro mejor recurso que el de hablarla. Y para esto fiáralo a la casualidad, que no tardaría en presentarse, pues Carmina gustaba de pasear por los pintorescos alrededores del pueblo en compañía de una miss Kitty, alta, espigada, de pelo de estopa, nariz de escarlata, sobre la que cabalgaban de continuo unos lentes de oro.

* * *

Ramonín aquella tarde, en vez de acudir como solía al casino o a la tertulia de la botica, dedicóse a recorrer la carretera y a huronear por los caminejos que conducían al palacio de Cajigales.

Al atardecer, rendido de cansancio, descorazonado por no haber visto a la gentil señora de sus pensamientos, retornó a casa, con gran sorpresa de su madre, que, al verle entrar a hora tan desusada, con la cara pálida, sudoroso y jadeante, creyó que venía enfermo.

Ramonín tranquilizó a la buena mujer: iba a tumbarse un rato hasta el momento de cenar, porque venía molido de lo mucho que había andado.

Con el bocado en la boca volvió a salir, y eso que realmente estaba descuajaringado por la trotana de la tarde.

Suave y templada era la noche: la luna, en su plenitud, mostraba su faz de plata en el azul constelado de parpadeantes luceros; el valle iluminábalo con sus resplandores el satélite; la brisa mecía las copas de los árboles y sacudía blandamente los maizales de la vega; el Pas acompañaba a ella su murmurio, sobre el que destacaba el croar de las ranas, el canto de los grillos y el cucu de los sapos.

El concejal dirigióse por los senderos más extraviados hacia la morada de su «dulce dueño». Dábale el corazón que acaso la viese pasear por alguna de las alamedas del parque. Y en tal caso, si no la acompañaba el antipático de don Pelegrín, sería fácil llamar su atención con un discreto siseo.

Desojábase el galán en su huroneo alrededor de la magnífica verja que cercaba la vasta posesión; al recorrer el lado que seguía la margen del Pas e ir a doblar el chaflán que a su terminación formaba el enverjado y en el que se abría una monumental puerta, paróse bruscamente.

Hasta Ramonín llegaba el susurro de un diálogo. Cautelosamente, y amparándose con la sombra del pilarote, miró, y su cara trazó un gesto de supremo disgusto.

A la luz de la luna, que caía de lleno sobre la puerta, vió a Carmina de palique con un hombre que, aun cuando estaba vuelto de espaldas, juraría que era el odiado don Pepito.

Al sorprender el idilio, sintió impulso irresistible de cortarlo de un

modo violento: de liarse, como un gañán cualquiera, a bofetadas con aquel señorituco enteco que venía a robarle la mujer en que él había puesto los ojos.

Pero esto sería una chiquillada. Esperaría pacientemente a que se retirara el condesito... Y cuando estuvieran solos, lejos del palacio...

Achocado al pilarote, lanzó un profundo suspiro de desaliento.

El encontrarse Carmina en aquel sitio «pelando la pava» con el de Cajigales venía a confirmar elocuentemente lo que se susurraba en Ontaneza a propósito del indiano.

En la acalorada mente del que espiaba brotó como un rayo de esperanza la idea tranquilizadora de que tal vez el diálogo de los jóvenes obedecía a una circunstancia fortuita... Era lo más lógico, porque si el padre autorizaba sus relaciones, no iban a hablarse a escondidas en tal lugar. Pero ¿y si únicamente se trataba de una despedida después de haberse paseado por el parque?

Ramonín, paladeando el acibar de los celos, tornó a asomarse y dió un salto atrás, presa de un asombro que desorbitaba sus ojos y empalidecía terriblemente su cara.

Hacia el sitio en que estaba escondido habíase vuelto el interlocutor de Carmina. A la luz blanca del satélite advirtió que no era el conde de Cajigales, sino un joven alto, fornido, de rostro rasurado y que, por sus trazas, parecía extranjero.

Sumido en indecible perplejidad y ocultándose de nuevo, aguzó el oído, por si podía cazar al vuelo alguna frase que le aclarara el misterio de aquella entrevista nocturna. Permaneció a la escucha unos cuantos minutos que se le antojaron siglos; por fin, resonó clara y vibrante una voz varonil que decía:

—*Adieu, my dear!* (1).

—*Don't de long!* (2)—oyó decir a Carmina.

Ramonín, que desconocía la lengua de Shakespeare, hizo un gesto de contrariedad.

- (1) «¡Adiós, amada mía!»
(2) «¡Hasta pronto!»





Siguió un silencio; aventuróse a asomar la cabeza, y advirtió que ya no había nadie en la monumental puerta.

Abandonó su escondite, y a buen paso volvió a desandar el camino a orillas del Pas; entróse en un sendero abierto entre los maizales que daba a la carretera; en ésta, seguramente, encontraría al interlocutor de Carmina.

IV

A Carmina érale profundamente antipático el de Cajigales, sin que pudiera precisar la causa de su aversión, acrecida desde el punto y hora en que don Pelegrín, sin rebozo alguno, apadrinaba las pretensiones amorosas del enteco personaje.

Presumía que si éstas se formalizaban truncaríase su vida, y la felicidad, que hasta entonces fué su más fiel compañera, cedería su puesto a la malaventura.

Su antipatía basábase en lo que en psicología experimental se considera como una forma atenuada del instinto de conservación obrando anticipadamente. No obstante sus penosas presunciones, Carmina, que adoraba a su viejo—como cariñosamente llamaba a su padre—, estaba pronta para el mayor sacrificio que puede exigirse a una mujer, satisfaciendo de este modo una vanidad para ella incomprensible.

Nunca jamás el padre la impuso su voluntad; más bien plegábase ésta de continuo a la de la hija, en su amoroso afán de complacerla.

Ninguna hija tan querida, tan mimada como lo era ella. ¿E iba a contrariarle la vez única en que exponía un deseo que, indudablemente, le inspiraba la felicidad de su Carmina?... ¿Su antipatía no se basaba, acaso, en una idea caprichosa, sin fundamento, que le impedía apreciar las excelencias morales e intelectuales de aquel pobre don Pepito, de aspecto tan mediocre, tan poco grato?

Impelida de su amor filial, habría accedido abnegadamente a ceñir como una corona de espinas la condal diadema, si no estuviera escrito en

las broncíneas hojas del libro del Destino que había de rendirse al veldoso Eros, eterno perturbador de las almas juveniles.

* * *

Carmina, acompañada de miss Ketty, hallábase accidentalmente en la hermosa capital de la Montaña.

Después de hacer las compras que habían motivado su viaje, quiso, antes de retornar a Ontaneza, gozar de la hermosura de la tarde paseándose por la aristocrática playa del Sardinero.

Cara al mar, y sentada en un cesto, tuvo la agradable sorpresa de encontrar a Charito Albornoz, su condiscípula en el colegio de Buenos Aires. Acompañaban a la linda porteña su hermano Pepe y un joven extranjero, alto, de recia musculatura, de facciones enérgicas, ojos negros y vivaces, que contrastaban con su rubia cabellera, que cercaba la frente alta y abombada, reveladora de una inteligencia excepcional.

Tras las obligadas presentaciones, Carmina y la miss formaron corro en la improvisada tertulia. La conversación entre las amiguitas fué muy animada: ¡tenían tanto que recordar de sus inolvidables años de pensionado!

Cercana ya la hora del crepúsculo, la hija de don Pelegrín despidióse de Charito y de sus acompañantes: quería llegar a Ontaneza antes de que cerrase la noche.

* * *

Por vez primera en su existencia, notó Carmina que el latir de su corazón acentuábase en presencia de un hombre, y que las miradas de éste la conturbaban dulcemente.

Aquella noche, alzados los manteles, Carmina salió al parque, y en vez de dar por las alamedas su habitual paseo antes de retirarse a sus habitaciones, sentóse en un banco rústico de una apartada glorieta, hasta la que llegaba el blando susurro del Pas.

Oreaba al espléndido jardín una suave brisa, cuyo soplo ponía un tenue murmurio en las arboledas, acariciadas por el argentado resplandor de la luna.

En aquel deleitoso retiro, libre de testigos importunos, podía entregarse a meditaciones, nunca tan hondas ni tan graves como las que hubo de originar su encuentro en la playa del Sardinero con el amigo de los Albornoz.

Maravillábase con toda la ingenuidad de su alma candorosa del cambio inopinado que se había verificado en ella... Entre los innumerables jóvenes que en su vida de sociedad habíansele acercado atraídos por el encanto de su belleza y... por la plata del viejo, ninguno llegó a interesarla. Escuchó complacida, ¿a qué mujer no complacerían?, los ditirambos que tributaban a su belleza, las frases tímidas o apasionadas en que se vislumbraba a veces, y a veces descubriase, el «ansia de amor».

Y, sin embargo, Enrique Palmer, el extranjero que encontró en la playa, habíala impresionado y atraído desde el primer instante, y su embesamiento duró todo el tiempo que permaneció a su lado.

La atracción, la simpatía tan súbitamente despertada en su alma, el melancólico sentimiento con que hubo de despedirse de Enrique, la insistencia en recordarle, ¿no patentizaban que un afecto hasta entonces ignorado adueñábase de su corazón?...

Encendida en rubor, confesábase enamorada de Enrique.

Ella, como todas las mujeres a las que Eros aún no ha aprisionado, forjóse el tipo ideal del amado, y, por misteriosos designios de la Providencia, encarnábase éste de manera prodigiosa en el desconocido.

Era su figura arrogante, varonil, no la desvaída y afeminada que ahora ofrecen muchos jóvenes del gran mundo; las excelencias de su carácter, de su inteligencia, que Carmina hubo de adivinar desde el primer momento, confirmólas Charito, cuya amistad con Enrique databa de la época en que éste dió en la Universidad bonaerense una serie de conferencias relativas a un nuevo método de curación de uno de los azotes más terribles de la Humanidad: la tuberculosis.

—Ahí donde le ves, que parece un chiquillón siempre alegre y divertido—le informó *sotto voce* la porteña, con un calor y entusiasmo que contrastaba con su característico hablar dulce e indolente—, es uno de los médicos más célebres de los Estados Unidos, un verdadero sabio, ¿no?, que se hará pronto famoso en todo el mundo.

Charito, a la que parecía halagar sobremanera la amistad del joven doctor, enteró a su amiguita—bien ajena del profundo interés con que era escuchada—que Enrique, aprovechando las vacaciones veraniegas, había hecho el viaje a la Montaña para cumplir un piadoso deber filial:

su padre, representante de una opulenta joyería de Nueva York, vino a Santander cuando aún era un niño Enrique; en una de sus excursiones por el interior de la provincia tuvo la desdicha de que el automóvil que guiaba, en un rápido viraje, le lanzara a un profundo barranco, próximo a la carretera. Enrique gestionaba ahora la exhumación de los queridos restos para trasladarlos a Nueva York, al panteón en que también yacían los de su madre.

En resumen: tales fueron las confidencias de Charito; el tono en que las hizo produjo en Carmina una vaga inquietud que aun perduraba. ¿Estaría su amiga enamorada del doctor neoyorquino? Hablaba de él con tan vehemente entusiasmo, que sospechó que Charito era, como ella, víctima de su misterioso influjo... ¿La pretendería Enrique? Al hacerse esta pregunta, la punzada de los celos desgarraba su pecho... No, no debía atormentarse con aquella suposición gratuita. En el noble y franco semblante sólo advirtió hacia la porteña el afecto de un amigo: mirábala igual que a Pepe, su hermano; sus ojos no se posaban en los azulencos de Charito, como por un momento posáronse en los suyos.

Al recordar aquellas miradas, inequívocas para una mujer, la hija de don Pelegrín estremecíase, arrebolábase el nácar de sus mejillas y suspiraba cual si experimentase un alivio indecible, como si dejara de oprimir su corazón el peso de una duda cruel.

Las pupilas de esmeralda claváronse imploradoras en la inmensidad donde titilaban los luceros como diamantes pródigamente esparcidos por ella. En la mirada había una súplica, una plegaria a Aquel que preside el destino de los mundos y de las almas.

Dejó caer entrecruzadas las azucenas de sus manos sobre el regazo, y quedóse inmóvil, extática, sin que los ojos muy abiertos vieran lo que le circundaba. Parecía sumergida en un extraño embelesamiento, del que la sacaron, estremeciéndola, las lágrimas que, resbalando por sus mejillas, cayeron sobre sus manos.

Lloraba al añorar a aquella infeliz Nela, su madre, que, allá a la otra orilla del Pas, dormía el sueño eterno... ¿Por qué no le viviría?... ¿Quién sino ella, en estos momentos en que el espíritu debatíase entre dulces esperanzas y amargas dudas, sabría consolarla, fortalecerla?... ¿Quién sino una madre sabe aconsejar, guiar y defender a una hija?...

* * *

A don Pelegrín traíale maravillado la inusitada actividad desplegada por su hija en aquellos días, la frecuencia de sus viajes a Santander. Ocupábase febrilmente en la magna labor de bordar el manto que el indiano prometiera a la Virgen del Carmen, patrona de Ontaneza por su feliz arribo a la tierra. Y ya era el hilillo de oro o de plata, ya la pedrería, ya tal o cual detalle del bordado, lo que reclamaba la imprescindible visita a las tiendas de la capital, comisiones estas—como gravemente afirmaba la gentil bordadora—que no podían confiarse a los criados.

Miss Ketty, siempre que la señorita pedía el *auto* para «ir de compras», alzaba la vista por encima de los lentes de oro y trazaba un gesto enigmático que destruía por un instante la impasible gravedad de su rostro.

La respetabilísima señora protestaba por manera tan discreta de verse compelida a colaborar en parecida «ficción». La rigidez de su conciencia acusábala de ser hartamente complaciente prestándose a hacer el papel que hacía, autorizando con su silencio los amores de la señorita y del caballero doctor, no porque ofendieran en lo más mínimo los principios éticos de la pudibunda miss, sino por el engaño manifiesto que se hacía al bonísimo y confiado de don Pelegrín.

Lo de las compras era un decoroso pretexto, ya que se realizaban atropelladamente con objeto de disponer del mayor tiempo posible para dar interminables paseos por la playa o, alejándose de ésta, permanecer las horas bobas sentadas en cualquier peñasco, a la vera de Enrique.

Y esto desde el día siguiente a aquel en que hubieron de verle por vez primera con los hermanos Albornoz. La casualidad, que es casi siempre la Providencia de los enamorados, hizo que la señorita y el caballero se encontraran en el mismo sitio que la tarde anterior, pero sin el acompañamiento de los amigos porteños... Fué grande la alegría que los jóvenes recibieron con su improvisado encuentro; la miss, como vieja, maliciosa, sospechaba que el hallazgo, por parte de Carmina, nada tenía de fortuito... Enredáronse a charlar en español, idioma que la acompañante entendía y aun chapurreaba, pero en el que no estaba lo suficientemente familiarizada para seguir un diálogo tan vivo como el que sostenían la montañesa y el yanqui. Por las inflexiones de la voz, por los gestos, por las miradas, comprendió sin gran esfuerzo—al fin, al fin, aunque *carabina* era mujer—que el consabido rapaz de la aljaba y de las saetas dirigía el palique. Y por si le quedara duda de haber interpretado caprichosamente

el *leitmotiv*, a las dos o tres entrevistas, los jóvenes, que se complacían a veces en conversar en la lengua de Milton, cambiaron unas frases que la arrancaron un hondo suspiro, porque evocaban las que, con corta diferencia, hacía muchos, muchísimos años, cambió con su primero y único adorador.

La señorita, que hasta entonces había guardado una reserva mortificadora para la miss, se franqueó, y con todo el jubiloso entusiasmo de su alma enamorada describió la inefable felicidad de que se hallaba poseída. Hizo del amado un panegírico que miss Ketty no consideró fantástico ni exagerado: aquel muchachote, que reía con toda la sinceridad con que ríen los sanos de espíritu y de cuerpo, era el mozo más simpático que ella había visto en sus muchos años; un chiquillo grande, con muchísimo talento, y que, como todo el que es fuerte, era benévolo, y, como todo el que es sabio, era bueno; indudablemente haría venturosa la existencia de la mujer amada, máxime si ésta ofrecía con él tantas analogías en su carácter, inteligencia, manera de sentir y de pensar. Harían una pareja envidiable.

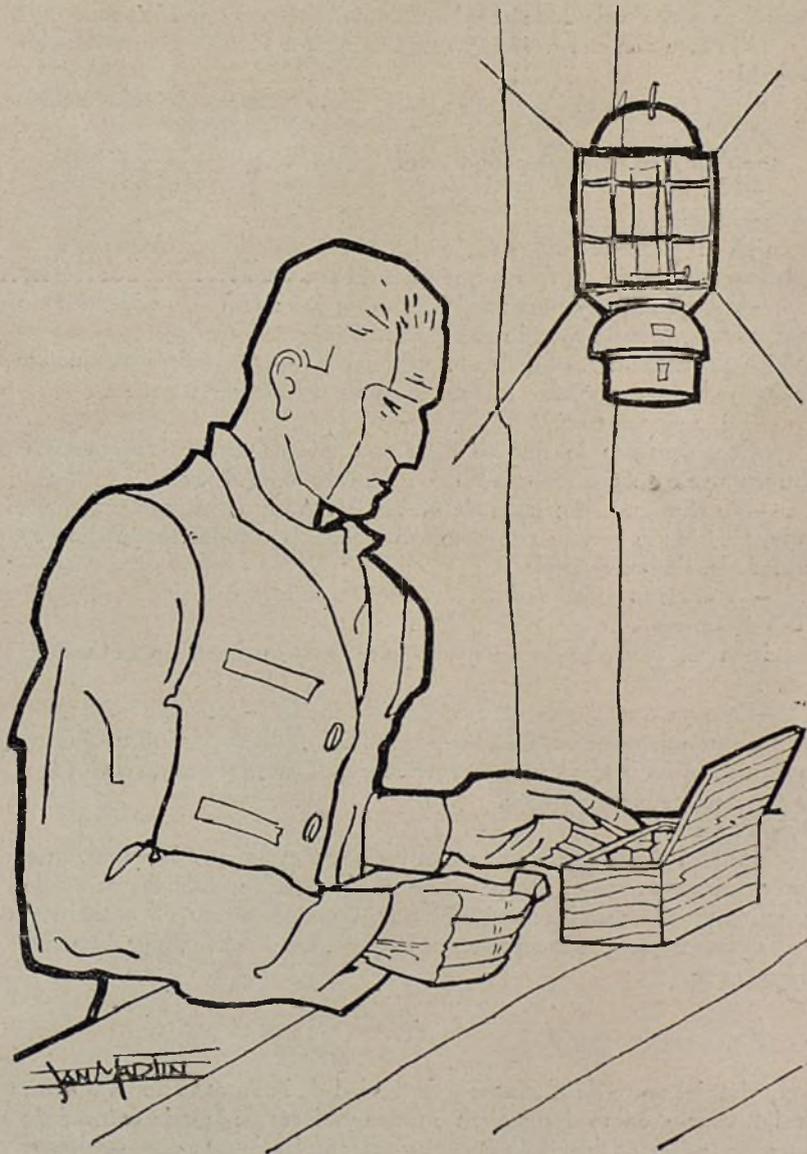
La buena señora, que, sonriente y complacida, escuchaba aquella historia sentimental, guardóse muy mucho de indicar los recelos que le asaltaban de que la ilusión que transportaba en sus alas miríficas a los enamorados a regiones de beatitud trocárase en terrible desencanto una vez que don Pelegrín sorprendiera el idilio. Guardóse asimismo de aventurar ningún consejo a la señorita,

pues nunca amor se aconseja
sino con su gusto mismo,

como se dice en *El vergonzoso en Palacio* y como pensaba la miss, aunque desconocía la comedia de Tirso.

Para no despertar sospechas, que podrían producir efectos desastrosos, Carmina abrió largos paréntesis en sus viajes a la capital.

Convino con Enrique en que se verían en Ontaneza; acompañada de miss Ketty saldría, después del yantar, a pasearse por el jardín, y al claror



de las estrellas platicarían a su sabor en una de las puertas que se abría a orilla del Pas, sitio el más discreto y solitario que podían desear para sus entrevistas.

Enrique, vehemente y apasionado, protestaba de emplear aquel medio que le parecía vergonzoso. ¿Por qué ocultar su cariño? ¿Cometían algún delito en amarse? ¿Ocasionaban algún perjuicio? ¿No eran ambos libres? Al entregarse a su amor, ¿no seguían la ley inmutable que preside este planeta desde que en él hubo un hombre y una mujer?... Estaba decidido a hablar al padre y pedirle su consentimiento para realizar, en un plazo que las circunstancias determinarían, su amoroso anhelo. La única dificultad que podría originar su condición de extranjero, de desconocido para don Pelegrín, la obviaría una de las personas más respetables de la capital: el doctor Saucedo, al que hubo de conocer y tratar íntimamente en Nueva York. Saucedo informaría a don Pelegrín, y si no bastaba su testimonio, acudiría a la vía diplomática, cual si se tratara de un asunto de Estado, por ser el embajador de su país en España antiguo amigo suyo.

Entre complacida y azorada oíale Carmina protestar de lo que ella también protestaba. No se decidía, empero, a manifestar la causa que la obligaba a desear envolver en la sombra lo que debía mostrarse a toda luz. Como su natural sincero se rebelase contra aquel silencio culpable, decidióse, al fin, a confesarle el temor inmenso que amargaba toda su alegría... Seguramente su padre negaría a oírle, por tener decidido casarla con el conde de Cajigales, ente ridículo y antipático, que la fatalidad interponía en su camino.

Enrique, al oír la dolorosa confesión, hecha con lágrimas en la voz, frunció el entrecejo, y tras un breve y angustioso silencio, fijos sus ojos penetrantes en los de esmeralda, dijo:

—Ese obstáculo, que a ti te parece insuperable, no lo es para mí, que sé que me quieres.

—Con toda el alma.

—Imagino que se trata de una de tantas alianzas concertadas por el interés, y en ese caso pronto llegaremos tu padre y yo a un acuerdo... Mi fortuna, y perdona que por primera vez te hable de la vil pecunia, que dicen los poetas, es suficiente para que podamos vivir con toda holgura, y con lujo si se agrega lo que me produce mi profesión. Por lo tanto, tu padre nada tiene que darte, ni nada aceptaré de él para ti.

Dijo esto con tan enérgica entonación, que Carmina exclamó, con movida:

—¡Así te quiero! Pero no se trata, como tú crees, de una cuestión de intereses.

—¡Ah! ¿Pero ese señor no es rico?

—No.

—Entonces...

—A mi padre le guía tan sólo el capricho de que yo sea condesa, de que luzca un título... ¡Ya ves qué vanidad tan tonta!

—Es sorprendente que tu padre, hombre de su tiempo, que ha luchado por la vida, que ha corrido mundo, se deje ganar por esos rancios prejuicios que únicamente pueden impresionar a los pobres de espíritu. De todos modos, tranquilízate. Ese señor conde nos estorbará poco...

—¿Qué piensas hacer?

—Sencillamente lo que se hace con un bicharraco que molesta: ahuyentarlo o aplastarlo—repuso con fiera decisión el joven.

—No, Enrique, no; nada de violencias. Aunque mi padre se halla muy encariñado con su proyecto, yo trataré por todos los medios de disuadirle, de convencerle.

—¿Y si no lo consigues?

—Entonces...

Carmina, aterrorizada de sus propios pensamientos, no terminó la frase.

—Pero ¿a qué atormentarnos de este modo?—prosiguió—. Es casi seguro que mi padre ceda en sus propósitos, siquiera por lo mucho que me quiere... Mientras tanto, prométeme que me obedecerás en todo... Es por nuestro bien, Enrique.

—Prometido.

Continuó el diálogo, que cortó a los pocos momentos la voz de miss Ketty. La buena señora, acercándose pasito a pasito, indicaba con todo respeto a los enamorados que ya era hora de poner punto a la entrevista.

Entrevista que, precisamente, fué la que hubo de sorprender Ramonín Pedroche.

V

El día del santo de Carmina y festividad de la Patrona de Ontaneza, los del palacio, como designaban a los moradores de la casa señorial de Cajigales, quisieron festejarlo espléndidamente: las fiestas religiosas fueron

costeadas por el indiano, el cual hizo entrega solemne de su ofrenda a Nuestra Señora del Carmen: un suntuoso manto, recamado de oro y pedrería, que causó general admiración por su riqueza y el arte exquisito con que Carmina ejecutó el bordado.

En el palacio dióse un banquete en una de las amenas plazuelas del parque. A la mesa de los señores sentáronse, entre otras personas notables de la villa, el cura párroco, el alcalde, don Froilán de la Portilla, don Lucas y... el quisquilloso y entonado don Lope del Carrizal y Calderón; en mesa próxima a la principal hallábanse todas las muchachas que fueron a la escuela con Carmina: delicado obsequio que ésta quiso hacerlas, evocando los cándidos recuerdos de su niñez, cuando era la hija de ti Pelegrín, el peón caminero.

Al final del espléndido *gaudeamus* hubo baile, que duró hasta bien avanzada la noche.

Cuando ya todos los invitados hubiéronse despedido, Carmina, después de dar las buenas noches a su padre, se retiró a sus habitaciones.

Sentíase abrumada de cansancio, ansiosa de reposo; el día había sido de prueba, y durante todo él hubo de esforzarse para representar su papel de ama de casa. Esforzarse, sí, porque, en realidad, la pobre niña experimentó en el transcurso de aquellas horas una vaga melancolía y una inquietud extraña; el jubiloso ambiente que la rodeaba parecía oprimirla dolorosamente, cual si en él advirtiera el presagio de una desgracia inmediata. Quería aturdirse, desechar sus tristes presentimientos, y sus ojos buscaban, como un refugio tranquilizador, los del padre. Y en ellos no encontraba la apetecida paz para su alma, sino un motivo de mayor desasosiego: nublábalos aquel día, como en otros muchos, una tristeza infinita, cuya causa preocupábala, ya que no acertaba a comprenderla.

El espíritu de la joven, ausente de la fiesta que se daba en honor suyo, cabalgaba en alas de la fantasía por los sitios donde suponía encontrábase el amado; en él reconcentraba su pensamiento, sin que fuera parte a distraerle los continuados obsequios, las frases «madrigalescas» del condesito de Cajigales, que, como pretendiente, creíase en el deber ineludible de no separarse un punto de su dama, empalagoso asedio que a ésta mortificaba sobremanera.

Carmina tocó el timbre, y a los pocos momentos apareció la doncella.

—¿La señorita quiere acostarse?—preguntó.

—No, Neluca; no tengo sueño. Puedes retirarte a descansar.

—Que la señorita pase buena noche.

—Gracias, mujer.

Retiróse la doncella, y Carmina se echó sobre los hombros un chal.

Sigilosamente salió a la galería, y en vez de bajar al parque por la escalera principal, lo hizo por una de servicio.

Ya en el jardín, deslízase con toda rapidez y como una sombra por las alamedas, esquivando la claridad de la luna.

No advirtió que otra sombra la seguía a prudente distancia, amparándose en la oscuridad de la arboleda.

En la puerta que se abría a las márgenes del Pas estaba Enrique.

Trémula de emoción, de alegría, la joven hizo girar el pesado postigo, y su grácil figura ofrecióse en el umbral, vivamente iluminado por el satélite.

Las manos de los novios estrecháronse con gran efusión.

—Creí que no venías ya—murmuró Enrique, con acento de dulce reproche.

—Fuéronse tan tarde los convidados, que supuse que ya no estarías; pero el corazón me aconsejó que viniese...

—Y acertaste al seguir su consejo. ¿Cómo iba yo a dejar de verte en este día, para mí el más encantador de todos desde que te conozco?

—¡Adulador!... ¡Y si supieras qué triste lo he pasado!...

—Me lo imagino, porque yo también he tenido hoy el humor negro.

—Nunca me sentí tan apenada. No estabas tú a mi lado. Además, sin saber por qué, he tenido una inquietud terrible, como si fuera a sucederme alguna desgracia.

—¡Bah, nerviosilla!—replicó, en tono festivo y sonriéndose, Enrique—. Esas son imaginaciones producidas por exceso de felicidad... Sí, no pongas cara de asombro: a mí me ocurre lo propio, a pesar de ser un hombrecito y, por añadidura, doctor; me atemoriza verme tan feliz con tu cariño, y me entra una aprensión terrible... ¿Qué podemos temer?

—No, nada, ya lo sé; es una niñería entristecerse así; pero la idea no se aparta de mí un momento..., es decir, sí: ahora...

—¿Lo ves?

—A tu lado pienso que nada malo puede ocurrirme... ¡Lo que te quiero, Enrique mío!... Todo el día he estado acordándome de ti... y besando la medalla que anoche me diste, y que nunca se separará de mí... ¡Mírala!—y mostró, pendiente de una cadenita de oro que ceñía su cuello, el círculo de nácar, orlado de perlas, donde aparecía en relieve la imagen

de la Virgen del Carmen—. Lo único que siento es que no pueda decir a todo el mundo que tú me la has regalado... Mi padre me ha felicitado, ¡asómbtrate!, por mi buen gusto. ¡Si él supiera!...

—Ya haremos por que lo sepa, y pronto, pues cuantos más días estemos en esta incertidumbre más retrasamos nuestra...

Un ¡ay! de indecible angustia interrumpió a Enrique y azoró a Carmina, que, densamente pálida, preguntó con voz entrecortada:

—¿Has oído?

—Sí; ahí, en ese paseo.

La joven volvió la cabeza hacia el sitio que indicaba su interlocutor.

En medio de la alameda, e iluminado por la luna, había un hombre caído.

—Sí, allí está—balbució, espantada.

Ya Enrique había franqueado el postigo, y avanzaba junto a Carmina hacia el que parecía como muerto.

Carmina detúvose a dos pasos de él, y lanzando un grito ronco, de supremo dolor, de sorpresa infinita, cayó de rodillas.

—¡Padre!... ¡Padre de mi alma!—sollozó.

* * *

Ramonín Pedroche, a quien tan impensadamente cayéronse los palos del sombrero con la escena nocturna que sorprendió en la puerta del parque, estuvo varios días perplejo, en lucha consigo mismo: la rabia de ver por tierra las gratísimas ilusiones que se había forjado espoleaba su amor propio hasta el punto de creer que se hallaba en el ridículo más espantoso que hombre alguno podía encontrarse, y del cual era menester librarse con una terrible venganza. Pero ¿cómo? ¿Con qué derecho ni razón arrogábase el papel de ofendido, si, al fin y a la postre, todo hubo de fundarlo en fantasías y no en realidades?... Había estado de sobra remiso: desde el primer momento debió declararse a la hija del indiano, y otro sería ahora el cantar, pues ni por asomo ponía en duda que «ella» estaba locamente prendada de él.

Lo sucedido era de esperar: otro habíasele anticipado, y Carmina, despechada, le aceptó para darle en cara. ¡Si conocería él a las mujeres! Y casi se alegraba de que un desconocido se interpusiera de aquel modo subrepticio y desbaratara los proyectos del indiano y del imbécil de Cajigales.

Después de mucho rumiarlo decidióse a llevar a cabo su «venganza», más por castigar el bochorno que debía al padre que por la «deslealtad» de la hija.

Y como la ira siempre fué mala consejera, a Pedroche no se le ocurrió cosa mejor que emplear el arma que emplean los ruines y los cobardes: el anónimo, y por tan reprobable medio enterar a don Pelegrín de las entrevistas nocturnas de su hija con «un joven sospechoso».

El indiano rasgó coléricamente el papelucho.

Pero, pasados los primeros instantes de indignación, hubo de asaltarle la duda de si tendría algún fundamento lo que a la legua advertíase dictado por el despecho, y hasta supuso que Ramonín, al que despidió con cajas destempladas, podría ser el autor de la denuncia.

¿Por qué Carmina no habría de tener a escondidas suyas relaciones con un joven, fuera o no «sospechoso»? Razón había para que se ocultara de quien imponía su autoridad para torcer su natural inclinación.

Todo el día—precisamente el de la fiesta onomástica de su hija—fué presa de la incertidumbre, siempre más conturbadora que la evidencia.

Aquella noche, al despedirse de la nenuca, tenía decidido vigilarla y aclarar la duda que le torturaba.

Como una sombra, protegido por la oscuridad, la siguió hasta la puerta del parque.

Al comprobar la certeza de lo que denunciaba el anónimo, experimentó un desaliento enorme, no por el hecho en sí, sino por considerar que ya no inspiraba a su hija la confianza que siempre hubo de inspirarla.

Sus ojos de miope escudriñaron desde el álamo que le servía de escondite el punto donde se encontraban los enamorados; quería ver al «sospechoso» para quien se abría ahora el corazón de Carmina más sinceramente que para él. Durante algunos minutos no logró su deseo; impedíasele la joven, que, volviéndole la espalda, le ocultaba la cara de su interlocutor.

En un brusco movimiento que la nenuca hizo, don Pelegrín vió, a la pálida claridad de la luna, el rostro del galán.

Entonces ocurrió algo insólito, espeluznante: el indiano, cual si fuera atraído por una fuerza misteriosa, salió de su escondite y plantóse en medio de la alameda, con los brazos extendidos hacia Enrique, mirándole un momento con los ojos desorbitados, el semblante espantosamente

demudado; luego, tambaleándose, como ebrio, cayó en tierra, lanzando un ¡ay! de suprema angustia.

* * *

Una impresión moral terrífica produjo en el indiano la vista de Enrique; una tremenda alucinación del espíritu que se ve sorprendido y, sin raciocinar, se entrega a lo sobrenatural y quimérico.

Para comprender el doloroso estado de alma, el choque violento de que fué víctima don Pelegrín, hay que retroceder a la época en que era peón caminero, y en la que alegraban su hogar las risas de Nela y de Carmina.

Humilde, tal vez monótono, era el vivir suyo, pero plácido y risueño; sólo turbaba su inquietud el anhelo que le acuciaba—dejara de ser monañés—de hacer fortuna allende los mares.

La desdicha, que siempre ronda, envidiosa, los hogares felices, penetró en el suyo, y en contados días su adorada Nela hizo el viaje del que jamás se torna, sumiendo a Pelegrín en negra melancolía, de la que el tiempo y el cariño de Carmina hubieron de curarle.

Una tarde de invierno, triste y desapacible, cercano el oscurecer Pelegrín trabajaba en la recomposición de la carretera, en un lugar solitario; sonó el toque de una bocina, levantó la cabeza, y vió venir a toda velocidad un automóvil. Gruñó una maldición contra los que tan desafortunadamente caminan, y, por precaución, apartóse a la cuneta.

Pasó el *auto* como una exhalación; siguióle con torva mirada el peón caminero, y, aterrado, observó que, al llegar a un recodo, y debido, sin duda, a un rápido viraje, daba la vuelta de campana y lanzaba a su ocupante al barranco que se abría junto a la carretera.

A todo correr dirigióse al lugar de la desgracia. El *auto*, destrozado, empezaba a arder. Pelegrín asomóse a la hondonada: el infortunado viajero hallábase caído entre unas piedras. Trató de socorrerle. Trabajosamente pudo llegar hasta él; pero, aterrorizado, advirtió que ya nada podía hacerse si no era avisar al alcalde, la única autoridad de Ontaneza, para que dispusiera el levantamiento del cadáver.

Iba a trepar hacia la carretera, cuando descubrió, no lejos del muerto, una cajita estrecha, forrada de piel negra, que semejaba un estuche; recogióla y trató de abrirla; al notar que estaba cerrada, encogióse de hombros y la guardó en el bolsillo de su chaquetón.

En la carretera dió con la pareja de guardias civiles, a la que contó lo ocurrido; la pareja encaminóse a toda prisa al lugar del accidente.

Por los documentos que contenía la cartera del infeliz automovilista, vino en conocimiento de que se llamaba Guillermo Palmer, tenía treinta años, era natural de Nueva York y comerciaba en joyas; halláronse también en la cartera billetes de Banco y cheques por valor de unos seis mil dólares.

Pelegrín, que asistió a la lúgubre diligencia de levantar el cadáver, volvióse a casa impresionado; apenas si habló dos palabras durante la cena; después que Carmina se hubo acostado, dispúsose a apagar la lumbre que ardía en el llar e irse también a la cama.

Pero quedóse parado en medio de la cocina: su diestra acababa de tropezar con la cajita que guardaba en el bolsillo del chaquetón.

No se había vuelto a acordar de ella, preocupado con las emocionantes escenas presenciadas; la sacó del bolsillo y fué a dejarla en el vasar, con intención de entregarla a la mañana siguiente al alcalde, pero quebró el buen propósito la curiosidad de saber lo que encerraba aquel estuche que seguramente no valdría la pena de ser devuelto.

La minúscula cerradura estaba echada; tras varios tanteos para abrirla, impaciente ya, hizo saltar la tapa con un recio cuchillo; el estuche dividíase en varios compartimentos, y en cada uno de ellos había una determinada clase de piedras preciosas.

Tan insólito contenido dejó a Pelegrín suspenso.

Sentóse a la tosca mesa de pino, alumbrada por la viva luz de una lámpara de carburo adosada a la pared. Volcó con mano trémula sobre el tablero el valioso muestrario: brillantes, rubíes, zafiros, perlas, turquesas, ópalos, esmeraldas; deslumbrábanle las infinitas irisaciones, destellos y resplandores, y ansiosamente palpaba el brillador tesoro... Valía una fortuna... Y prendióse en su pensamiento la idea de que tales piedras, que sólo servirían para satisfacer caprichos y vanidades de ricos, podrían satisfacer el anhelo de toda su vida: irse a América, pero no como un pobre, tuco, con los bolsillos vacíos, sino repletos de dinero; vislumbraba, enardecidas su ambición y su fantasía, realizados los proyectos que desde hacía años bullíanle en el magín, y con los cuales prometíase hacerse un potentado.

Pero... «aquello» no era suyo. La conciencia decía que estaba en la obligación de devolverlo... Mas ¿a quién, si su poseedor había muerto? .

¿A sus herederos?... ¡Bah! ¿Acaso éstos lo necesitaban?... Seguramente no; en la cartera del desdichado automovilista habíase encontrado una cantidad que acaso sobrepujaba a lo que pudieran valer las gemas... ¿Sabían ellos, tal vez, que éstas las poseía el causante?... Y últimamente, si él, Pelegrín, no las hubiera encontrado por casualidad, si la cajita, en lugar de caer junto al muerto, fuera a perderse en lo hondo del barranco, donde nadie la viera... ¿No era gran pecado quedarse con «aquello»?—argüía sofisticadamente, fija la mirada en las piedras que le atraían, cegándole los ojos del cuerpo y del alma—. Dios había dispuesto que él se las encontrara, más aún, que se olvidara de ellas en el momento oportuno en que debió hacer su entrega a las autoridades... Ahora era posible, casi indudable, que si las devolviese recelaran de él e imaginasen que se había quedado con la mejor parte. ¡Es tan maliciosa la gente! Mientras que no presen-tándolas, nadie podría poner en entredicho su honradez, que exaltaba la circunstancia de que se encontrase intacta la cartera del muerto.

Después de guardar el precioso contenido del estuche en el fondo de un arcón, acostóse Pelegrín.

Y mientras afuera, en la noche tenebrosa, ululaba, pavoroso, el ábrego y aullaban los lobos hambrientos que bajaban de sus inhóspitas guaridas al valle, revolvíase insomne en el lecho, poblada la mente de múltiples pensamientos que giraban en torno del fabuloso hallazgo que le deparó la casualidad.

Rendido al fin, cerró los ojos; su imaginación, sobreexcitada, prosiguió su labor haciéndole soñar, por manera confusa y dislocada, con el trágico suceso de aquella tarde, con la ahumada cocina de su hogar que resplandecía de un modo fantástico iluminada por el centelleo de miles y miles de brillantes, de turquesas, de esmeraldas, de rubíes, que, como prendidos en negro tul, esmaltaban las hollinientas paredes, sobre las que batía su resplandor la llamada de las árgomas que ardían en el llar... Y, cosa estupenda, maravillosa, la escena trocóse de pronto en el interior de la iglesia de Ontaneza, y en ella veíase la santa imagen de Nuestra Señora del Carmen, Patrona de la villa, no como se ofrecía a la contemplación de los fieles, con un pobre y deslucido manto de terciopelo blanco, ceñidas las sienes con una humilde corona de metal, sino ataviada con un riquísimo y deslumbrador manto recamado de pedrería y una refulgente corona exornada de perlas... Y a él, a Pelegrín, debía-se trueque tan portentoso.

Y pasó un año y otro año, y Pelegrín seguía en su oficio de peón caminero, haciendo la vida que siempre hizo, lamentándose de su escasa suerte, que le impedía pasar el charco en busca de horizontes más propicios a redimirle de la pobreza.

Era montañés y era ladino; sabía que el tiempo, que todo lo borra, borraría en sus conterráneos el recuerdo del trágico fin del extranjero. Únicamente, alguna que otra noche, de tarde en tarde, y después de cerciorarse de que nadie podría sorprenderle, sacaba del arcón las valiosas gemas, y agrupándolas sobre la mesa, contemplábalas, no con la estúpida complacencia de un avaro, sino con la íntima satisfacción del guerrero que contempla las armas en las que fía su triunfo; en aquellas piedras cifraba su poderío para lo por venir.

Arriesgóse, por último, y en Bilbao pignoró algunas, las de menos mérito y valor; con lo que le dieron por ellas y con el producto de la venta de su casaca tenía lo suficiente para trasladarse con su hija a Buenos Aires, donde pensaba realizar con discreta parsimonia el resto de la pedrería, en tanto hacíase al país y a la nueva vida en la tienda de comestibles de su hermano.

Un buen día anunció a amigos y conocidos que éste había mandado llamar.

Después...

Asociado al hermano, transformó la tienda en un almacén importante, supo aprovecharse de la gran guerra, y su espíritu emprendedor, de negociante, columbró formidables empresas en las que le acompañó la suerte; fundó una casa de banca, y en poco más de tres lustros que permaneció en la Argentina, reunió un capital fabuloso.

Desde que se vió rico y encumbrado como él, a pesar de sus miras ambiciosas, no pudo imaginar nunca, entróle la comezón de regresar a la madre patria, de volver a Ontaneza.

Más que el amor al terruño, que se acendra en proporción a la distancia y al tiempo que de él nos separan, impélfale esa atracción inexplicable que sienten los que han cometido algún delito hacia el lugar en que lo realizaron.

A medida que transcurría el tiempo y que acrecían sus riquezas y los

placeres que éstas podían proporcionarle, sentíase más melancólico, y a veces, muchas veces, cuando todo ofrecíasele risueño, próspero, envidiable, invadíale una murria invencible, que su hija, cuantos le rodeaban, atribuían a añoranza de la tierra, a penosos recuerdos familiares; era el remordimiento el que turbaba todas sus alegrías, todos sus goces.

Había asentado sobre la base de un hecho reprobable su porvenir..., y el pobre automovilista que cayó para no levantarse más en un barranco de Ontaneza aparecíasele inopinadamente, y las gemas, desparrramadas por la mesa de pino de su primitivo hogar, veíala en sueños, pero sin los deslumbradores cambiantes de luz, sino con rojas refulgencias, cual si todas ellas hubiéranse convertido en sangrientos rubíes.

Ya instalado en el palacio de Cajigales, fué para Pelegrín más continuada e intensa su angustia, su zozobra. Sólo una vez se atrevió a pasar por el sitio donde encontró la muerte el extranjero, y juróse no tornar jamás; tan profunda y terrible fué la impresión que experimentó al evocar lo pasado.

Alucinado con el singular parecido que existía entre Enrique y su padre, Pelegrín creyó, al verle, como le vió, de improviso, a la claridad de la luna, que era «él», «el muerto», quien conversaba con Carmina, y aterrado tendió hacia el «aparecido» las manos imploradoras. Quiso avanzar y no pudo; desplomóse como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

VI

Entre la vida y la muerte estuvo el indiano varios días postrado en cama. Carmina, sobreponiéndose a su inmensa pesadumbre y al quebrantamiento físico, no se apartó ni un solo instante de su cabecera, cuidándole con una solicitud y cariño ejemplares.

Enrique utilizó cuantos recursos le sugerían sus excepcionales dotes de patólogo para salvar al paciente. Don Lucas, el médico titular, llamado desde los primeros momentos, afirmaba entusiasmado que lo hecho por el doctor neoyorquino era sencillamente asombroso, y con toda sinceridad proclamábale maestro; él, a su lado, y a pesar de haber encanecido en la profesión, era un pobrecito aprendiz.

Ni Carmina ni Enrique se explicaban la causa del ataque apoplético sobrevenido a don Pelegrín, pues, racionalmente, no debían atribuirlo a la impresión moral que pudo recibir al sorprender su diálogo. Para Enrique era indudable que una predisposición orgánica, acelerada por un motivo que se escapaba a su penetración médica, había determinado la fatal coincidencia de que el accidente se produjera en el momento en que, indignado, furioso tal vez, se dirigía hacia los enamorados.

A propósito de la enfermedad del indiano corrieronse por Ontaneza



los rumores más absurdos y contradictorios. Ramonín Pedroche, aunque experimentaba la inquietud natural de quien procede torcida y alevosamente, estaba satisfecho de ser el causante de lo ocurrido y daba rienda suelta a su rencor y a su fantasía; afirmaba, como si hubiera sido testigo presencial de la escena, que el indiano cayó redondo al sorprender a su hija en un rincón del parque, abrazada al sinvergüenza del «americanito». En la tertulia de la botica, y regodeándose con lo picante de la invención, soltó el cuento, y quedóse de una pieza ante el enérgico mentís de don Lucas, que, indignado, protestó de fábula tan grosera y estúpida: el «americanito» era persona que merecía los mayores respetos y consideraciones. El ignoraba si Carmina y el doctor eran novios; pero si lo fuesen, ya podía Pelegrín bendecir su buena estrella y darse con un canto en los pechos con tal noviazgo.

El condesito de Cajigales no atribuía a lo que Pedroche la causa del accidente; más bien a haber extremado la víctima los placeres de la mesa, junto con el arrebatamiento que debió producirle encontrarse a la niña de palique con un desconocido, en hora y lugar tan sospechosos.

Don Pepito, al enterarse de quién era su rival, sobrecogióse, no obstante contar con la promesa formal que, poco antes de ocurrir el deplorable acontecimiento, había hecho Pelegrín, de que su hija le aceptaría por esposo, de grado o por fuerza. Y Pelegrín era hombre enérgico y esclavo de su palabra. Seguramente lo que se decía del noviazgo de Carmina era una de tantas hablillas de comadres, pura chismografía; a lo sumo, un inocente *flirt* o coqueteo, dicho en romance. Aun en la hipótesis de que fuera algo más serio, ya se encargaría el padre de arreglar las cosas a gusto suyo y de su candidato, el cual no estaba dispuesto a renunciar al mirífico porvenir que entreveía casándose con Carmina, porque ésta «loqueara» un poco con un «doctorcillo de extranjis». Cajigales estaba muy por encima de todas estas pequeñeces y flaquezas; era hombre de su época, exento de prejuicios.

Y con mortal impaciencia aguardaba a que se restableciera su futuro papá suegro y solucioara aquel conflicto que la prosaica realidad enlazaba con el más vulgar y perentorio que en el aristócrata producía su inopia. a~udizada de un modo alarmante.

* * *

Había llegado para Carmina el momento tan temido y anhelado de afrontarse con su padre y plantear el inevitable tema de sus relaciones con Enrique.

Cuando don Pelegrín, que se encontraba sentado en un sillón cerca del ventanal, por el que entraba en el suntuoso dormitorio la reidora claridad de la tarde, dijo con dulzura que impresionó a la joven:

—Siéntate aquí, hija mía, a mi lado; tenemos que hablar de cosas muy graves.

Sintió latir más de prisa su corazón y que un súbito calor encendía su rostro; receló, angustiada, que la conferencia había de ser tormentosa, ya que ella procuraría defender con todo respeto, pero enérgicamente, su felicidad amenazada.

Y no obstante, ni un reproche, ni una palabra dura, ni un gesto de enojo rompió la apacibilidad en que se encauzaba el interesante diálogo.

Con frases alentadoras, que encubrían una mal reprimida ansia, sin apartar un punto los ojos de su hija, don Pelegrín instábala a que le refiriese con todo detalle las circunstancias que determinaron su conocimiento con el joven doctor, la historia de sus amores, y muy especialmente cuanto se relacionaba con aquel «desconocido», a quien le debía la vida y el que le robaba el cariño de su hija bien amada.

Trémula de emoción, empurpurado el rostro, brillantes las esmeraldinas pupilas, la enamorada satisfizo a cuantas preguntas hacía aquel que ella supuso había de someterla a un severo interrogatorio, como juez ofendido, y que, sin embargo, ofrecíasele cual padre que platica amorosamente con su hija, alentándola y confortándola con frases de infinita ternura.

Después de trazar el retrato moral del amado, de ponderar las excelencias de su talento y enunciar los altos propósitos que le animaban para lo por venir, que presentábasele brillante y halagador, y de asegurar con

toda la ingenuidad de lo que dicta un afecto hondamente arraigado, que «ella» sería con «él» la más venturosa de las mujeres, don Pelegrín quedóse un momento como abstraído, cual si se entregara a una meditación obsesionadora; luego, acariciando la sedosa crencha de Carmina, preguntó, con acento tan extraño, que ésta se sobrecogió, mirándole azorada:

—¿No será esa felicidad que te prometes con «él» un ensueño de chiquilla?

—No, no es un ensueño; me lo dice el corazón, que nunca engaña.

—Tal vez pudiera engañarte—insistió el padre.

—¡No, no! Podría jurarlo—protestó con vehemencia la hija.

—Bien. ¿Y estás segura de que te quiere tanto como tú le quieres?

—Tan segura estoy de su cariño como del tuyo.

—Entonces, ¡bendito sea Dios!... Haz el favor de llamar a Enrique.

—¿Llamar a Enrique?—repitió la joven, enajenada de gozo.

—Sí; llamarle.

Cuando Carmina traspuso el umbral, don Pelegrín refregóse con el dorso de la mano los ojos nublados de lágrimas... ¡Lloraba!... Hacía años, muchos, que no sintió el alivio de unas lágrimas tan bienhechoras como aquéllas... Una inmensa alegría invadía su alma. ¡Loado sea Aquel que todo lo puede, que le redimía por manera tan providencial, que libraba su espíritu de la carga, de día en día más penosa, del remordimiento! Pesábale lo mismo que plomo, hasta que su hija había confesado sus amores y héchole saber quién era el que los inspiraba... ¡El hijo del extranjero al que él había robado y al que debía su fortuna, todo cuanto era!... Y al pensar que ahora podría restituir lo hurtado, cancelar su deuda, que su conciencia, satisfecha, no alzaría ya su voz acusadora, que atormentaba su vida, que amargaba todas sus alegrías, el indiano dió un suspiro de inefable consuelo.

Al ver entrar a Enrique con Carmina, dijo, procurando ocultar el gozo, la emoción de que estaba poseído:

—Acérquese usted, Enrique.

—Carmina ha dicho que usted me llamaba...

—Sí, para darle un abrazo. Abrácame usted como abrazaría a su padre.

El joven, tiernamente conmovido, tendió los brazos al indiano, diciéndole con acento que revelaba su profunda emoción:

—Y usted téngame por hijo. ¡Cómo pagarle tanta felicidad!...

—Queriendo siempre mucho a mi nenuca.

* * *

Disponíase el de Cajigales a visitar a don Pelegrín para felicitarle por su mejoría, cuando hubo de saber, con indecible sorpresa e indignación, que el que él llamaba despectivamente «doctorcillo de extranjis» había ganado la voluntad del indiano con tan pasmosa rapidez y eficacia, que ya se anunciaba su próxima boda con Carmina.

Un mal pensamiento cruzó por la acalorada mente del aristócrata. ¿Sería verdad lo que él hasta entonces había creído un cuento de comadres? ¿Habría llegado a tal extremo la intimidad de los novios, que Pelegrín, obligado por las circunstancias y para evitar mayores males, accedía a casarlos?

Don Pepito, más enrabiado aún con semejante sospecha, tronó iracundo y juróse desbaratar la proyectada unión. No tenía más que pro- vocar un desafío; pero al enterarse de que su adversario tiraba a las armas de un modo formidable, se achicó hasta el punto de no pasar ni por los alrededores del palacio, para esquivar el encuentro con el «doctorcillo».

En el casino encontróse con Ramonín, y por aquello de que la común desgracia une aún a los más enemigos, pusieronse ambos a charlar del acontecimiento que era la comidilla de Ontaneza.

Pedroche, gravemente, declaró al condesito:

—Engarzada en brillantes habían de darme esa niña, y ¡pa el gato! ¡A cualquier hora el hijo de mi madre iba a casarse con una mujer que así se deja besar de los hombres!...

—Pues lo que es yo—dijo a su vez el desmirriado aristócrata—, a pesar de cuanto se ha dicho por el pueblo, nunca me habría casado con la hija de un peón caminero... ¡Todavía hay clases, amigo Pedroche!...

—F

N

Dibujos de San Martín

Las artes del libro bibliografía y decoración.

Más que una joya vale un libro. Más que un rosal una biblioteca, dé hojas que no se marchitan ni descaecen. Joyel y fragancia, riqueza y belleza, panal y abeja, el libro es la cifra y suma de todas las galanías selectas del espíritu; la ejecutoria limpia y noble de la superioridad humana. Vale tanto como acercarse a Dios, que es la sabiduría eterna y que para perpetuarse entre los hombres apeló a los Libros. El monumento a que tiende la Christiandad, Biblia—Libro—se llama como ideal supremo.

Así, si es religión y nutricio, razón vital y jerarquía altísima, el libro debe tener un culto. Y tanto como un rito, la bibliografía debe ser una de las bellas artes

Nada debiera merecer tanto el amor y el cuidado del hombre como el libro, que es la señal de su inteligencia y el vínculo de su soñdaridad, verbo



con alas, “campana que anda”, verdad que persuade y consuela, arma que triunfa, fragancia que no se evapora, flor que no se marchita...

Será, pues, siempre nobilísima toda tentativa por mantener las artes suntuarias del libro en el más alto grado de perfección y esplendor. El amor al libro, el gusto por el libro bello son en sí mismos razones de aristocracia.

Ejemplo de lo que puede llegar a conseguirse en la ornamentación de un libro son las aguafuertes que para la interesante obra de J. L. Vaudoyer *Les Papiers de Cléonthe*—editada en París—ejecutó el gran artista Mariano Andreu. De un rarísimo refinamiento técnico, estas ilustraciones del pintor catalán poseen el encanto que un crítico famoso ha atribuído a las obras de Andreu al decir que tienen “asociaciones plásticas imprevistas, extremadamente libres, fantásticas, en nostálgica alianza de la vida actual y la pasada”. Este prodigio bibliófilo—del que reproducimos una muestra bellísima—constituye un magnífico ejemplo y una lección magistral.

Al fin y al cabo, las artes santuarias del libro y su cultivo y esmero son casi imperativamente un deber de la civilización.

Honramos también estas páginas con un dibujo de Mariano Andreu, no destinado a la decoración libresca, y en el que campean exquisitas las cualidades eminentes del artista.



arte moderno

carmen



Cuajadas con elementos de eternidad las criaturas artísticas, por lo mismo que alcanzan categoría de arquetipo, son como síntesis en que se condensan y palpitan mil interpretaciones. Así acontece, por ejemplo, con *Carmen*. Acertó Merimée a plasmar en ella algo menos, pero algo más que una España pintoresca y fragmentaria. *Carmen*, en el brio juncal de su morenez bravia, en el apasionante ardor apasionado de su vitalidad, en la patética predestinación de su trágico fatalismo, evoca un tipismo que tiene levadura de universalidad. Es la encarnación de las pasiones puras y libérrimas que transmutan el instinto en temperamento. *Carmen* es tragedia, pasión, fatalidad, y en torno a ella, una vaga pero implacable coincidencia de hondos motivos raciales, una escenografía de lo pintoresco, en la que relampaguea, exaltada y como transfigurada, la esencia misma de la humanidad. He ahí la *Carmen* que ha estilizado en esta página con ágil soltura densa y evocadora el arte de Augusto.

La luz en la fotografía

VIAJANDO por Galicia admiré un día el más prodigioso efecto de luz que pudiera imaginar el escenógrafo de más osada inventiva.

Fué en el paseo de la Herradura, que sirve de mirador sobre el valle a Santiago de Compostela. Había llovido; lloviznaba aún, con esa tamización del agua en polvo finísimo que sólo se ofrece en las comarcas del Noroeste español. Por raro milagro, el sol del mediodía rasgó las nubes e hizo llegar sus rayos al suelo a través de la sutil cortina de la lluvia y de las copas de los árboles. Fué un alucinante juego de matices, un contraste portentoso de luces y sombras, una mezcla de tornasoles matizados por el irisamiento de las partículas del agua, una a una y todas a la vez. Dijérase que la luz ungió a las sombras, que las acariciaba sin desvanecerlas, y era, además, como si la luz estuviese viva, con animación de ser inteligente, y se estremeciera en espasmos sensuales. Se borraban y desvanecían los contornos en el tamizamiento de la luz y del agua, y en aquel conjunto de formas imprecisas sólo aparecía firmemente trazado el rayo de luz que el sol enviaba desde el cielo.

¿Quién hubiera podido perpetuar aquel momento fugaz? Frecuentemente, los intérpretes de la Naturaleza, los amigos de la luz solar, que saben apreciar maravillas en sus contrastes infinitos; los que se sienten poseídos de éxtasis contemplando el paisaje, piensan que hay celajes que ningún pintor puede reproducir ni interpretar. Es más: si alguna copia fiel se hiciera, parecería absurda, irreal, arbitraria, visión de artista loco. Lo inverosímil se fragua frecuentemente entre las nubes y el sol o la luna, entre las nieblas y la luz, en el deslumbramiento del sol abrasador o en el claror misterioso de las noches estrelladas. Así era de inverosímil

aquel momento de luz maravillosa que se me ofreció al azar en el paseo de la Herradura, de Santiago de Compostela.

Retrocedía de espaldas a la luz, para buscar más amplia y gozosa perspectiva, cuando una voz me sacó de mi ensimismamiento. Un fotógrafo que por allí pasaba al azar había armado su caballete y preparado su cámara, y me avisaba para que me apartase, dejando campo libre a su objetivo. Y he aquí cómo conocí al artista Samaniego, artista fotógrafo, artista enamorado de la luz y constante estudioso y desentrañador de sus misterios.

Dudaba yo que la fotografía pudiera recoger con verosimilitud, con belleza, aquel trance de luz. Samaniego aseguraba que la fotografía lo puede todo hoy: puede simular, no ya el movimiento, con el interruptor del *cine*, que es el párpado de nuestros ojos, sino la vida misma y los milagros de la Naturaleza entera. En aquel trance imprevisto la máquina de Samaniego sólo podría recoger la impresión en luz y sombra, en negro, en contornos, porque no tuvo a mano aparatos para capturar los colores y reproducirlos en tricromía; pero la emoción del momento, la sensación de esta luz prodigiosa que el sol nos ofrecía, rasgando inesperadamente las nubes, quedaría allí sujeta para siempre en su placa fotográfica.

Este azar me amistó con el artista. Peregrino a través de Galicia, le seguí hasta su taller coruñés, y allí aprendí que hay una ciencia maga, poco estudiada en España, que pudiera llamarse la ciencia de la luz en la fotografía. En nosotros, meridionales, la comprensión de la luz, la interpretación de la luz, es un instinto. Vemos la luz y la sentimos y la



Después de la lluvia.

reproducimos con la misma impar-sibilidad, con la misma lealtad con que la reproduce el objetivo de la máquina fotográfica. Así, surgen en España las escuelas pictóricas: deslumbradora en Valencia, melancólica en Sevilla, sombría en Toledo y en Madrid. Cuando a alguno de nuestros artistas llega la influencia de los venecianos, los romanos o los holandeses, y cuando surge, con el Greco, una complejidad entre el ojo que ve y el espíritu que interpreta y la mano que quiere vencer a la misma realidad, nos sentimos turbados y atribulados. Nuestra comprensión de la luz es instintiva, puramente visual. No es siquiera una emoción del espíritu; es, cuando más, una sensualidad de la carne que se siente acariciada por el rayo de sol, de los ojos deslumbrados...

Hace años, un pintor glorioso, Emilio Salas, se preocupó de la luz y quiso convertir este instinto de los artistas españoles en una técnica. Llegó a escribir e imprimir un ensayo, hoy olvidado, pero no logró que en nuestras escuelas de Bellas Artes se instaurara un aula donde se profesara la ciencia de la luz. A un pintor, en verdad, le basta con el instinto para encontrar el momento en que la luz baña con mayor belleza los objetos; a un fotógrafo, no. En la pintura la luz es un color más; dijérase que se la podía encerrar en brevíllas, como antiguamente, o en tubitos metálicos, como se hace con los demás colores. Industrialmente se llegará a eso, y el artista podrá acudir a la pintorería—¿por qué no llamar así a las tiendas donde venden utensilios para el cultivo de las Bellas Artes?—y pedir luz blanca de Valencia, o luz azulada de Sevilla, o luz gris perla de Asturias, o luz de luna menguante...

En la fotografía, en cambio, la luz lo es todo. La cámara oscura es como una fecunda matriz de mujer, donde la luz realiza el milagro sorprendente de su reproducción. Y el fotógrafo que no ve la luz, que no sabe la ciencia de la luz, que no la imagina cómo será cuando se haya fijado en la placa, no ejercerá su arte sino rudimentariamente.

Para la figura humana, para el retrato, la luz se basta en este complejo arte de la interpretación del alma del retratado, que persiguen con alucinación todos los grandes pintores retratistas, desde Leonardo de Vinci a Velázquez, desde Alberto Durero al Greco. Un día, Alvarez Sotomayor, el director del Museo del Prado, llega al estudio de Samaniego y se detiene un momento ante la máquina fotográfica. Ya allí, no se puede esperar como esperábamos a la luz maga en el borde de las rías, en la linde de los pinares, ante los pazos vetustos y las casonas grieteadas y los conventos abandonados y semiderruidos. En el taller hay que llevar la



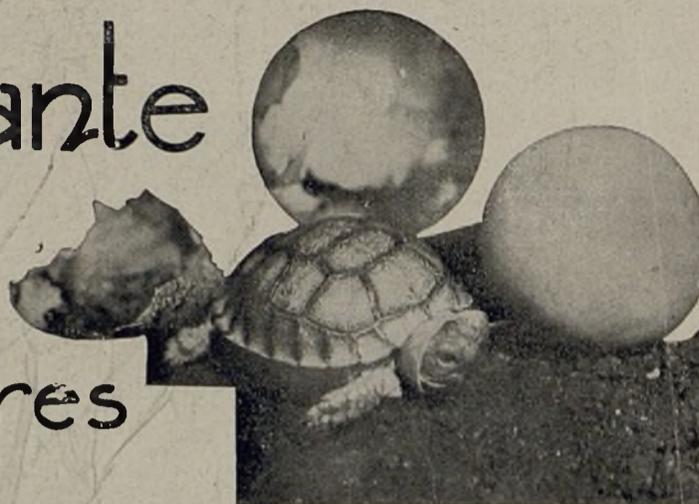
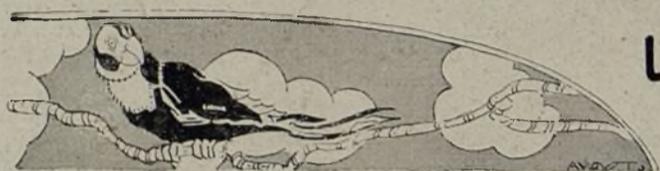
Retrato del señor Alvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado.

luz, forzarla, obligarla, componerla. Es ésta la ciencia que Samaniego ha llegado a dominar... Y la máquina fotográfica da ese prodigioso retrato de Sotomayor, en que el artista se revela, el carácter se confiesa y la personalidad se delata... Así en esa *Maternidad*, en que el modelo bellissimo es la propia luz del hogar del artista... En España estuvo de moda desdeñar a la fotografía; se le llegó a negar hasta la calidad de arte. Nadie pidió en España, donde tantas escuelas se han creado, que se instalara una escuela nacional de fotografía; ni que se crearan aulas de estudio de la luz en las escuelas de Bellas Artes. Se advierte, sin embargo, que llegará una reestimación de este arte, cuando se contempla el fruto logrado por este modesto artista coruñés que se llama Samaniego.

DIONISIO PEREZ

Fotografías de Samaniego.

El hombre ante sus hermanos inferiores



Para nacer, la tortuga rompe el cascarón del huevo que la encerrara...

CADA día es más viva la curiosidad que siente el hombre ante sus hermanos inferiores. Dijérase que este afán de conocer la obra infinita, inmensa, de la Naturaleza, es la más cierta se-

miento de los parques zoológicos y acuarios. Nueva York, Londres y Berlín se disputan la supremacía. En los tres parques se hacen constantemente aprovisionamientos de ejemplares, no reparando en el excesivo costo que representan. Lo mismo en Berlín que en Nueva York hay muchas especies representadas por numerosos ejemplares, por familias que frecuentemente se reproducen en cautividad. Tortugas centenarias recrean a los niños berlineses y neoyorquinos sirviéndoles de cabalgaduras.

Comparadas con estas soberbias colecciones, las que hay en nuestros parques de Madrid y Barcelona son de una gran pobreza. En Madrid hace meses ya se emprendió un ensan-



En la isla de Man las gaviotas acuden a comer sin recelo ante las bañistas... El fotógrafo ha sorprendido el vuelo de estas aves con el ritmo singular de una estampa japonesa...

ñal de cultura de nuestra edad.

Esta curiosidad se revela en numerosos hechos relacionados con los viajes de exploración, con los estudios en laboratorios y museos, con los numerosos libros y revistas de Historia Natural que aparecen en el mundo, con las frecuentes informaciones en los semanarios gráficos e ilustraciones populares y, sobre todo, con el engrandeci-



Como en la novela de Kipling, la niña dormida al pie de los cañaverales despierta de su sueño, escuchando el paso cauteloso de los tigres, las panteras y los leopardos

che del Parque, que aun no se ha terminado. Es una crueldad tener los elefantes sin un estanque o lago en que puedan bañarse, placer del que gustan con un refinamiento de seres civilizados; más civilizados que los hombres, que no se bañan.

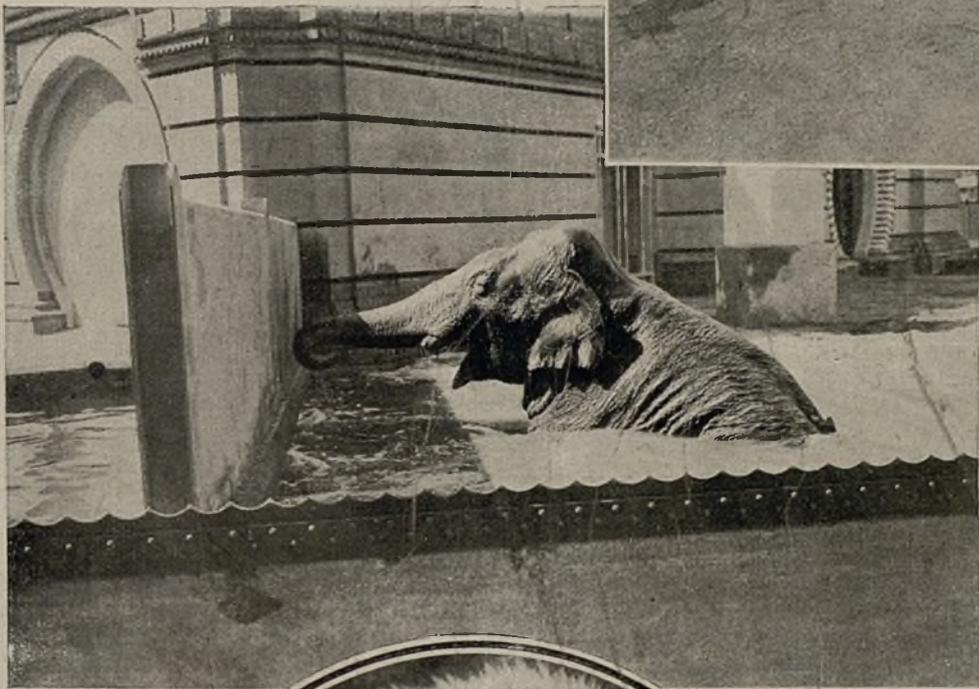
El hipopótamo que hay en nuestro parque del Retiro dispone de una piscina que le viene justa; debe de parecerle una palangana.

COSMÓPOLIS, imitando en esto lo que hacen las ilustraciones inglesas y alemanas, desea considerar frecuentemente la situación del hombre ante sus hermanos inferiores.

Fotos Sport:



En la casa de fieras de Berlín, que cada día con mayor empeño disputa la supremacía a las de Londres y Nueva York, una espléndida colección de tortugas bicentenarias sirven de cabalgaduras a los niños...



Ved en el Zoo berlinés el palacio que habitan los elefantes, con su gran piscina, donde estos inteligentes animales hacen su toilette diaria, con alegría y regocijo iguales a los que en plena libertad mostraban en los lagos africanos...



En las horas penosas del atardecer estival, los hipopótamos del Zoo de Nueva York reposan amodorrados, en sus grandes jaulas...

Curioso huésped del Zoo neoyorquino es el mono albino, del que se encuentran raros ejemplares en las inmediaciones del lago Tanganyika. Bien pronto el medroso cercopiteco se acoge a la mano amiga que le cuida y da muestras de sincera gratitud...

EL ARTE
PICTORICO

DE GABRIEL
MORCILLO



Gabriel Morcillo.

EL "carmen" está incrustado en la muralla de verdura que es la colina meridional del recinto de la Alhambra que domina la vega y se enfrenta con la sierra y sirve de albergue a todos los ruiseñores y jilgueros que mañana, tarde y noche rivalizan en permanencia armónica con el rumor del agua, prisionera y fugitiva entre la frondosa maraña de bosques y jardines. Y en el "carmen", que él mismo reconstruyó a capricho, Gabriel Morcillo tiene su humilde estudio de magnífico pintor. Simplicidad de instalación y superabundancia de obra creada. No hacen falta muebles complicados o pretenciosos. Para pintar, un lienzo, un caballete, la magia de la paleta y la sabiduría de los pinceles. Para recreo de los ojos, la maravilla siempre renovada del arte y la otra maravilla, la que se ofrece, generosa y varia, con sólo asomarse al exterior. Un diván, dos banquetas y, enmarcada y pendiente de la pared, la traducción de unos versos de Rudyard Kipling.

Igual simplicidad hermética en el espíritu del artista, cerrado a toda sugerencia extraña y dichosamente solitario en la Tebaida de su concepción estética, de marcada tendencia orientalista, aunque la ampulosidad conceptuosa de lo barroco trastorne a veces la majestuosa serenidad de la inspiración originaria.

Morcillo comenzó pintando con tonos oscuros, quizá demasiado oscuros, para quien había nacido y se había formado bajo un cielo y frente a un paisaje

tan saturados de sol como los de Granada. Lo tildaron de ello los eternos descontentos y los profetas de la negación prematura, sin reflexionar lo que en aquella penumbra podía esconderse, ni tomarse el trabajo de analizar la preferencia por los interiores sórdidos que caracterizaron los primeros cuadros del que bien pronto había de bañar los ojos y la paleta en la luminosidad del colorismo más exaltado.

En Morcillo el pintor no se reveló prematuramente. Se formó tras larga y dolorosa gestación, desarrollada en el silencio del taller, donde la luz resbalaba uniforme sobre el modelo, con la exclusiva misión de precisar contornos y valorar calidades. El mago se adiestraba en el misterio taumáturgico, para luego realizar el prodigio del conjuro.

El proceso de este adiestramiento exigía no pocos sacrificios e incansable constancia. Exigía también, para sostenerse y no vacilar en su fortaleza, ese retraimiento que mantuvo a Morcillo durante largos años materialmente atrincherado en la soledad de su estudio, sin más consejeros que las experiencias emanadas del trabajo, no más alentadores que la propia e inquebrantable fe en el triunfo definitivo. Inútilmente le llegaron de fuera tentadoras excitaciones para el éxito halagador y fácil con que tantas medianías se considerarían satisfechas. Las desoyó, como tampoco dió importancia a las críticas negativas, tan faltas de base como sobradas de



Angeles.

Verbena.

Conchita.

malas intenciones. El pintor se había trazado un camino y lo seguía sin titubeos ni desmayos, venciendo dificultades técnicas y menospreciando juicios temerarios.

Y llegó, por fin, el día en que, poseedor de todas las armas indispensables para la victoria, el cartujo rompió su clausura. Se abrieron de par en par los ventanales herméticamente cerrados hasta entonces, y la luz, entrando a torrentes en el oscurecido estudio, puso fuego en los matices de la paleta, brilló en los ojos del artista y quedó plasmada en la maravilla de los lienzos en coloraciones cegadoras, suntuosas, de aristocratismo netamente oriental, que igualan, mejor que recuerdan, la magnificencia de las púrpuras y las sedas y los brocados de las cortes de Damasco y de Bagdad. Así, el prodigio de ese "Fructidor" incomparable, donde el azul y el blanco, y la gama de los verdes, y el oro puro de los amarillos pámpanos, y el rosa nacarado de los cuerpos desnudos, y algo más que no es color, sino luz misma prisionera en el misterio de una técnica de magia, de orfebre, de geniales e insospechados hallazgos, se unen para extasiar, se superponen y mezclan para dar expresión a una realidad que, nacida de la Naturaleza, se ha inmaterializado, se ha despojado de la envoltura perecedera, para dejar solo, a flor de ojos, lo inmortal de su contenido.

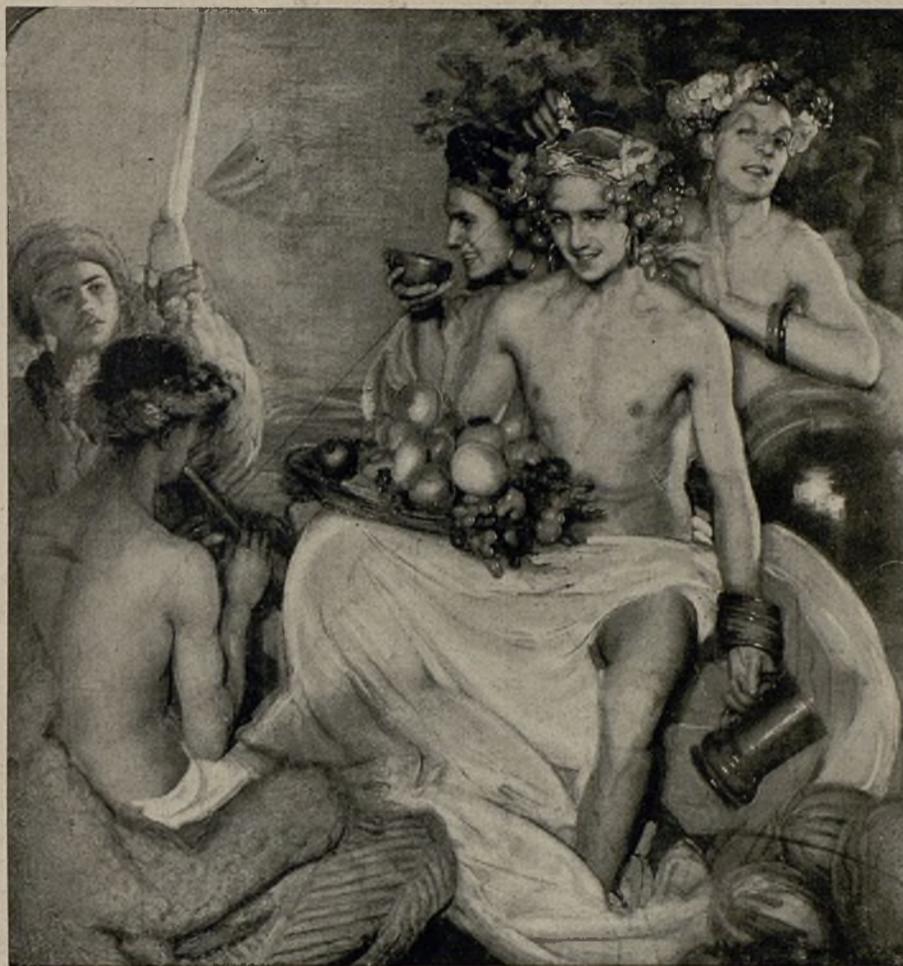
Ahora Morcillo no huye de la luz. La busca, se envuelve en ella como en un trofeo, y él, que tras larga lucha aprendió a manejarla a su capricho, a su antojo la esclaviza y a su antojo la liberta.

Es señor del color, porque es señor de la técnica y para él no existen dificultades de expresión, y lo que sus ojos ven y lo que su corazón siente, el pincel, diestro y seguro, lo interpreta con asombrosa fidelidad.

Ahora Morcillo no busca la soledad ni menosprecia a censores ni a adaladores. Está seguro, plenamente seguro, de sí mismo y de su arte. Si pudiera su espíritu, ambicioso de perfección y nunca saciado de ella, dudar de la plenitud alcanzada, convertido en crítico riguroso de la propia obra, tendría que rendirse ante esa otra maravilla de "Vendimia" o ante el encanto de "El Príncipe Ahmed" o ante ese otro príncipe músico tomado también de los cuentos de Washington, alarde de tonalidades rojas que parece encendido por interior llama de escondido pebetero; o ante "Verbena", poema en azul y blanco, donde la valoración de calidades traspasa los límites de la verdad para llegar al milagro; o ante el "Pastor de la Alpujarra", sinfonía de grises y perfecciones de una tan alta delicadeza, que es como ejecutoria de aristocracia para quien supo darle vida.

Próximamente Morcillo llevará la totalidad de sus obras a París, donde Camille Maclair le ha invitado a hacer una exposición en los salones de *El Figaro*. Más tarde continuará su ruta hacia América. Y a su paso, por donde quiera que vaya, las diosas propicias del Éxito, del Triunfo y de la Gloria tejerán para su frente coronas de luz y flores, tan brillantes y ricas en matices como si de los propios lienzos del pintor las arrancaran.

ALBERTO A. CIENFUEGOS



Fructidor.



Vendimia.



Fotos Mylohs.

El Príncipe del amor.

EL ROMANTICISMO

Por JULIAN MORET

1830



1930

"María Amelia de Sajonia", retrato por D. Vicente López.

CELEBRA España en 1930 un centenario más en su dilatada vida epopéyica. Recordatorios son los centenarios de gloriosos hechos y de invictas vidas. Sucesos y personajes que van tejiendo ese tapiz laudatorio de virtudes, en el que se dibuja la firme voluntad de las figuras consagradas por la Historia.

No ha mucho se inmortalizó la memoria de Goya, a los cien años de su muerte. Y hoy se quiere esculpir en la lápida del tiempo los rasgos de los románticos, para conservar en la perenne materia del buen deseo un matiz nuevo, un surco trazado en el bajorrelieve mundial de las afecciones sentimentales y de las añoranzas de la pasión.

El Romanticismo: frase agria y disonante en las luchas de las colectividades, impulsado por el acicate morboso del materialismo, cuya suprema intervención parece alcanzar su plétora en este siglo.

El Romanticismo: enterrado entre el polvo lastimoso del olvido y la lacerante actitud del despreciador.

El Romanticismo: vocablo inarticulado para aquellos seres de inacción anémica, cuya ociosidad, a falta de energía del espíritu, comprometen el balance de actividades humanas, arrojando un pasivo de impurezas y un déficit de esterilidades.

El Romanticismo: castigado por unos como moda ausente de elegancia, y elevado por otros como cúspide de finezas y sensibilidades; asombro y repulsa, ya tiene cien años, y en su primer aniversario aun no está ensalzado al plano digno de su característica personalidad.

El Romanticismo no fué en la vida creación genial; fué la réplica o el contraste, como oposición y enmienda en la variada corrección evolutiva del siglo XIX. Siglo formado por los neoclásicos e impresionistas que llenan sus comienzos y finales; centrándolo, los románticos, los históricos y el naturalismo, a lo que hay que añadir pequeñas inserciones de los idealistas y los conservadores de antiguas tradiciones. Aspectos de la actuación intelectual del mundo en sus diversas facetas culturales ajustadas a un régimen o pronunciamiento inquebrantable.

En este conjunto pincelarario del más sugestivo de los siglos nace pujante, caballerosa y virilmente la forma histórica, tradicional y legendaria; que aunque «oculta por el triunfo del sentimentalismo», definición de carácter escolástico, que será cumplida para marcar el Romanticismo, es el verdadero origen de éste, y al disiparse la erupción romántica, vuelven los históricos con su modestia y lozanía a marcar los últimos años de los cincuenta primeros del siglo XIX.

En España el Romanticismo es una consecuencia inmediata de la influencia francesa, y mediata de aquel amargor nacional que engendró el funesto año ocho, que en la década primera del siglo XIX constituye el apogeo del odio popular, cristalizado más tarde en las clases pudientes y en el círculo de las letras, en un afrancesado decir romántico.

El año del hambre, los días angustiosos del terror y del encarecimiento de la vida, ante el desolador cuadro de la muerte, que esparcía su guadaña entre la vecindad madrileña, muerte macilenta de tristes enfermedades de organismos débiles en un ambiente miserable, creó la semilla romántica, nacida en el campo estéril de los sacrificios inútiles.

Madrid, ante el macabro aspecto de tanto féretro, los ajusticiados de la torre de Santa Cruz, las inmundicias y oscuridades de sus calles, no era propicio para el despertar de las almas adormecidas.

En aquel páramo de la civilización, cáliz rebosante del heroísmo y de los abnegados, nació precisamente el incurso del romanticismo español en una modesta casa de la calle de Segovia, entre los mesones de «La Cruz» y el de «Los Maragatos», próxima a la vivienda del Pastor, de adquisición tan arbitraria como la arquitectura de su autor, el renombrado Churriguera.

Pero la brisa de aires de fuera barnizó a la clásica villa con tonos exteriores de pulcritud y «El Rey de las Plazuelas» ensanchó a Madrid en los tiernos años de aquel romántico, que solamente no lloró al nacer, pero ya en la vida fueron sus horas lágrimas constantes del infortunio y la desesperación.

El Romanticismo

Así es, en efecto. Larra, el que se inmortaliza con el hado de su muerte, legando como herencia de su patrimonio literario el romanticismo nacional, halló un alivio fugaz a su retina en un rey francés; una consoladora compañía en su primera amistad adolescente con Víctor Hugo, y una primera enseñanza, base de su clasicismo, en tierra francesa. Y «Figaro» o Larra, hermanados en su origen y desarrollo, caldeó su espíritu en el grito de la igualdad, y en el «Himno de Riego», oculto en la Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad, y en «La Fontana de Oro», bajo los auspicios de «El Espectador» o «El Sol», que proclamaban con el humorismo de «La Cotorrita» y «La Tercerola» aquellos principios sagrados de la dignidad individual, primer vestigio del honor espiritual, manantial copioso de nuestro querido Romanticismo. Cuyos afluentes fueron los gritos carnavalescos de Olózaga en su «Dolorosa Orden de los Caballeros de Cuchara», que irradiaba, a pesar de la tenaz persecución policíaca, potente fuerza mágica a sus afiliados; como la agonizante lámpara de candilones y los medios quinqués de las ennegrecidas mesas de pino en los cafés-tertulias, que hacían vibrar aquella savia pujante del parnasillo romántico de Arriaza, Carnicero, Aguilar, Espronceda, Escosura y Santos Alvarez, agrupados en torno de Roca-Togores, Ferrer del Río, Gil y Zárate, Bretón, Segovia y Calderón; con Gutiérrez de la Vega, los Madrazo, Ribera, Esquivel y Alenza, cuya pintura se enfrenta con la línea de los arquitectos Cokmer, Mariátegui, Castillo, Ortega y Alvarez, que recogían aquella aristocracia de sus nobles protectores, como lo fueron Fernández de Córdoba, conde de las Navas, Toreno, Caballero, Istúriz, Alava y duque de Rivas. Parnasillo que fundó el Ateneo y el Liceo, cuna de aquel depurado sistema de la fraseología académica en que los dioses y los mitos fueron sustituidos por la verdad, más cruel que la fantasía mitológica, pero más real que el céfiro de *Eolo*, los *Febo*, o el poético nombre de mujer de *Eilis*, en cuyo credo se afianzó para siempre un Romanticismo que abrió más tarde su cauce a las transparentes aguas del naturalismo virgen.

Pero no todo era Romanticismo interno. El Prado, paseo cuyo nombre asciende a las lejanas victorias de Beltrán de la Cueva en su famosísimo «Paso honroso» en las cercanías del Prado, ante los Jerónimos, que más tarde pasaron a dar nombre a este salón, sitio y esparcimiento del público madrileño. Allí, ante el suntuoso edificio de Carlos III, joyel en el tiempo de las bellas artes, las carretelas relucien-



«La cabeza del capitán», cuadro de Eugenio Lucas.

tes con sus anagramas y escudos brillantes, pomposos como su servidumbre cuajada de bandas y pelucas, a lo borbonismo francés, gón-dolas, berlinas y hasta tálburis arrastrados por mulas y briosos corceles, que alternaban en sus correrías con la marcha simétrica de jinetes y amazonas en sus jacas y caballos andaluces. Allí vivió el Romanticismo, tonificado por la forma escultórica de Ventura Rodríguez, cuya traza recogieron tan delicadamente Álvarez y los suyos en sus fuentes. ¡Fuentes del Prado!, llenas siempre de lozanía y juventud, que hicieron exclamar a Cervantes: ¡«Adiós, Madrid, adiós tu Prado y fuentes que manan néctar y llueven ambrosía!»), aguas cristalinas cuyos ecos armonizaban con el rumor satírico de la sabrosa conversación. Rezo de palabras que encadenadas huían, para refugiarse en los palacios de los nobles y en las Embajadas de Rusia y de Turquía, como en las mansiones de Riera, Cortina, Abrantes y muy particularmente, en los salones de Madame Buschenthal. Huertos cultivadores del talento femenino y del amor, bálsamo del alma herida ante este compendio de



«La Balsa de la Medusa», cuadro de Géricault.



Autorretrato de D. Vicente López.

la mujer hermosa y sabia. Mujeres ataviadas para ser musas del poeta y modelos impuestos por Winterhalter. Recatadas y tímidas, pero alardeando de voluptuoso descote, aprisionado por las mangas cortas y corpiño negro aterciopelado animado por encajes, chales y broches llamativos; luciendo otras vivos colores, cuyos nombres eran emblemas de ilustres damas del momento, decoradas todas con aquellas peinetas «de sofá», «de pico de pato» o «de teja», que, al par que adornaban, sostenían los acañonados rizos y los ensortijados bucles de tales señoras. Como aquella primorosa cabeza de doña María Josefa Amalia de Sajonia, que nos la representa D. Vicente López con la modesta actitud de la más tierna y romántica de las reinas o en el retrato de la señora de Fernández de la Vega, en el que la paleta de Esquivel dejó en el lienzo rasgos de aristocracia y poesía; vitalidad y sensibilidad románticas.

Precioso conjunto para aquellos salones como el de «La Cruz», capaz para más de mil personas agrupadas desde los palcos de 64 reales a la cazuela para mujeres, de 4 y medio, pasando por el «balconcillo de los frailes», todo bajo el yugo de los «aplastadores». Abigarrado público que atronaba los espacios ante el genio de García Gutiérrez, del duque de Rivas y de Hartzenbusch, cuya vena recitaban, en sus comienzos, Julián Romea y Matilde Díez.

Ya nuestro protagonista escribía «El Doncel» bajo el cielo tormentoso de aquella acusación contra la aristocracia parisiense y contra sus magnates; bajo la indiferencia religiosa de Prusia; las ideas sociales en Inglaterra y el modernismo avanzado de una cierta independencia de Italia, fuerzas que desde fines del XVIII, culminaban en la primera mitad del XIX, energía embalsada por Larra y Espronceda de las vetas originarias de Byron, de Shelley, Lamartine, Leopardi, Víctor Hugo, Voltaire y Rousseau como irisaciones de Virgilio, Homero, Milton y Horacio.

Pero concretando a un modo especial la cultura romántica, nos encontramos otra vez con Francia briosa y acuciando constantemente, no ya a España, sino al mundo entero.

El Romanticismo

En el arte, Alemania dió el grito de rebelión, salvando esta negativa contra el clasicismo, el espacio de Munich a Roma, donde se condensó en los escritores arrogantes de Wakenroder toda la trama del primer esfuerzo. Pero un artículo tenía que recoger aquella herencia respetada por tantos años, y Overbek fué su autor. Roma, la Ciudad Santa, con el ejemplo de Winkelman, orientó a aquel pintor con Veit y Seckadow el catolicismo. Inspiración alemana y matices italo-romanos forjan las primeras muestras del romanticismo mundial. Romanticismo de los Nazarenos, de San Isidro de Roma, lugar de recogimiento de estos primeros devotos, y también retiro de los primeros creyentes de la religión romántica.

Una vez en planta el Romanticismo, fué reforzada la escuela de estos nazarenos por Peter Cornelius, Julius Schnorr, Richter y otros significados alemanes, cuyas producciones se manifiestan con la imperante moda de la pintura mural. Orden técnica procedente de Inglaterra, de William Dyce, que alterna para forjar la idea con la belleza de William Atty y las ilustraciones de Charles Robert Kessie sobre Shakespeare y sobre Cervantes con su *Lancho ante la Duquesa*. Visiones de fantasía y realidad como los paisajes de Turner, que fallece en 1851, y los de Constable, que une más de su muerte con el romanticismo en general, pues su hora fatal le alcanza en 1837. Período medio del más floreciente estado francés, que comienza en 1819 y termina en 1850.

La línea académica de David se modificó por arte medieval y arte del «Genio del Cristianismo». Chateaubriand y la arqueología de Lenoir basaron el gusto hacia el Romanticismo, que como dicción popular alcanza mayor apogeo con Luis Felipe que con Luis XVIII y Carlos X.

Gros fué el incipiente; Gericault, su declamador, y Delacroix e Ingres, sus apóstoles, y como tales, con religiones distintas, el uno con la Reforma, cuyas consecuencias fueron Delaroché el histórico con Decamps, Huet y Corot, que van hacia el paisaje de la sensibilidad.

¿Y España? ¿Qué lecciones recogía en su alma, siempre dispuesta a las grandes concepciones? Traducía en el horario de los valores sometidos a la mudanza a la voracidad con su potente imaginación. Guardada en la juventud de D. Federico de Madrazo y en la de Carlos Luis Ribera, que retentan los éxitos de la fuerza al seguir bien de cerca la orientación extranjera.

Otro pintor romántico de mayor independencia, que labró su arte en el tecnicismo del siglo XVII, fué Antonio María Esquivel. Vaporoso y de mística ejecución, que Gutiérrez de la Vega personifica con su paleta tan florida y colorista que se define en la escuela de sus homónimos y discípulos.

La pintura romántica se encuentra ya en Goya mismo, con sus millares de episodios de la vida pueblerina; D. Vicente López, el último barroco, es igualmente un soñador, y bien lo demuestra su silueta, marcada con la indumentaria romántica. Eugenio Lucas, a pesar de la influencia de Goya, pinta drama y humorismo, realidad y naturalismo románticos. Como sucede con Ikonis Gericault con su escena impregnada del más ácido romanticismo, *La Balsa de la Medusa*.

Pero el Romanticismo tenía que crear en la pintura una personalidad. Y así como Larra constituye su eje literario, el plasticismo, más copioso que aquélla, deja una doble creación en la poesía cromática de Valeriano Bécquer, e indiscutiblemente en la de Jenaro Pérez de Villamil. Sus paisajes, salpicados de orientalismo francés, son al lienzo lo que las estrofas de humanidad doliente de «Fígaro». Los dos pueden representar por sí y por sus obras todo el romanticismo español de mayor enjundia y de la más perfecta calidad.

Beban en sus fontanas las generaciones olvidadas de los refinamientos espirituales; comulguen con sus ideas, tan concienzudamente trazadas, los incrédulos de los sentidos, y admiren todos, los apáticos como los activos, en este primer centenario sus modalidades y alteza de miras.

Alto honor que declinen como rendido homenaje a la significación española, y con él al romanticismo europeo.

JULIÁN MORET

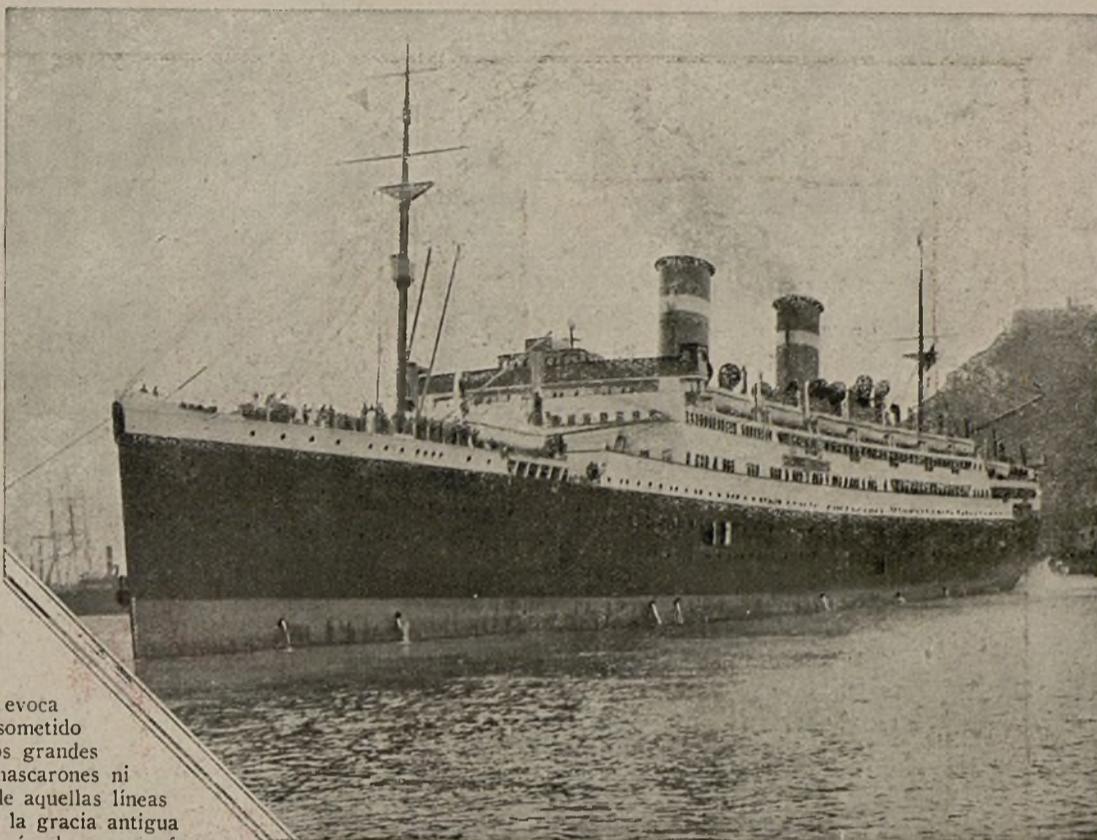
EL NAVIO

EL barco camina esta noche como si se deslizara suavemente, sin necesitar el impulso de las hélices. Dicen que un niño desde tierra puede mover un navío con un hilo de seda; pensamos que este ancho camino de plata, tendido por la luna delante de nosotros, está formado por innumerables hilos luminosos que nos llevan suavemente. La proa va dando cuchilladas al agua, con un cabeceo perezoso, y las ondas, empenachadas de espumas, se destiecan a los lados con un rumor sordo. Dejamos—carretera que la quilla abre en las aguas—una ruta a la espalda: primero verdosa, con crespones albos; azul, después, con un temblor de estrellas; negra en la lejanía, con una y perdida en la infinita llanura ondulante. Acodados, enredando las miradas en las espumas que nacen y mueren, de espaldas a la hesta que se celebra a bordo, perseguimos las sombras de la noche y el remoto escintileo de las estrellas.

"Cuando iban a la India naves..."

Esta nave de ahora es bien distinta de las que evoca el poeta portugués. Es un poderoso trasatlántico sometido a la exactitud matemática. No tiende al viento los grandes triángulos de las velas. No adorna su proa con mascarones ni levanta en la popa un castillo de madera. Carece de aquellas líneas que se curvaban en un delirio barroco. Ha perdido la gracia antigua y la esbeltez. Aquella era la nave; éste es el navío. La gracia femenina que culminó en la proa ofreciendo al viento la túnica de la Victoria de Samotracia ha sido sustituida por esta línea rígida y exacta: viril.

Y, sin embargo, ¡qué bello es el buque! Todo él lleno de cordajes, chimeneas, tuberías, estremecido por la palpación de las máquinas poderosas, está colmado de vitalidad. Desde los hilos, que se tienden de un palo a otro y cap-



El trasatlántico "Conte Verde" "descansando" en un alto en sus infinitas rutas.

tan maravillosamente el mensaje que los hombres nos envían, hasta las hélices, que, en su torbellino, van tragando distancia. Abajo, las máquinas encienden en sus hornos la fuerza vital que se distribuye y diversifica por el buque. De ella recibimos el impulso, el calor, la luz. Nos envuelve y nos rodea de igual forma que las venas llevan el caudal de vida bajo la piel.

Los trazos imperiosos de las grúas, de los altos postes y de las chimeneas; la red de los cordajes que van de proa a popa, de babor a estribor, obedecen a la ley de la necesidad. Su belleza nace de su conveniencia. No hay una línea superflua, ni un plazo ocioso. Rígida y sobria, la silueta del navío adquiere una categoría estética por su obediencia a un rigor científico.

En las entrañas de este monstruo, que cabecea lentamente, vamos nosotros, miles de criaturas, mezclados y divididos, porque el buque es una imagen completa de la vida y obedece a los mandatos sociales.

En el centro, y ocupando lujosos camarotes y amplios salones, con fiestas y confort, los privilegiados de la fortuna. Para ellos son los paseos que brindan los anchos puentes, el lujo de los jardines de invierno, las terrazas, las salas confortables, la música incesante y la fiesta permanente. Inmediatos a ellos, a popa, los viajeros de segunda. Y, delante, a proa, apretados, moviéndose entre los cables, las grúas y los aspiradores, los desdichados, los que emigran con la lucecita de la ilusión en los ojos o tornan con las cenizas del ensueño perdido. Nos apartan leves divisiones en el espacio y nos separan diferencias infranqueables. ¿Cuánta sangre, cuánta angustia, cuánto esfuerzo costará a uno de estos emigrantes saltar a los salones de primera? Si, por maravilla, pudiese contemplar y vivir en unas horas los dolores futuros y la recompensa final, renunciaría a ella por demasiado mezquina. Pero al que le aguarde la victoria en la curva de la vida, como al que le espere el fracaso, le animan más que la recompensa el ansia de lograrla. Porque de todas las cosas, lo mejor es su promesa.

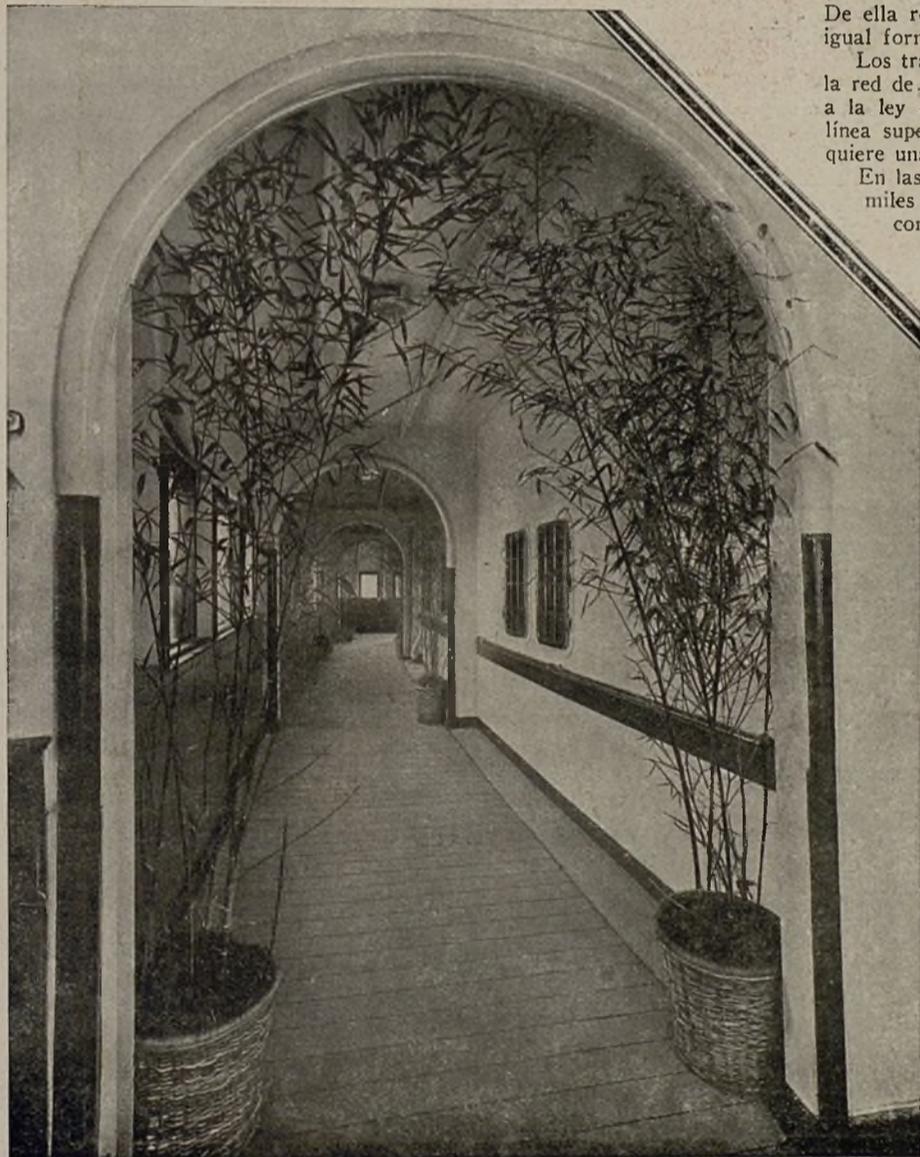
Es noche de fiesta. En el cielo amenaza perderse el Camino de Santiago y ya ha nacido la Cruz del Sur. Pasamos de un hemisferio a otro. Los farolillos rompen las sombras con leves burbujas de luz matizadas de colores. Los violines elevan sus notas agudas sobre el rumor ronco del mar. Las mujeres, desnuda la seda de la garganta y de los hombros, bailan. Hay en las pupilas de una mujer la promesa mejor. Y hay en unas pupilas distantes—las de los hombres de tercera que miran desde proa—una carga de deseos violentos.

En las máquinas enrojecen los obreros, casi abrasados por el fuego que nos conduce. Un grupo de marineritos, en un rincón de la proa, escucha un acordeón, que lanza a la noche una melodía agria. Cerca hay una mujer pálida que acuna a un niño enfermo. En el jardín de invierno bailan las parejas. En la cubierta de los botes, la luna descubre a un hombre que dice a una mujer palabras bisbiseantes y trémulas.

Delante, el camino de plata lunar. Atrás, la cinta que deja la quilla arando las aguas. El navío camina en la noche. Las hélices siguen tragando distancia.

A bordo del "Conte Verde"

J. VENEGAS



Corredor transversal del paseo inferior en el trasatlántico "Conte Verde".

Fotografías de Sagarra y de G. Agosto,

CANDELARIO

En la plaza, irregular, desnivelada, se ven soportales que guarecen miserables tiendas y la mole adusta de la parroquia principal.

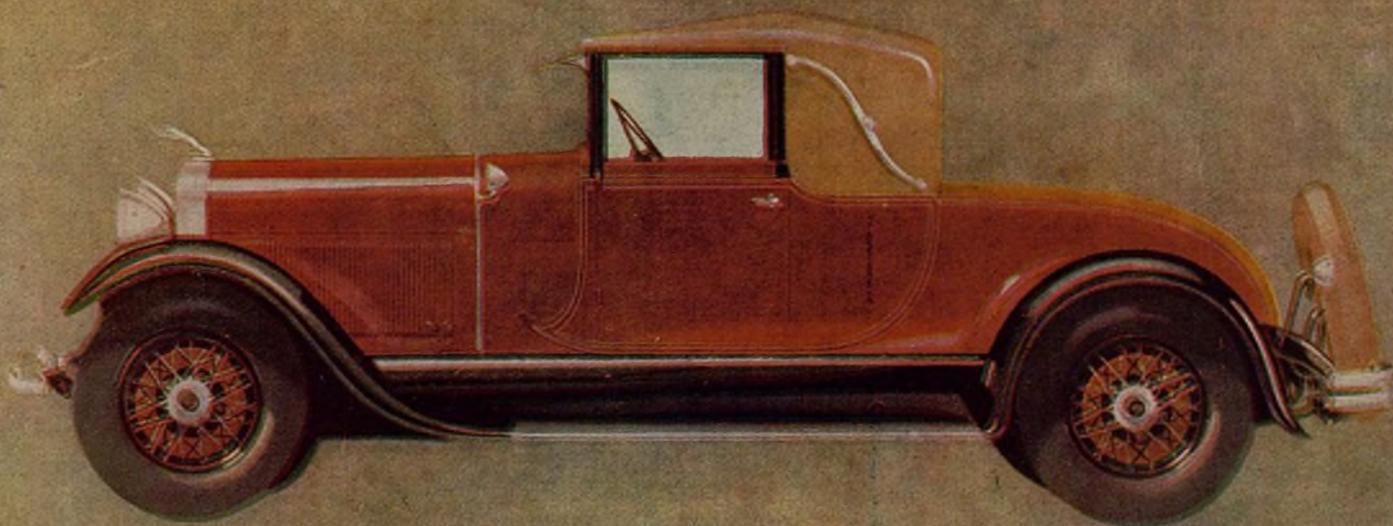
B. PÉREZ GALDÓ.

En este ambiente plácido y tranquilo de plaza aldeana, el LINCOLN pone una nota exótica y vibrante de cosmopolitismo. Recorrer los pueblos castellanos en un LINCOLN es un contraste que nunca se olvida. LINCOLN es el coche de los turistas acaudalados, de los viajeros de espíritu selecto y alta posición social. LINCOLN expresa opulencia, distinción y gusto impecable

LINCOLN



Ford Motor Iberico BARCELONA

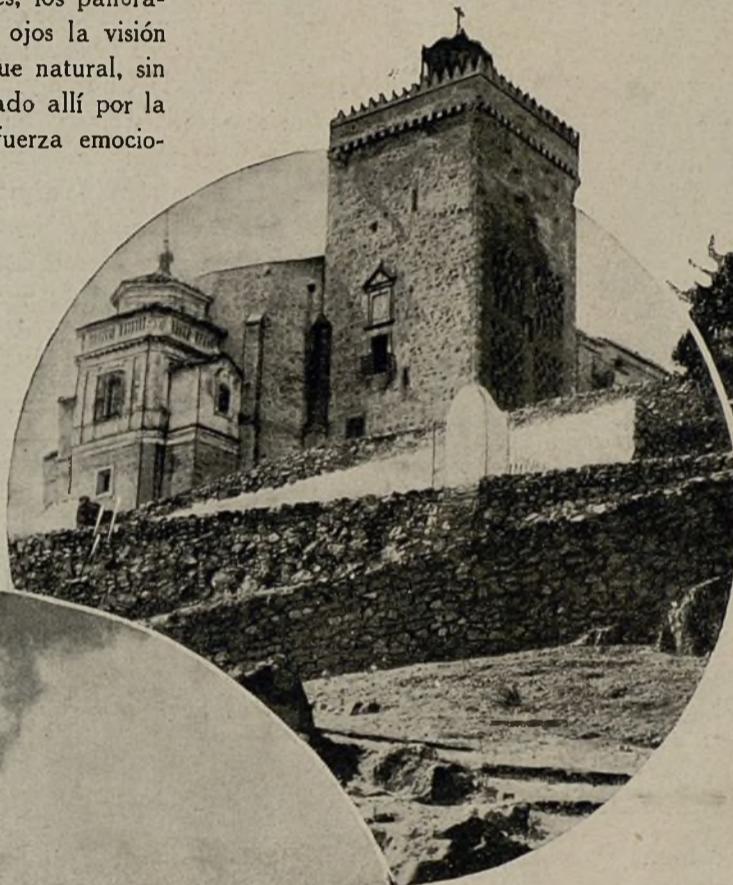


ROLDOS-TIROLESES S.A.

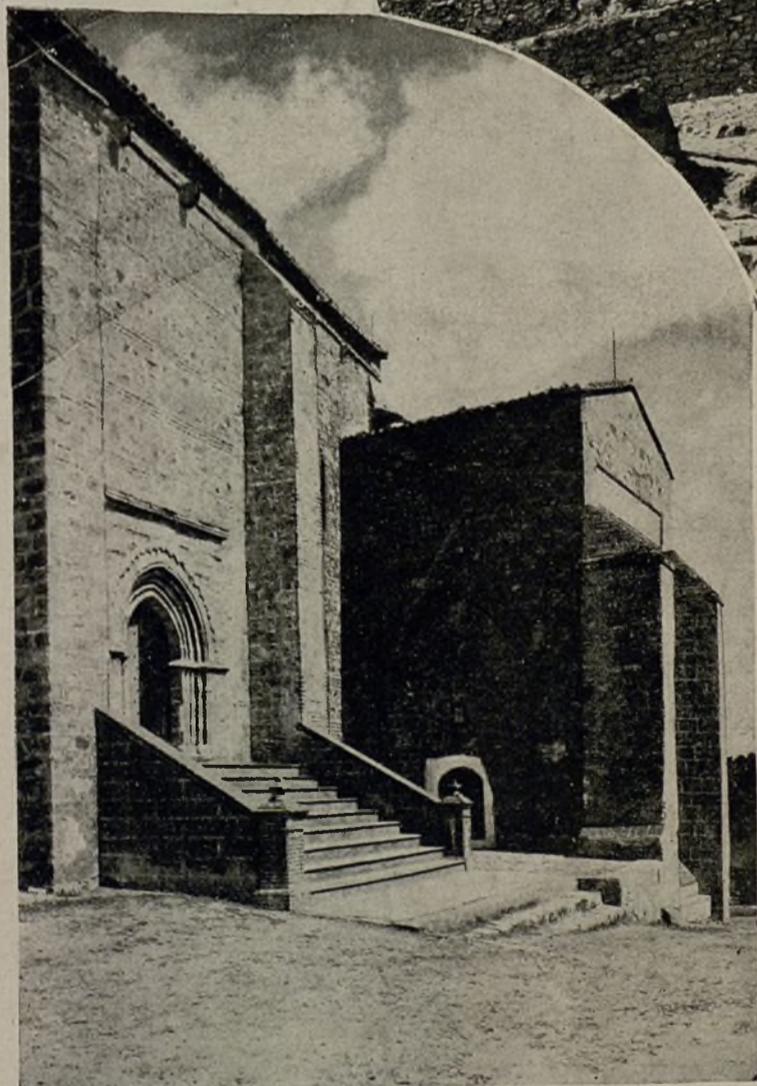
La iglesia del Castillo de Aracena, que está encima de la famosa Gruta de las Maravillas

Los señores turistas que acuden a Aracena—la bella ciudad situada en el extremo más occidental de los Montes Mariánicos—se preocupan nada más que de admirar la Gruta de las Maravillas; si acaso miran, porque no hay otro remedio, al correr de los automóviles, los panoramas serranos y reciben en sus ojos la visión magnífica de un dilatado parque natural, sin advertir, acaso, que está colocado allí por la Providencia para dar mayor fuerza emocional al viaje subterráneo entre las calizas y los lagos de las célebres cavernas, por contraste de sus oscuridades profundas con el exterior feraz y luminoso.

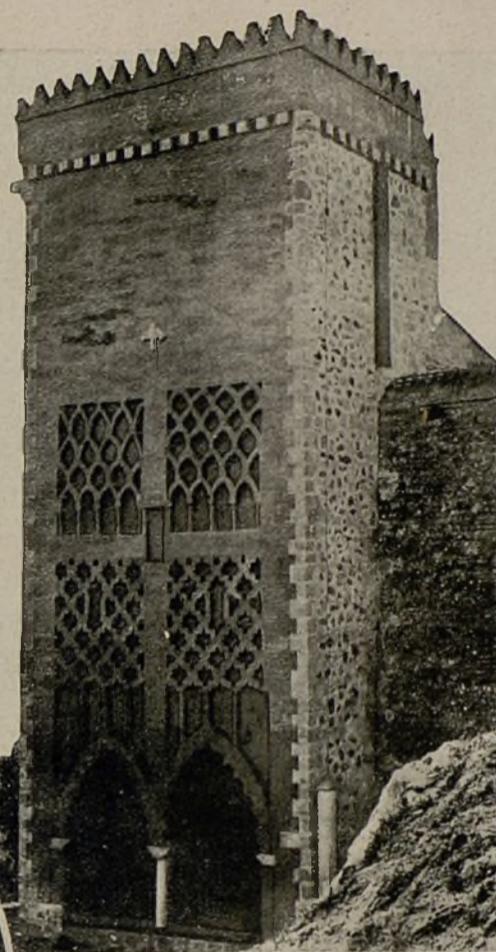
Hay en Aracena algo más que los paisajes y que la Gruta: hay obras humanas en las cuales reveló el hombre su afán perdurable



Vista parcial del castillo.



Atrio de la iglesia.



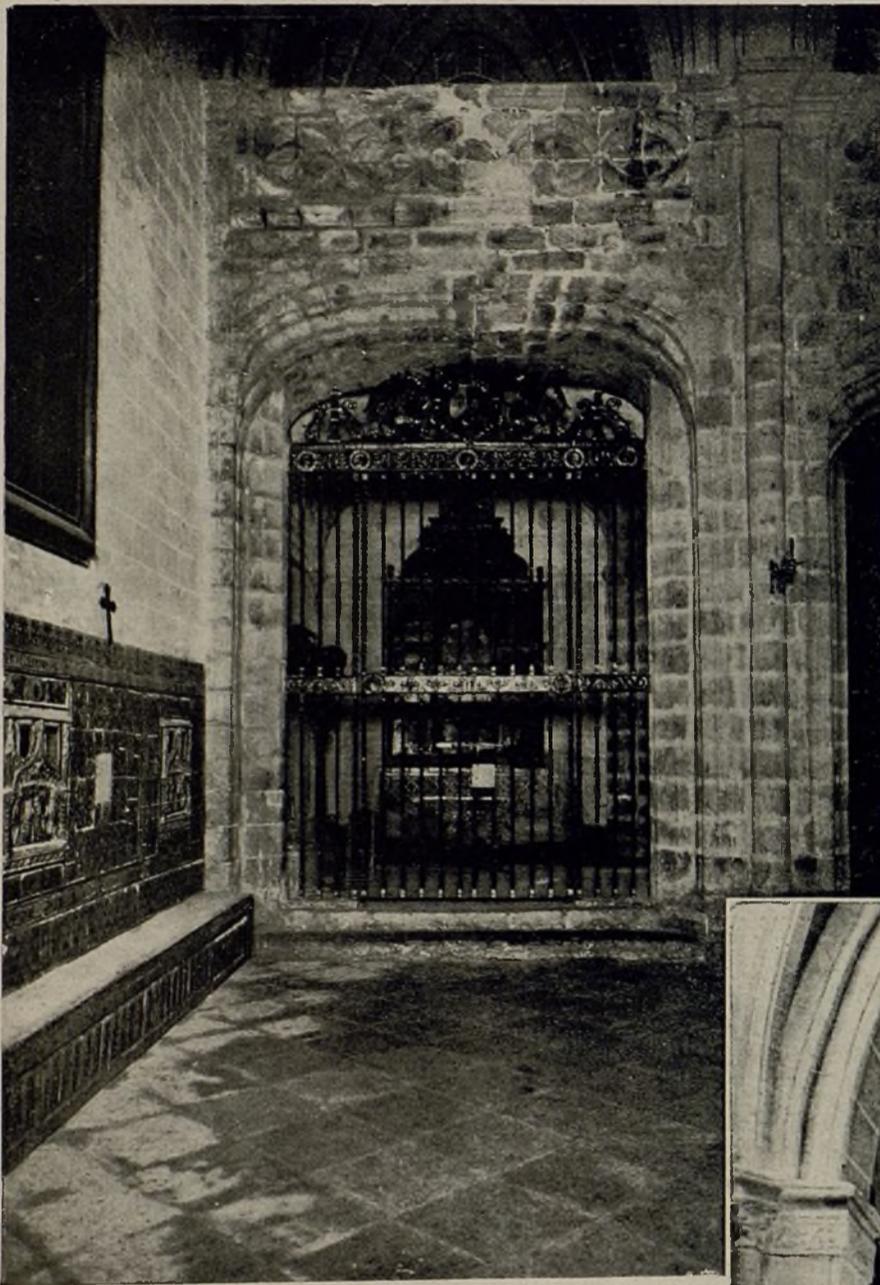
Torre del castillo de Aracena.

de acercarse a Dios por el arte, camino de perfección... Entre otras cosas, que ya iremos viendo a medida que vayamos desarrollando nuestro viaje por la ibérrima e inmortal Andalucía, tiene Aracena la hermosa iglesia ojival llamada del Castillo, precisamente culminando el cerro de estrato cristalino que guarda en su seno los tesoros maravillosos de la Gruta.

Del castillo propiamente dicho no quedan sino unos frogones abatidos que pertenecen al patrimonio histórico del antiguo reino de Sevilla, y sobre los cuales aun tiene jurisdicción el Cabildo municipal de esta capital incomparable. De ser veraces los autores árabes del Emirato de Córdoba, este castillo lo fundó Viriato como tosca fortaleza para batir a los romanos en las luchas por la independencia hispánica. El caudillo le nombra Erisana—*posición más allá del Anas (Guadiana)*—, y de esta denominación venimos a parar, a través del tiempo y de las civilizaciones, al nombre, renombrado, de Aracena: lo asegura así Francisco Masdeu, el jesuita historiógrafo de la Península que publicó en el siglo XVIII unos veintitantos tomos de Historia Crítica de España, en latín, fuente en cuyo raudal bebieron la mayor parte de los autores posteriores, sin gran justicia para el que les diera de beber.

Decíamos que del castillo, utilizado como fortaleza por todos los invasores, apenas quedan restos abatidos aquí y allá... Sin embargo, de tiempo de moros queda uno de los cuatro propugnáculos que tuvo la cerca exterior, mandada ampliar y restaurar por orden del emir Yacub-ben-Abd-el-Mumen en 1184. Este propugnáculo es la actual torre de campanas adosada al templo cristiano, cuya visita recomendamos a nuestros amigos los señores turistas.

Tan singular templo fué labrado para su servicio por los Caballe-



Panteón de la familia Sanchezdalp y Calonga de Guzmán.

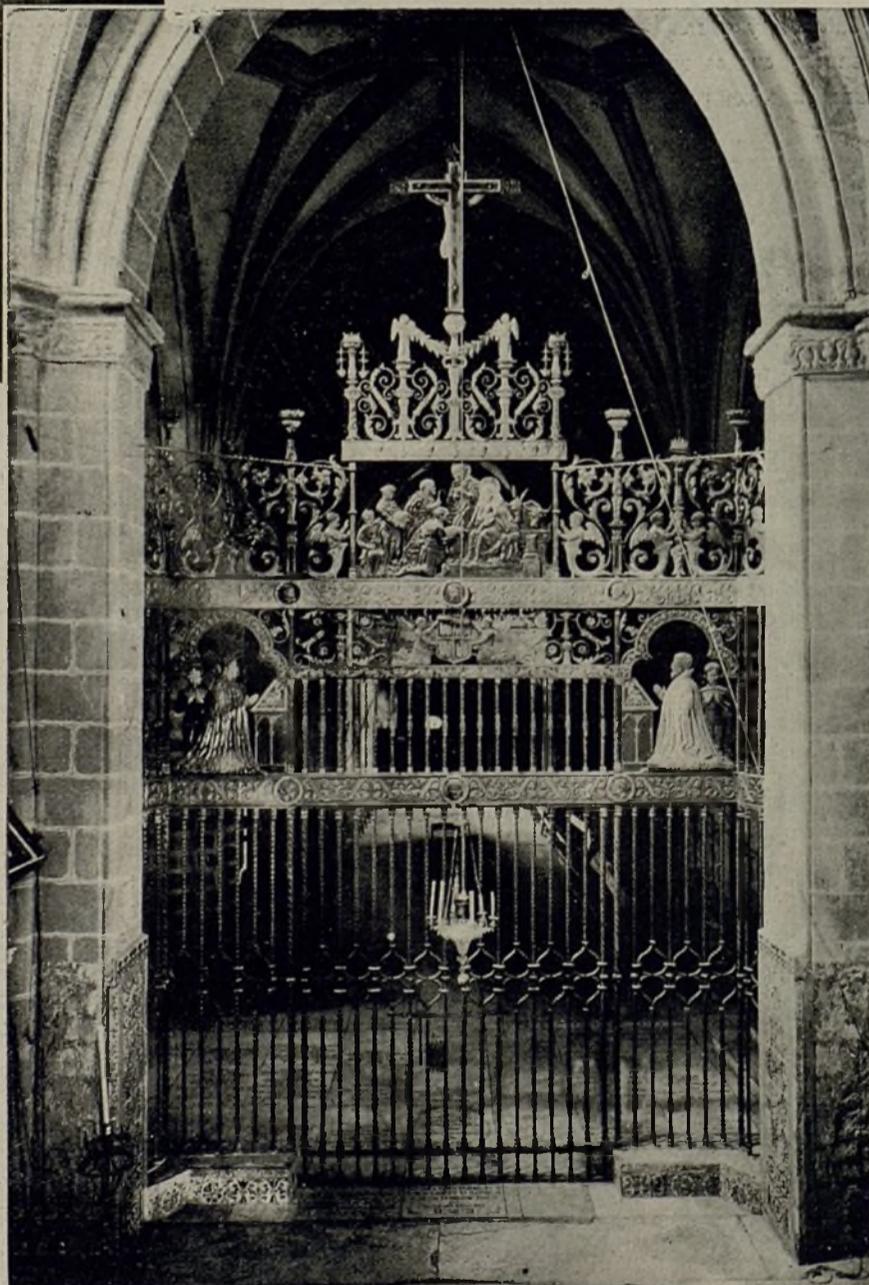
ros del Temple, y se sirvieron de él—como fortaleza y como iglesia—hasta que Felipe el Hermoso y Clemente V suprimieron la tan discutida Orden, de la cual era en Aracena prior real el señor D. Pero Vázquez, cuya estatua yacente, en barro vidriado—¿Pedro Millán?, ¿Mercadante?—está a la admiración pública, como ejemplar único, en la hornacina del lado del Evangelio de la iglesia.

Extinguida la Orden del Temple, sus encomiendas fueron distribuidas entre las demás Ordenes militares, excepto la de Aracena, que fué reservada a los Reyes Católicos, a petición de éstos, pues se dice que Isabel y Fernando tenían en gran aprecio esta comarca por las singulares pruebas de sumisión fiel otorgada a la causa cristiana por el rey moro de Aracena, conteniendo a los algarvios y extremeños que mandaba Al-Modhaffar, mientras San Fernando iba con sus huestes por la cuenca del Guadalquivir hacia la conquista de Sevilla.

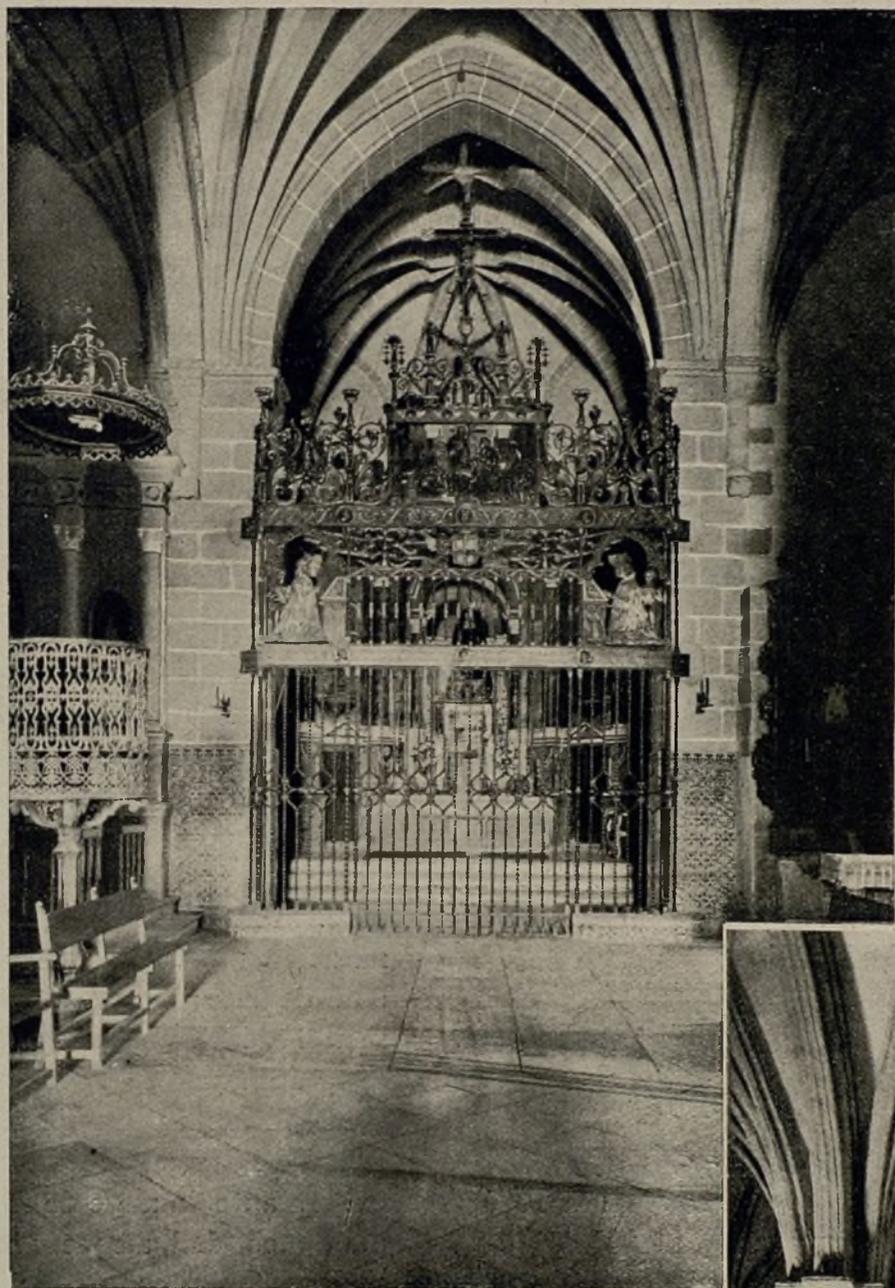
Considerado este hermoso templo desde el punto de vista arquitectónico, corresponde al orden ojival, lo que acrecienta su valor, por no ser frecuentes en la provincia donde se alza, subordinadas al gusto mudéjar las obras de dicho carácter constructivo. La edificación comenzó en el siglo XIII, continuándose sucesivamente, con lentitud tal, que

permitió reflejar toda la evolución del estilo, que, partiendo del románico, culminó en el ojival florido, lo que se comprueba examinando la fábrica y sus ornamentaciones a partir de la muy sobria puerta correspondiente al lado de la Epístola y siguiendo las observaciones por la Puerta Real o del Atrio, severamente decorada, hasta terminar en la del Evangelio, dotada ya de una riquísima ornamentación. También en el interior existen elementos que corroboran esta circunstancia.

Adosado a esta construcción se alza, como queda dicho, sirviéndole al templo cristiano de campanario, un bellissimo alminar que formó parte de las construcciones árabes, cuyos restos, menos afortunados, se ven abatidos alrededor. Es el único ejemplar de este carácter que se conserva en la provincia de Huelva; y, fuera de ella, sólo guarda semejanza con la Giralda y algunas otras torres sevillanas. Sobre su cara, decorada con arcos y axaraca de ladrillo recortado, pusieron los Templarios su cruz característica para confirmar con este signo el bautismo cristiano de la obra mahometana. Recientemente—sea consignado esto como curiosa nota—, unos intelectuales marroquíes que publican en el Protectorado una revista ilustrada, solicitaron de nosotros una fotografía de este bello alminar “para publicarla y demostrar a los descendientes del Andalucía cómo conserva España sus monumentos”. Enviamos la fotogra-



Cara posterior de la verja del presbiterio.



Magnífica verja forjada, incrustada y policromada, de la capilla mayor.

fía con unos datos, y éstos y aquella se publicaron, pero la cruz de los Templarios había desaparecido en el fotograbado...

Júzguese, por lo que dejamos consignado y por las fotografías, de la importancia de este bellissimo templo de Aracena. Y vean los turistas cómo es necesario no acudir a los sitios de turismo con billete de ida y vuelta. Hay necesidad de detenerse: ver la Gruta y admirar los panoramas es interesante; pero no quedará completa la visita a Aracena sin ver el templo de los Templarios, magnífico en sí y preciosamente lleno de obras de arte, entre las cuales se destaca la estatua yacente de que ya hemos hecho mérito; dos esculturas regaladas por Arias Montano, que representan a San Ginés y Santa Brígida, traídas aquí al destruirse la ermita que los labradores del término erigieron a estos santos, abogados contra el pulgón de las viñas; unos bellos retablos barrocos dedicados a San Antonio y San Jerónimo, y la peregrina imagen de Nuestra Señora del Mayor Dolor, singular devoción de los araceneses, imagen reproducida del original, que destruyó un incendio, y seguramente la obra más interesante que produjera la escuela de imaginería sevillana en el pasado siglo.

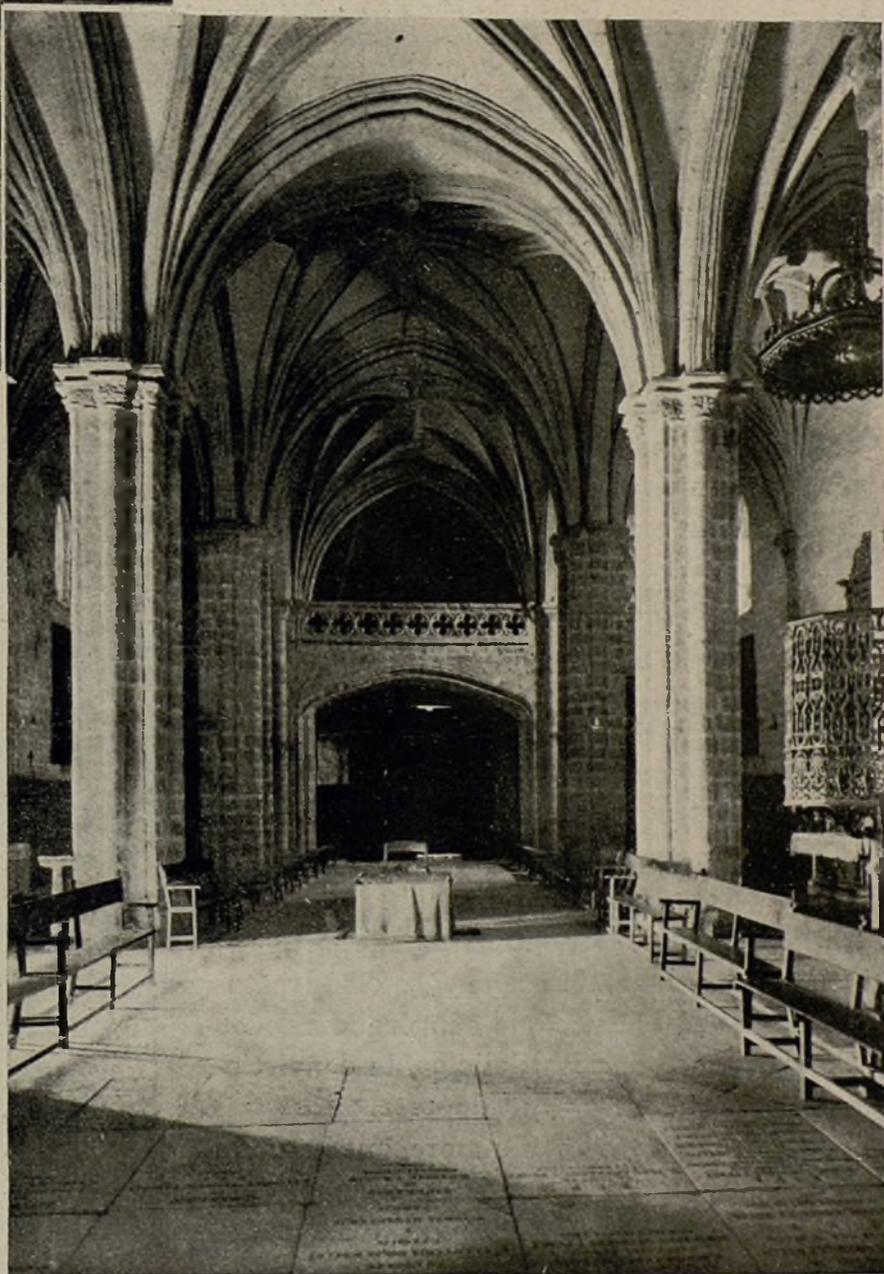
* * *

El interesantísimo templo del Castillo recibe actualmente el beneficio de un enriquecimiento singular que, en definitiva, le confirma como una verdadera joya de arte y fe, digna de todas las admiraciones.

Las actividades artísticas y la munificencia de un insigne prócer, hijo de la histórica ciudad de Aracena, acumulan cuadros de subido valor, retablos antiguos de extraordinario mérito, verjas de forja, repujado e incrustado, labradas en Sevilla y Toledo; zócalos de azulejería antigua, restaurada y complementada con unos relieves del *Via-Crucis*, modelados por Adolfo López y cocidos en los talleres trianeros del maestro Montalbán, y vidrieras policromadas que constituyen tal vez las obras maestras hasta ahora de la vidriería artística española.

Este prócer es el conde de las Torres de Sánchezdalp. Le arde en su corazón, sobre sus depurados gustos artísticos y su patriotismo, la llama viva de la fe de sus mayores por la Virgen del Mayor Dolor, que, para decoro de su culto, recibe este homenaje espléndido de quien sabe y puede tributárselo.

José ANDRES VAZQUEZ



Interior de la capilla mayor.



La piscina de Tourelles. Fiesta del nadador escolar. Presentación de los nadadores más jóvenes (desde cuatro años y medio hasta diez).

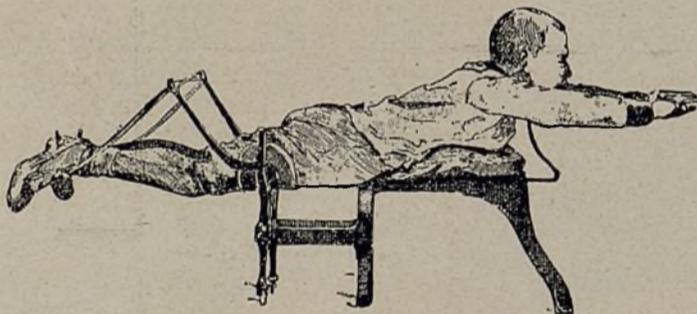
Foto Henri Manuel.

NADAR. Volar. Entre estas dos paralelas extremas se desarrolla el dinamismo humano. En su actividad semoviente el hombre aspira al dominio absoluto del espacio: desde lo submarino a lo etéreo. En el juego y normatura de los deportes, la natación ocupa jerarquía de placer y rango de antigüedad. Y a la pura delicia de su ejercicio añade las ventajas de su higiene.

Desde las *termas* romanas hasta los balnearios actuales, donde el pretexto ha alcanzado categoría de necesidad, las generaciones humanas han procurado siempre satisfacer la higienización hidroterápica de la mejor y más cómoda manera.

Pero siempre ese impulso nativo hacia la complicación—que es, al fin y al cabo, el germen inicial de toda actividad deportiva—ha llevado al hombre a buscar en la natación un complemento que, reuniendo a todas las ventajas todas las delicias, la convirtiese en un puro y egregio deporte.

Y tanto ha nadado el hombre, que ha dado la vuelta y se ha encontrado al cabo, después de agotar todas las posibilidades de-



La piscina Molitor, que imita perfectamente la orilla del mar, es muy frecuentada, sobre todo a la hora de la lección de natación, que es la representada en esta foto.

Foto Orrios.

portivas y todos los *records* natatorios, con que la natación es de nuevo una necesidad útil, una casi obligación. Mil razones diversas aconsejan imperativamente el experto dominio de la natación, que en la vida moderna tiene mil contingencias de utilidad.

Dejando aparte la natural y nobilísima tendencia humana al absoluto mejoramiento, a valerse por sí mismo en todo, para todo y sobre todo, la utilidad de la natación, que se inicia en el egoísmo del placer propio y acaba en la posibilidad del salvamento ajeno, es obvia y no ha menester encarecimientos.

Y acaso conviene hacer notar ahora que se inician reacciones contrarias, que esa virtud de alegre y fraterna y honda solidaridad que arranca de la práctica colectiva del deporte, en pocos alcanza tanta eficacia de buen tono como en la natación. Tiene, desde luego, la

natación, una cierta catolicidad de rito; es universalmente idéntica en su ejercicio y desarrollo. Y, por otra parte, la casta y limpia alegría del agua, purificadora y estimulante, la ungue de limpia honestidad, alegre y bulliciosa. Quizá esta ablución total e inmersa de la vida

e n a t a c i ó n

humana en la vastedad sin límites del agua es como una total purificación gozosa. En coyunda fértil, la alegría y la limpieza penetran también en el alma bajo la luz azul, sobre el inquieto vaivén de las olas que ríen con toda la gracia de sus espumas.

Reúne, por tanto, la natación en su ejercicio elementos vitales de primer orden, poderosos estimulantes energéticos y morales que le procuran, con sus innegables ventajas y placeres, la casi indispensabilidad.

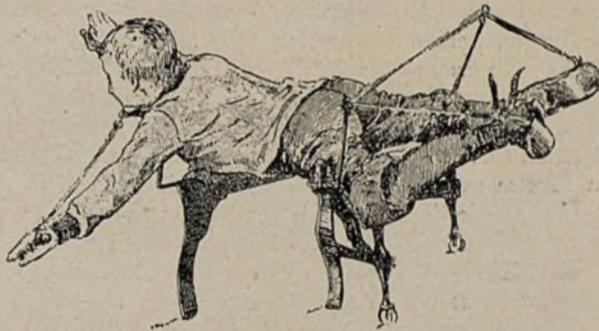
No es, pues, de extrañar que desde los más remotos tiempos sea preocupación y práctica constante de la humanidad. No es, pues, de extrañar tampoco que en la hora actual, en que el deporte ha adquirido en la vida toda su máxima categoría de necesidad y de juego, la natación merezca los desvelos y las preocupaciones de los higienistas y de los educadores.

De ahí arrancan los principios fisiológicos y étnicos que aconsejan la fundación y funcionamiento de las escuelas de natación. En algunos países van siendo ya numerosas.

Los grabados que se insertan en estas páginas dan idea



El momento higiénico y refrigerante de la limpieza y aseo. No deja de poseer una gracia muy moderna en contraste con los bellos frisos antiguos. . .



de lo que, en definitiva, es una escuela de natación, y se refieren a las de Tourelles (París) y a una modernísima de Berlín.

Basta examinarlos para comprender lo que en las tales escuelas se practica y hasta el íntimo sentido con que se practica, dando al deporte su categórica eficacia de placer utilitario.

Véase en las fotografías berlinesas, cómo antes de la natación auténtica y libre se entrena al discípulo en una simulación que le disciplina y normaliza para que pueda arrostrar con seguridad serena la dificultad que representa siempre lo imprevisto.

Porque no hay que olvidar que el deporte exige, para su cabal delicia, tanta como audacia, maestría, y que sólo su completo dominio alcanza a procurar las infinitas satisfacciones de que es susceptible.

¡Bienaventurados los deportistas expertos y completos, porque de ellos es el reino de la tierra! Y aspiran también, como se ve—y lo han dominado ya—al reino de las aguas. Y se disponen a dominar el etéreo reino azul de los cielos. ¡Que ¡ay!, ni son azul ni son cielo!



Ejercicio indispensable para el mantenimiento del vigor y el desarrollo muscular, que facilitan el rápido y seguro dominio de la natación.

Fotos Orrios.

El encanto de Tenerife

La ciudad del Adelantado



Calles como ésta forman la típica ciudad.



La mayoría de los viajeros españoles que dejan las costas de nuestra Península, con rumbo a Occidente, experimentan la sensación de que aquella tierra costera que ven alongarse es la última tierra española que han de ver ya. En adelante les espera el proceloso Atlántico y tierras extrañas nada más. Por eso, ¡qué enorme es la emoción de esos viajeros cuando el barco arriba a las costas canarias!... ¡Qué inefable placer el de hallar en pleno océano unos trozos de tierra, que, como si hubiesen surgido por arte de encantamiento, ofrecen a los ojos asombrados de los que a ellos llegan, la visión real del propio solar hispano!... Es como si hubiéramos dejado a nuestra madre en la solaviega mansión, y, cuando aun nos atormenta el recuerdo de su ausencia y nos subyuga su memoria, llenándonos de nostalgia, volviésemos de improviso a presentarse ante nosotros.

Tiene Canarias, concentradas en su ser, las más encantadoras esencias hispanas, por ser las de la grandeza real de España y las más genuinas de sus populares impulsos. Queremos decir que naciendo verdaderamente Canarias para el mundo, al verificarse la unión de los reinos hispanos

para formar el Estado español, bajo la égida de la reina españolísima y esencialmente patriota, Isabel la Católica, y en los momentos cumbres de la grandeza hispana por las épicas hazañas del descubrimiento e incorporación del Nuevo Mundo a la vida civilizada; queremos decir —repetimos— que Canarias, como un relicario, parece guardar en su seno los vestigios de aquel impulso nacional que en Canarias comenzó su expansión hacia Occidente, y de aquel ambiente de realidades patrióticas depuradas que hubo de envolver las relaciones entre los pueblos hispanos de ambas orillas del Atlántico, pasando de continuo por el bello archipiélago de las Afortunadas.

En sus casas, en sus calles, en sus costumbres, en su acento, en sus cantares; en fin, en su ambiente y en su espíritu, Canarias se nos muestra con los efluvios de toda aquella grandeza y todo aquel españolismo. La obra de Canarias, como la de América, fué esencialmente popular. Por eso es perenne—no fugaz como la que la Monarquía española llevó a cabo en Flandes o en Italia, por ejemplo—, y por eso también, ni los españoles peninsulares pueden sentirse extraños en Canarias, ni menos que en cualquier otro lugar del territorio español pueden considerarse extranjeros en ella los hispanoamericanos. Y del mismo modo que a Hispanoamérica, es aplicable exactamente al archipiélago canario la expresión del ilustre historiador mejicano Carlos Pereyra: «El encanto de la civilización hispanoamericana, casi en su totalidad, es obra de la influencia de Sevilla.»

Andalucísima Canarias, es una concentración espiritual y material de todo lo español e hispanoamericano, que le viene de su origen como parte integrante de la nación española; por las circunstancias de su incorporación a la vida mundial, y por su situación en la asendereada ruta que, a través de las aguas, fué tendida entre el solar de nuestra raza y sus antiguas provincias—española—del otro lado del océano, provincias por la voluntad nacional, por obra y gracia de las tres inmortales carabelas de Palos.

Menos sujetos que las ciudades costeras a influencias extrañas—siquiera estas sean solamente superficiales—, los pueblos del interior del archipiélago nos ofrecen en abundancia notoria todas las características que dejamos señaladas. Ahí está, entre otras, la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, situada a corta distancia de Santa Cruz de Tenerife—en quince minutos puede recorrerse en automóvil la



Tras un sobrio frontón que perforan tres puertas...



distancia que las separa —y enclavada en espaciosa meseta que cubre la verde alfombra de sus huertos, adornada con los innumerables matices de infinitas y bellísimas flores.

Es La Laguna, como comúnmente se la denomina, la ciudad más antigua de la isla de Tenerife, fundada por el mismo conquistador de ésta, don Alonso Fernández de Lugo, después primer Adelantado de la misma.

Ved esta calle cuya acromasia es debida al cendal de niebla que suele envolver la ciudad, destacado de la corona de nubes con que se adorna comúnmente el ingente Teide.

Es invierno, y como La Laguna se halla a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar, hace frío y humedad, en contraste notable con la capital, Santa Cruz, donde, a la sazón, lucirá seguramente espléndido sol y se disfrutará una temperatura primaveral.

Calles como ésta forman la típica ciudad llamada por antonomasia del Adelantado, refiriéndose a don Alonso Fernández de Lugo, ya que en abril de 1497 salió él de los Realejos para fundarla, por considerar—según afirma el historiador Viera y Clavijo—que la Vega de la *Laguna de Agüere* era lugar «el más propio de toda la Isla para fundar un Pueblo que hiciese veces de Capital». Aquella bella llanura, aquellas frescas, suaves y perennes brisas, aquella Laguna «de media milla de circunferencia, a donde acudían muchas aves, y pastaban los mejores rebaños», aquellos agradables bosques que poblaban las colinas de la parte septentrional de la vega, y la proximidad al puerto de Santa Cruz, decidieron al Adelantado a edificar en este lugar aquel modesto poblado de «casas o cabañas de tablas y de tapias, construidas en la parte que se llama de la *Villa de Arriba*, cuyas puertas, ventanas, salas y aposentos pequeños anunciaban la feliz ignorancia del lujo, de la opulencia y de la sobrada industria», según afirma Viera y Clavijo, y anunciaban además—decimos nosotros—la condición esencialmente popular de la expansión hispana hacia Occidente, que comenzó en Canarias, y pasando por América llegó hasta el archipiélago filipino. Expansión substancialmente nacional, que contrasta con la que al mismo tiempo y para ruina de España, impulsó la Corona hacia el Oriente, desde la muerte de la reina Isabel la Católica. Así, con modestos poblados de casas o cabañas, comenzaron también por aquella época gloriosa, otras ciudades del mismo archipiélago canario, de América y de Oceanía, que hoy son asombro del mundo, pues Alonso Fernández de Lugo era de la misma madera que fueron Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Solís, Valdivia y tantos otros ilustres fundadores de pueblos y propagadores de nuestra civilización.

Hoy, de la antigua Laguna de Agüere, no existe la laguna más que en el nombre de la ciudad que ha reemplazado a aquel modesto poblado de casas o cabañas que vieron



Plaza del Adelantado.

esfluvios de los jardines floridos en profusión tropical!... La Laguna es un remanso claro y atrayente del torrente impetuoso de la vida mundial, enturbiado éste por los vértices frecuentes de las pasiones desatadas en su seno. «La feliz ignorancia» de los fundadores, de que nos habla Viera y Clavijo, parece haber asentado sus reales en esta ciudad de ensueño; ignorancia de las pasiones y luchas feroces por la existencia, que consumen la vida en las grandes urbes de los continentes, que otra ignorancia no puede tener cabida donde radica la sede universitaria del archipiélago y donde el afán de saber es un anhelo ciudadano, donde se rinde culto al idealismo, haciendo que La Laguna conserve aquella capitalidad que perdiera nominalmente, pues—como toda Tenerife—sabrán aunar el moderno materialismo, que le viene impuesto de fuera, con su viejo romanticismo, dándole la debida ponderación para situarse en el término medio, que es en todo lo de la vida el punto de equilibrio donde se encuentran la bondad, la belleza y la virtud.

Hasta en sus típicas fiestas conserva el sencillo encanto de lo que fué. Fiestas cívicas, correligiosas, en las que, a las honestas expansiones populares, únense los actos de culto, entre los que se destaca el que anualmente se rinde a la Exaltación de la Santa Cruz el 14 de septiembre.

La Laguna se transforma, y rebosante de luz y alegría, engalana sus calles y plazas, principalmente la espaciosa de San Francisco, en la que, tras un frontón apisonado, que perforan tres puertas con arcos de medio punto, se halla la capilla donde se venera, desde fines del siglo xv, la histórica efigie del Cristo de La Laguna.

Bella ciudad del Adelantado, no quieras perder tu «feliz ignorancia», no olvides nunca que nuestros primeros padres se vieron privados de aquel delicioso edén donde Jehová los puso, por comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, que era tanto como querer no ignorar nada, equiparándose a Dios. Desde entonces, a mayor saber va irremisiblemente unido un más grande dolor.

ANTONIO FERNÁNDEZ DE ROTA



Plaza de San Francisco.

NORMANDY HOTEL
ENTRE OPERA Y LOUVRE

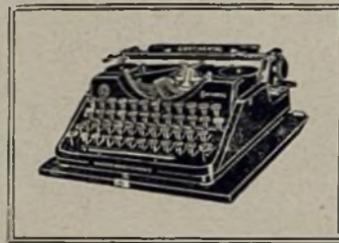
RUE DE LA PAIX AVENUE DE L'OPERA

EL HOTEL PALACE CON PRECIOS MODICOS. RESTAURANT-BAR DE PRIMERA CLASE-200 HABITACIONES CON TELEFONO 200 CUARTOS DE BAÑO

DIRECCION TELEGRAFICA: NORMANDY, 111 - TELEFONO: OPERA 04-80-85

PARIS
7 Rue de l'Échelle (AVENUE DE L'OPERA)

RUE DE RIVOLI



MAQUINAS
DE
ESCRIBIR

**CONTINENTAL
PORTATIL Y DE OFICINA**

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

FERNANDEZ, LANGA Y C.^a, S. L.

Pí y Margall, 18.-MADRID

Muebles prácticos para oficinas

PIDAN PRESUPUESTOS PARA
INSTALACIONES COMPLETAS

ACCESORIOS PARA TODA
CLASE DE MAQUINAS



CAMISERIA

NOVEDADES


Rivero

10, CARRETAS, 10
MADRID
TELEFONO NUM. 16399

EXCLUSIVA DE LA PUBLICIDAD EN Cosmópolis

Rudolf Mosse Iberica, S. A.

En Madrid: Nicolás María Rivero, 11
Teléfono 15525

En Barcelona: Rambla de Cataluña, 15
Teléfono 13130

Arquitectura y Decoración

EL PALACIO DEL CIRCULO DE BELLAS ARTES

Es creencia muy extendida que el palacio propiedad del Círculo de Bellas Artes, de Madrid, está terminado, y, sin embargo, no es así; su monumental fachada a la castiza calle de Alcalá está proyectada por su autor, el ilustre arquitecto don Antonio Palacios, con infinidad de elementos decorativos que la avalorarían extraordinariamente, por estar constituidos con las obras de cuatro de nuestros más prestigiosos escultores: Capuz, Adsuara, Ortells y Angel García, nombres ilustres ya en la historia de las bellas artes españolas.

En pocas ocasiones suelen fraternizar en Madrid la escultura y la arquitectura, no siendo en monumentos públicos de conmemoración de hechos históricos o de personajes ilustres, y ello es porque edificios que requieran elementos decorativos de esta naturaleza no son frecuentes, y, además, porque las normas estructurales modernas huyen precisamente de lo esencialmente decorativo para concretarse en su desarrollo a las masas estrictamente geométricas y, por tanto, rectilíneas.

Estos efectos hacen notar más que, en las contadas ocasiones en que pueden lucirse los escultores, la desgracia les persigue, oponiendo dificultades a la realización normal y total de los proyectos en que ellos intervienen; unas veces, como en esta ocasión, por una administración desordenada se prescinde de su elenco, y otras, como en el caso reciente de la construcción de la fachada del nuevo Ministerio de Instrucción pública, en que se sacrifica



Frente del pilono ejecutado por Angel García.

su decidida afición, aprovechándola por las circunstancias y motivos á que se dedicaba el inmueble, ocasión oportuna para dotar a Madrid de una obra bella, en la que podían lucirse sobremanera nuestros escultores.

Pero circunstancias que no son de nuestra competencia reseñar impidieron el que los propósitos del genial arquitecto se cumplieran, y hemos de contentarnos con la apreciación de un con-

todo a la caprichosa idea de inaugurarlo en una fecha fija, aniversario del advenimiento de la Dictadura, atropellando lo que pudiera oponerse a su realización sin tener en cuenta el gasto inútil que con ello se originaba ni el sinnúmero de peligros que tan acelerado acuerdo creaba, porque las figuras colocadas en el remate de la fachada, como asimismo el escudo central, de una manera provisionalísima, causarán, sin duda, algún día de luto al sufrido pueblo madrileño si no se sustituyen pronto por las definitivas, pues estos elementos decorativos, hechos rápidamente, no reúnen las condiciones necesarias para su conservación indefinida, y estos peligros se han duplicado con las torrenciales lluvias de julio último, que han arrasado los materiales ya calcinados y deshechos.

Pero volvamos a nuestro tema; don Antonio Palacios gusta siempre de enriquecer sus proyectos con elementos escultóricos, cosa que podemos comprobar en casi todos sus edificios, pero en el palacio del Círculo de Bellas Artes culminó

Arquitectura

junto arquitectónico, que, precisamente por adolecer de la falta de sus aditamentos decorativos, muchos lo consideran de atisbos vanguardistas; pero no es nuestro propósito hoy juzgar la obra del arquitecto, sino dar a conocer las obras que no llegaron a colocarse en la fachada del suntuoso Círculo de Bellas Artes.

De los cuatro artistas insignes nombrados anteriormente, Capuz fué el designado para realizar la gigantesca Minerva que había de figurar en uno de los ángulos de la enorme terraza del edificio, figura que, al unísono con los elementos decorativos de la torre, hubiera debido ser de cerámica con brillos metálicos, que, sin duda alguna, hubiera sido de efectos maravillosos.

También se encargó Capuz de los cinco relieves que en el piso principal deberían ocupar los intercolumnios, relieves cuyos proyectos hacían adivinar la trascendencia que hubieran tenido en el conjunto arquitectónico.

En la parte alta del edificio, el proyecto original estaba avalorado por dos esbeltos pilonos, colocados a cada uno de los lados de la fachada, pilonos decorativos que fueron ejecutados por Angel García y por Adsuara; estas dos obras, de haberse colocado, hubieran cambiado radicalmente la fisonomía actual de la fachada, dándola unas perspectivas interesantísimas, por sus perfiles de extraordinaria belleza, perfiles que se admirarían desde los extremos de la calle de Alcalá.

Aquí creo, sin-



"Minerva", de Capuz.



Uno de los relieves de los intercolumnios ejecutado por Capuz.

y Decoración

ceramente, que el arquitecto Palacios sufrió un error, porque esta obra, emparejada, de los pilonos, requería una similitud de técnica, y es muy difícil que dos artistas consagrados ya, de orientaciones distintas, se amoldaran a un patrón. ¿Quién copia a quien?, y este inconveniente surgió; el arquitecto dió sus trazos de emplazamiento, su proyecto básico, al que habrían de acomodarse los escultores, y cada uno creó su original recabando libertad de acción en sus procedimientos, por cuyo motivo el resultado hubiera sido discutido al colocarse, no el resultado de la obra de cada uno, sino el resultado estético, la armonía del conjunto. Adsuara, como más joven que Angel García, se amolda mejor a las tendencias ó corrientes de técnica moderna, y su obra iba a diferenciarse bastante del trazo clásico académico de su compañero, y esta diferencia no deja de notarse en los frentes de los pilonos, particularmente constituidos por tres figuras de mujer.

En las obras de los demás artistas, la independencia de su colocación les hacía quedar libres de toda comparación, pero en

este caso concreto era obligada, y, al serlo, daba lugar al enjuiciamiento, oponiendo el parecer de uno o de otro sobre su mayor o menor acierto. ¿Cuál es mejor? ¿Qué difícil sería dar una contestación! No precisamente por la amistad, que siempre es una influencia muy decisiva, sino porque la bondad se viste de tantas maneras distintas, que es, a veces, un verdadero problema irresoluble el in-

tento de diferenciar. En este caso sólo se puede decir que el haber podido admirarlas en la fachada del Círculo de Bellas Artes hubiera sido motivo de orgullo; son dos obras hechas a conciencia, de que en el lugar de ostentación, plantel de artistas ilustres, se critica lo divino y lo humano, y en ellas condensaron los mayores esfuerzos para resolver con acierto técnica y dibujo, poniendo todas sus valiosas aptitudes a contribución.

En la parte baja de la fachada, y debajo de la balconada principal, habían de ir colocados entre hueco y hueco, y delante de lo que ahora son repisas pétricas, otros tantos motivos escultóricos, cuya obra se había encargado de realizar Ortells, y, lo mismo que sus compañeros, puso al servicio del proyecto toda su entusiasta

voluntad, que, con ser mucha, no fué tanta como su inspiración, logrando con su ejecución obras de extraordinaria belleza.

De todos estos ilustres artistas reproducimos algunas de sus obras, y ellas darán cabal idea de lo que sería la monumental fachada del Círculo de Bellas Artes si se hubiese terminado, obras todas ellas que, a mi juicio, responden a un sentido clásico, con una ligera tendencia moderna, muy en armonía con la tendencia arquitectónica que Palacios dió a su obra.

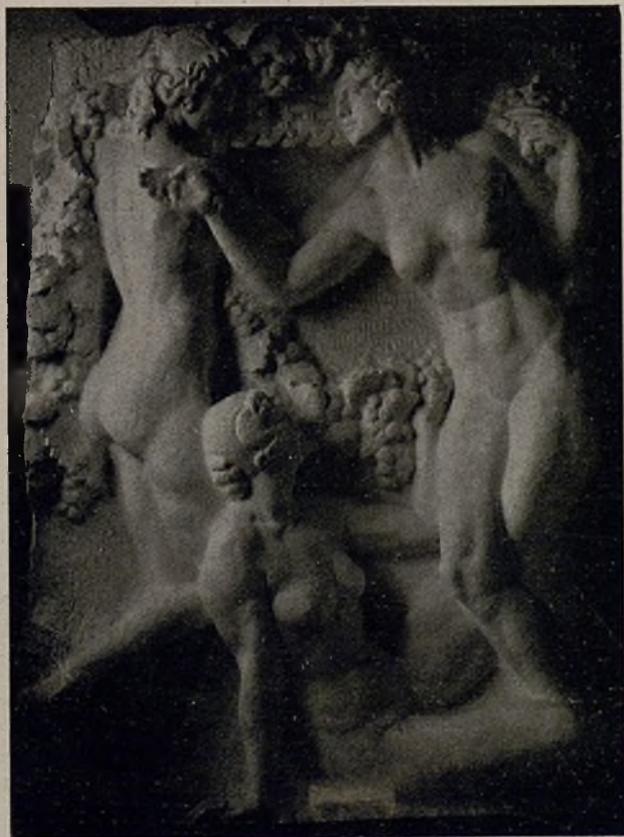
¿Veremos algún día estas obras en el lugar para que fueron proyectadas? Esperamos que sí; no faltará algún mecenas que ponga al servicio de tan laudable propósito su valioso caudal.

ANTONIO PRAST

Fotos del autor.

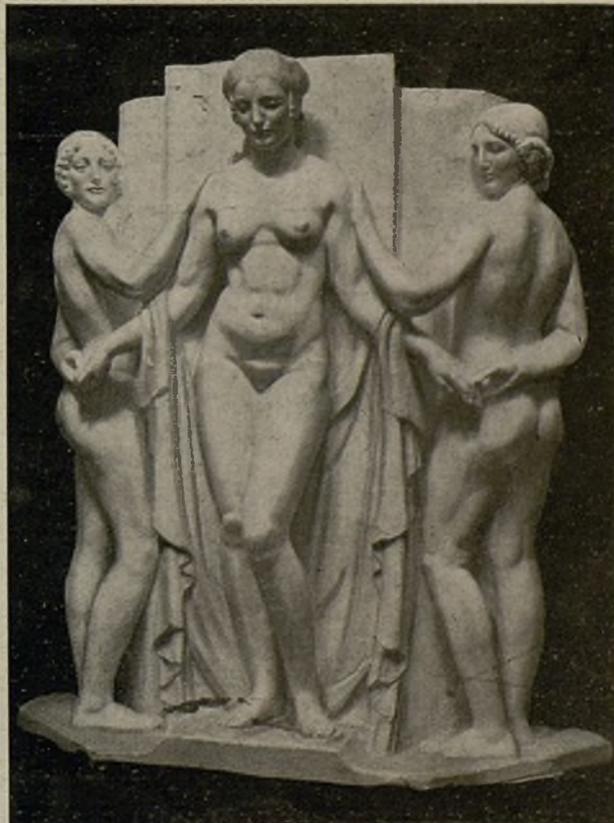


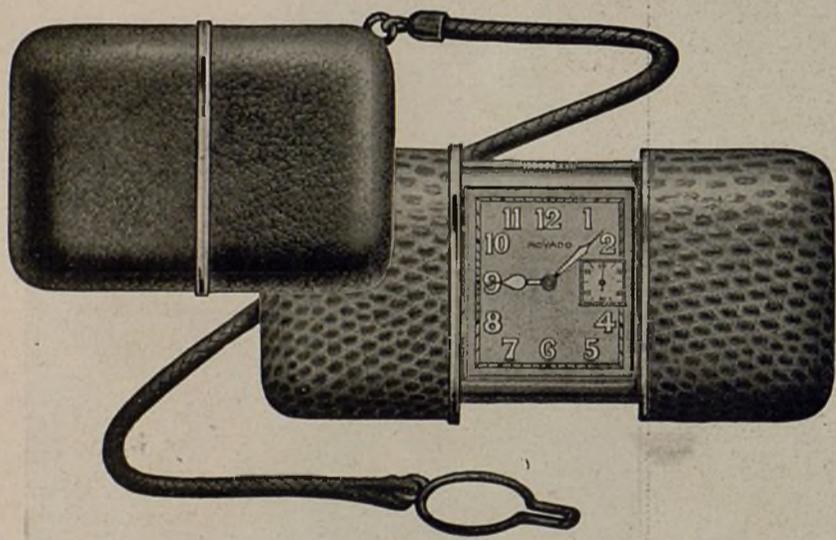
Vista lateral del pilono ejecutado por A. García.



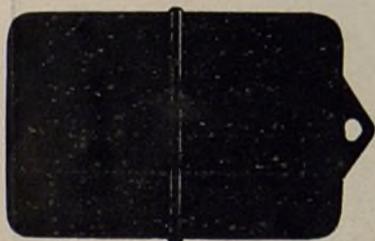
Uno de los relieves del mirador del piso entresuelo, de J. Ortells.

Frente del relieve de uno de los pilonos, ejecutado por J. Adsuara.





ermeto MASTER



ermeto NORMAL



ermeto BABY

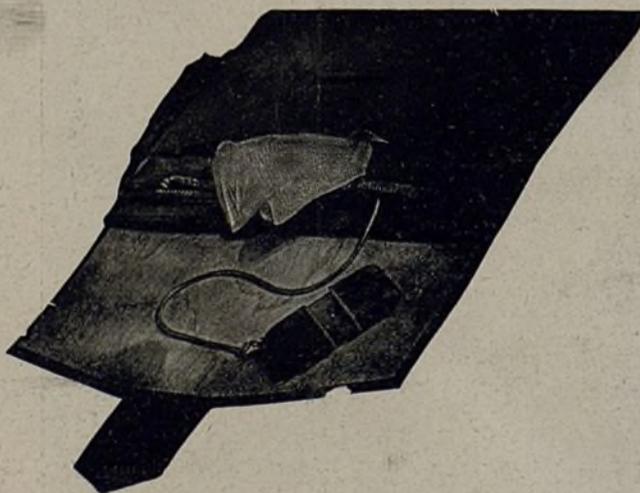
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
JOYERIAS Y ESTABLECIMIENTOS
ESPECIALIZADOS EN RELO-
JES FINOS

AGENCIA GENERAL:
HERMÉTICA, S. A.
Galería del Comercio, 55
LAUSANA (SUIZA)

ermeto

MOVADO

EL MOVIMIENTO DEL RELOJ *ermeto*,
DE UNA PRECISION PERFECTA, AL
ABRIGO DE LOS CHOQUES, DEL POLVO
Y DE LA HUMEDAD; ES EL RELOJ IDEAL
DEL HOMBRE Y DE LA MUJER DEL SI-
GLO XX, DEPORTIVO, ELEGANTE Y
PRACTICO.



LA CONQUISTA DEL AIRE

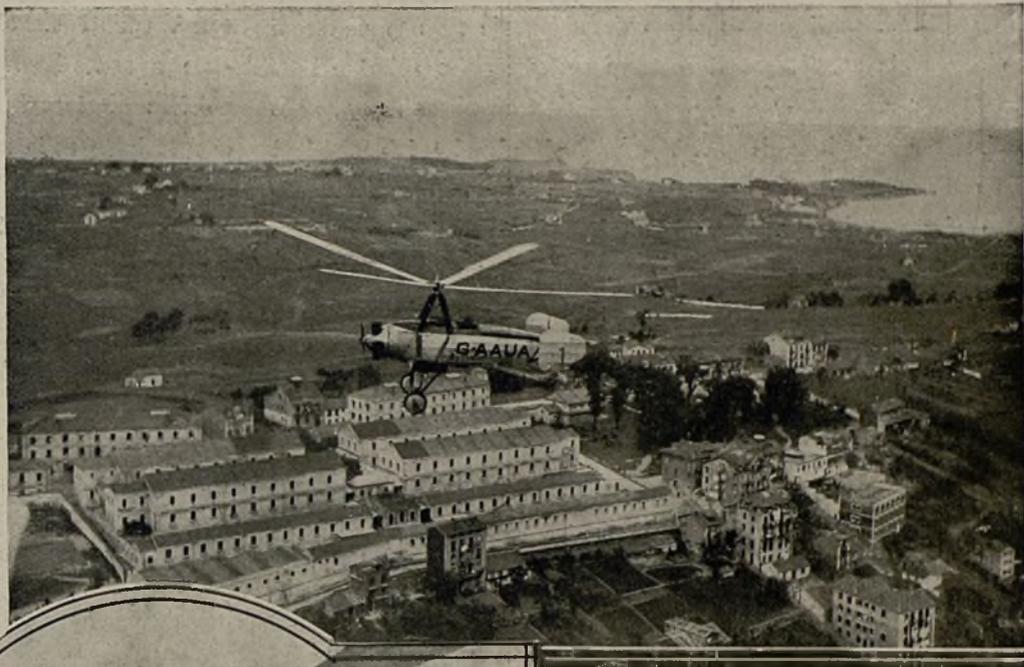
El regreso a España del Autogiro La Cierva

EL TRIUNFO DE UN INGENIERO
ESPAÑOL. EL INFANTE D. JAIME
Y SU BAUTISMO DEL AIRE.

OTRA vez se halla entre nosotros el ingeniero español don Juan de La Cierva, el inventor del famoso autogiro de su nombre. Consagrado como uno de los principales promotores de la aviación internacional, el éxito de su aparato es, sin duda, uno de los más sólidos motivos de orgullo que el pueblo español puede tener cara al mundo científico.

El vuelo del autogiro La Cierva desde el aeródromo de Le Bourget a Madrid, pasando por San Sebastián, Santander y Burgos, y con propósito de continuarlo por Murcia, Valencia y Barcelona, constituye un verdadero récord, que viene

Santander.—El autogiro La Cierva en tierra, momentos después de sus vuelos. Al pie del aparato su propietario, piloto e inventor.



Santander.—El autogiro La Cierva, pilotado por su propietario e inventor, en pleno vuelo sobre los cuarteles de la guarnición de la capital. (Fotografía obtenida desde una avioneta pilotada por don Teodoro Pombo, por nuestro reportero gráfico señor Marín.)

ne a reafirmar al autogiro como una cosa ya plenamente lograda.

* * *

Durante todo su viaje por España ha recibido el ingeniero señor Cierva renovadas muestras de adhesión popular. Cosa grata, como todo lo que viene de este buen pueblo español, cordial y justiciero; pero tampoco le ha faltado al señor Cierva el alto espaldarazo de la realeza. El rey, atento a los triunfos de sus súbditos, ha tenido para el inventor del autogiro la loanza como estímulo y el agrado como premio.

Y hasta cupo al señor Cierva, en tierras montañosas, la satisfacción de ofrecer su bautismo del aire a un infante de España. El infante don Jaime hizo sus primeras armas aviatorias bajo las aspas del autogiro.

Hasta a las más augustas personas debe gustar a veces alejarse un poco de estas miserias de la tierra en un avión propicio. ¿No?

Santander.—S. M. el Rey Don Alfonso XIII conversando con el inventor y piloto del autogiro La Cierva, después de los magníficos vuelos efectuados por éste en el aparato de su invención.



Más allá del canodromo

*

PRESENTACION

CUANDO yo le consulté a Carlos Pagola, el entusiasta y entendido director de *El Galgo Español* acerca del interés que podía tener la interviú, me respondió así:

—Interesantísima. Y yo te presento y te llevo.

Y una noche, en el Stádium, el bueno de Pagola hizo la presentación, y convinimos la hora.

La señorita Luisa Villamil, vestida con un sencillo traje blanco, que le estilizaba la silueta, movía inquieta una mano.

—¿Está usted nerviosa?

—No.

—¿Corre algún galgo suyo esta noche?

—Sí.

—¡Ah!

—No es por eso. *Squinting Windows* y *Occulist* corren bien.

Miss Britton, la institutriz, más bien la amiga buena de la señorita Villamil, intervino:

—What is the matter with you?

—Non.

Y volviéndose hacia nosotros, añadió Luisita:

—Es que estos perros... Lo toma una con un interés... Este año me han retrasado el veraneo.



Luisita Villamil con el famoso galgo, campeón de Irlanda, "Eager Eyes", posa ante el objetivo de Marín.

La reina de los perros

*

LA MIRADA DE «OJOS ANSIOSOS»

Ya estoy en el hotel de la calle de Castelló, propiedad de los señores de Villamil.

Al oír unos finos ladridos levanté la cabeza, y sobre la puerta vi un dieciocho en una loseta. Allí era.

Y en efecto: un coche de turismo a la puerta, y, al empujar apenas la cancela, uno, dos, tres, cuatro, seis, diez perros que saltan, retozan, me impiden avanzar. Tras ellos, la señorita Villamil avanza con la mano tendida. Es blanca y cálida. Ya lo saben los lebreles. Y va amonestando en castellano y en inglés:

—¡Eager!. ¡Aquí! ¡Occulist!.. ¡Pequeña, quieta! ¡Ah, choice!... ¡Joy ful! ¡Artful!... ¡Knave!

Y después del saludo, mientras me invita a sentar, amonestando con fingida seriedad a los lebreles:

—Sois unos mal educados. ¿Vosotros sabéis cómo habéis recibido a este señor?

Y *Occulist*, que es una perra melada, pequeña, de mirada viva, me mira atentamente, como comprendiendo el regaño. Luego

mueve la cola y se tira sumisa a mis pies. Yo le digo a la señorita Villamil:

—Me hizo mucha gracia la otra noche, en el Stádium, el oír cómo la llamaba un galguero entusiasta. Fué después de la victoria de *Artful*



La señorita de Villamil y su institutriz Miss Ana Britton con algunos perros de su jauría.

Comrade sobre Solicitor. Pasó usted, y dijo así: «Ahí va; ésa es. Y que no es bonita ni na. Esa es la dueña de *Ojos Ansiosos*, de *Artful Comrade* y de los mejores perros que hay en cien leguas a la redonda. Esa es la Reina de los perros.»

La señorita Villamil muestra unos lindos dientes blancos al reír.

—Pues no sabía. Tiene gracia. Yo reina.

—Suerte que tienen los perros. Porque si en vez de galgos fuera usted dueña de las mejores rosas de Granada...

—¿Qué?

—Pues los perros se quedarían sin reina.

La señorita Villamil, sin que yo le pregunte, me dice de pronto:

—¡Ese es *Ojos Ansiosos*!

—Es hermoso. Hermoso y famoso.

—¿Verdad que sí es bonito?

Ojos Ansiosos es un lebel que anda con cierta majestad. Es de pelo fino y color canela.

—¿Y por qué le llaman *Ojos Ansiosos*?

—¡Ah, no sé! Y parece que, por el nombre, debe tener los ojos feos, ¿verdad?

—En efecto.

—Pues no los tiene feos.

—No. Usted es al perro que más quiere.

—Es que fué el primero. Y además es muy cariñoso. ¿Qué le nota usted en la mirada?

—No sé... A ver... Sí... Tiene una mirada de inteligente.

Diría mejor, de... triunfador.

—Eso, eso. Es una mirada serena, ¿no? Nada de mirada de ansia.

—Y *Ojos Ansiosos* fué el que despertó su afición a los galgos, ¿no?

—Sí, así fué. Cuando se anunciaron las carreras de galgos en Madrid...

—Su institutriz, ya sé...

—Ana Britton, mi institutriz, es irlandesa, y una hermana suya, que vive allá en Irlanda, tiene relaciones con uno de los más famosos preparadores de galgos del país.

—Ya veo...

—Y Ana quiso hacerme un regalo. Escribió a su hermana, y me trajeron a *Ojos Ansiosos*.

—El triunfador.

—Cuando llegó, nadie le ganaba. Ahora ya tenemos otros perros mejores.

Pero él fué el primero que hizo saborear la emoción de la lucha y el placer del triunfo bien logrado. ¿No fué así?

—Exacto. Por eso, por todo eso, yo le quiero más.

LA VIDA DE LOS GALGOS

Somos ya cuatro alrededor del pequeño velador, a la sombra fragante de un magnolio de jardín: Luisa Villamil, Ana Britton, Carlos Pagola y yo. La conversación se generaliza. Yo deseo saber algo de la vida de los preciosos canes que hoy entusiasman a las multitudes del Stádium. Y pregunto:

—¿Tiene usted muchos perros?

—Ahora, once. Uno está enfermo: el *Hannigans Pet*, hermano de *Ojos Ansiosos*.

—Todos de clase, ¿verdad? Galgos caros.

—Sí. Ese es *Eager Eyes* el galgo campeón de Irlanda, y dentro de



Miss Ana Britton, la señorita de Villamil y el director de "El Galgo Español", D. Carlos Pagola, con el galgo "Artful Click".

poco tendré varios cachorrillos, hijos de aquella perra que hay allí tumada, hermana también de *Ojos Ansiosos* y del campeón del mundo.

—Dicen que hay galgos más caros que caballos de carreras.

—Sí. Cuando el galgo es bueno y los premios a ganar son de consideración, el perro adquiere un buen precio.

—¿Cuánto?

—Pues este mismo *Eager Eyes* lo mismo puede valer diez mil que quince mil pesetas. Cualquiera de estos once que tenemos ahora en casa vale más de los mil duros.

—Entonces, una fortuna en perros.

La señorita Villamil responde, modesta:

—Una fortuna..., no. Porque si ganan premios, pues aun son negocio para el que los tiene.

Ana Britton y Carlos Pagola sonríen del argumento de Luisita. Esta agrega:

—Yo me distraigo mucho con ellos, la verdad. Ya me conocen todos, y son muy cariñosos.

—¿Y de alimentación? ¿Son caros?

—Quia. Sólo hacen dos comidas al día: una muy de mañana y la otra a media tarde. Comen sopa de pan, caldo de huesos, poca carne y algún huevo.

—¿Y eso del café y de las inyecciones que se dice por ahí que en Inglaterra ponen a los perros antes de las carreras para que corran más?

La señorita Villamil compone un gracioso gesto de terror.

—Eso yo no lo hago con mis perros, aunque supiese que iban a ganar todo el dinero del mundo.

—Para un propietario será muy interesante la carrera en que participe uno de sus perros, ¿verdad?

—Mucho. Hay galguero que dice que si corriera él no estaría tan emocionado.

—Ustedes los cuidan mucho. Pagola me ha hablado de una perrera que es un verdadero hotel.

—La puede usted ver.

Nos levantamos. A los pocos pasos, en pleno jardín, estamos frente a Villa Adela, un hermoso chalet en miniatura, donde los galgos tienen su aposento, incluso con baño.

La señorita Villamil nos muestra las diferentes dependencias de Villa Adela. Todo está que brinca de limpio, y objetamos:

—No puede darse más curiosidad.

—Dirijo yo diariamente su limpieza.

En efecto, es casi un verdadero hotel.

—¿Y está lleno?

—Lleno. ¿Por qué lo pregunta?

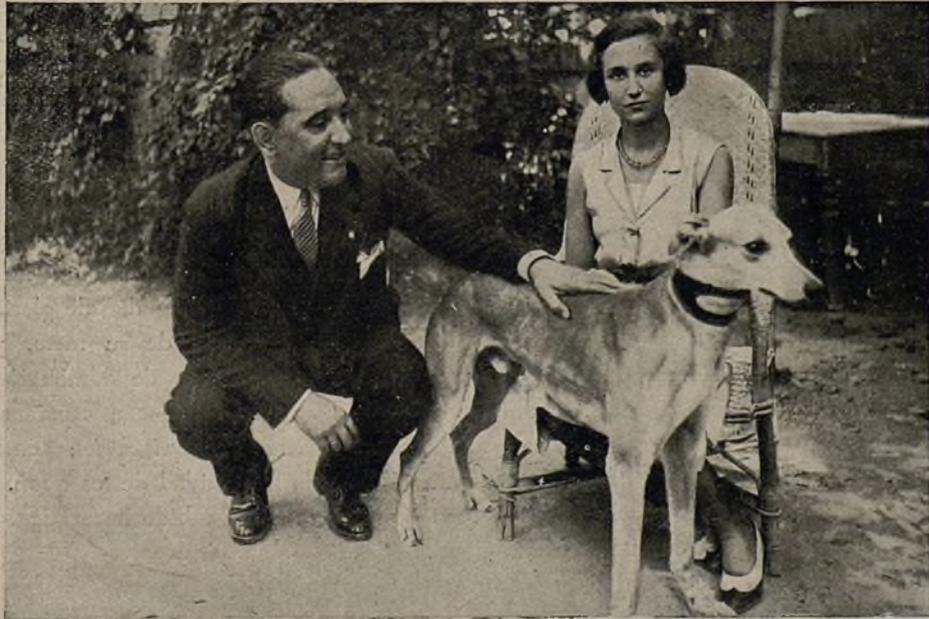
—Porque... el día que haya habitación libre, me avisa usted.

—¿Para quién?

—Para...

No termino, no puedo terminar. No sé qué cara debo de haber puesto, que suenan tres carcajadas a un tiempo, y sólo veo, un poco inclinados, en convulsión, tres cuerpos, de espaldas, frente a mí: el de la señorita Villamil, el de Ana Britton y el de Carlos Pagola.

Es tonto Carlos Pagola. No sé por qué le dará por reírse de ese modo en una casa que no es la suya.



La señorita Luisa Villamil con nuestro colaborador Rienzi y el famoso galgo "Ojos Ansiosos".

Fotos Marín.

RIENZI

LOS «ASES»

RICARDO ZAMORA

DEL FÚTBOL

UN CAMBIO OPORTUNO, O DE BARCELONA A MADRID

¡PAVERO! ¡PAVERO!

AQUELLA tarde... El momento desfila ante mí sobre las grupas del recuerdo. Era en el campo de Las Corts, y sobre la pradera evolucionaban con ordenado brío «barcelonistas» y «españolistas». Quizá el lector profano necesite una mayor aclaración. Jugaban el Barcelona y el Español, los dos grandes Clubs rivales de Cataluña. En la meta del Español, la figura atlética de Ricardo Zamora se movía con cierto recelo.

Yo recuerdo haber leído que en las manos de Paderewski ponían todo su orgullo de nacionalidad, de fuerza y de grandeza, los polacos de la vieja Polonia, anterior a la gran guerra. Es un fenómeno este de traslación sentimental muy frecuente en pueblos y regiones.

Toda la muchedumbre de Las Corts era una vociferación entusiasta y unánime hacia el Barcelona. Los catalanes parecían haber resumido toda la exacerbación de un descontento movido por mil causas, todas las ansias de un soñado desquite, todos los orgullos de una superioridad largamente creída y alimentada en aquellos once hombres que, vistiendo los colores catalanes sobre la zamarra, pugnaban en singular pelea de destreza, poder e inteligencia.

Zamora, el *equipier* cumbre, el artista del balón, cuya fama salvó los continentes y fué título para las glorias regionales de Cataluña, había huido de las filas del Club, que era como un símbolo. Y el héroe que conoció todo el brillo rutilante de los homenajes, cayó hundido entre los escollos del rencor y de la venganza.

Zamora entendía a su modo la independencia ideológica del deporte, y quiso ser fiel a ella. Alimentaba un concepto propio de nacionalidad, patria y región, y se dispuso a servirlo. Y hasta para ver desbordada quizá esta misma ilusión, se enroló en el Club que había hecho bandera de sus afectos nacionales.

Zamora se movía nervioso en su meta. Sus manos ágiles llegaron, en estilizada parada, al balón.

El público no aplaudía. Y unas voces alzábanse como un latigazo: —¡Pavero! ¡Pavero!

Zamora se vió batido. El Barcelona ganó la pelea, y sobre la casilla del famoso méta la burla y el escarnio silbaron como víboras.

Zamora llegó llorando a la caseta. Y en mitad del pasillo le tropezamos.

—Cálmate. No hay que tomarlo así.

Zamora se detuvo, irguió el busto y repuso:

—No es por la derrota. Lo que me duele, lo que me lastima, es ese público implacable. Me echará de Barcelona.

CERCA DE LA PUERTA DEL SOL

Iba yo de viaje con el equipo nacional de fútbol por tierras de Checoslovaquia. Accidentalmente, entre un grupo de *equipiers* se comenzó a hablar de Zamora. Uno de ellos dijo:

—Pues yo me cambiaría por él. Zamora, cuando acabe su vida de futbolista, no podrá vivir en Barcelona. No lo quieren. En vez de ayudarlo, procuran hundirlo en cuantos negocios toma. Ya ha fracasado en dos o tres que parecían buenos.

En el mismo viaje, días después, salió en la charla, y le espeté a Zamora:

—Tú debieras prepararte para cuando dejes de jugar al fútbol. Monta un negocio.

Su respuesta fué rápida:

—En Barcelona están muy difíciles los negocios para mí.

Hizo una pausa y, mirando y sonriendo a su esposa, añadió:

—A lo mejor lo monto cerca de la Puerta del Sol.

De esta frase, dicha cruzando los Cárpatos austríacos, quién iba a hacer caso... Pero la vida alecciona tanto, que hoy, al saber que Ricardo Zamora trasladó su residencia a Madrid, y que serán los colores de un Club cortesano los que en lo sucesivo defienda, apenas me ha sorprendido.

Madrid recibirá a Zamora como es digno de Madrid y Zamora se merece. Aún Zamora puede dar días de gloria a los colores de su meta, y

aún Zamora puede esperar nuevos tiempos heroicos de admiración y aliento sinceros. Y allí, cerca de la Puerta del Sol—tan española, tan cordial, tan sincera—, sentir, como el héroe de *Papá Goriot*, cómo la juventud vuelve por el aliento cálido y la fraternidad de los que no saben ser enemigos, de estos madrileños que han sabido hacer de su ciudad una antesala de la gloria.

Ricardo empuja y grita:

—¿Se puede?

Que entras.

R.



EL DEPORTE EN EL MAR

LA VELA EN EL CANTABRICO

HAY deportes poco espectaculares, pero de una gran fuerza emotiva en su práctica. El *yating*, el balandrismo, lo que en términos marinos se llama la vela, es uno de ellos. Digamos, sin embargo, que la vela va ganando adeptos día tras día en España, y que cada año, por las propicias jornadas caniculares, los Clubs cuentan con mayor número de embarcaciones modernas.

Especialmente, todo el Norte puebla su costa de balandros, y las pruebas se superan en interés e importancia.

De este florecimiento del más emotivo deporte del mar hay que buscar en España un principal promotor: el Rey Alfonso, cuya tenacidad como balandrista hincha también los vientos del entusiasmo.

* * *

También este año, como el pasado Santander, con su hermosa bahía, ha sido escena de una de las más importantes pruebas europeas de vela: la gran regata Plymouth-Santander, cuya victoria ha correspondido al *Ilex*. Competición dura, erizada de los peligros de los mares del Norte, y que ha constituido un nuevo éxito para las bravas tripulaciones de los yates participantes.

En la amplia bahía cántabra se han repetido las regatas internacionales de veranos anteriores, y sus resultados no han podido ser más halagadores para nuestros *yatmans*. En la mayoría de las pruebas, los colores españoles han llegado victoriosos a la meta.

Por el espíritu esforzado, por la vehemencia y por el supremo entusiasmo de nuestros *sportmans*, podríamos repetir la frase de aquel malogrado almirante: «El mar es nuestro.»



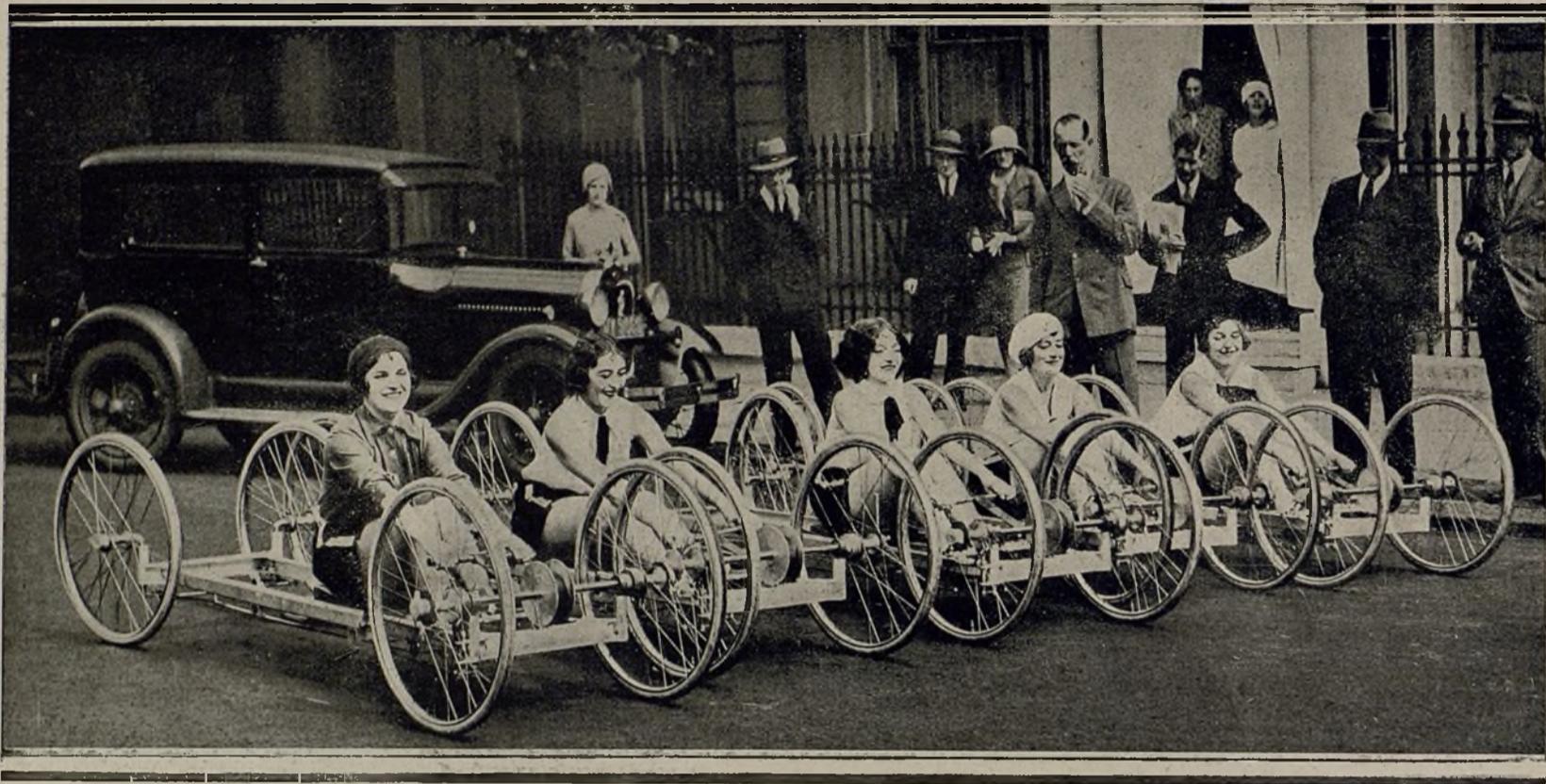
Santander.—Regatas de balandros. Su Majestad el Rey entrenándose para las regatas.



Santander.—Regatas de balandros. Su Alteza el Infante D. Juan con unas señoritas durante una de las pruebas.



Santander.—Regata Plymouth-Santander. La tripulación "Ilex", que llegó en primer lugar.



Una original carrera femenina en cuatriciclos celebrada en Londres.

Notas mundiales

LO RARO Y LO NUEVO

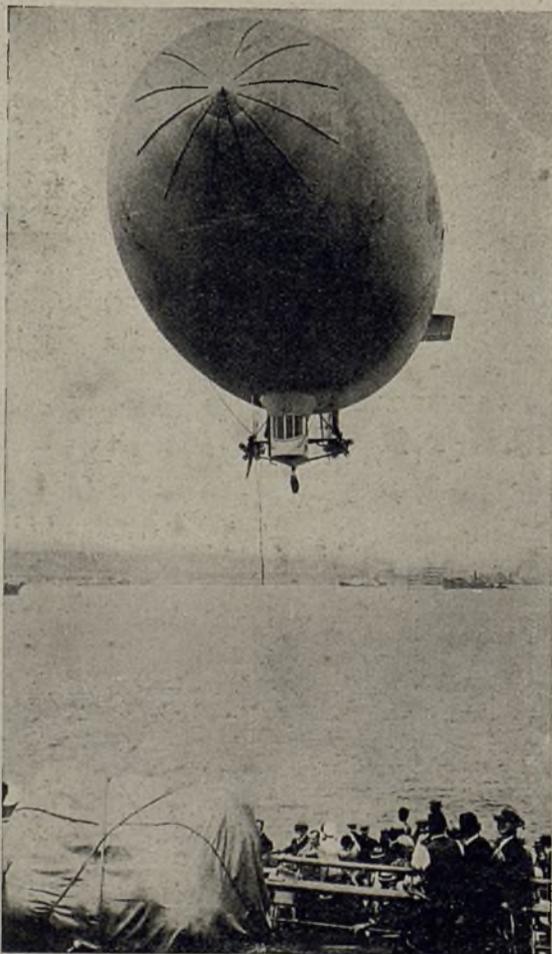
LA MUJER
Y LOS CUATRICICLOS

Todo avanza en la vida vertiginosamente. Y hasta lo original y extravagante, que parece marchar adscrito a los tiempos nuevos, invade el mundillo de los deportes. Y la mujer tiene su parte de culpa. Su mismo afán a la excentricidad, como procedimiento para dar el aldabonazo sobre la pública curiosidad, ha sido un factor importante.

Contemplad si no esta curiosa fotografía que os ofrecemos, en la que cinco lindas inglesas se lanzan por las calles de Londres sobre las grupas metálicas de unos originales cuatriciclos.

Contempladlas, y os preguntareis con nosotros: ¿Se ha hecho el cuatriciclo para ese uniforme atrevido y maravilloso de Eva, o se ha hecho el uniforme para el ágil aparato movido a pedal?

Responded vosotros. A nosotros nos



El dirigible alemán "Mayflower", volando con pasajeros en uno de sus servicios regulares.

LAS COMUNICACIONES
AÉREAS

interesa más seguir observando a las cinco pilotos para responder más tarde.

Las rutas del aire van afirmándose, y el dirigible sentando su imperio de gran volátil, al que un genio oculto cercenó las alas.

Ved al pequeño dirigible alemán *Mayflower*, que ha inaugurado el servicio regular de pasajeros entre varias ciudades germanas.

El hombre va consiguiendo dominar el espacio, y aquella graciosa alarima de nuestras abuelas: «¡Nos harán volar!», va, afortunadamente, siendo una grata realidad.

Rapidez, rapidez, pide el hombre nuevo. Porque la tierra es muy amplia y la vida muy corta.

EL ATLETISMO INTERNACIONAL

Las grandes
pruebas inglesas

FIJAOS en los semblantes de esos tres atletas ingleses, en las lindes de la meta del triunfo. Es la plasmación varia del esfuerzo, con todas sus energías distendidas. Músculo, fibra, nervio, física. Inglaterra, que sabe cuánto vale en el hombre la confianza en sí mismo, como haz de humanas resistencias físicas, no descuida la preparación de sus juventudes en el Estadio.

* * *

Entre las pruebas atléticas que Inglaterra organiza anualmente, quizá sean unas de las más importantes las llamadas Juegos atléticos de Stamford Bridge, que son revelación y consagración de nuevos valores jóvenes.

Los principales Clubs ingleses, Colegios y Universidades, preparan con especial cuidado a sus hombres para esta competición, de la que suelen salir las figuras internacionales del porvenir. Inglaterra necesita sentirse fuerte en el mar como en la tierra por una especialización en los procedimientos educativos de sus juventudes. De ahí que para el británico la pista necesita ir íntimamente unida al aula, como sostén una de otra para la nueva lucha de la vida, cada vez más cruel y encarnizada.

Hagamos a los fuertes, sabios, y a los sabios, fuertes—es la máxima del moderno practicismo inglés—. De ahí que las del deporte sean para Inglaterra motivo de tan legítimo orgullo, como las alcanzadas en las actividades artísticas y científicas.

Para vivir, todo se necesita. Y el inglés es aún el primer hombre práctico del mundo.

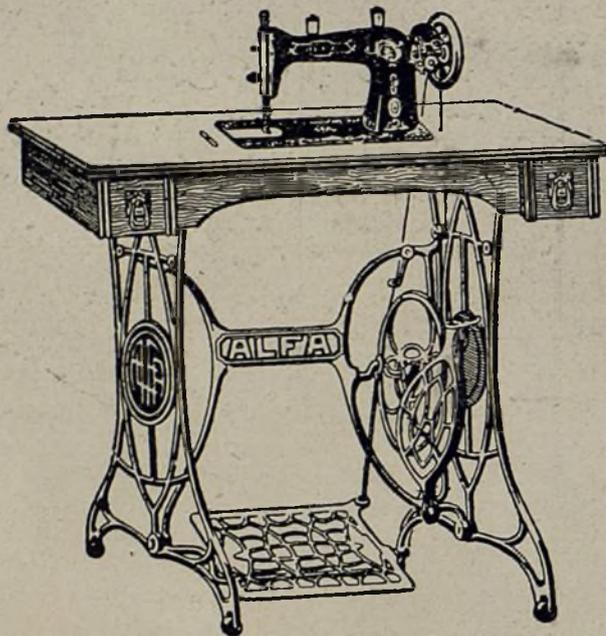
Los juegos
de Stamford Bridge

Un bello salto durante
las pruebas de Stamford
Bridge.



La llegada de la carrera
de los mil metros, en los
juegos atléticos de Stam-
ford Bridge.

Fotos Marín.



SOCIEDAD ANONIMA COOPERATIVA "ALFA"

PRIMERA MANUFACTURA ESPAÑOLA DE MAQUINAS DE COSER

EIBAR

(ESPAÑA)

La Sociedad "ALFA" garantiza sus máquinas de coser de todo defecto de construcción o materiales por diez años. Ha tenido en cuenta todos los perfeccionamientos mecánicos y manufactureros para fundar su crédito industrial sobre la más alta calidad de sus productos.

PIDA UN CATALOGO GRATIS AL CONCESIONARIO

JUAN ANOCIBAR MINA

SAN AGUSTIN, 9

MADRID



BIARRITZ

HOTEL DE INGLATERRA

De primer orden. Enteramente reformado
Situación espléndida

PENSIÓN DESDE 100 FRANCOS

EN LOS MESES DE AGOSTO
Y SEPTIEMBRE PENSIÓN DESDE 150 FRANCOS



VINOS TINTOS

DE LOS HEREDEROS
DEL



MARQUES DE RISCAL

ELCIEGO (Alava)

ESPAÑA

PEDIDOS: Al administrador, D. Jorge Dubos,
por Cenicero, Elciego (Alava)

**TÓNICO ASTRINGENTE
"TIEJERO"**

*Endurece los senos
y vigoriza
las carnes flojas.
Hace desaparecer la adiposidad
y el doble menton.*



Una escena de "La sombra de Cayetano", estrenada en el teatro Maravillas.



Una escena de "Mari Lorenza", estrenada, con gran éxito, en el teatro Calderón.

dos los que fracasan—sino por culpa de la misma obra, que carece de todo interés y de toda condición precisa para que gustara en ningún teatro y mucho menos en el de la Comedia, de Madrid, cuya inauguración oficial ha constituido un verdadero acontecimiento.

Lo mismo ha sucedido con la del Alcázar y la de los demás teatros que brillantemente han comenzado sus temporadas oficiales, prestando a Madrid la animación característica de nuestra villa y corte en el aspecto artístico-teatral.

En cuanto al teatro Avenida, rescatado del cine por una Empresa que ha querido convertirlo en un gran Coliseo de moda, también ha inaugurado solemnemente su temporada con *Malvaloca* y el estreno de *Trianerías*, zarzuela antigua de Muñoz Seca y Pérez Fernández, y que al convertirse en comedia ha perdido, pues le falta la partitura que el maestro Vives puso en ella cuando se estrenó en Apolo.

No había que esperar otra cosa de una obra que al modificarse perdió su verdadero carácter.

También el Cómico, y al decir el Cómico



La eminente tiple Felisa Herrero, en un dúo del segundo acto de "Mari Lorenza", acompañada por el señor Fabregat.—Foto Orríos.

nos referimos a Loreto y Chicote, ha ofrecido al público las primicias de una obra de Luis de Vargas.

Las pobrecitas mujeres es el título de esta obra, que obtuvo un franco y halagüeño éxito, dando a su aplaudido autor, el señor Vargas, un nuevo triunfo, así como a sus afortunados intérpretes.

La obra aludida durará mucho tiempo en el cartel del Cómico, teatro que debería llamarse de Luis de Vargas.

En nuestra próxima crónica hablaremos extensamente de los estrenos celebrados en los diversos teatros que han ofrecido al público obras nuevas o relativamente nuevas.

JUAN LOPEZ NUÑEZ

En el momento de entrar en máquina este número, nos llega la noticia de haber muerto en París el gran dramaturgo francés Georges de Porto-Riche.

Sin tiempo para dedicarle el artículo que merece, lo aplazamos para un próximo número.



Una escena de la zarzuela "¡Qué tiene la jota, madre!", estrenada con éxito en el Gran Metropolitano.



Una escena de la obra, estrenada en el teatro Calderón, "Una baturra de temple". Fotos Ciap.

MARIE BRIZARD



Añejo
como no hay otro.

Marie Brizard es un licor añejo. Para que sea embotellado es necesario que antes haya pasado años y años de reposo en las cubas. De ahí su especialísimo *bouquet*, que los inteligentes estiman insuperable.

Marie Brizard se toma, como digestivo, solo o con hielo. Se emplea copiosamente en pastelería por su intenso aroma

ANISETTE

**Crónica
Gráfica**

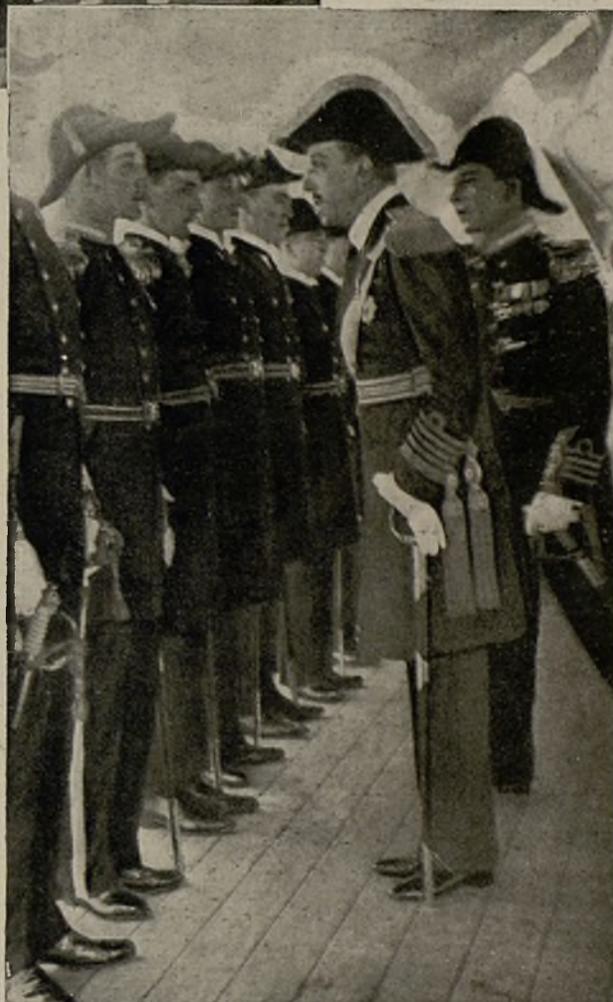
LOS REYES
EN
SANTAN-
DER



Su Majestad la Reina y los Infantes presenciando el desfile de las fuerzas de la Escuadra.

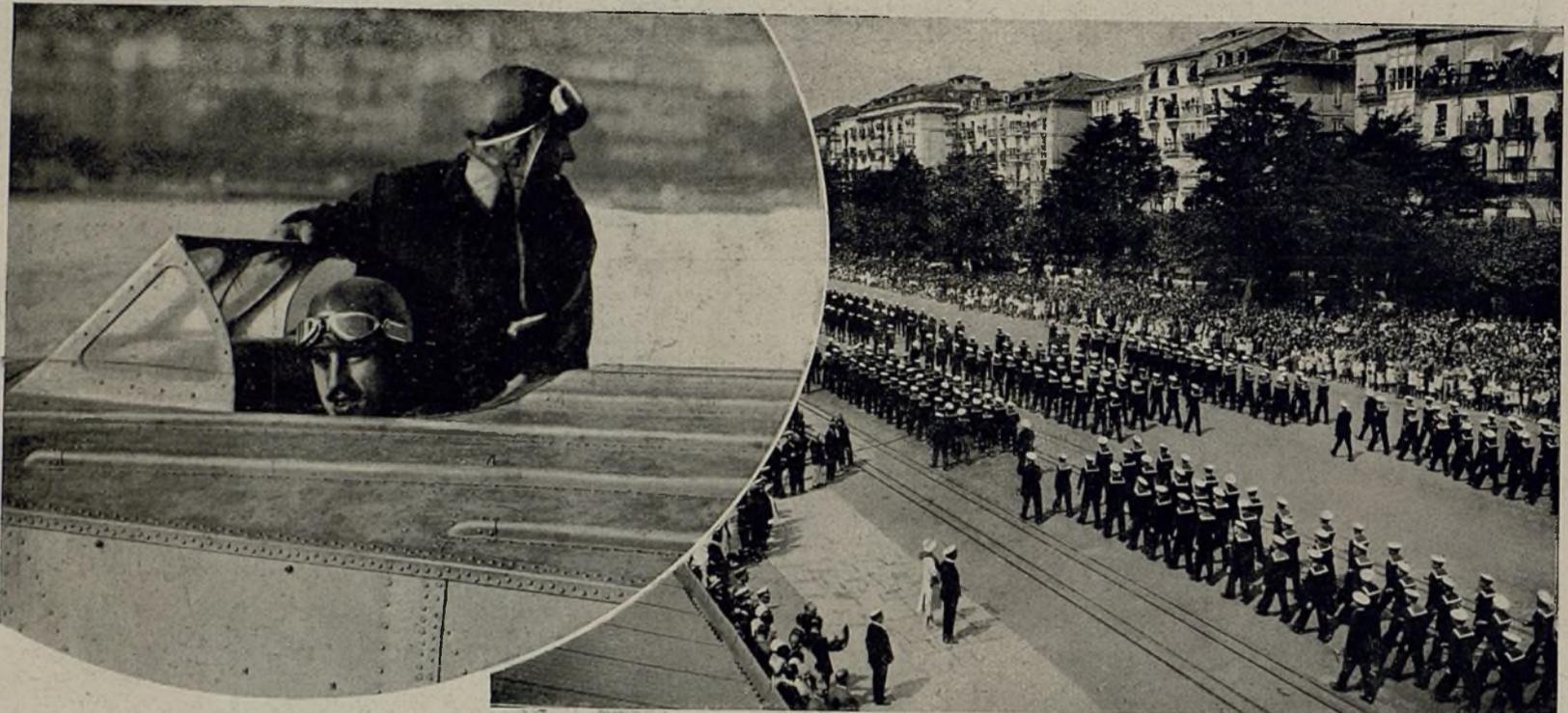
Sus Majestades a bordo del "Coventry" en la visita que efectuaron a este crucero inglés.

Su Majestad el Rey pasando revista a la oficialidad del crucero inglés "Coventry".



En el Palacio Real de la Magdalena.—La familia real en un grupo con sus invitados y algunos palatinos.





Santander.—Su Alteza Real el Infante D. Jaime al emprender un vuelo en uno de los nuevos "Dornier" de 12.000 caballos.

Las maniobras navales. Desfile de los marinos ante Sus Majestades los Reyes.

Santander.—El yate inglés "Jolie Brisse", que tomó parte en la regata internacional Plymouth - Santander.



Santander.—Su Majestad el Rey dirigiéndose al acorazado inglés "Coventry", y pasando revista a la oficialidad del mismo.

El Infante D. Juan en su puesto con el jefe de la escuadrilla oficial D. Luis Sollier, que pilotó el aparato.



Santander.— Sus Majestades los Reyes de España, Don Alfonso y Doña Victoria, en la visita al Sanatorio de La Pedrosa, establecido en esta ciudad. Nuestros Soberanos interrumpen las diversiones de su grato veraneo para dedicar unos momentos a esta piadosa obra. Vedlos ante las camas de los enfermitos interesándose por su salud y los servicios del benéfico establecimiento.

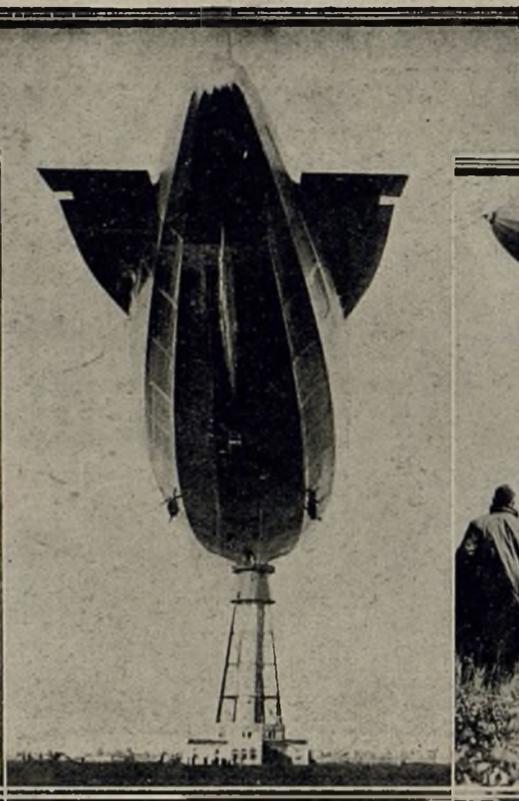
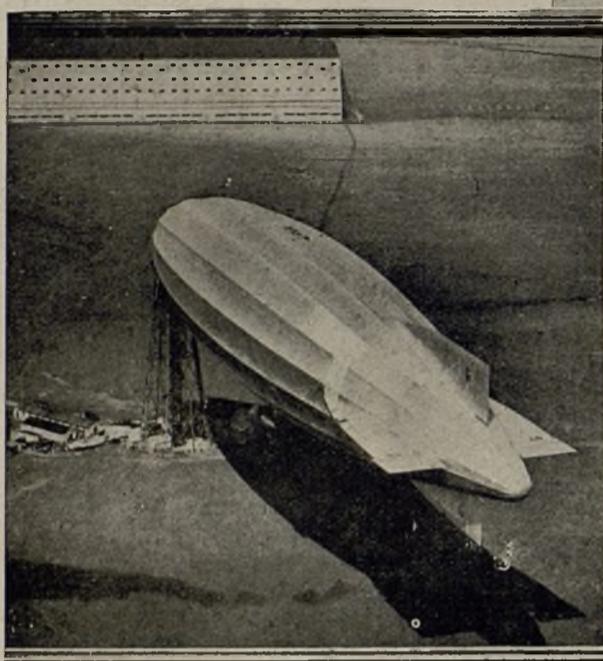


Días pasados celebróse en el distrito de la Universidad una simpática fiesta, cuya fotografía ilustra estas líneas. Nos referimos a "El Día de la Infancia", homenaje organizado en honor del niño. En dicha fotografía aparece la Reina de la Fiesta rodeada de su Corte.

Fotos Marín.

Actualidad

extranjera



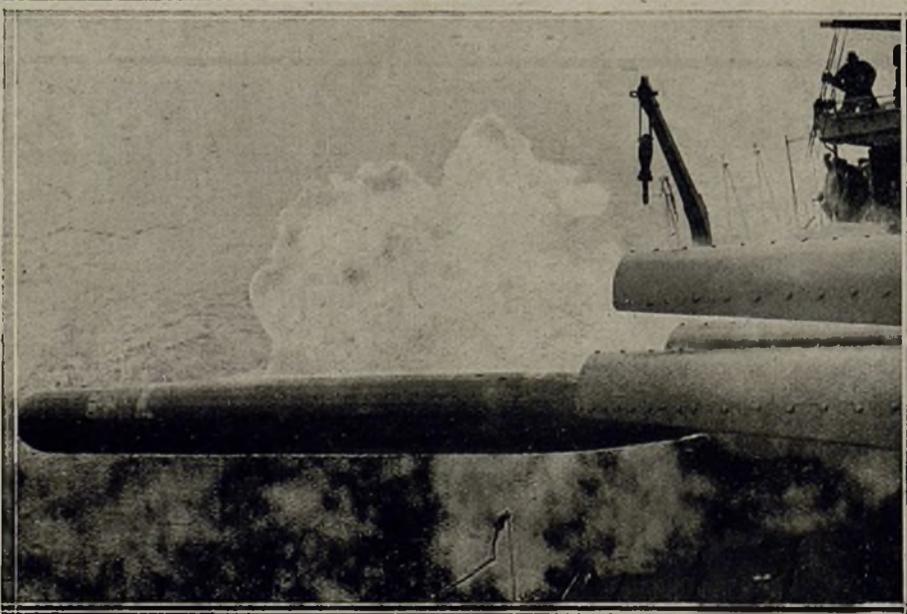
Tres aspectos del nuevo dirigible R.-100, último modelo de la aeronáutica inglesa.

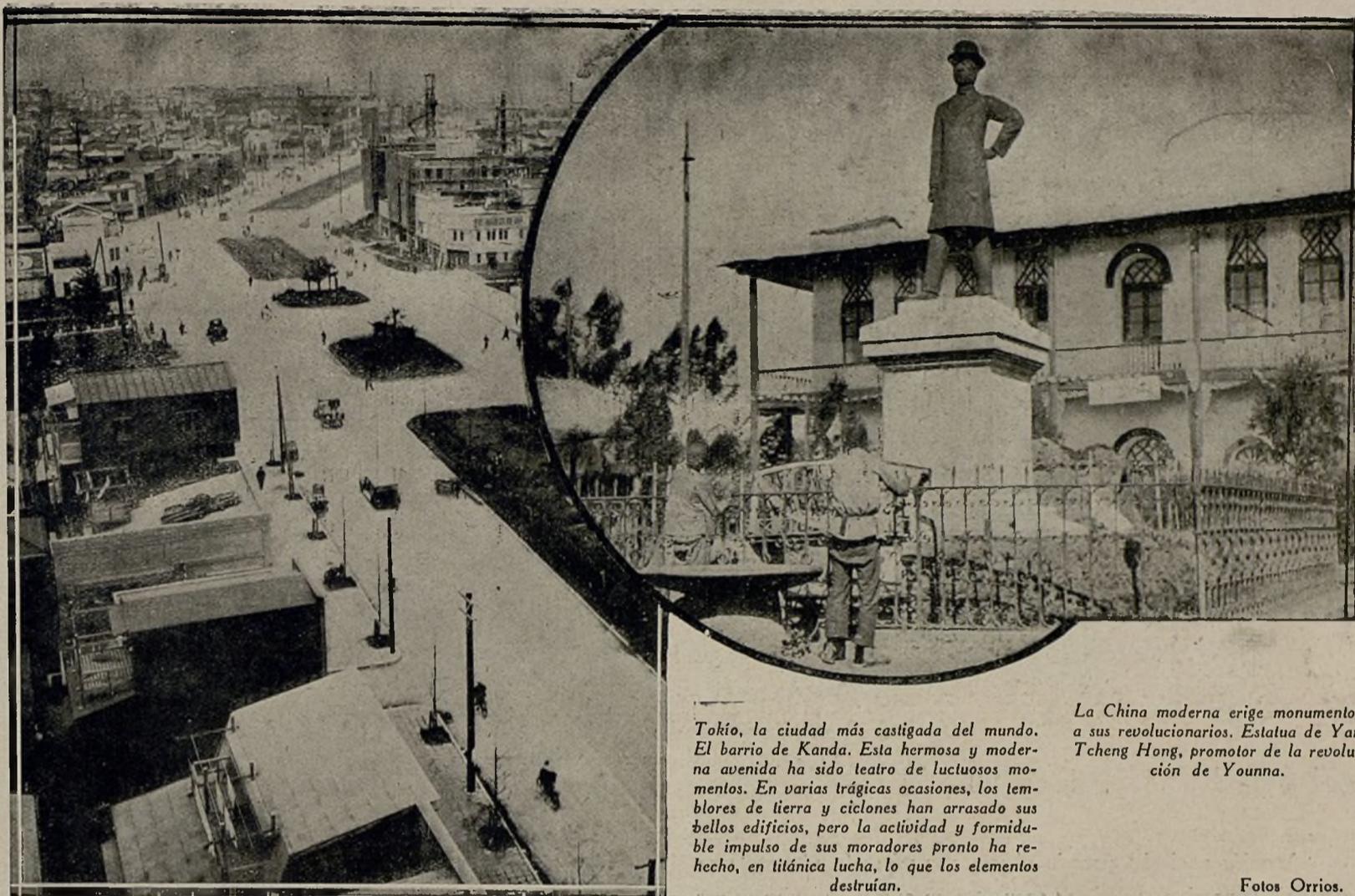


La equitación británica. La gallarda amazona miss Goodell mostrando su pericia en un magnífico salto a lomos de un soberbio alazán.—Foto Sport.

Los aviadores Costes y Bellonte en el momento sensacional de emprender en Le Bourget el vuelo magnífico que les ha coronado de gloria.—Foto Henri Manuel.

Maniobras de la escuadra inglesa. Lanzamiento de un torpedo. Foto Sport.





Tokio, la ciudad más castigada del mundo. El barrio de Kanda. Esta hermosa y moderna avenida ha sido teatro de luctuosos momentos. En varias trágicas ocasiones, los temblores de tierra y ciclones han arrasado sus bellos edificios, pero la actividad y formidable impulso de sus moradores pronto ha rehecho, en titánica lucha, lo que los elementos destruían.

La China moderna erige monumentos a sus revolucionarios. Estatua de Yan Tcheng Hong, promotor de la revolución de Younna.

Fotos Orrios.



BOURJOIS

PARFUMEUR - PARIS

CRÉATEUR DE "MON PARFUM", "CENDRE DE ROSES", "ROUGE MANDARINE", ETC...
 Agencia General para España: PERFUMERIA DE LUJO, S. A. — 255 bis, Calle Napolés — BARCELONA



¿Se siente usted feliz al mirarse en un espejo?

¿A quién no le ha pasado alguna vez mirar fortuitamente en un espejo imprevisto cuando se encuentra en casa de alguien, y ver una figura que después de un momento de confusión se cerciora que es la suya? ¿Usted no ha tenido esta preparación mental inconsciente, con la cual se va habitualmente delante de un espejo...? Usted no esperaba verse.

Para los cuidados del cutis que deben hacerse diariamente:

VENETIAN CREMA LIMPIADORA
(Venetian Cleansing Cream)

Penetra en los poros, los desembara-
za del polvo y de las impurezas,
deja la piel suave y sensible. Pese-
tas 10, 18, 30.

TONICO PARA EL CUTIS
(Ardena Skin Tonic)

Tonifica, fortalece y blanquea la
piel. Se emplea con y después de la
crema purificadora. Pesetas 7, 17, 30.

CREMA ARDENA VELVA
(Ardena Velva Cream)

Crema delicada que suaviza y pu-
rifica la piel sin abultar. Pesetas 10,
18, 30.

ALIMENTO ORANGE PARA LA PIEL
(Venetian Orange Skind Food)

Crema rica, indispensable para el
cuidado de las pieles delicadas y
para las personas de edad mediana.
Pesetas 10, 18, 30.

Las preparaciones de toilette Elizabeth Arden están en venta en las
perfumerías más elegantes de las ciudades siguientes: Barcelona, Bilbao,
Burgos, Jerez de la Frontera, Madrid, Málaga, Palma de Mallorca, San
Sebastián, Santander, Sevilla, Valencia, Valladolid, Vigo, Zaragoza, Lis-
boa y Oporto.

Pida el libro de Elizabeth Arden "En Pos de la Belleza" ("The Quest
of the Beautiful"), que le indicará la manera de seguir, en su propia casa,
un tratamiento de la piel.

ELIZABETH ARDEN

691, FIFTH AVENUE, NEW YORK

MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 65 (71 antiguo)

LONDON · PARÍS · (REPRODUCCIÓN RESERVADA) · BERLÍN · ROMA



**MARAVILLOSO
DESCUBRIMIENTO**

¡NO MAS CALVOS!

REGENERADOR "GRACIA"
PARA EL CABELLO, compues-
to de raíces y plantas de las sel-
vas del Brasil, Cuba y Méjico.
Evita la caída del pelo, los dolores
de cabeza y desaparece instantá-
neamente la caspa. Reproduce
asombrosamente el pelo hasta en
las cejas y pestañas. Rápido y se-
guro con el primer frasco.

Precio: **3 dólares.**

Pida la representación

Envíos por correo

Unicos depositarios:

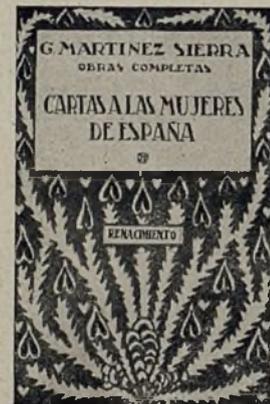
GRACIA Y PARDO
Av. República, 67.—Teléf. M-58-78
HABANA (Cuba)

2 libros

ESCRITOS EXPRESAMENTE
PARA LAS MUJERES
ESPAÑOLAS

POR

Gregorio Martínez Sierra



EVA CURIOSA

CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA

5 pesetas ejemplar



RENACIMIENTO

C. I. A. P.

LIBRERIA FERNANDO FE

Puerta del Sol, 15

MADRID

VARIEDADES FRIVOLAS

— De los pies a la cabeza —

CUANDO el gorro de Mimí Pinson, caído sobre una oreja, dejaba ver los negros cabellos amados por el poeta, estos cabellos, con sus rizos lánguidos e interrogantes, tenían toda la esencia del romanticismo, que no fué sino eso: languidez e interrogación. Mimí Pinson, la modistilla, llevaba sobre el hombro unos tirabuzones tentadores. Setenta años más tarde, sus bisnietas—dado que tan inquieto personaje llegase a la respetable categoría de bisabuela—se colocaron sobre el cráneo grandes armatostes de rizos y de trenzas rellenos de crepé. Con estas cabezas y las faldas de tulipán se bailaba el vals Boston. Treinta años después se ha pasado por la áspera tonsura de postguerra, y las señoras, hartas de cepillarse el cabello con cosmético y abrirse la raya con tiralíneas, a lo largo de un cráneo perfectamente y concienzudamente pelado, en 1930, o sea justamente cuando se conmemora el centenario del romanticismo, los rizos de Mimí Pinson vuelven a ondear sobre las cabezas que ahora, ¡ay!, saben más de taquigrafía, de inglés, de francés y de contabilidad que de versos sentimentales del señor Musset. Pero, ¡en fin!, qué se ha de hacer. Las mujeres, al menos por su parte de fuera, son románticas.

Estos tirabuzones, que ahora sólo se llevan otra vez en las pelucas para las fiestas nocturnas o en las cabezas muy jóvenes, quisieron

darle la batalla a la *tondeuse* y al cepillo de raíz. Confesemos que no lo han logrado. Y, ¡cosa extraña!, esta vez, la moda higiénica, práctica, austera, masculinizante, lejos de fraguarse en Norteamérica, como era de esperar, nace y se desarrolla en Europa, donde ha tomado carta de naturaleza.

Y las que iniciaron la vuelta al adorable romanticismo, fueron, en cambio, las muchachas que cobijan sus sueños bajo la sombra de los rascacielos y al compás de los teclados de las máquinas de escribir.

Digamos, en descargo de la verdad, que la moda, que ha querido últimamente dejar crecer los cabellos de modo que se vuelvan las puntas hacia arriba por debajo del sombrero, cometió un profundo error. Ese término medio, ni convence ni satisface a nadie. Y no todas poseen el arte suficiente para manejar unos cabellos semilargos de manera que formen interesantes peinados.

De igual modo, el ensayo intentado para hacer tirabuzones o bucles todo el cabello o parte de él, no resultó de los más acertados. Es raro encontrar a una mujer que tenga la calidad de cabello necesaria para adaptarse a ese género de peinado, y que, a consecuencia de esto, las que lo adoptan deben resignarse a solicitar los servicios del peluquero con mayor frecuencia, ya que nuestros sombreros preferidos aplastan rápidamente los rizos, que no tardan en conver-



CABELLE-
RAS
ROMANTI-
CAS

*Peluca de fantasía en
seda blanca.*

*Peinado ejecutado por
Doljar, después de de-
colorar los cabellos.*

*Peluca de estilo, para
noche, en hilo fulgu-
rante plateado.*





Pijama de crespón de China azul, adornado de blanco y con un gracioso boquerito.

tirse en mechones laxos, largos y antiestéticos.

¿Cómo nos peinaremos entonces?, me decís. Y yo os repito un consejo que os habrá dictado muchas veces el buen sentido. Peinaos como mejor siente a vuestros cabellos, a vuestro rostro, al tipo de vuestra belleza, esté o no el peinado completamente dentro de los cánones de la moda. Para que me comprendáis, sólo os presentaré el ejemplo de dos mujeres célebres y sugestivas: Raquel Meller y Greta Garbo. Los peinados que ambas adoptan no pertenecen a ninguna época, a ninguna moda, a ningún estilo. Son de ellas, propiamente suyos. Y les forman las cabezas más interesantes, expresivas y verdaderamente bellas que se pueden soñar. Llegar a este extremo de arte es muy difícil sin caer en la extravagancia; pero el buscar la nota personal resulta siempre relativamente fácil, si nos conformamos con no salir de los límites de la sencillez y huímos de lo rebuscado y lo vulgar.

Cada vez se adopta más el peinado liso, o relativamente liso, que consiste en no rizar más que el mechón que forma tupé a un lado de la raya. La raya al lado favorece al rostro en todos los casos, teniendo la precaución precisa de cambiarla de vez en vez, para evitar que se aclare demasiado. Algunas mujeres, de facciones regulares y puras y rasgos un poco acusados soportan bien los cabellos alisados hacia atrás o con raya en medio. Por el contrario, aconsejo a aquellas cuyos cabellos sean completamente blancos, que les conserven foscos, con raya baja y ligeramente rizados sobre la oreja, formando coca; nada favorece tanto, ya sea para una mujer todavía joven o para aquellas de facciones poco acusadas, cuyo perfil, de este modo, se afinará deliciosamente.

* * *

Para las fiestas nocturnas, resumen de todas las fantasías, parece que se indican de nuevo

y con vigor las pelucas de seda o de metal, y aun otra novedad que resulta bastante peligrosa y que, por lo tanto, no dejará de ser seguida con apasionamiento: la decoloración de los cabellos. Ciertos procedimientos químicos convierten el pelo en una especie de seda brillante y amarillenta, que después de rizada toma insospechados reflejos. Las mujeres empiezan a someterse a ese procedimiento, que es altamente perjudicial, sin duda, pero que por su artificiosa belleza tiene muchas probabilidades de triunfar.

CRESPONES Y ENCAJES

En estas dos palabras vaporosas se resume la actual moda de la lencería. Aun conservando su sencillez, el estilo de los *dessous* ha variado notablemente en estos últimos tiempos. Actualmente se procura que las prendas interiores sigan la línea misma de los vestidos, dándoles mayor fantasía, feminidad y vaporosidad, y continuando al mismo tiempo contenidos en una norma de sencillez irreprochable.

Para los trajes de noche se llevan las camisas de raso o *georgette*, con hombreras del mismo material y de un color carne rosado, que los hace casi invisibles.

igualmente, para esas ocasiones se aceptan las camisas-pantalón-combinación, hechas con tres tejidos distintos: vuela nipón, crespón de China y *georgette*. El crespón de China forma un cinturón ajustado en forma de canesú sobre las caderas; los otros tejidos se emplean en bandas sucesivas, para formar el vuelo de la camisa y combinación. El efecto es frágil, pero delicioso.

El encaje se emplea más que nunca en la lencería de lujo. En cambio los bordados han perdido todo el terreno que obtuvieron en tiempos pasados. Únicamente se permiten los motivos diminutos, bordados en colores; a veces encontramos una guarnición en tonos pastel, rematada por un ribete en matiz más



"Deshabillé" de crespón "georgette" y encajes crema. llevada por Miss Hungría.

Pijama en crepé salín verde, chaqueta de muselina de seda brochada de terciopelo verde y adornada de raso verde.



vivo. En París—que no puede igualarse con algunas manufacturas españolas en el primor de la lencería—están muy en boga las prendas lisas, sólo adornadas con bieses, moda muy graciosa y práctica si no se dispone de bellos encajes, y más propia para ajuares de jovencitas y hasta de recién casadas que las ropas demasiado suntuosas y muy recargadas de encajes más valiosos que joyas.

En cuanto a esos bordados microscópicos, se hacen con ellos lindos camisones en crespón de China, con escote discreto y adornados sencillamente con una pechera bordada menudamente. Otros llevan una chorrera de encaje valioso, pero éstos son menos prácticos.

No cabe dudar que el pijama va entrando señeramente en nuestras costumbres y que ya lo adoptan hasta las más reacias a esta moda oriental. Ignoramos las ventajas que tiene el pijama sobre las demás *deshabillés*, como no sea su extravagancia. El caso es que las casas de alta confección rivalizan en presentar modelos admirables, dotándolos de una gran feminidad y dándoles la ambigua gracia de una indumentaria de *Las mil y una noches*.

Las Sheherazadas ocasionales podrán pasear por sus casas de Occidente los modelos más ricos y fantásticos imaginables. Tres pijamas sometemos a vuestra consideración. En ellos la armonía del color, la fantasía del modelo, el primor de la hechura, han rivalizado para forjar tres originalísimas obras de arte. El uno es de crespón de China rojo, con blusa blanca y vivos rojos. Podía haber servido a la traviesa Dinarzada cuando presentaba a su hermana, la narradora inmortal, la copa perfumada que debía ahuyentar el sueño y avivar la inspiración. El otro, maravilloso y opulento, da a la que lo lleva un vago perfil de sirena oceánica. Verde, en diversas tonalidades de la misma escala; la chaqueta, de muselina brochada de terciopelo, le da una ondulación flotante y vaporosa de algas hiperbó-

"Deshabillé" de crespón de China rosa, encajes crudos.



Pijama en crespón de China rojo con blusa blanca bordeada de rojo.



Salto de cama en crespón amarillo y encajes ocre.

reas. Este pijama no puede ser lucido en unas habitaciones amuebladas al modo corriente. Necesita todo un escenario: fondos gris y plata, penumbras violeta; algo que le conserve su vaguedad incorpórea de reflejo acuático. Y, en fin, el otro, más sencillo, azul y blanco, adornado por un bolero, que nos habla de su estirpe oriental, parece imaginado para un gracioso efebo más que para una linda muchacha.

Sin duda alguna sugiere ideas decadentes esta moda triunfal de los pijamas.

¿No preferiréis, como yo, la *deshabillé* más clásica que nos presentan sobre sus hombros laureados estas dos celebridades mundiales: miss Hungría y miss Italia? Desde luego que estos saltos de cama parecen imaginados para las películas que *filmaba* hace quince años, con movimientos lánguidos, una Francesca Bertini. Pero el caso es que, con más o menos variantes, estas batas amplias, cuajadas de encajes, insinuantes y volubles, hermanas de la *chaisse-longue* y la pantalla de gasa, no han perdido su encanto. Hoy vuelven a ser las preferidas. Son más femeninas que nunca, y para su confección se eligen los materiales más vaporosos y más flexibles—el *georgette*, la muselina, el *chiffon*—. Los colores son suaves, disipados, y fingen transparencias de peplo clásico. Vienen dispuestos a triunfar del pijama. Y es muy posible que, en efecto, triunfen.

Y MAS ENCAJES...

Hay olas de frío, hay olas de calor, hay otras olas... La más grata es esta que nos invade actualmente: la de los encajes. En todo su vigor y su esplendor la ofensiva iniciada hace ya cosa de dos temporadas en favor de este sutil elemento de elegancia femenina, vemos aparecer una modalidad más interesante y más indestructible que las otras: el encaje negro. Los encajes te-

ñidos estaban condenados a una vida efímera. Por bellos que sean, tienden siempre a la ordinariéz, al rastacuerismo, peligros espantables del verdadero *chic*. El encaje negro es siempre soberbiamente, opulentamente, señorial. Para los trajes de noche es difícil encontrar un género que convenga mejor a todos los tipos y las circunstancias y de un aspecto más grato que el encaje negro. Ciertamente, pero jamás hasta ahora se había hecho un empleo tan copioso ni se había aplicado en tan felices combinaciones para los trajes de durante el día.

Todos los costureros de más nombradía presentan en sus colecciones vestidos de encaje para las fiestas de por la tarde, tan frecuentes todavía en el mes de septiembre y en los primeros días del otoño. Estos trajes llevan a veces un *cardigan*, que les da vaporosidad y prestancia. Un modelo lindísimo consiste en un traje de encaje *ciré* negro, con cuello y puños de encaje blanco, feliz combinación que hará fortuna. Este mismo modelo puede admitir una agradable variante, si los puños y cuello son en muselina de seda blanca, lo que le



Vestido de tarde en raso negro.

hace acaso más elegante todavía. Ha tenido un gran éxito esta idea, que permite a las mujeres llevar un traje de mucho vestir, sin perder por eso la nota de sencillez que conviene en las *toilettes* de tarde.

Otra bella y original aplicación del encaje negro, que a primera vista puede resultar un poco extravagante, pero que no carece de *cachet*, se encuentra en las aéreas líneas de ese vestido de muselina de seda, coloreado como un jardín flotante, y que entre sus estampados en naranja, blanco y negro, lleva aplicaciones de encaje negro, que le dan riqueza y personalidad.

Al lado del encaje *ciré*, que viste menos que el encaje de seda, se emplean a veces unos encajes de *lamé* o de algodón, que presentan un aspecto muy nuevo. De este material no suelen hacerse vestidos enteros, pero sí casaquitas y cardiganes y hasta abrigitos *trois quarts*, que hacen un efecto maravilloso sobre las *toilettes* de muselina, de crespón o de terciopelo liso. En gris claro, *beige* rosado, en blan-



Traje de noche en terciopelo de seda negro.

"Toilette" de falla azul "nattier".



CASA PASSAPERA FUERTES

Adela

Vestidos

Abrigos

Sombreros

Génova, 19 MADRID Teléf. 33125



Vestido de punto de lana marrón y "beige".

co, en negro, estos abrigos presentan la suprema fantasía y el máximo buen gusto. Con la variante de aumentar solamente la riqueza de su material, pasan desde la tarde a la noche, convirtiéndose en complementos de trajes que pueden ser usados en los días más avanzados de la estación vecina, en lugar de circunscribirse exclusivamente a las elegancias de estío.

Debemos añadir, en fin, que las damas de edad, en las que la moda no suele detenerse a pensar durante mucho tiempo, encontrarán en estos abrigos una fantasía agradable, que convendrá perfectamente a su edad y circunstancias.

LA GRAN BATALLA

No crean ustedes que el asunto haya terminado con el chubasco tan significativo del hipódromo de Ascot. El pleito de la falda larga y de la falda corta, que se debate con extremos apasionados desde hace varios años, continúa en pie, y, gracias—si cabe la palabra—a la tragicomedia de la tormenta en la célebre reunión hípica inglesa, ya comienza a tener sus mártires.

La Prensa francesa se ha interesado en el debate, y el periodista Jean Portail ha visitado a varias autorizadas elegantes, rogándoles que le expongan su voto en la materia. La primera pre-

guntada ha sido la duquesa de Grammont, árbitro de las elegancias de la *Ville Lumière*.

Esta encantadora duquesa se ha manifestado con eclecticismo no menos encantador.

«Con una distinción llena de gracia—describe Jean Portail—, la duquesa de Grammont vestía en el momento en que la entrevistábamos un traje de sastre *beige*, sobre el cual lucía un renard del mismo tono. Se tocaba de un fieltro negro. ¿No es ésta la indumentaria por la que las mujeres de hoy parecen mostrar una predilección más decidida? ¿No es la más práctica para ir y venir por la calle, circular con facilidad, conducir su coche? Pero viéndola es difícil evocar una silueta de talle alto, con la falda a ras del suelo.

Sin embargo, la duquesa de Grammont adora las faldas largas. Por lo menos da a éstas la preferencia en ciertas circunstancias:

—Para por la noche—nos dice—encuentro infinitamente más de vestir y más bello un traje largo. Durante el día, es diferente. Las faldas cortas están muy bien. Se podría, sin embargo, alargarlas un poco, pero sin exagerar, a fin de que continúen siendo prácticas y compatibles con nuestro modo de vivir.

Esta opinión, de una discretísima cordura, se mantiene en términos más democráticos e igualitarios que la de otra dama igualmente reputada por su elegancia en París, y que, al ser interrogada por el periodista, se manifestó como hubiera podido

Conjunto de encaje negro, adornado de encaje blanco.



Traje de "sport" en tricolina de lana verde, blusa de crespón de China amarillo y boherito.

hacerlo una altiva marquesa de Versalles:

—Yo he combatido y deplorado siempre las exageraciones a que nos ha llevado el uso de la falda corta. Y no puedo aprobar la monotonía que presentaba la moda en estos últimos años. Desde el punto de vista estético, la cosa era lamentable. Los ojos no podían encontrar satisfacción en este espectáculo privado de fantasía. Por mi parte, nunca he querido llevar para los trajes de noche otra cosa que la falda larga. Pero estimo que éstas son «dificiles de llevar y no convienen sino a las personas de calidad», cuya situación de fortuna y condiciones físicas pueden permitir estas audacias. Lo cual quiere decir que me gusta la falda corta *para la masa común*, y que ninguna mujer debe vestir la falda larga para la calle. Estoy convencida, por otra parte, que cualquier mujer de buen gusto, sea princesa o modistilla, tendrá consciencia de esto que digo, y no cometerá semejante falta.

He aquí unas frases que hubiera suscrito seguramente madame de Maintenon, pero que están un poco desplazadas dentro de la psicología del momento. ¿No les parece a ustedes?

* *



Conjunto de crespón "georgette", adornado de piel blanca.

Por otra parte, la marcha lógica de las cosas parece dar la razón a estas elegantes que se manifiestan con criterio más o menos dictatorial. La falda corta para los trajes de *soirée* constituía un formidable contrasentido, que la proximidad misma nos hacía no poder apreciar debidamente. Bastará contemplar un figurín cualquiera de hace dos o tres años, cuando el talle por las rodillas se confundía casi con el borde de la falda, para comprender de qué absurda manera nos hemos vestido en aquel delirio de neoclasicismo, que hacía de cada salón de baile una reunión de ninfas, cuyas tunicillas flotantes revoloteaban con anacrónicos giros al compás del *charleston*. Por fortuna, el *charleston* ha desaparecido y las tunicitas también, dando paso a indumentarias y a ritmos más señoriales... La moral, en cambio, coco de las pragmáticas de la elegancia, no ha ido ganando nada. Cierto que se han tapado las rodillas antiestéticas, las pantorrillas no siempre mostrables, hasta los inocentes tobillos; pero en cambio se han descubierto otras cosas. A taparse del todo no se determinan fácilmente nuestras elegantes. Y eso ha sido en todos los tiempos y en todas las épocas. Véase, si no, el escote originalísimo de ese traje de noche, en terciopelo de seda negro. Pocas veces puede darse nada a un tiempo tan aparentemente correcto y tan efectivamente atrevido.

viento y del sol. Cuando comienza el éxodo hacia las ciudades, la ropa nos estorba como algo bárbaro y antiestético; y de toda la ropa, y sobre todo..., las medias. Las medias, toleradas apenas en las *soirées* del casino, pero tan leves como telas de araña, y de las que se prescindía durante toda la jornada...; las medias, que ahora amenazan, ¡horror!, con ser negras otra vez, como en los tiempos sentimentales de anteguerra y por envidia, sin duda, de los guantes...

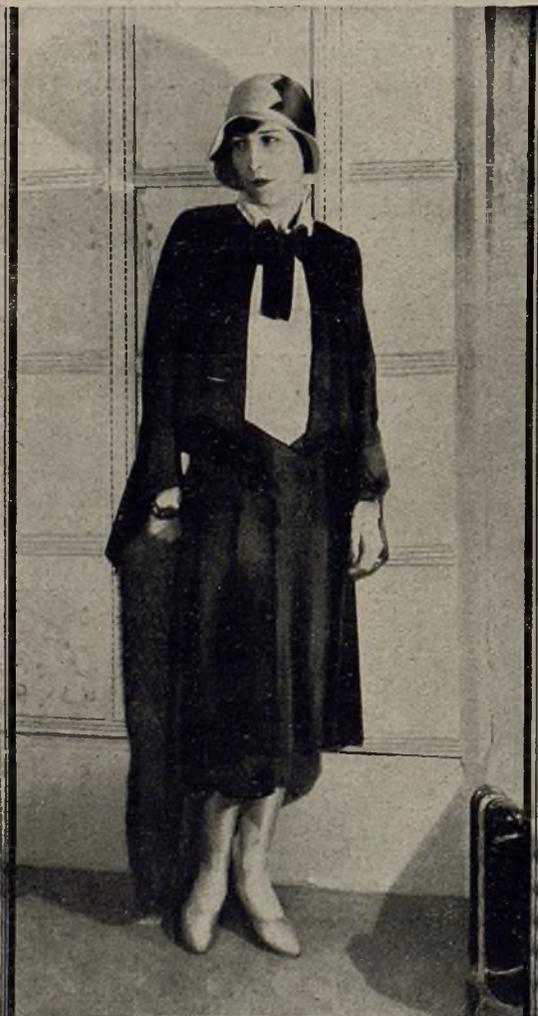
Parece ser que este año, como otros años, algunas más decididas han comenzado ya la cruzada por las calles de París, esas calles pintorescas que hacen descender sobre la ciudad, desde el arbitrario Montparnasse, todos los atrevimientos y todas las audacias.

El sesudo periódico *Le Temps* se ha asustado un poco y ha dirigido una reprimenda a las «nudistas» de los pies... para empezar:

«En Francia—dice el censo cotidiano—, antes de terminar por un cantar, todo comienza por una sonrisa. Antes, cuando la falda, abandonando su cola, descubrió el tobillo, sonreímos. Sube hasta desnudar las pantorrillas: nueva sonrisa. Escala la pierna hasta más arriba de la rodilla: volvemos a sonreír. Y cuando aun excede estas alturas, reímos de mejor gana. ¡Esta vez la falda había llegado al término de su carrera ascendente! Pero las mujeres no habían llegado a agotar los recursos de su malicia. ¿Qué matemático llegaría a numerar todo lo que

les es posible todavía descubrir en sus amables personas? Por el momento, y tras de las faldas, enaguas y sombreros, he aquí que algunas se han lanzado a prescindir de las medias, y que las piernas, como los brazos, van tan desnudos como el día en que nacieron. Hubo una intentona previa, en que algunas muchachas bailaron sin medias en un teatro de Montmartre. Después, el *music-hall* economizó gastos, suprimiendo el *maillot*; pero la moda se ha generalizado en los balnearios, en las playas, a la orilla de los ríos. Dentro de algún tiempo, la panadera, la portera, la mecanógrafa, ¿no lanzarán esta moda en la ciudad?

No preguntéis a estas piernas desnudas por qué se exhiben con tanto descaro. No



Vestido de raso negro, con chaleco y cuello de encaje crudo.



Traje de "georgette" azul marino con cuello y pechera de "georgette" blanco.

OTRO VIEJO PLEITO

A la hora en que leáis estas líneas, las bellas vacaciones estivales están tocando a su fin. Las horas dedicadas al naturismo están contadas, y agoniza la vida natural, libre y risueña, en el último rayo del sol de septiembre. Y en estos momentos es cuando renace, como tantas otras veces, el problema. No es fácil—bien lo sé—renunciar de repente a las delicias del pijama de playa y del *maillot*. Nuestra epidermis está acostumbrada al beso violento y saludable del

conseguiréis más que verlas danzar un desdenoso blues en honor vuestro. La verdad es que se inclinan ante la moda, de la que son siervas humildísimas.»

Le Temps termina su severa filípica echando la culpa de todo a los dictadores de modas absurdas, que las mujeres siguen ciegamente, sin cuidarse de que contraríen o no las leyes del sentido común y sus propias necesidades o inclinaciones.

«¿Cómo explicarse de otro modo —exclama con indignación—, si no es por efecto de un heroico juramento de fidelidad, este espectáculo sorprendente que ofrecen las calles de París, cuando se ven pasar mujeres ligeramente vestidas, pero llevando sobre los hombros la pesada, la cálida, la asfixiante pelambre de un *renard*? Igualmente llevarían la de un oso o la de un carnero si su modisto se las impusiera. Van sudando sangre, les zumban los oídos, no pueden más; pero nadie se da cuenta de este silencioso martirio.

Bajo el cilicio conservan un aire de suprema felicidad, de incomparable bienestar.

En Francia—termina el articulista—, el buen sentido, la estética, la autoridad de la Iglesia se pronuncian contra las piernas desnudas. En los Estados Unidos son castigadas por la justicia con pena de cárcel. Pero ¿eso qué supone? Sería necesario que los árbitros de la moda las condenasen a su vez. De otro modo, todo esfuerzo será vano y contraproducente.»

Hasta el momento, en España, fuera de las playas, donde la moda se insinúa muy tímidamente, las piernas desnudas no han hecho su aparición. Esperamos que tardarán en aparecer todavía por las calles de nuestras ciudades. Y no es que tengamos contra ese capricho motivo alguno de malquerencia particular. Pero pensamos en las caricias feroces del aire de Guadarrama, en las heladas, en la lluvia..., y nos corre un ligero escalofrío.

Ya es sabido que hay un dios tutelar para las mujeres que ofrecen su cuello y algo más al viento del invierno, y sus pies, ligeramente calzados, a la lluvia y al hielo. Pero eso de las piernas desnudas... Nos parece un sacrificio excesivo y un reto demasiado imprudente a este clima, especialista en hacer brotar magníficos sabañones.

CONSEJO FINAL

Señora..., ¿es usted nerviosa?

Vana pregunta. El noventa y nueve y medio por ciento de las mujeres que no

Traje de encaje negro.



Vestido de muselina de seda estampada en naranja, blanco y negro, adornada con encaje negro.



Traje de raso azul pervinca.

quieran confundirse con la vulgaridad, tienen una pequeña neurastenia reservada para las ocasiones de su uso particular. Demos, pues, por sabido que es usted nerviosa, muy nerviosa, delicadamente nerviosa...

A veces este desequilibrio tiene su *chic*. Una mujer insomne, laxa, ligeramente melancólica y desencantada, puede resultar interesante hasta en esta época de sangre rica en hormonas, de músculos deportivos y de optimismo a ultranza. Todo consiste en lo discreto de la dosificación.

Y de eso se trata. De no permitir al sistema nervioso que tenga mayor desequilibrio que el estrictamente necesario para poner un encanto enfermizo en nuestra belleza. Para remediar el *surmenaje* y dar a los miembros, fatigados por una temporada demasiado prolongada de bailes y fiestas, su elas-

ticidad y su vigor, al mismo tiempo que la piel recobra frescura y juventud—¡todo eso!—, echad en agua hirviendo 500 gramos de pétalos de rosas rojas—precisamente—, añadiendo igual cantidad de vinagre y 200 gramos de glicerina. ¿No es encantadora esta fórmula? ¿No semeja poseer las virtudes de un filtro mágico y asegurar a la que lo posea el «don de Amor» de las leyendas?

He aquí otra fórmula mágica, de vieja historia en los anales del *boudoir*, y que no es extraño se haya empleado alguna vez en las remotas pastorelas galantes del Bello Siglo. En 10 litros de agua hirviendo poned en infusión, durante media hora, un kilogramo de plantas secas, de especies aromáticas: tomillo, romero, lavanda, cantueso, que perfuman nuestros campos, y añadidles incienso, mirra, cinamomo, de bíblica memoria. Una vez colada la infusión, incorporadle 250 gramos de bicarbonato de sosa.

Esta es la misma fórmula—comprendido el último ingrediente—que empleaba la reina de Saba, la adorable Belkis, cuando iba a visitar al muy sabio y muy poderoso rey Salomón.

MATILDE MUÑOZ

Fotos Llopis.

penélope,



1880

Una elegante, según un figurín de "La Mode Artistique". Esclavina, mangas ajustadas, talle en su sitio, falda larga con vuelos. Sombrero pequeño. Gola y lazo. Silueta ceñida y ajustada.



1930

Modelo de la "Rue de la Paix". Esclavina, mangas ajustadas, talle en su sitio, falda larga con vuelos. Sombrero pequeño. Gola y lazo. Silueta ceñida y ajustada.



1890

Retrato de una elegante dama, por A. de Keller. Talle ajustado, falda ancha y con vuelos y larga hasta los pies. Se ve la sobriedad en las líneas. Silueta estilizada, llena de graciosa elegancia.



1930

Compárese esta silueta, tan de 1930, figurín de un gran modisto parisino, con el retrato anterior. La impresión estilizada de la figura, ¿no viene a ser la misma? Cuarenta años han transcurrido y "parece que fué ayer".



1840

Primavera. — "El Gudalhorce" ofrece estas lindas y pomposas novedades para la estación.

, modista

Si no un siglo, pueden recorrerse cincuenta años en la escala figurativa—escaparate ideal de una ideal *rue de la Paix*—que ofrecemos en estas páginas a la avidez curiosa de nuestras lectoras. Cincuenta años en los que, subiendo y bajando los peldaños de las variedades, la Moda ha dado una vuelta completa alrededor de sí misma. Por lo visto, en la Moda, como en la Naturaleza, nada se crea ni se pierde. Con ello viene, quizá, a adquirir verdadera y estética categoría dogmática el precepto de que la creación es obra de la fantasía. El cotejo y paralelismo entre los distintos modelos de medio siglo señalan—como puede verse—coincidencias curiosas, que han de ser, sin duda, datos preciosos y módulos esenciales para utilizados por la paciente investigación de los psicólogos. La Moda y el modo de vestir son hoy una cuestión capital. Pero hace cincuenta años... En fin: ahí está, en estas dos páginas, la escala de la Moda. Amables lectoras: subid por ella. Desde lo alto, medio siglo contempla vuestro valor.



1930

He aquí a la mujer moderna en traje de noche. Esbelta y destacada la silueta, recogida la veste en el talle natural y abierta en los bajos la falda, como una flor, ¿no parece exigir el pincel de Gándara?



1897

... Y efectivamente, he ahí—en 1897—un retrato de A. de la Gándara que parece el modelo de un gran modista parisino de 1930. La misma sobria elegancia y el mismo sobrio vigor suntuoso.



1930

La última conquista. La mujer ha conseguido el uso del pantalón pijama para la playa. Chaqueta y pantalón para el deporte náutico. La mujer se muestra orgullosa de su última conquista. Sin embargo...



1910

... Sin embargo, hace veinte años la mujer que hoy condena ciertos avances había ya lucido la falda pantalón. En plena calle, en el bullicio de los bulevares. Nada hay nuevo bajo el sol.



1840

Otoño.—Las elegantes y los petimetres hojean las revistas de moda. He ahí una estampa de "El Gudalhorce" malagueño.



Vestido de estilo,
en taffetas rosa.

Traje y abrigo de
kasha beige, adorna-
do de rojo y
blanco.



Conjunto de
kasha chiné,
beige y rosa.



EN LA PLAYA, EN EL CAMPO,

DURANTE LAS HORAS DE OCIO, LE SERA GRATISIMO DELEITARSE LEYENDO ALGUNO DE LOS SIGUIENTES LIBROS - - -

- EL AMANTE INVISIBLE. *Alberto Insúa*. Renacimiento. 5 pesetas.
 SOR ALEGRIA. *César Juarros*. Mundo Latino. 5 ptas.
 MUJERES EXTRAORDINARIAS. *Cristóbal de Castro*. Edición especial. 70 grabados. Renacimiento. 10 ptas.
 MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA. *R. Blanco-Fombona*. Renacimiento. 5 ptas.
 DIARIO DE MI VIDA. *R. Blanco-Fombona*. Renacimiento. 5 ptas.
 JARDINES CLASICOS DE ESPAÑA. *Javier de Winthuysen*. Edición especial. Numerosos grabados. Ciap. 15 pesetas.
 TU ERES LA PAZ. *Gregorio Martínez Sierra*. Renacimiento. 5 ptas.
 CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA. *Gregorio Martínez Sierra*. Renacimiento. 5 ptas.
 LA VIRGEN PRUDENTE. *Concha Espina*. Renacimiento. 5 ptas.
 LAS MUJERES DEL QUIJOTE. *Concha Espina*. Renacimiento. 5 ptas.
 BARCOS Y PUERTOS. *Federico García Sanchiz*. Ciap. 4 pesetas.
 LOS QUE NO FUIMOS A LA GUERRA. *Wenceslao Fernández Flórez*. Ciap. 5 ptas.
 LOS SIETE PECADOS. *A. Hernández-Catá*. Renacimiento. 5 ptas.
 POR LA TIERRA Y POR EL MAR. *Felipe Sassone*. Renacimiento. 5 ptas.
 MIS RECUERDOS. *Marqués de Lema*. Ciap. 6 ptas.
 ENTRE EL FAUNO Y LA SIRENA. *José Francés*. Renacimiento. 5 ptas.
 ENSAYO BIOLOGICO SOBRE ENRIQUE IV DE CASTILLA Y SU TIEMPO. *Gregorio Marañón*. Ciap. 5 ptas.
 LA CORONA. *Manuel Azaña*. Mundo Latino. 4 ptas.
 FIGURAS DE ESPAÑA. *Dario Pérez*. Ciap. 6 ptas.
 NOTAS DE UN CONFINADO. *Luis Jiménez de Asúa*. Ciap. 5 ptas.
 POLITICA, FIGURAS, PAISAJES. *Luis Jiménez de Asúa*. Mundo Latino. 5 ptas.
 POR LA CONCORDIA. *Francisco Cambó*. Ciap. 4 ptas.
 EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE VALENCIA. *Rafael Sánchez Guerra*. Ciap. 5 ptas.
 POR LOS FUEROS DE LA VERDAD. *Gerardo Fafán y Santiago González*. Ciap. 4 ptas.
 FIGURAS EXCEPCIONALES. *Alvaro Alcalá Galiano*. Renacimiento. 5 ptas.
 EL MOMENTO POLITICO DE ESPAÑA A TRAVES DEL REPORTAJE Y LA INTERVIU. *César González Ruano*. Ciap. 5 ptas.
 LA DICTADURA A TRAVES DE SUS NOTAS OFICIOSAS. *Dionisio Pérez*. Ciap. 5 ptas.
 EL ENIGMA DE JOAQUIN COSTA. *Dionisio Pérez*. 4 pesetas.
 AGUILAS Y GARRAS. *Comandante Franco*. Ciap. 6 pesetas.
 LOS NOVIOS. *Guido da Verona*. Mundo Latino. 5 ptas.
 MEMORIAS. *B. Pérez Galdós*. Prólogo y notas de *Alberto Ghirardo*. Renacimiento. 4 ptas.
 NATACHA. *Luisa Carnés*. Mundo Latino. 4 ptas.
 MURIO DE UN BESO. *Felipe Trigo*. Renacimiento. 5 pesetas.
 VIDA DE MANOLO. *José Plá*. Mundo Latino. 4 ptas.
 AJO Y SALOBRE. *José María de Sagarra*. Mundo Latino. 4 ptas.

Si se halla usted en la playa, en el campo, lejos de la ciudad, distante de una Librería Fe, escriba a la más próxima de éstas. Se le remitirán los libros inmediatamente, a reembolso libre de gastos. La C. I. A. P. tiene montado este verano un servicio rapidísimo, a fin de que el lector no aguarde los libros que desee más que el tiempo estrictamente indispensable.

C. I. A. P.

Consultorio de belleza

XAUEN

Me pregunta usted, señorita, qué haría para no aburrirse en el campo. Hay muchas cosas para evitar el aburrimiento; pero las que están más al alcance de toda mujer, son la lectura y la costura. Si cuenta con una buena novela y una labor con que entretenerse si no se divierte, por lo menos no le parecerán tan largos los meses de verano. Hay también una cosa muy útil y eficaz: el estudio. Estudie, que, aunque no se lo parezca, si llega a interesante en ello, la evitará muchos ratos de mal humor.

SOLITA EN EL MUNDO

Con razón dice usted que le gustaría tener unos ojos muy bonitos, puesto que la mujer que posee unos ojos bonitos no tiene que preocuparse aunque las demás facciones no sean del todo perfectas, ya que ha de resultar guapa de todas formas. Para depilarse las cejas debe tener en cuenta estas indicaciones: procurar igualarlas quitando las de debajo, pues cuanto más lejos quedan de los ojos, más grandes parecen éstos; que el entrecejo sea ancho, pero sin ser exagerado, y que las cejas deben llegar hasta donde termina el rasgo de los ojos. Para sombrearlos y alargar el trazo de las cejas use Humo de Sándalo. Para las pestañas, puede darse por las noches aceite de ricino, cuidando no la entre dentro de los ojos. Para el día puede usar Pastimel.

CONDESITA TRISTE

Póngase en el rostro clara de huevo sin batir. Procure que la quede todo por igual. Una vez seco, puede darse polvos. Si no tiene usted idea de unos buenos, pruebe a usar los Freya. Intente estar un ratito al sol, y si nota que la escuece, dese un poquito de *coldcream*. Si, por el contrario, no se la irrita la piel, puede ir alargando un poquito todos los días el rato de estar al sol, pero muy poquito a poco, a ver si de esa forma se la corrige. Si no fuese así, cómprese un sombrero grande de paja, que sea bonito y a propósito para campo y que la siente bien. Sáquese esos lindos ricitos que dice posee, y vaya de excursión con sus amigas, sacrificándose a llevar siempre el sombrero, con el que seguramente estará usted muy linda.

ANGELITO MORENO

Es usted muy joven para decir que se morirá de pena. Yo creo debe seguir siendo la jovencita alegre que era antes de conocerle: cantar, reír, charlar y estar animada, lo mismo con él que con todos, pero sin darle a entender lo que pasa por usted, sino, por el contrario, hacerle ver que quiere ser una buena amiga suya. Si él no ha variado de idea y abriga los mismos sentimientos de entonces, todo se arreglará a medida de su deseo. Si no sucede así, no se preocupe, e intente olvidar ese *flirt*, y verá cómo lo logra sin el menor esfuerzo, puesto que, más que cariño, es ilusión lo que usted siente por él. Créame, Angelito Moreno: estando triste no logrará más que estar fea, y de esa forma no podrá gustarle a él ni a los demás.

FLOR CAMPESTRE

Use el Sudoral, que no perjudica absolutamente nada. No suprime el sudor, sino que lo desodora. Merece la pena el hacer un gasto tan insignificante como es el de una peseta, y de ese modo evitar todas las molestias que ocasiona el sudor y poder bailar sin ningún cuidado.

Maribel.

Tratamientos de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora. Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6.-Madrid. Teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICION

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la **Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.**

GRAMOLA UNIVERSAL

CON LA MUSICA A OTRA PARTE...

P A N O R A M A Y R E S E Ñ A

ALEJANDRO Brailowsky, el genial y magnífico pianista polaco, después de triunfar en una larga jira sobre todos los públicos de Europa, acaba de conquistar también, definitivamente, al público de Buenos Aires. Salas repletas y desbordantes, entusiasmo frenético, elogio ditirámico. El público y la crítica le consagran como artista insuperable.

Quien estas líneas escribe tuvo ocasión, hace unos años, de seguir la primera serie de conciertos—inolvidables y magníficos—que Brailowsky ofreció a los públicos de la Argentina y del Uruguay. Su arte maravilloso—ya entonces en pleno vigor de juventud, dominador y exquisito—no atraía a las multitudes. Lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo, en ningún concierto los oyentes rebasaban demasiado el centenar, si llegaba a él. Quien esto escribe siguió anónimamente al gran pianista de una a la otra orilla del Plata, para no perder ningún regalo de su arte. En el vapor y en el teatro, el músico y su oyente fiel y desconocido llegaron a conocerse. Así, se saludaban con inclinaciones de cabeza. Jamás cambiaron una palabra.

Hoy—transcurridos siete años—Brailowsky triunfa en aquel mismo ambiente. Quien escribe estas líneas le saluda tácito y reverente, recogiendo esta lección admirable de la larga paciencia del genio.

En la Habana ha fallecido la eminente pianista Cecilia Arizti. Ya retirada a la paz de su hogar, vivía al socaire de sus grandes éxitos, que en Cuba y Estados Unidos le valieron innumerables y unánimes laureles. Era un temperamento de exquisita sensibilidad y una intérprete de técnica magistral. Unía la inspiración a la fidelidad, y logró con estas virtudes aparejadas destacar una fuerte personalidad original. Era también compositora de mérito, como su padre, el gran maestro cubano Fernández Arizti.

Se ha presentado en Buenos Aires—salón de la benemérita Asociación Wagneriana, fundada allí por Geroni Zanné, a semejanza de la que en Barcelona fundara el ilustre y meritisimo Joaquín Pena—el pianista ruso Iso Elinson.

Precedido de una gran fama y del elogio calurosísimo de los grandes maestros alemanes—Adolfo Weissmann ha llegado a decir de él que “es en el piano un sucesor de Franz Liszt”—, el joven pianista ruso, quizá por este mismo exceso ditirámico, ha defraudado un poco al público filarmónico porteño.

En la revista *Nosotros*, índice culto de la cultura argentina, Mayorino

Ferraria dijo del pianista Iso Elinson estas palabras ponderadas:

“Elinson es, desde luego, un buen artista muy bien dotado, de flexible temperamento; pero posiblemente su juventud impetuosa lo lleva a ser en sus ejecuciones un poco desordenado y desigual y a veces de ritmo inseguro. Su

técnica, sin ser *fenomenal*, es más que suficiente para traducir con ella, teniendo alma de artista y equilibrio interior, las más diferentes obras antiguas y modernas. Ahora bien: nosotros creemos que el artista, fiando demasiado en sus excelentes cualidades naturales, se ha formado un repertorio muy extenso en menos del tiempo necesario para poderlo presentar depurado y perfecto. Con todo, en sus buenos momentos, donde alcanza bellos efectos de lirismo, de sonoridad o de expresión, compensa los visibles defectos que amoran el valor de su personalidad, tan rica en posibilidades técnicoemotivas, y que el tiempo, y el freno y la lima de un estudio más minucioso y detallado podrán hacer resaltar en toda su integridad.”

Y va de pianistas.

Sería imperdonable no recoger aquí el eco entusiasta de los fervorosos aplausos con que el público de París ha consagrado a nuestro compatriota el pianista Del Pueyo.

En *La Revue Européenne*, crítico por lo general tan exigente como Arthur Hoérée le elogia en los siguientes términos, que traducimos:

“Entre los pianistas jóvenes que se han presentado al público de París, el español Del Pueyo ha conquistado unánimes simpatías, por la nitidez de su ejecución, la sutileza de su técnica, la gran poesía de que sabe rodear las obras de Mendelssohn, Brahms, Liszt, Debussy, Albéniz, y otros más.”

En cambio, en otra de sus representaciones más auténticas y halagüeñas—la gran cantante Conchita Supervía—no ha salido España tan amablemente servida en la reseña musical de *La Revue Européenne*. Hoérée dice de ella, después de confesar que “la crítica la ha cubierto de flores” (¡menos mal!), que “le falta el primer principio de la ciencia vocal: la homogeneidad en la voz, en la emisión”, y alguna otra linda severidad por el estilo.

En el fondo, ¿no delata, sin acaso saberlo el exigente crítico, un inevitable resabio de la especial escuela francesa de canto? Porque ocurre que en el mismo artículo deja también malparado a Chaliapine (puede ir tranquila la Supervía en tan buena compañía), a quien acusa de entregarse al “*arabesque de pâtisserie*”.

Lo cierto es—y el señor Hoérée no puede negarlo—que el éxito obtenido, en la Sala Pleyel por la Supervía y Chaliapine ha sido rotundo y fabuloso.

Como cualquier otro arte, la música presume también a veces con la coquetería de ciertas extravagancias. He aquí un reciente puñado de ellas:

Arthur Groverman ha construido un violín con una materia hasta ahora no utilizada para el caso: con 3.000 cerillas. Si el violín así cons-



truído no es, precisamente un "Estradivarius", no puede negarse que es muy apto para producir una música *inflamable*. Si con un instrumento de esta naturaleza, el joven Groverman no logra prender en el auditorio la llama del entusiasmo, puede dar por definitivamente perdidas las tres semanas que de sus dieciséis envidiables primaveras ha dedicado a construirlo.

Era inevitable que después del *record* de la danza hubiese necesidad de batir el de la orquesta.

Han surgido ya los héroes que lo intentaron. Harri Waschmann y sus compañeros de *jazz* se propusieron ejecutar, sin interrupción, un concierto cuya duración se había previamente fijado en cien horas. El programa comportaba *nada más* que las siguientes piezas: veinticinco sinfonías, dieciséis oberturas, setenta y cinco piezas de *jazz*, trescientas melodías y valeses y como remate—indicadísimo y adecuado—una marcha fúnebre.

No hay noticia de que Waschmann y sus ardidos compañeros hayan logrado su propósito... Ignoramos también si ha sido a causa de cierto temor supersticioso por la marcha fúnebre.

Un rey del *jazz*, Percy Lorenz, se ha casado en Londres, lo cual nada tiene de particular; pero sí lo tiene el arco de triunfo bajo el cual han tenido que desfilan los recién casados. Estaba formado por los saxofones de los compañeros de Lorenz.

La cosa tiene quizá más enjundia de lo que pudiera parecer a primera vista. Si realmente la música señala el ritmo de una época, al ritmo del *jazz* convendrían costumbres nuevas, y quizá esta celebración gozosa y especial de una boda señale el principio de una renovación a realizar en los ritos nupciales. Y quién sabe hasta dónde puede llegar, arrastrada por el ímpetu frenético del *jazz*, la Humanidad.

CASSANDRINO

Fotos



La boda entre el júbilo de los saxofones.



Arthur Groverman y su violín exótico.



El "record" de las cien horas de "jazz".

muñecos de tijera





1 Un espejo 2 Contra una 3 familia

1 CUENTO

Y A podemos contar a los lectorcitos lo que les ha pasado con sus dos espejos a los señores de García Suerte, puesto que el suceso ha tenido su fin. Los señores de García Suerte eran don Ramón, doña Inés; Alberto, de veinte años; Lolita, de diecisiete, y Tomás, de doce.

Además hay que contar a Guadalupe, que era su sirvienta. Todos ellos, los seis, resultaron muy aficionados a mirarse en el espejo. ¡Pero muy aficionados!...

Lo malo es que todos ellos, los seis, eran de modales un poco bruscos, un poco descuidados: al pobre espejo le dieron cinco sustos muy violentos..., y luego el susto de la muerte. Total, seis golpes.

Se empeñan mis lectorcitos en que cuente los seis sucesos. Ahí van. El primero se lo dió Guadalupe, la doncella. Fué un golpe muy vulgar. Un moscardón negro había entrado en la habitación. La sirvienta Guadalupe se acababa de mirar al espejo, y se encontró con que le había salido una verruguita en la barbilla. Y como dicen esa bobada de que los moscardones son de mala suerte, ella culpó al moscardón de lo de un grano, y fué a cazarle. El moscardón quiso huir. Creyó que el cristal era aire transparente, y se fué a él. Y Guadalupe dió tan tremendo golpe con la escoba a la linda luna del espejo, que toda ella tembló, y tembló la habitación entera; sobre todo, la habitación que se veía en el espejo.

El segundo susto se lo dió don Ramón: era concejal y había sido nombrado de la comisión que tenía que recibir en la estación al gobernador. Por eso cogió la sombrerera que estaba sobre un armario, sacó su sombrero de copa y, sin que nadie le viera, se fué al espejo, a ensayar el saludo. Y una de las veces lo fué a hacer tan a lo vivo, con tan rígido respeto, que atizó un imponente trastazo con el duro sombrero de copa en la fiel luna reflejadora; de modo que la chistera se dobló un poco, y el espejo se dió un susto más que superior.

Otra vez fué doña Inés a mirarse al espejo, cuando ya estaba preparada para salir, con sombrero y sombrilla, y no conforme con verse, fué a oler el perfume de la figura del espejo para ver cómo iba ella misma perfumada. Mas, como comprenderán, se pegó de narices en el terso cristal. Y no comprendiendo que era suya la culpa, levantó la sombrilla y descargó un golpe fuerte sobre el sufrido espejo.

Al otro día, la culpable del suceso fué la señorita Lola, que al echarse colonia pegó con el frasco en la luna, de manera que igual que se rompió el frasco y lloró toda la colonia por el cristal abajo, pudo romperse el espejo. Y a que Lolita era muy precipitada; y aquello sucedió un día en que tenía un partido de tenis con princesas y duquesitas, y tenía mucha más prisa que nunca.

El autor del quinto golpe fué Tomasito, el niño, al que su padrino había regalado recientemente un tiro al blanco de juguete, con una pis-

tola que cargaba balas largas como manguillos de pluma, con una peana de goma que se pega a presión en las paredes. Y fué Tomasito y la cargó..., y apareció sigilosamente por la puerta del cuarto donde estaba el espejo, y por tirarse un tiro a él mismo, pegó un tiro al cristal, que se llevó entonces el más inesperado de los sustos. No fué golpe de mucho daño, pero sí de mucha impresión. ¡Pobre espejito!...

En fin, amigos míos, llega el momento de actuar el barbarote de Alberto, que era un futbolista magnífico. Al día siguiente jugaba una final de importancia, y había cogido el balón, y andaba por el pasillo dando puntapiés. El pasillo era largo, y así aprendía a tirar golpes directos. Naturalmente, cuando el joven futbolista ensayaba, todas las puertas de la casa se cerraban para librarse del peligro deportivo.

Pero Lolita había estado aviándose en el cuarto del espejo, y se olvidó cerrar. Al pasar por la puerta Alberto, corriendo entusiasmado, con el balón entre los pies, vió al fondo otro futbolista, que parecía del mismo equipo, puesto que iba igual vestido que él y avanzaba hacia el mismo lado.

Y entonces, sin darle tiempo a pensar en que aquello era el espejo, disparó un *chut* fortísimo, marcado admirablemente..., y pegó en el cristal, y aquí murió la luna en mil pedazos.

Todos echaron su regañina al muchacho: el padre, la madre, el hermano, la hermana y la sirvienta. Y ninguno pensó en que lo mismo que lo rompió Alberto, pudo romperlo cualquiera de ellos.

Don Ramón salió una mañana y se compró otro espejo. Era parecido al difunto. Por la tarde lo llevaron a la casa, y por la noche quedó instalado.



El sol entraba por las mañanas en la estancia del espejito, pero no le daba nunca: sólo dejaba un cuadro de luz en el suelo, que se iba corriendo poco a poco. Y he aquí algo muy importante: en el suelo se habían dejado, al barrer, una chispita del espejo roto; era como un diamante demasiado chico, engarzado entre dos baldosines.

Y cuando el sol le llegó, y en un momento en que no había nadie en la habitación, la chispita cogió un rayo y se lo envió al espejo nuevo, y por él le radió una especie de telegrama, que decía:

Cuidado con esta media docena de barbarotes, que a mí me han roto a fuerza de brusquedades.

El espejo nuevo sintió florecer el compañerismo, y juró vengar al mártir fallecido. Y no tardó mucho, porque al segundo día comenzó con el mismo Alberto, el cual se fué a mirar antes de salir a la calle, y llevaba sombrero flexible. Pero fué el espejo y le reflejó sin sombrero alguno. Alberto pensó que se había equivocado, y, no encontrado el flexible, pensó que lo llevaba ya: se puso el hongo que quedó sobre el flexible. Pero otra vez se miró, y otra vez se vió sin nada a la cabeza. Entonces cogió un flexible viejo y se lo puso sobre el hongo, y volvió a verse sin nada sobre la testa. Y creyendo que no se había puesto los sombreros, pero que él había creído que se los había puesto, decidió salir a la calle a pelo... Y parecía un traperero con tres sombreros en torre. La gente se reía..., y él no sabía por qué.

Al día siguiente se miró la señora, y fué el espejo, y en vez de reflejarla, reflejó a don Ramón. Entonces doña Inés, creyéndose que ella era su marido, cogió una chaqueta, una chistera y el bastón, y se fué a la calle, sin comprender por qué se reían de ella tanto la gente.

Otra vez era Lolita la que fué a mirarse, y fué la luna y

no reflejó nada absolutamente. Y al momento llamaron al timbre las amigas de la señorita; salió ella misma a abrir, y como no había visto nada en el espejo, creyó de veras que ella no estaba, y les dijo a las otras muchachas que la señorita Lola había salido. Y de este modo se fueron ellas, y no la volvieron a saludar, porque creían que las había despreciado.

Guadalupe era muy aficionada a mirarse cada vez que daba un escobazo al suelo, y lo que hacía el espejo era reflejarla siempre con la escoba al revés, de modo que luego quería barrer con el mango, creyendo que así era el derecho. Por eso tardó mucho, lo hizo mal y la despidió doña Inés.

Tomasito también se fué a mirar en el bromista espejo, y se vió convertido en el gato; de modo que a la hora de comer empezaron a buscarle, y estaba en el tejado maullando. Hubo que bajarle haciéndole eso de «bsbsbsbsbs...».

Por último, don Ramón fué a mirarse y lo vió todo turbio. Se creyó con una espantosa enfermedad en la vista, y corrió, asustado, al médico. Pero con la Ciencia no hay bromas, y el oculista le demostró que no tenía nada absolutamente en la mirada.

Entonces don Ramón, que ya venía sospechando de la luna por lo que había pasado con sus otros cinco familiares, avanzó hacia el espejo con el bastón y dió media docena de estacazos, uno por cada uno de su casa. Y cogió luego todos los pedacitos, los llevó al almirez de la cocina uno por uno, y los convirtió en polvo y los tiró.

De modo que se acabaron las bromitas. Y es el caso que desde entonces los señores de García Suerte no tienen espejo, y cuando se arreglan para salir, se ponen uno enfrente de otro y se dicen:

—¿Voy bien?

—Sí; pero échate el rizo más a la derecha..., apriétate la corbata...; ahora vas estupendamente..., ¡pero estupendamente!

ANTONIORROBLES



2 CURIOSIDADES

OBSERVACIONES ACERCA DEL TAMAÑO DEL SOL

El antiguo filósofo griego Auaxágora, adelantándose levemente a cuanto ha descubierto luego la Ciencia, dijo que el Sol no era tan chico como parecía, y que él le consideraba mayor que el Pelopomeno, península de Grecia.

Eso pareció tan atrevido, que fué condenado a muerte por osar mentir de esa manera.

Luego ha podido saberse que nuestro astro rey es un millón cuatrocientas mil veces mayor que la Tierra. Es decir, con cierta aproximación, puede decirse que del Sol a la Tierra va lo que de un elefante a un cepillo.

Sin embargo, no creáis que es el mayor astro. Existe, por ejemplo, la estrella Rigel, de la constelación de Orión, que es de veinte a treinta mil veces mayor que él.

LAS NIÑAS HAN TENIDO SIEMPRE SUS MUÑECAS

Es verdaderamente curioso que el uso de las muñecas para el juego de las niñas sea, puede decirse, universal y eterno. En los pueblos aún no civilizados del sur de Africa, los salvajes hacen para sus chicos unas muñecas de hojas recortadas, con las que los pequeños se entretienen den-

tro de las cabañas, llevándolas a la espalda, como sus madres a ellos.

En ciertas catacumbas de la antigua Roma, de antes de Jesucristo, han sido halladas algunas también.

En el Japón se celebra todos los años la fiesta de la Muñeca, y durante dos o tres días los niños comen en presencia de todas las muñequitas, que van pasando, de abuelas y de madres, a hijas y nietas.

3 CHISTES



La señora.—Abra la puerta, y si quien llama es doña Consolación, dígame que no estoy en casa.

La doncella.—Está bien, señorita.

Después:

La señora.—¿Era ella?

La doncella.—Sí, señorita.

La señora.—¿Y qué ha dicho?

La doncella.—Pues ha dicho: «¡Gracias a Dios!»

—Chico, esto es una cosa que no falla jamás. Si sueñas con tormentas, es que vas a recibir dinero.

—¿Y tú has soñado con tormenta?

—No, todavía no.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Pues porque tampoco he recibido dinero.

¿No sabéis lo que le pasó al dentista? Estaba enamorado de una rubia, y no sabía aún si ella quería casarse con él. Por eso una tarde, creyendo que estaba deshojando margaritas para saber si ella le amaba, iba sacando todas las muelas a un cliente sin darse cuenta, mientras decía:

—Sí... No... Sí... No... Sí... No...

CONCURSO INFANTIL

LA REFORMA DE LA BARAJA

Don Timoteo y sus hijos Tomás, Torcuato y Teodoro juegan todas las noches unos garbanzos crudos a la brisca. Don T. ha dicho a sus pequeños T., T. y T. que quiere reformar la baraja; que ya está harto de que siempre seanoros, copas, espadas y bastos.

Entonces se han encargado cada uno de los cuatro de hacer un *as* distinto. Y nosotros hacemos el mismo encargo a nuestros lectores. Cada uno, pues, nos debe enviar, si le parece, uno o dos *ases* dibujados, que no sean deoros, copas, espadas ni bastos; que sean de lo que les parezca *gracioso*.

Avisaremos el cierre del concurso cuando tengamos elementos de estudio suficiente, y entonces premiaremos con admirables libros de buena lite-

ratura los cuatro *ases* que, *por su gracia*, son dignos de tenerse en cuenta.

Los dibujos han de tener exactamente el tamaño de un naípe, han de venir en tinta negra, y acompañados del cupón que se publica en esta página, advirtiendo que con cada cupón no admitiremos más de dos *ases*.

Concurso infantil de «Cosmópolis»
LA REFORMA DE LA BARAJA

CUPON PARA EL ENVIO DE UNO O DOS PROYECTOS DE ASES

LOS ESCRITORES NUEVOS



ALICATADO

El manto—gris, denso, hongoso—que cubre la ciudad se desfleca en múltiples hilos cristalinos. Cada hilo diríase formado por infinitos abalorios transparentes, ensartados sin solución de continuidad.

La lluvia aviva el esmalte verde de la hojarasca, barniza los troncos. La calzada aparece denegrada y brillantada: charolada. Semeja dilatada pizarra, en la que imprime ochos incorrectos y ceros diminutos el calzado de los transeúntes.

Los flecos caen perpendicularmente, mas a impulso del viento adquieren oblicuidad.

Contra la vidriera de mi ventanal algunas sartas se quiebran, se pulverizan: sobre el agua petrificada de los cristales, el vidrio líquido de unas gotas.

Gotas estáticas, cual lágrimas temerosas a despegarse de los ojos. Gotas dinámicas, como lágrimas que resbalan, dejando sinuosa huella, en busca de labios que las besen y sorban.

Admiro y comprendo plenamente a Pérez de Ayala sustituyendo el impersonal llover por la grimecer en su eufónico pretérito: *Lagrimecía*.

Un aeroplano al caer en barrena es broca interina que taladra el espacio para que pueda pasar el tornillo de la muerte.

Las ventanas de patios interiores, comparativamente con los miradores y balcones de las fachadas exteriores, son cortas de vista.

—Resultan inevitables en las actuales construcciones de vecindad (edificaciones sociales)—me dice el arquitecto amigo.

¿Los miopes serán también inevitables en las agrupaciones humanas conocidas?

Un Le Corbusier quizá acabe con las primeras. ¿Surgirá el "oculista" de vanguardia?

Un extremo: corneta.

Otro extremo: "klaxon".

Instrumento ecléctico: bocina.

Comentarios:

—Los extremos se tocan.

—Y el término medio también.

—A las veces inútilmente.

Corolario: El tercer comentarista es chofer.

Visitar colectivamente monumentos arqueológicos es fatal. Presto emerge del grupo el pseudo-intelectual sin sensibilidad, enumerando elementos arquitectónicos, dando cabal noticia de la teoría de las bóvedas, precisando fechas. A los pocos momentos la impresión de arte se habrá esfumado. Os parecerá estar leyendo un compendio pedestre de arqueología. Viviréis una hora cuadrada: sesenta minutos de lado.

Molestias del trato humano es obra perennemente actual.

Las estrellas—olambrillas asimétricas—destacan en el añil translúcido.

Oportuno apagón ha borrado la línea de puntos suspensivos que traza el alumbrado público.

Los edificios se siluetean en negro.

Dos pabellones consecutivos diseñan una M.

La chimenea de una fábrica es I ampliada. A la seguida, amplia portadalada simula A imperfecta.

Sobre la chimenea un gajo de luna pone plateado acento.

Diana sabe ortografía.

Se dice que la mujer actual carece de sentimentalismo. Afirmación gratuita.

No lo usa, que es distinto.

En el último rincón de su guardarropa, entre las equivocaciones del modista y los sombreros pasados de moda, está. Quizá le sirve de estuche el cucurucho de una bota polonesa.

Ella sabe que cualquier día puede serle indispensable para el éxito.

Habla como un gramófono. Charlando es una gramola.

Inexacto.

Las máquinas parlantes callan cuando a uno le conviene.

Son inconscientemente oportunas en el silencio.

Los charlatanes no poseen freno automático que ponga punto final a su verbosidad. Además, muchos son de disco fijo.

Adolescente. Toda iniciación es dolorosa.

El primer cigarro, la primera novia y el primer jarro de cerveza son desagradables. Después... se acostumbra uno.

Mujer que velas el escote de tu traje de baile con la sutileza de un tul, encubre el desnudo de tu talento con la ingeniosa transparencia de una paradoja. Los timoratos ante fémina inteligente son legión.

Verbena aristocrática.

Los cohetes en ella son silbidos ígneos. La traca, si la hay, protesta luciente y tronitosa, pataleo incendiario contra el calidoscopio futurista que pretende ser clásico pañolón, contra las sierpes estriadas que sabiendo a perfume, tratan de reemplazar los típicos churros, contra el "whisky", contra los "smokings", contra todo cuanto careciendo de prosapia castiza es intruso en la fiesta verbenera.

Algunos días, al alimentar el coche en su surtidor de gasolina, se siente imperiosa comezón de colgar el alma juntamente con la manga y salir disparado, tránsito de sí mismo.

José GIL GASPAR

Zaragoza.

EL TESORO DEL ARCON

Para todos es un secreto lo que pueda contener el arcón. El arcón tallado en roble, con figuras de guerreros que, en la madera, adelantan sus perfiles duros, tan afilados como sus lanzas. En él ha quedado inmóvil el horrible fragor de una batalla, y sobre informe montón de cascos y lorigas, adargas abolladas y truncados arzones, galopa Babieca, plateante y sudoroso, orgulloso de llevar en su silla la figura del Cid.

Nadie sabe cuál es el tesoro del arcón, pero todos los fieles servidores de la vetusta mansión han visto, por el hueco de la cerradura, cómo la vieja de la blanca cofia lo abre amorosa y maternal, y, con su tapa alzada, lo contempla embebecida, brillando sus ojos con relampagueos de alegría, con titilar codicioso de sus pupilas, sin atreverse a posar las manos rugosas sobre aquel montón de riquezas que se presiente hundido en el fondo.

Todo lo vendió la vieja dueña de la casa señorial, poco a poco, mueble a mueble, y un día una lámpara de bronce, otro los damascos suntuosos y otro los sillones de cuero con sus brazos abiertos en tácita llamada, todo fué desfilando en trágica procesión, igual que se perdieron las tierras de labor y altivas fortalezas, enredadas en la madeja de tratos usurarios.

Todo, menos el arcón agosto... ¡y su tesoro!

En la solitaria celda donde se refugiaba la antigua dueña, huyendo de los frios de las salas vacías e inhóspitas, entró un día alocada y llorosa la sirviente.

—¡Señora, señora, han robado el tesoro!... ¡Han abierto el arcón!

Por la arrugada faz de la dueña cruzó una sonrisa apacible, seráfica, que se extendió por la mansión señorial como un magnánimo perdón.

—Déjalos, no llores—murmuró—. El arcón estaba vacío. Mi tesoro es tan mío, que nadie puede robármelo.

¡Su tesoro!: su tesoro era el recuerdo de los días pasados; de los días de abundancia y gloria y amor; y, ante el arcón abierto, venían a la mente de la despojada las imágenes dulces de unos días pretéritos. Allí dentro—el arca vacía—llegaban en tropel los fastuosos encajes de Malinas, las fulgurantes diademas, los sangrientos rubíes de sus brazaletes, las gotas de blanco rocío petrificadas en sus medallones, el ágata y el nácar de sus camaseos y los vestidos de brocado que un día se sintieron orgullosos de cubrir su cuerpo venusto. Un momento tan sólo ocupaban su sitio en el arcón vacío, y al crujir sus bisagras ennegrecidas, para cerrarse, volaban los fantasmas que poblaban la mente de la vieja, dejando nostalgias eternas en su alma.

¡Dulce remembranza de los huídos bienes, despertada ante la figura del soberbio arcón! ¡Invisible tesoro de ilusión encerrado en las paredes custodiadas por bravos guerreros de Castilla!

José MENDEZ HERRERA

LA RAREZA DE ANDRÉS

—¡No seas raro, Andrés! ¿Por qué no has de hacer lo que todas las personas?

—Pues por eso precisamente, porque lo hace todo el mundo, y como yo no soy un mono de imitación y no tengo necesidad de hacer lo que veo en los demás, hago lo que me parece más conveniente.

—No me convences, Andrés.

—¡Qué le vamos a hacer!—repuso un tanto malhumorado—. Cada uno tiene su manera de pensar y ésta es la mía.

Estos conatos de pelea solían tenerlos con relativa frecuencia Andrés y su mujer; pero nunca pasaban de ahí, pues ella sabía que perdía el tiempo inútilmente y que era gastar pólvora en salvas.

Andrés, después de las palabras antedichas, sin esperar a una réplica de su esposa, cogió el sombrero y se marchó.

Una vez en la escalera bajó los escalones de dos en dos, como tenía por costumbre, para salirse de la norma corriente de bajarlos uno a uno.

Ya en la calle empezó a meditar sobre su vida, cosa a la cual se dedicaba todas las tardes cuando salía a dar una vuelta por las afueras de la ciudad, y abstraído en sus pensamientos no se daba cuenta de las cosas que sucedían a su alrededor.

“Todo el mundo—pensaba—dice que soy raro porque no sigo la rutina de los demás mortales. Ellos dicen que soy raro; pero el raro no soy yo; son ellos, todos los demás. Me tachan de extraño y de loco porque sólo yo pienso así; mas si todos fueran como yo soy, y yo como ellos son, entonces el extraño y loco seguiría siendo yo.”

Y completamente absorto en estas cavilaciones, pasaba por entre las gentes, recibiendo no pocos empujones a causa de su distracción.

“Todos se ríen de mí—meditaba—y se creen que no me doy cuenta, ya que me suponen tonto o por lo menos medio idiota.”

Y al notar que nadie le comprendía sentía una honda melancolía en su corazón, melancolía que algunas veces le hizo estallar las lágrimas.

Y con las manos metidas en los bolsillos del gabán, sin hacer caso al frío, que apretaba de veras, continuaba sus meditaciones a través de la verde campiña de las afueras de la ciudad.

A su regreso del paseo observó cómo varias personas que formaban coro en medio de una acera, interrumpiendo el tránsito, le miraban burlonamente, pronunciando palabras que él no llegó a percibir.

Juan el molinero

*Un regalo leve y manso
orlaba un viejo camino
que llegaba hasta el remanso
de las aguas de un molino.*

*Molino de Juan Romero,
hombre que sólo aspiraba
a vivir con lo que daba
su oficio de molinero.*

*Y vivía en el lugar
sin tener más compañía
que un castaño, que crecía
a la puerta de su hogar.*

*Para Juan triste es la vida;
nunca se le vió contento.
Tal vez padezca el tormento
de alguna incurable herida...*

*Me inspira gran compasión,
porque el "Ave Carpintero"
labra con golpe certero
el nido en su corazón.*

*En triste melancolía
se torna su descontento
al ver con el pensamiento
su prolongada agonía.*

*¡Pobre molinero!...
Vencido por su pobreza
se convierte en carcelero
de su profunda tristeza.*

J. MÁRQUEZ PEÑA

Vigo.

Y siguiendo su costumbre de harto tiempo, hizo-se el distraído, prosiguiendo su camino por la calle abajo con las manos en los bolsillos...

En otros tantos sitios riéronse de él; pero tampoco dijo nada; es más, apretaba el paso para no ser testigo de aquellos espectáculos que le entriscaban sobremanera.

La noche cubrió el cielo con su negro manto. El firmamento, sin una nube, permitía contemplar una luna esplendorosa, la cual, entre los innumerables puntitos blancos—las estrellas—, siquiera fuese por su tamaño aparente, daba la sensación de una reina de los astros.

Andrés, hastiado de las cosas terrenas, llevó sus ojos al cielo, y allá, en lo alto, la luna parecía que también se reía de él...

FERNANDO MARTIN

Madrid.

PÉRDIDA DE CORAZON

El reloj es magnífico, una verdadera obra de arte. Tiene caja de música que toca excelentes piezas, una campanita que da la oración y... ¡lo maravilloso!, ¡lo que entusiasma a los niños!, unos preciosísimos muñecos que bailan elegantemente mientras suena la música.

Es tarde de invierno. Los niños se aburren, no hacen otra cosa que pensar en el reloj; ¡en el bonito reloj de las figuras! Por fin consiguen que su madre—papá ha salido—apriete el resorte que pone en movimiento a los diestros bailarines.

En el momento culminante de la danza, cuando el más guapo muñeco tiene que hacer una gentil reverencia a la bella señorita que le sirve de pareja, suena un ruido..., rschch... rschch..., y se oye caer una pieccecita; el bailarín queda contorsionado, con el cuello vuelto hacia otra señorita... ¡ya no mira a su pareja!, ¡a la bella señorita vestida de azul! Levantan la tapa que cubre todos los mecanismos del reloj y encuentran la pieccecita desprendida... “Tiene forma de corazón!”, exclama Julieta, la preciosa niña de seis años.

La rotura del reloj constituye la preocupación de los niños. Escuchan atentamente la opinión de los criados, mientras éstos efectúan la limpieza. “Laura, el muñeco bello ya no mira a la gentil señorita que siempre fué su pareja; es que—como dice la señorita Julieta—ha perdido el corazón.”

Estas palabras no encierran nada de particular; son, sin embargo, una revelación para la despierta inteligencia de Julieta, la niña de seis años. Aquello que acaba de escuchar la explica en un instante muchos disgustos, muchas caras enfadadas que nunca comprendió ni pudo alegrar. La comprensión ha sido tan rápida, que volviéndose a su hermanito—no mucho mayor que ella—, le dice con voz leve como un suspiro—entre ellos se comprenden a la perfección—: “Se conoce que papá... ha perdido el corazón.”

J. C.

SENTIMENTAL

*Por los que anhelan un imposible
y ven muy lejos la realidad,
por los que amando nunca pudieron
en sus amores la fe encontrar,
por los que humildes y abandonados
siguen la senda de su ideal,
por los que luchan entre la ciencia
y los misterios del más allá,
por los que fueron hacia otra patria
y hacia la suya no volverán,
por los que nacen, por los que mueren,
por todos ellos quiero llorar.*

GLORIA ARNAIZ

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de esta Revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: “Para la sección *Los escritores nuevos*.” Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección los trabajos de escritores conocidos, prestando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»
CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea

Hemos recibido su trabajo y...

Julio Angulo.—Publicaremos su “Fin de tarde”.

Gil Blas.—Aceptado. Pero procure conseguir mayor brevedad.

Rafael Besuman.—Conformes.

Enrique A. Uria. Oviedo.—No está pésimo. Pero debe estar mejor.

Carmelina Ruiz.—Hay mucha intención. Se los admitimos como estímulo. Pero les falta un poco de arte. Esfuércese, porque puede usted hacerlo mucho mejor.

L. M.—A nosotros tampoco nos interesa.

J. García Andrés.—Otra vez será.

L. de los Ríos.—M. Chaparro.—Antonio Calomarde.—Sentimos no poder complacerlos.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

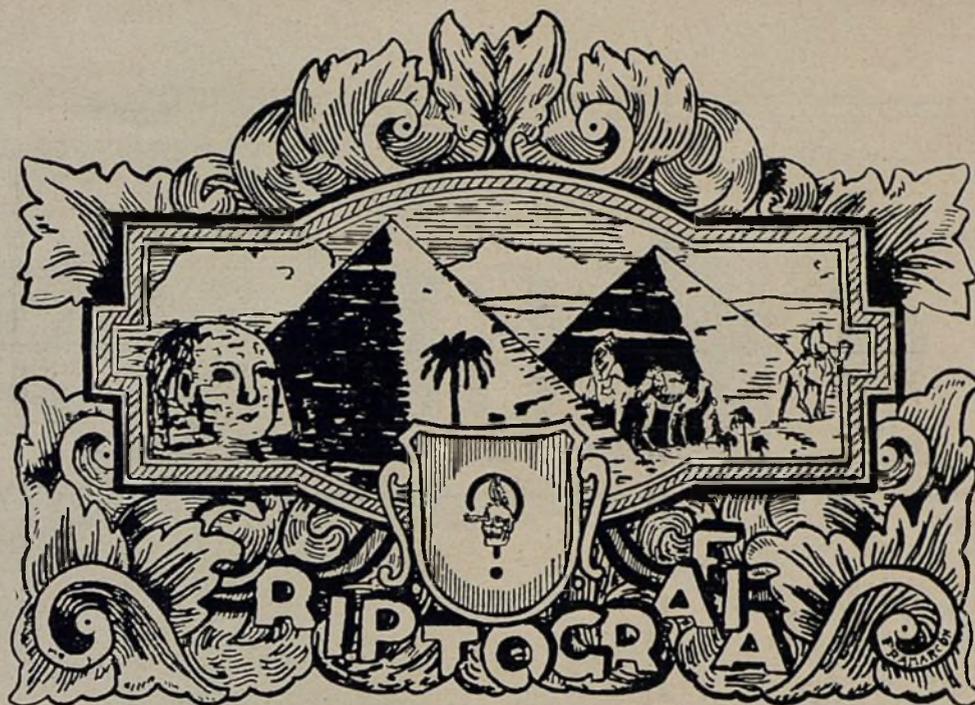
1.º Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.º Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección *Hemos recibido su trabajo y...*, en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.º El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.º Cada original debe venir acompañado de un cupón.

16.º Certamen
Agosto, septiembre y
octubre



Trabajos publicados
en el número ante-
rior: del 473 al 484

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligrafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalísticoartificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apreciarse en la tumba de

AMENIDADES
Por FRAMARCON

los faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo uno de ellos, el más usual, sin duda, el llamado escritura jeroglífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

Núm. 485 T OMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO

(MADRID.)

SR. DON

NOTA

MICO

10000

Solución

Núm. 486 CARTA CHARADISTICA

Queridísimo papá: Jauja.

Desde que pisamos esta bendita tierra me encuentro desconocida, hasta el extremo de que la TERCERA-PRIMA se manifiesta en mí a cada momento, cosa ésta que tú creías imposible dado mi delicado estado de salud; SEGUNDA-TERCERA-QUINTA PRIMA-QUINTA también, come sin CUARTA-PRIMERA y la QUINTA-CUARTA, que en ésa tanto repudiaba, es ahora su golosina preferida; PRIMA-TERCERA-CUARTA SEGUNDA-CUARTA el tiempo "capoteando" a los muchos admiradores y pretendientes que se le declaran; SEGUNDA-TERCERA es una SEGUNDA-PRIMERA de carne; tanto, que conservar la línea ya no le preocupa; SEGUNDA-SEGUNDA encantadísima, si bien peserosa de que tu obligación no te haya permitido pasar entre nosotros estos momentos de necesaria libertad y franca alegría con que Jauja nos brinda.

En nuestra próxima te enviaremos un retrato que nos hemos hecho en grupo, para que puedas apreciar cuanto te dejo dicho.

Besos de todos.

TERCERA-CUARTA

Solución

FUERA DE CONCURSO

Solución al del anterior número



DOS EN UNO

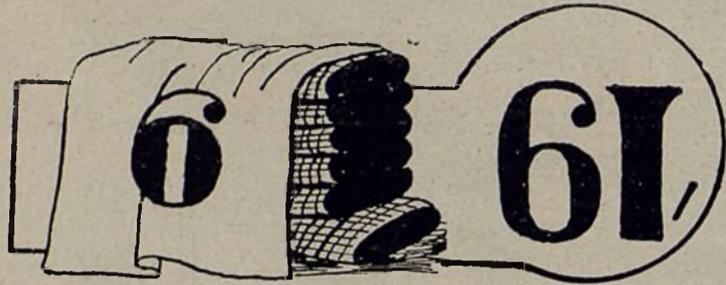
La presente fotografía está integrada, como se dijo en nuestro anterior número, por una conocida y admirada estrella del cinema y un célebre inventor español; Doris Dawson (1) y Juan de la Cierva, hijo (2). Estas dos mitades corresponden a las publicadas en el número de agosto.

COSMOPOLIS
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Los no suscriptores acompañarán a sus
pliegos tres de estos CUPONES
pegados cuidadosamente por
este lado y en lugar
de firma.

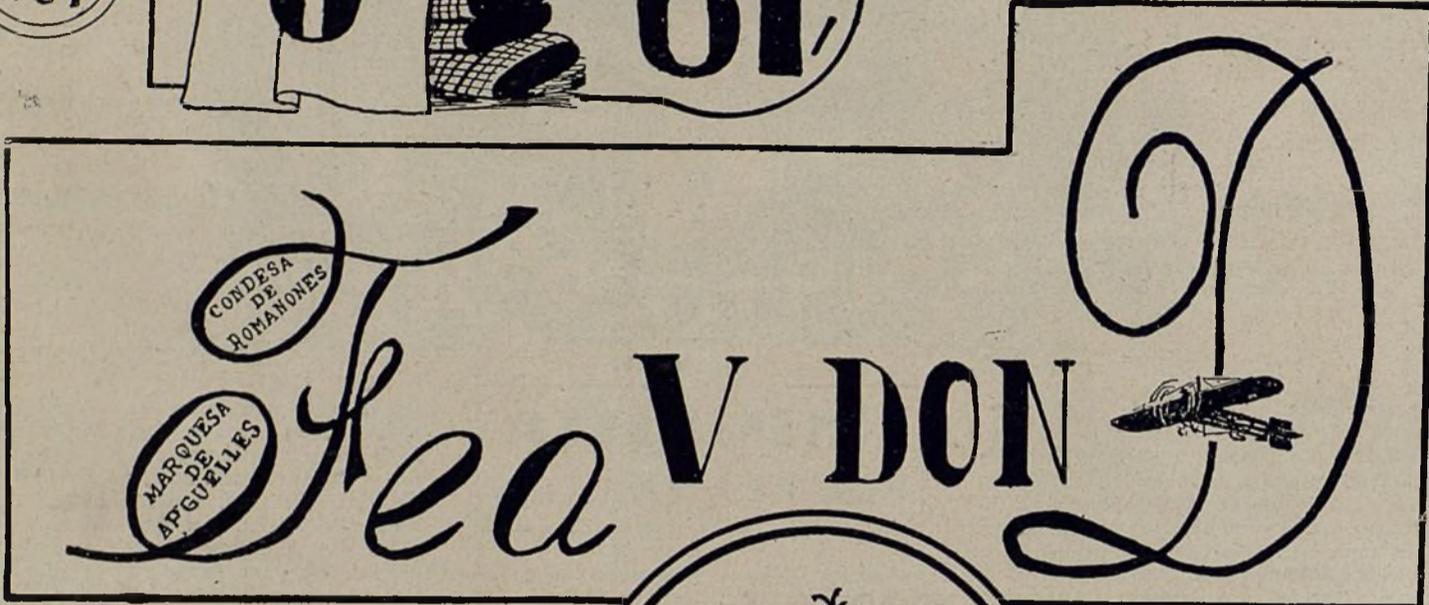
COSAS DE FAMILIA

NO PUDIMOS PROSEGUIR EL VUELO

Nº 487



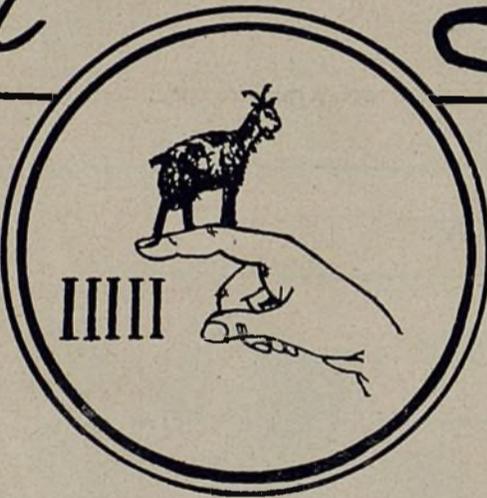
Nº 488



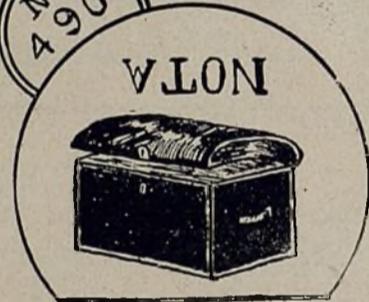
Núm. 489
COMERCIANTES

Núm. 490
PROEZA

Nº 489



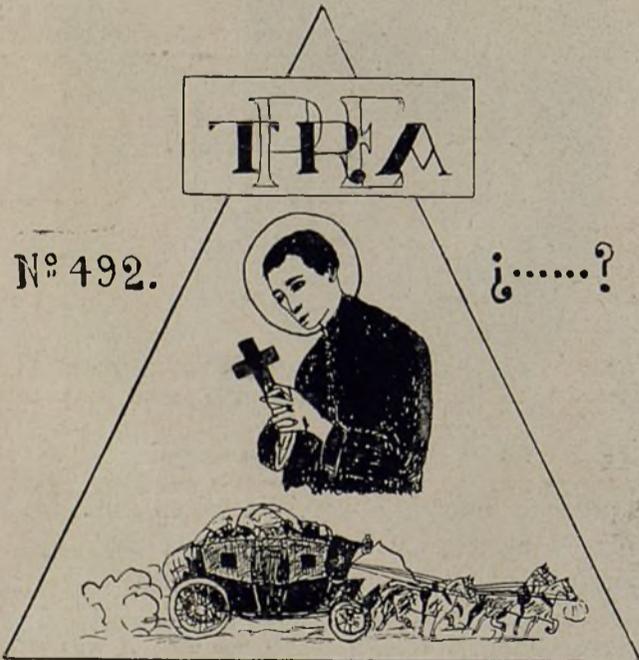
Nº 490



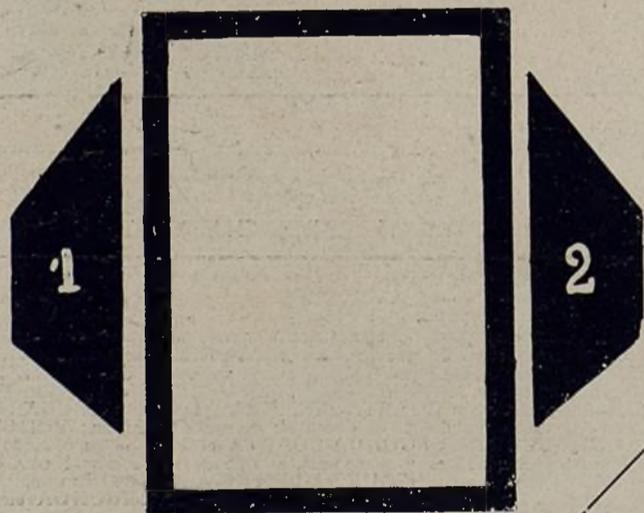
SOLUCIONES

- Al 487
- Al 488
- Al 489
- Al 490

Núm. 491 La Z (recortable)



Solución



Calcad sobre cartón o cartulina las figuras 1 y 2; recortadlas y formad con ellas en el interior del marco adjunto una Z perfecta.

COSMOPOLIS
CONCURSO CRIPTOGRAFICO
Los no suscriptores acompañarán a sus
pliegos tres de estos CUPONES
pegados aisladamente por
este lado y en lugar
de firma.

Nº 493. «FICHADO»



Nº 494. INDECISION.

NANE NI NO NU
NA NE NO NU

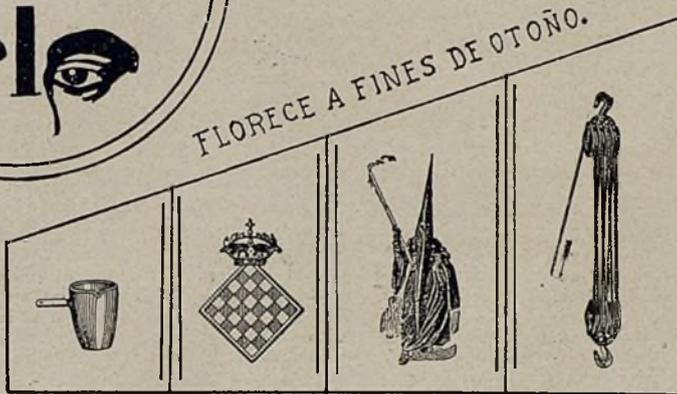
Núm. 497

AL INTENTAR HUIR...

NIEGA : CHON
EL EL

Solución

Nº
495.
(SILABICO)



1ª 2ª 5ª 1ª

FLORECE A FINES DE OTOÑO.

Núm. 498 CARTA CHAWADISTICA

Madrid.

Queridas esposa e hijas:
Oportunamente fué en mi poder vuestra última, celebrando infinito vuestro afortunado arribo a ésa.

Espero con ansiedad la "PRIMERA-SEGUNDA" que me anunciáis, y no podéis suponer lo TERCERA-SEGUNDA que me sería recibirla cuanto antes.

QUINTA PRIMERA-CUARTA no hay medio de hacerle salir de la carbonera; nota el pobre tanto vuestra falta, que se niega hasta a comer; y, por si es poco, ni se CUARTA-QUINTA, pues si pretendo sacarlo a la calle se abalanza a mí; ya le he cobrado pánico.

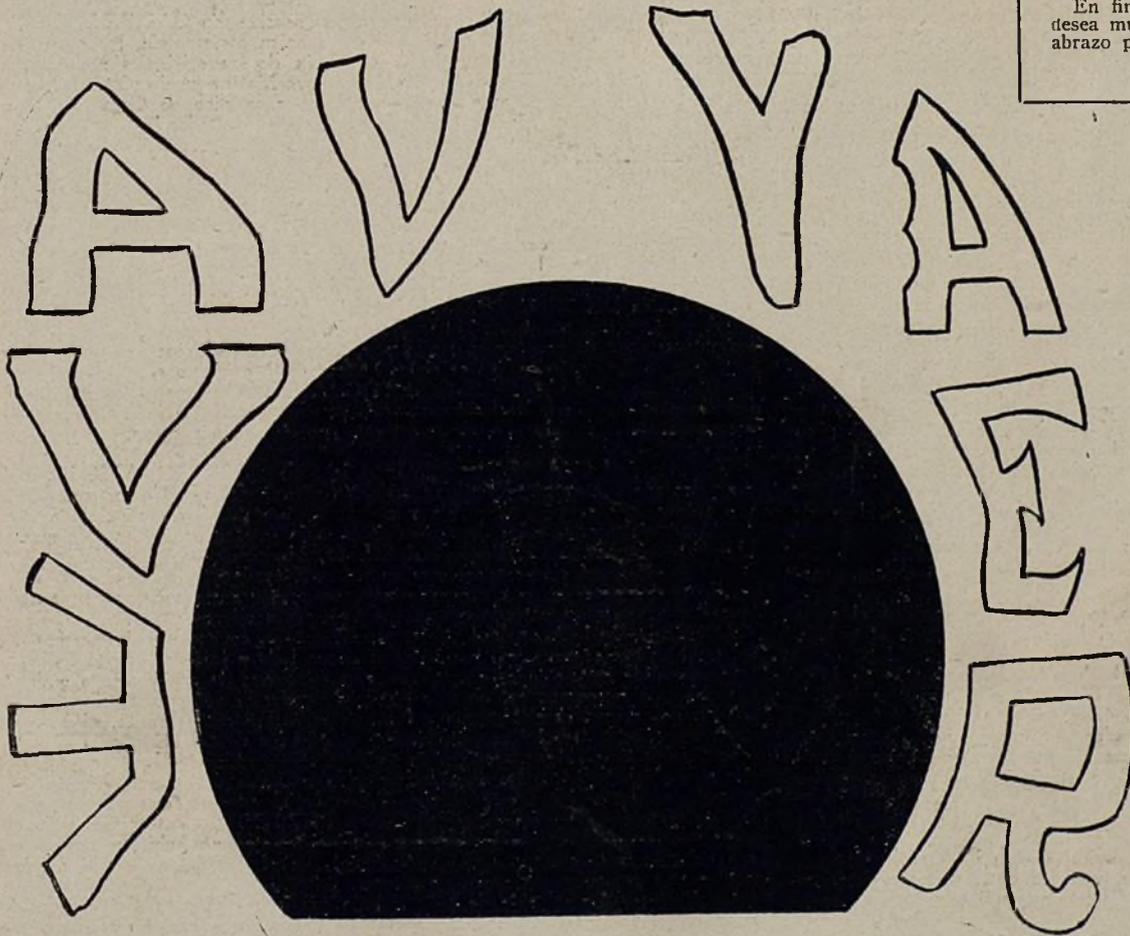
Días pasados me encontré en Recoletos con SEGUNDA-SEGUNDA, vuestra profesora de taquimecanografía; me encargó con mucha insistencia no dejéis de enviarle una TODO.

Yo me encuentro muy bien, si acaso algo PRIMA-PRIMA; pero esto hasta cierto punto me alegra, pues es sintonía de que mi volumen tiende a aminorar.

En fin; que continuéis tan buenas todas os desea muy de veras vuestro padre, que con un abrazo para mamá os envía muchos besos,
CANDIDO

Solución

Núm. 496 BOXEADORES (Composición)



Calcad en cartulina o cartón las letras que circundan el disco negro; recortadlas convenientemente y colocadlas todas en el interior de dicho disco, de manera que el centro represente en silueta dos boxeadores en el cuerpo a cuerpo.

Núm. 499 CENTRO

AMI

Solución

AVISO.—Con objeto de no demorar la respuesta de cuanta correspondencia que no siendo de concurso se me envía, ruego a mis concursantes y solucionistas dirijan sus cartas a la siguiente dirección:

SEÑOR FRAMARCON

Sección de Caballería y Cría Caballar.

Ministerio del Ejército
Madrid

Confección, dibujos y texto de esta sección por Framarcon.

RESULTADO DEL CERTAMEN MAYO, JUNIO Y JULIO.

Todo deporte, cualquiera que sea su carácter, tiene su época de actividad y su período de descanso; así, pues, este de la criptografía, tan ejercitado y tan tenaz y entusiásticamente discutido y defendido en las estaciones de otoño e invierno, pierde en el estío gran parte de su atractivo; los intelectuales en materia tan complicada y compleja buscan, sin duda, al llegar esta época, apartamientos solitarios unos, donde dar reposo merecido a su castigado entendimiento; otros, lugares animados donde, solazándose, vigorizar y confortar su espíritu para luego contender de nuevo, con todo brío y entusiasmo, en la difícil y reñida competición criptográfico-solucionista.

Por estas poderosísimas razones, a nuestro último concurso mayo-junio-julio, acudió, si bien un no reducido número de concursantes, bastantes menos de los que frecuentemente estamos acostumbrados a ver en escrutinios anteriores.

Una demostración de ello es el haberse recibido sesenta y siete pliegos en total, de ellos completos los firmados por los señores siguientes:

1. Don Antonio Más, Cartagena.—2. Doña Amalia Arroyo, Madrid.—3. Don Angel de León, Madrid.—4. Doña Amparo F. de Cano, Madrid.—5. Don Augusto García de la Sota, Muriedas (Santander).—6. Doña Angeles Andrés, Melilla.—7. Señorita Amparito Andrés, Salamanca.—8. Don Bartolomé de Córdoba, Cartagena.—9. Don Baltasar Parra, Madrid.—10. Don Baltasar Nicolau, Palma de Mallorca.—11. Don Cándido Carrasco, Madrid.—12. Doña Consuelo Iglesias, Soria.—13. Doña Dolores García Robiou, Madrid.—14. Don Ernesto Durán, Cádiz.—15. Doña Elena Plana, Madrid.—16. Doña Encarnación Estrada, Cádiz.—17. Don Eugenio Molina, Madrid.—18. Don Eduardo de Otaduy, Portugalete.—19. Doña Esperanza Sánchez, Madrid.—20. Don Fidel García Pérez, Madrid.—21. Doña Felisa Andies, La Coruña.—22. Don José Albaladejo, Inca (Baleares).—23. Don Joaquín Soroa, Madrid.—24. Doña Josefa O'Lawlor, Navas del Marqués (Ávila).—25. Don Juan Garmendia, Portugalete.—26. Doña Joaquina San José, Madrid.—27. Doña Juana Corde, Madrid.—28. Don José García de la Sota, Madrid.—29. Don Juan Pérez Cabo, Salamanca.—30. Doña Margarita Cañas, San Fernando (Cádiz).—31. Doña María del Carmen Soroa, Madrid.—32. Doña Magdalena Pujadas, Inca (Baleares).—33. Doña María Francisca Andrés, Coruña.—34. Don Manuel Cano, Madrid.—35. Señorita María Luisa Eguía,

Madrid.—36. Don Manuel Estrada, Cádiz.—37. Doña María Boal Mate, Madrid.—38. Doña Pilar Beloqui, Peñarroya (Córdoba).—39. Don Ricardo Casas, Cádiz.—40. Don Salvador Garrido, San Fernando (Cádiz).—41. Don Ventura Castañy Seguí, Palma de Mallorca.—42. Doña Dolores Naranjo, Madrid.

SORTEO.—Tuvo lugar en nuestra Redacción, Príncipe de Vergara, 42 y 44, el día 16 de agosto último, a las dieciséis horas; el acto fué presidido por nuestro director artístico, don Augusto Fernández, y presenciado por los veteranos e inteligentes solucionistas don José María de Soroa, don Cándido Carrasco y don José García de la Sota; extraídas las papeletas por nuestra gentil y simpática secretaria de Redacción, señorita Encarnación Molina, resultaron agraciados con el

- | | |
|-------------|-------------------------------|
| 1.º premio. | —Don Ernesto Durán. |
| 2.º " | —Doña María Francisca Andrés. |
| 3.º " | —Doña Esperanza Sánchez. |
| 4.º " | —Doña María Boal Mate. |
| 5.º " | —Doña Josefa O'Lawlor. |
| 6.º " | —Don Fidel García Pérez. |
| 7.º " | —Don Ventura Castañy. |

De estos premios, los cinco primeros, consistentes en 100, 80, 60, 40 y 20 pesetas en metálico, respectivamente, podrán ser recogidos en nuestra Redacción cualquier día laborable, de cinco a siete de la tarde, previa la presentación de la cédula personal, pudiendo ser girados al domicilio de los interesados, cuando éstos residan en provincias y lo manifiesten previamente.

Los premios de consolación, consistentes en seis suscripciones trimestrales a nuestra revista, a servir a partir del mes de octubre próximo, correspondieron a: Señorita María del Carmen Soroa, doña María Luisa Eguía, don Eduardo de Otaduy, don Cándido Carrasco, doña Dolores Naranjo y don Francisco Pacheco.

Se advierte a los señores agraciados con las suscripciones que, cuando por cualquier causa, dejen de recibir la revista, lo comuniquen a nuestra Dirección, bien entendido que esto habrá de hacerse una vez transcurrido el día 15, en que el periódico acostumbra a ponerse a la venta.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL 15.º CONCURSO

Núm. 445. (Reversible.) Señorita Concha Calvo Zamora. Láncara de Luna.—446. (Reversible.) De echarlo te recomiendo reserves la vacante a Rosendo.—447. (Reversible.) A punto de caer al abismo.—448. (Reversible.) De los tres, León es el mayor contrabandista.—449. Entre usted, León.—450. Conde de Fuentes.—451. Señorita doña Francisca Nogal López, Cartagena. (Sobre).—452. Antediluviano.—453. Artículo-albogaL.Ero-baldaQUIN. Todo: AR-LE-QUIN.—454. El amor es el más pequeño y el más grande de los dioses.—455. (Sobre.) Sr. D. León Coronado Seisdedos. Peñaranda.—456. Unas seis docenas.—

457. A-TI-LA.—458. En el alero.—459. A-NO--MA-LO.—460. Cándido Carrasco.—461. Ricardo Bonilla.—462. "El Juramento."—463. Olimpia libróla de la caída.—464. "Las Golondrinas" o "Las Alondras".—465. CAN-TA-LA-PI-E-DRA.—466. Donde Cristo dió las tres voces.—467. Dos escritores noveles.—468. (Sobre.) Sr. D. Emerio Amat Lasarte. Buenos Aires.—469. Las tres son de Cáceres.—470. CA-RRE-TE-ROS.—471. De medio cuerpo para arriba (Eliminado por error de ajuste, pues fué suprimida indebidamente una A).—472. Una doncella salerosa.

CONCURSO-CAMPEONATO CRIPTOGRAFICO DE "COSMOPOLIS" 1930

Dado el extraordinario éxito logrado por nuestro concurso-campeonato de 1929, y ante los deseos, tantas veces expuestos, de un crecido número de solucionistas, la Dirección de esta Revista, complaciendo muy gustosa a sus favorecedores, abre el mencionado certamen, con el título de

CAMPEONATO CRIPTOGRAFICO DE "COSMÓPOLIS" PARA EL AÑO 1930

y para el que se establecen, y han de observarse rigurosamente, las siguientes bases:

Primera.—El mentado concurso-campeonato comprenderá los meses de noviembre, diciembre y enero próximos; estará integrado por los jeroglíficos, charadas en sus distintos estilos, anagramas, silábicos, sobre, etc., que se nos envíen, con exclusión de los de palabras cruzadas (logogrifos) y reversibles, que no serán admitidos.

Segunda.—El plazo de admisión de estos trabajos queda abierto desde la fecha de la publicación de estas bases hasta el 30 del actual para los de Madrid, y el 15 de octubre próximo para los de provincias, islas Baleares y Canarias.

Una vez cerrados estos plazos no se admitirán más trabajos que aquellos cuyos sobres justifiquen por el sello de Correos haber sido depositados para su remisión en fecha oportuna.

Tercera.—Los pasatiempos de todas clases que se remitan vendrán hechos precisamente en un sobre blanco, y con tinta china negra aquellos trabajos que por su composición tipográfica o llevar algún dibujo precisen ser fotografiados; en este mismo sobre se consignará el título u orientación precisa, y al reverso un lema y un signo; este último para evitar confusiones en el caso no difícil de que algunos concursantes coincidiesen con el mismo lema.

Cuarta.—Estos sobres, con los pasatiempos hechos en el mismo, han de venir cerrados y lacrados, y en su interior ha de remitirse:

- 1.º Una cuartilla "sin firmar", con la solución de su trabajo, y
- 2.º Un segundo sobre, también cerrado y lacrado, conteniendo en otra cuartilla el nombre y domicilio del autor.

Tanto en la cuartilla de la solución como en el sobre que encierre el nombre y domicilio, han de repetirse exactamente el lema y signo puesto al trabajo criptográfico.

Quinta.—Los envíos serán individuales y hechos con la indicación de URGENTE.—PARA EL CONCURSO CRIPTOGRAFICO 1930, a la Dirección de esta revista, Príncipe de Vergara, 42 y 44.

Al hacer el envío de los trabajos mencionados se abstendrán los señores concursantes de enviar con ellos cartas o notas que nos puedan dar a conocer anticipadamente sus nombres o solución, pues ello implicaría la eliminación de los mismos en el concurso.

Sexta.—Terminada en el número de enero próximo la publicación de los trabajos se concede un plazo hasta el día 10 de febrero siguiente para los de Madrid, hasta el 15 del mismo mes a los de provincias, para la admisión de pliegos con las soluciones a todos los publicados, y a los que, indispensablemente, han de acompañar los tres cupones correspondientes, no pudiendo contener cada sobre más que un solo pliego. El día 20 del expresado febrero y ante los señores que quieran presenciarlo, se procederá a la apertura de los sobres que darán a conocer "únicamente" las soluciones de sus autores, haciéndoles el cotejo de las mismas con los pliegos recibidos para adjudicar a aquel que resulte completo o contenga mayor número de soluciones, el premio extraordinario del campeonato. De resultar empate entre varios se efectuará el correspondiente sorteo.

Al enviar estos pliegos de soluciones cuiden los señores concursantes no omitir la correspondiente a su trabajo, ya que de no hacerlo así se les contará como falta.

Séptima.—Una vez adjudicado el premio y proclamado CAMPEON CRIPTOGRAFICO DE COSMOPOLIS 1930 a quien corresponda, los sobres que contienen los nombres de los autores, en unión de los originales recibidos, se entregarán a un Jurado compuesto por don Enrique Marín, eximio pintor y maestro de criptógrafos; don Augusto Fernández, director artístico de Cosmópolis; un concursante, vecino de Madrid, que en representación de todos los demás elegirán en aquella reunión los solucionistas que se encuentren presentes, y nuestro redactor criptográfico, Sr. Faramon.

Este Jurado examinará los trabajos recibidos y publicados, para elegir entre ellos, por unanimidad o mayoría de votos, aquel que a su juicio sea "MAS PERFECTO Y ORIGINAL". La decisión del Jurado será inapelable, y al trabajo elegido le será adjudicado el premio extraordinario, procediéndose acto seguido por aquellos señores a la apertura del sobre correspondiente, para saber el nombre de su autor, el que será proclamado CAMPEON DE TRABAJOS CRIPTOGRAFICOS DE "COSMOPOLIS" 1930.

A continuación se abrirán los restantes sobres, para conocer los nombres de los autores de cada pasatiempo recibido y darlos a la publicidad en su día.

Octava.—Los premios que se conceden para este concurso son:

1.º Para el CAMPEON CRIPTOGRAFICO. Un magnífico reloj, para bolsillo, de oro, de una de las marcas más acreditadas, con la inscripción de este campeonato. Si se diera el caso de ser éste ganado por una dama, el reloj sería de pulsera.

2.º Para el CAMPEON DE TRABAJOS CRIPTOGRAFICOS. Una magnífica pitillera de plata, con su inscripción correspondiente. De ser ganado por una señora, una magnífica medalla y cadena de oro, con su inscripción.

3.º Un bono por valor de pesetas 25 para la extracción de obras en nuestra librería de Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid.

4.º Una suscripción anual a nuestra revista COSMÓPOLIS.

Estos dos premios de consolación serán sorteados entre todos nuestros solucionistas, hayan o no enviado completo sus pliegos a este certamen.

Novena.—De la proverbial cultura de los señores concursantes esperamos que los trabajos que se nos remitan respondan en un todo a la idea de este concurso, bien entendido que si en su día se advierten soluciones de dudoso gusto o determinadamente intencionadas, no sólo quedará eliminado del mismo, sino que su trabajo no se contará como falta a los que no le hubieren resuelto, ni le serán admitidos pliegos de soluciones en los que se celebren dentro del año 1931.

Décima.—Los señores que envíen trabajos criptográficos y luego no manden pliegos de soluciones se les considerará como retirados del concurso y anulado su trabajo, sin opción a premio alguno aun en el caso de que su pasatiempo fuese elegido por el Jurado como el "MAS PERFECTO Y ORIGINAL", ni contándosele como falta a los señores solucionistas que no hubieren podido resolverlo. De ocurrir este caso, se adjudicará por el Jurado el premio a aquel trabajo que le siguiere en orden de méritos.

Undécima.—La solución de cada trabajo que se remita no podrá exceder de SIETE PALABRAS. Quedarán excluidos aquellos que contengan mayor número de ellas.

Duodécima.—Se señalan las seis de la tarde del día 20 de febrero para la apertura de pliegos y adjudicaciones, y como antes decimos, quedan invitados cuantos señores solucionistas deseen presenciar este acto.

El solo hecho de enviar trabajos criptográficos o pliegos de soluciones a este concurso-campeonato, demuestra aceptación y conformidad plena de cada señor concursante a las presentes "bases".

Madrid, 10 de septiembre de 1930.—La Dirección.



Cartier

LAS PERLAS MÁS LINDAS.
LAS PIEDRAS MÁS PRECIOSAS.
LAS MONTURAS MÁS BONITAS.
LAS CARTERAS MÁS FINAS.
LOS RELOJES MÁS PERFECTOS.

*Gran Joyería CARTIER,
13, rue de la Paix, PARÍS.*

LA RAZA



Lea usted todos los jueves esta espléndida revista ilustrada, cuyas páginas se ocupan extensamente de la actualidad palpitante de España y el Extranjero. Sus distintas secciones—de política, literatura, artes, teatro, cine, modas, deportes—son realizadas por las más prestigiosas firmas españolas de la especialidad. Sus magníficos grabados, sus fotografías, sus dibujos, sus historietas, sus chistes hacen de LA RAZA el mejor y más completo semanario. Además, LA RAZA ofrece espléndidos regalos en metálico a sus lectores, por medio de sus concursos para el público en general, para señoras, escritores, dibujantes y niños. *Precio: 40 céntimos.*

De venta en quioscos y en la Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid.